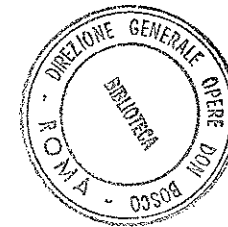


Colección DON BOSCO

1. *Don Bosco, una biografía nueva.* TERESIO BOSCO.
2. *Don Bosco, una biografía nueva. (Ed. para la juventud.)* TERESIO BOSCO.
3. *Don Bosco con nosotros.* MARCELLE PELLISIER.
4. *Don Bosco, te recordamos.* PEDRO BROCARDI.
5. *Ejercicios Espirituales con Don Bosco.* TERESIO BOSCO.
6. *Don Bosco con Dios.* EUGENIO CERIA.
7. *Don Bosco: Cartas a los niños de todas las edades.* RAFAEL ALFARO.
8. *Don Bosco, al alcance de la mano.* PEDRO BRAIDO.
9. *El Sistema Educativo de Don Bosco.* LUCIANO CIAN.
10. *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales.* SAN JUAN BOSCO.
11. *Don Bosco: Profundamente hombre-Profundamente santo.* PEDRO BROCARDI.
12. *Los sueños de Don Bosco.* FAUSTO JIMÉNEZ.
13. *Historia de San Juan Bosco, contada a los muchachos.* BASILIO BUSTILLO.
14. *Don Bosco y la música.* MARIO RIGOLDI.
15. *Con Don Bosco de la mano.* RAFAEL ALFARO.
16. *Don Bosco y el teatro.* MARCO BONGIOANNI.
17. *Yo, Juan Bosco, otra vez con la mochila al hombro.* F. RODRÍGUEZ DE CORO.
18. *Aproximación a Don Bosco.* FAUSTO JIMÉNEZ.
19. *Don Bosco y la vida espiritual.* FRANCIS DESRAMAUT.
20. *Juan Bosco, con la fuerza de un equipo.* FRANCISCO RODRÍGUEZ DE CORO.
21. *Don Bosco, historia de un cura.* TERESIO BOSCO.
22. *Prevenir, no reprimir. El Sistema Educativo de Don Bosco.* PIETRO BRAIDO.

EUGENIO CERIA, S.D.B.

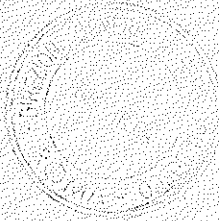
DON BOSCO CON DIOS



EDITORIAL CCS



Eugenio Ceria (1870-1957), el autor, salesiano, humanista e historiador; demuestra aquí ser un profundo conocedor de vida del santo, por haberse relacionado con él en vida y por ser su segundo biógrafo en importancia. Su firma está desde el volumen XI al XIX de las Memorias Biográficas, donde se recoge ampliamente y con el máximo detalle la vida de Don Bosco. La documentación que ofrece en esta obra es algo que sólo él podría presentar con la profusión y competencia que se muestra, y con un estilo llano y sencillo que le hace cercano a cualquier público.



DON BOSCO CON DIOS

Título de la obra original: *Don Bosco con Dio*.
Traducción del italiano: Modesto Hernández Villaescusa.

1ª edición: Librería Salesiana, Barcelona, 1931.

2ª edición: Revisada por Felipe Alcántara. Librería Salesiana. Barcelona, 1956.

3ª edición: Revisada por Basilio Bustillo. Central Catequística Salesiana. Madrid, 1984

4ª edición: Editorial CCS, Madrid 2001.

Agotada la edición de 1984, esta Editorial se permite presentar una nueva edición actualizada, con los oportunos retoques, precisiones y pormenorizaciones, de cara a los lectores del siglo XXI.

Página Web de Editorial CCS: www.editorialccs.com

© 2001 EDITORIAL CCS, Alcalá, 166/ 28028 MADRID

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Ilustración de Portada: Mario Caffaro Rore

ISBN: 84-8316-489-2

Depósito legal: M-53715-2001

Fotocomposición: M&A, Becerril de la Sierra (Madrid)

Imprime: Artes Gráficas MACP, S.L. (Madrid)

Siglas bíblicas

Ct	Cantar de los Cantares
Col	Colosenses
Co	Corintios
Ef	Efesios
Flp	Filipenses
Ga	Gálatas
Gn	Génesis
Hb	Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jdt	Judit
Jn	Juan
Lc	Lucas
Ml	Malaquías
Mt	Mateo
Ne	Nehemías
Pr	Proverbios
Re	Reyes
Rm	Romanos
Sal	Salmos
Tm	Timoteo
Ts	Tesalonicenses
Za	Zacarías

Prefacio a la tercera edición

Corría ya de una a otra parte la pregunta: ¿cuándo rezaba Don Bosco?

Era necesaria una respuesta contundente, abierta y clara.

Y la dio públicamente nuestro célebre escritor e historiador don Eugenio Ceria, en 1930, con su obra DON BOSCO CON DIO.

Es una obra escrita, como todas las suyas, en estilo llano y fluido; resulta un fruto digno de su pluma de profundo humanista, consumado profesor, educador concienzudo y vasto conocedor de san Francisco de Sales y de Don Bosco.

Después de leer DON BOSCO CON DIO, cabe ciertamente replicar con Pío XI: ¿cuándo no rezaba Don Bosco?

Don Bosco gozaba de la unión constante con Dios.

La obra de Ceria fue traducida inmediatamente al castellano, nada menos que por el eminente escritor Modesto Hernández Villaescusa, que quiso honrar las ediciones salesianas con su nombre.

En 1931 apareció, en la Librería Salesiana de Barcelona, DON BOSCO CON DIOS.

Levanta el autor en esta obra la punta del velo que esconde los tesoros de la gracia en Don Bosco y aparecen, tras los accidentes de sus múltiples actividades materiales, los tesoros sobrenaturales de su santidad.

Escarba en los nueve volúmenes de las MEMORIAS BIOGRÁFICAS, publicados hasta entonces, y en el material preparado para los restantes, y sorbe en ellos, y en las ACTAS de los procesos canónicos, su espíritu de oración y de unión con Dios.

Divide el libro en tres partes, repartidas en trece capítulos, para pintar al Santo con el brillo de la aurora, al amanecer, la cegadora luz del sol al mediodía y la claridad del crepúsculo al anochecer.

Nos descubre el brillo de su interior, casi tapado en tantas obras por la exterioridad de sus multiformes actividades, y así podemos llegar a comprender el secreto de sus éxitos, que no es otro más que su continua unión con Dios.

Este realismo oculto de Don Bosco trae a la memoria la magistral lección de la famosa estatua «de las tres caras» de san Bruno, en la Cartuja de Miraflores de Burgos. Dicen que no le falta a esta bellísima imagen más que hablar, pero que no lo hace para no romper el silencio cartujano...

Así Don Bosco, en su inmensa humildad, muestra por fuera los accidentes de su rica humanidad y lleva dentro toda la gracia de Jesucristo. Como dijo Pío XI, en el decreto de la heroicidad de sus virtudes, «el promotor de todo» andaba por casa «como el último llegado, como el último de los huéspedes».

Don Bosco está con Dios: pero no lo dice, aunque lleva los rayos de la fe en su semblante: mantiene inmóvil su exterior.

Es un hombre extraordinario, con apariencias ordinarias.

Agotada la primera edición de 1931, vino una segunda edición en 1956, bajo la dirección del P. Felipe Alcántara, que prescindió de la división en partes y distribuyó la obra en 20 capítulos.

Después de cincuenta años, y atendiendo las continuas peticiones de muchos salesianos, nos atrevemos a lanzar esta tercera edición.

Conservamos el áureo texto, clásico dentro de la teoría de la salesianidad. Volvemos a su primitiva forma, dividida en las tres partes del grandioso arco de la espiritualidad bosquiana con su aurora, su cenit y su crepúsculo. Y añadimos titulillos o ladillos, que indican las materias y facilitan la lectura y búsqueda rápida de temas.

Queremos evocar el recuerdo con que don Eugenio Ceria abrió la primera edición italiana. Se encontró con Don Bosco una mañana de agosto de 1887, en un corredor del Colegio de Lanzo.

Besó su mano y le saludó afectuosamente.

Preguntóle Don Bosco, su nombre y, después de oírlo, añadió sorprendido:

—¡Oh! Me alegro...

Una visita inesperada cortó la ilusionada esperanza de Ceria.

También a nosotros nos gustaría oír hoy de labios del mismo Don Bosco tales palabras: Me alegro...

Me alegro de este trabajo; bendiga el Señor vuestro esfuerzo y haga que sea fructífero. ¡Me alegro!

Basilio BUSTILLO

Introducción

Para las almas sencillas, es el santo el hombre de las visiones, de las profecías, de los milagros; mas éstos son dones carismáticos, no esenciales a la santidad, sino queridos por Dios en su Iglesia, desde su origen, como testimonio perenne de su divina virtud, y como medios extraordinarios para despertar, o volver a despertar, o mantener despierta en la mente humana la idea de las cosas celestiales.

El santo es un hombre enteramente de Dios, un hombre que, según la expresión de san Pablo, *vive enteramente para Dios*¹; un hombre, pues, que en Dios busca el principio y coloca el fin de todos sus pensamientos, de todos sus afectos y de todos sus actos.

Todos los regenerados por el Bautismo han recibido en sí mismos los elementos de esta vida superior a la vida natural con la gracia que les ha sido prodigada por la infinita bondad de Dios; pero en la práctica no son muchos los cristianos que, correspondiendo perfectamente a las luces y a los impulsos divinos, consiguen tal grado de vida espiritual para que se les pueda aplicar en toda la extensión de los términos la frase del mismo apóstol: *Ya no vivo yo, vive en mí Cristo*².

El santo se nos presenta precisamente como el que vive plenamente la vida sobrenatural, en la medida, claro está, concedida a la criatura humana, de tal modo que habitualmente *su pensamiento está en los cielos*³. Mora en la tierra, pero como ciudadano del

¹ Ga 2, 19.

² Ga 2, 20.

³ Flp 3, 20.

cielo, con el corazón siempre fijo allí donde sabe que está para él toda razón de verdadero bien.

En esto consiste el espíritu de oración, entendida ésta principalmente en el sentido de ascensión, elevación, arranque afectuoso del alma hacia Dios⁴, sin que nada del mundo la distraiga de ese objeto supremo de su amor; aprendizaje aquí abajo de la vida celestial, que será la directa, la amorosa, la eterna visión de Dios.

Esto supuesto, es preciso tener el valor de confesar que no siempre las *historias* de los santos, como hoy se publican casi en todas partes, contienen realmente las *vidas* de los santos.

Los santos despliegan, sin duda también, una actividad que tiene su puesto en el marco de los acontecimientos de su época. En la parte que tomaron en ciertos órdenes de hechos, o en ciertas corrientes de ideas, verá el creyente, si se quiere, la mano de la Providencia que envía, en tiempo y lugar adecuados, héroes capaces de llevar a cabo en la sociedad misiones de alta importancia religiosa y civil. En este aspecto, no negaremos que la hagiografía moderna ha desembarazado el terreno de prejuicios inveterados que hacían que se mirara a los santos como seres caídos de la Luna, extraños a la vida, si no atacados enteramente de monomanías, que tanto se complacían en hacer pasar por misticismo, palabreja inventada por la ignorancia de la mística, o atribuida también, con burlona intención, a fenómenos de altísima naturaleza.

Sí, justo es reconocer los méritos de quienes siguen el método histórico, merced al cual en ciertos ambientes pueden hoy presentarse las figuras de los santos sin suscitar ya añejas antipatías. Pero es también innegable que, de este modo, su verdadera individualidad corre el riesgo de verse disminuida, porque queda privada de la aureola que los hace ser y nos los muestra cuales fueron.

Conviene saber distinguir ambos aspectos sin aislarlos. Al contemplar a los santos, ¿cómo es posible prescindir de la santidad? Y quien dice santidad, afirma una realidad sobre la cual resbalará la

ciencia positiva, sea histórica o psicológica, pero jamás quien tenga la vista ejercitada en la investigación de hechos pertenecientes a un orden superior, en el cual lo humano se encuentra con lo divino y en él se unen íntimamente.

He ahí por qué falsean el concepto de santidad los escritores que piensan que no vale la pena, o que es cosa indiferente, considerar al santo como a hombre de unión con Dios.

Y aquí viene como de molde añadir otra observación.

Muchas veces hemos oído o hemos leído que Don Bosco es un santo moderno.

Nos parece que es ésta una afirmación que debe hacerse con mucha prudencia y debe entenderse *con su grano de sal*. De lo contrario, puede suscitar la duda de que, como tantas y tantas cosas humanas, tenga también, andando el tiempo, necesidad de modernizarse la santidad.

Lejos de nosotros la idea de que existan dos especies de santidad. La primera, buena para los tiempos pasados y la otra, a propósito para los tiempos presentes. La acción de la gracia divina, que hace a los santos, no cambia con el transcurrir de los siglos, como ocurre con las múltiples actividades humanas, siempre en vías de modificación para adaptarse a la variabilidad de los tiempos y de las circunstancias. Ni la cooperación del hombre a la acción santificadora de la gracia divina se diferencia hoy de lo que fue ayer, cambiando de estilo a merced del capricho.

El perfecto amor de Dios, elemento esencial de la santidad, se asemeja en esto al Sol, que, desde el primer día de su creación, vivifica la Tierra, inundándola siempre de la misma dosis de luz y de calor. No se quiere decir con esto que la aludida sentencia no pueda admitir una interpretación racional, pero a condición de que se entienda afirmar tan sólo que también el santo es hombre de su tiempo y que, por consiguiente, actuando una misión de bien en un determinado período histórico, adopta modales accidentales que en otras épocas se hubieran considerado anacrónicos.

Esto no obstante, supuesta la identidad del principio inspirador de la energía informadora y del fin supremo de toda empresa, el método mismo de los procedimientos no reviste jamás caracteres

⁴ Esto es para san Juan Damasceno y san Agustín la oración del creyente cristiano.

de tan definida novedad, que casi justifique un axioma como éste: a tal época, tal santidad.

Y es precisamente este grosero error el que hay que evitar cuando se proclama a Don Bosco un santo moderno.

En estos tiempos de actividad febril el que así habla da muestras de querer elogiarlo como el santo de la acción. Como si la Iglesia, desde san Pablo hasta nuestros días, no hubiera tenido siempre santos activísimos, y como si hoy un santo de acción debiera o pudiera dejar de ser a la vez hombre de oración.

Sin vida interior no hay santidad, ni habrá jamás vida interior sin espíritu de oración. Tal es la genuina espiritualidad, ayer, hoy y siempre: acción y oración fundidas, compenetradas, indivisibles, como en el día de Pentecostés.

Un profundo conocedor de san Pablo⁵, pintándolo casi, al natural en el ejercicio de su apostolado, nos hará de él este retrato, cuya copia fiel nos parece ver reproducida en Don Bosco: «Con incomparable facilidad asocia el apóstol la mística más sublime con el más práctico ascetismo; mientras sus ojos penetran los cielos, sus pies no pierden nunca el contacto con la tierra. Nada hay encima ni debajo de él. En el momento en que se declara crucificado para el mundo y viviendo la misma vida de Cristo, sabe hallar para sus hijitos palabras que embelesan por gracia y alegría, y descien- de a las prescripciones más minuciosas sobre el velo de las mujeres, sobre el buen orden de las asambleas, sobre la obligación del trabajo manual, sobre el cuidado de un estómago débil. Por eso su espiritualidad ofrece a los corazones más humildes un alimento siempre delicioso, y a las almas más selectas una mina inagotable de profundas meditaciones.»

Y, si desde los orígenes del cristianismo nos trasladamos a la plena Edad Media, tropezamos con un san Buenaventura, sobre el cual su más reciente biógrafo⁶ hace esta observación, que parece también escrita para Don Bosco: «Las épocas de lucha piden hombres de altísima bondad, que, por encima de la oposición de los partidos logren pacificar los ánimos; hombres de visión clara, que sepan lo que quie-

⁵ PRAT, *Théologie de S. Paul*, vol. II, 1, 5. Beauchesne, París.

⁶ LEMMENS, *Vita di san Bonaventura*, p. 14, Soc. *Vita e Pensiero*, Milán 1921.

ren y marchen con decisión al fin propuesto: y hombres de oración para asegurar la paz en su interior y obtener luz y fuerza de lo alto.»

Así pues, la espiritualidad de los santos, siempre antigua y siempre nueva, no experimenta metamorfosis ni por la sucesión de los siglos ni por el cambio de las costumbres.

Desgraciadamente, los hombres apostólicos y los cristianos versados en las sagradas disciplinas, puestos con frecuencia en el trance de discurrir sobre cosas espirituales, con la mayor facilidad creen que son lo que dicen. Pero una cosa es decir y otra hacer. Se puede discurrir admirablemente sobre la vida espiritual, sin vivir espiritualmente.

En las páginas siguientes los sacerdotes dedicados especialmente a los sagrados ministerios hallarán, si Dios quiere y gracias a Don Bosco, alguna luz, algún estímulo que les permita hermanar el *hacer* con el *decir*⁷, de modo tal que la práctica preceda, acompañe y siga a la enseñanza. Conchas, no simples canales, nos quiere san Bernardo⁸. Y los seglares que, inmersos en sus tareas laborales, no pierdan de vista los intereses del espíritu, leerán con no poco provecho los ejemplos de tan infatigable trabajador que, en el «maremagno» de sus preocupaciones poseía el arte de transformar en oración las obras de sus manos, actuando con naturalidad incomparable el *orar siempre sin desfallecer*⁹.

Nada decimos de las personas religiosas, porque éstas, como poseen la inteligencia de las cosas espirituales, de lo poquísimo que podremos exponer ante ellas, adivinarán mucho más de lo que nuestros pobres ojos pudieran descubrir.

El espíritu de oración es la atmósfera del cristiano. *Derramaré, dice el Señor, sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y oración, y pondrán sus ojos en mí*¹⁰.

La difusión de este espíritu, empezada el gran día de Pentecostés, duró, dura y durará perennemente en el seno de la Iglesia, formando como el aire que en ella deben respirar los fieles.

⁷ Hch 1,1.

⁸ Sobre el Ct, sermón 18.

⁹ Lc 18,1.

¹⁰ Za 12,10.

Los santos lo respiraron en toda su pureza, sin interrupción, a pleno pulmón. Vivificados por su influjo y *fortalecidos por su virtud en el hombre interior*¹¹, han ido eliminando de sí las obras de la carne, enumeradas por el apóstol en la carta a los cristianos de Galacia, y recibiendo a cambio los frutos del Espíritu, a saber, al decir del mismo apóstol¹², *caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad*. Esto es lo que él llama *vivir del Espíritu y caminar en el Espíritu*; esto es lo que entiende cuando dice *estar repletos de toda la plenitud de Dios*.

¡Hermosísimos conceptos! ¡Pudiéramos también nosotros entenderlos perfectamente *con todos los santos*, pero, especialmente aquí, con Don Bosco y en su escuela!

Para la división de la materia, tomaremos la idea de una luminosa imagen bíblica¹³. *La senda de los justos* es parangonada por el Espíritu Santo *con una luz brillante, que va en aumento y crece hasta el mediodía*. Verdaderos *hijos de la luz*¹⁴ son los santos *lumbreras en el mundo*¹⁵, que avanzan de *claridad en claridad* hasta la perfección¹⁶, llegando en *sus ascensiones*¹⁷ a la altura donde *brillarán como el Sol en la presencia de Dios*¹⁸.

Distinguiremos, pues, en la vida de Don Bosco tres fases o períodos, que podemos comparar a la aurora, al mediodía y al luminoso ocaso, o mejor dicho, preludio inmediato del paso del firmamento de la Iglesia militante a *los cielos de los cielos*¹⁹, a los altísimos firmamentos de la Iglesia triunfante. Por último, hablaremos de los dones sobrenaturales gratuitos que en él brillaron, y que, si no son medios necesarios para llegar a la unión con Dios, sirven al menos, cuando son reales, para revelar su grado.

¹¹ Ef 3,16.

¹² Ga 5,19-20.

¹³ Pr 4,18.

¹⁴ Jn 12,36; Lc 16,8.

¹⁵ Flp 2,15.

¹⁶ 2Co 3,18.

¹⁷ Sal 83,6.

¹⁸ Mt 13,43.

¹⁹ 1Re 8,23.

Entre tanto, nuestro corazón palpita de alegría pensando que, desde la gloria de los santos, nuestro querido Padre, no nos iluminará ya solamente los caminos del destierro con la luz de sus enseñanzas y de sus ejemplos, sino que se constituirá en nuestro valioso intercesor cerca de Dios, para que también a nosotros se nos conceda la gracia de llegar felizmente a la patria celestial.

PRIMERA PARTE

Al despertar la aurora

*«¿Quién es ésa que se asoma como el alba,
hermosa como la Luna y límpida como el Sol?»*

(Ct 6,10)

Capítulo 1

EN FAMILIA

En la vida espiritual se deslizan momentos de gracia, en los cuales el alma tiene intuiciones imprevistas, rápidas y saludables. Imprevistas decimos en cuanto al acto en sí mismo de la facultad cognoscitiva. Pero, si bien *el Espíritu sopla donde quiere*¹, ordinariamente hablando, en cosas de tal género, el modo de percibir inmediato y seguro suele presuponer preparaciones interiores más o menos largas, más o menos advertidas, consistentes sobre todo en la fiel correspondencia a los dones sobrenaturales.

Su precoz idea sobre la piedad

Siendo aún niño de once años, Juan Bosco tuvo uno de esos relámpagos reveladores. Por arcanas inclinaciones del corazón aficionóse a un digno sacerdote, y se puso con filial confianza en sus manos. De aquella escuela de corta duración reportó una preciosa enseñanza: entendió que era bueno para el alma «hacer cada día una breve meditación». Dos frutos sacó al instante de esta clara visión: «gustar lo que era la vida espiritual», y no proceder ya «como máquina que hace lo que hace sin saber la razón».

Así lo escribe él mismo en sus «Memorias» inéditas*, redactadas por orden de Pío IX para provecho de sus hijos.

Pero, en el lugar citado, no debemos pasar por alto una palabrita muy significativa brotada de su pluma, allí donde dice que «antes procedía más bien materialmente» que atenúa el adverbio siguiente. Así pues, existía ya en el niño la idea de la espiritualidad, vaga e indeterminada, si se quiere, pero distinta de lo que es materialidad en el obrar. Lo que mayormente nos sorprende es el ver en

¹ Jn 3,8.

* Posteriormente a la anterior edición, vieron la luz en español esas «Memorias». Véanse en SAN JUAN BOSCO, *Obras fundamentales*, de la BAC, pp. 345-495. (N. del T.).

edad tan tierna la noción precoz de la piedad que deberá ser la suya y la de los suyos: la armónica concordancia del *ora et labora*, esto es, la oración como alma de la acción.

En el hogar

Ya antes había aprendido de su madre el aprecio a la oración.

En la familia rural piemontesa de los buenos tiempos antiguos, las costumbres cristianas, conservándose intactas a pesar de extrañas infiltraciones, se perpetuaban pacíficamente de generación en generación en torno del viejo hogar, testigo así de las alegrías íntimas, sencillas y fecundas, como de los rezos comunes cotidianos con que aquellas gentes laboriosas y honestas terminaban sus jornadas, rezando el rosario delante del cuadro de la Virgen de la Consolación. La casa merecía en verdad el nombre de santuario doméstico.

En ambiente tan sano, una mujer de altísimo sentido, como nos consta que fue la madre de Juan, era maestra insuperable de religiosidad vivida, máxime cuando, como en nuestro caso, a la fuerza educativa del ejemplo podía unir la eficacia comunicativa de la palabra.

En efecto, sabemos que, con la espontaneidad propia del lenguaje materno, fue infundiendo en él, desde su más tierna edad, el sentimiento vivo de la presencia de Dios, la ingenua admiración de sus obras en la creación, la gratitud por sus beneficios, la conformidad con su santa voluntad y el temor de ofenderlo. Nunca quizás una escuela materna halló natural más dócil de hijo para recibir sus enseñanzas.

Así, cuando del humilde hogar materno empezó el niño a ir a la santa Casa del Señor, las ascensiones infantiles del corazón tomaron nuevos vuelos hacia las cosas celestiales. El estudio de su admirable vida nos autoriza a aplicarle las palabras del Eclesiástico: *«Siendo aún yo jovencito, antes de tropezar en el error, busqué la sabiduría con la oración. Yo la estaba pidiendo en el atrio del templo... y ella floreció bien pronto en mí como la vid temprana»*².

² Si 51,18-19.

En los días festivos, los divinos oficios, a los cuales iba siempre con alegría y asistía con devoción, de tal modo lo enfervorizaban que la suave impresión vibraba en su alma por toda la semana. En efecto, abundan los testimonios de personas que lo conocieron de niño, y aseguraron que durante sus ocupaciones campesinas, a las que pronto se tuvo que dedicar, prorrumpía con frecuencia en plegarias, o resonaba en la solitaria colina su argentina voz con el canto de himnos sagrados. Construía también altarcitos, como suelen hacerlo los muchachitos, y adornaba con flores y ramas la imagen de la Virgen; pero, lo que ya no suelen hacer los otros de su edad, llamaba allí a cuantos compañeritos podía, para rezar, cantar y repetir devotamente las ceremonias vistas en la iglesia.

Su celo infantil

La palabra de Dios lo atraía. En los catecismos y sermones no perdía sílaba. Después, toda ocasión era buena para reunir gente, subirse a un banco, y en camisa y descalzo, pero con fidelidad de memoria y entero dominio de sí mismo, repetir los sermones domingueros del párroco o referir hechos edificantes, aprendidos y guardados al efecto.

No dejaba de intercalar algunos rezos y, si era el caso, hacía también rezar a la pequeña turba de aldeanos las oraciones de la noche. Tanto celo por el bien venía en él suscitado y avivado por el creciente espíritu de unión con Dios y acrecido por un filial afecto hacia Él. Este afecto, ya en tan tierna edad, no sólo le movía a amar a Dios,teniéndolo unido a Él con un dulce y siempre más estrecho vínculo de amor; sino también a desear verle amado y contribuir a hacerlo amar.

Primeras penitencias

Medio eficacísimo para esta unión dicen los maestros de la vida espiritual que es la mortificación cristiana, o sea, morir uno a sí mismo para vivir de la vida de Jesucristo y de Dios. Entonces, las almas que se sienten con más fuerza transportadas hacia Dios en-

tréganse a la mortificación casi por un irresistible instinto de amor.

Al ver que los santos viven gozosos entre voluntarias privaciones y padecimientos, el mundo ignaro se pregunta asombrado: ¿Para qué este despilfarro? ¿Por qué tanto desprecio de los bienes y comodidades materiales? La contestación es tan antigua como la pregunta; hace tiempo que ya la dio san Pablo: *Los que son de Cristo, han crucificado su propia carne*³. Los resucitados con Cristo a la vida del Espíritu, sacrifican de buen grado la carne para vivir según el Espíritu. La experiencia enseña, además, que así se desarrolla el espíritu de oración, como que de allí procede la fecundidad del bien obrar.

Y ved cómo Juanito había comprendido ya espontáneamente este gran secreto de la perfección cristiana aun antes de encontrarse con el sacerdote que le enseñó a meditar. Así, escribe en las citadas *Memorias*: «Entre otras cosas me prohibió enseguida una penitencia que solía hacer, porque no se adaptaba a mi edad y condición.» En cambio, lo alentó a frecuentar los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Primera comunión

El año antes del feliz encuentro había hecho su primera comunión. Tenía diez años. Fue precisa una hermosa y buena excepción en la rígida costumbre de no admitir a ella a nadie antes de los doce o catorce años. Pero esta vez el que iba a comulgar, se presentaba a la sagrada mesa tan bien preparado, que el párroco, *salvando todos los obstáculos*, cerró un ojo con resolución.

Escribe Don Bosco: «Parecióme que, desde aquel día, se produjo cierto mejoramiento en mi vida.»

Duras pruebas

Desgraciadamente, el fructífero trato con el buen sacerdote de Dios, que poco a poco lo encaminaba por la senda de la piedad y el

³ Ga 5,24-25.

saber, fue bruscamente truncado por; la muerte. Duras pruebas esperimentaban al hijo tan querido de Margarita.

Hasta entonces todo lo llenaban la casa y la iglesia; ahora debía dejar el techo materno y entrar en casa ajena para servir a un amo como mozuelo de labranza. Rico de ingenio y de felicísima memoria, viose obligado a malgastar tan prometedoras energías en los duros trabajos de la tierra. Dios lo quería así, para que levantase un edificio de sólidas virtudes sobre la buena base de la humildad.

La oración era su alimento y su consuelo. La oración y alguna cosa más. Cada sábado pedía respetuosamente licencia a sus amos para ir a la mañana siguiente a una aldea que distaba una hora de camino, a fin de «oír» la primera misa que allí se celebraba muy temprano. ¿Por qué tanta premura, si más tarde asistía siempre a la misa parroquial y a las demás funciones?

Iba allí tan temprano para confesarse y comulgar. Dos años enteros hizo lo mismo todos los domingos y fiestas. ¡Gran cosa en aquellos tiempos rigoristas de influjo jansenista! ¡Más grande todavía para un jovencito tan alejado de los suyos, en tan especiales condiciones de vida, y no ciertamente animado a tanto por ejemplos extraños y ajenas sugerencias!

Piedad vivida

Sí, tan grande amor a Jesucristo Sacramentado es señal manifiesta de no común adelanto en el espíritu de oración. Las disposiciones internas que en su ánimo producía, se revelan después fácilmente en su conducta, en sus actitudes y en sus palabras. Las pruebas aportadas a los procesos por los supervivientes de la familia, en la cual el querido mocito prestaba sus servicios, no dejan la menor duda sobre este punto. Jamás tuvieron, ni siquiera pudieron imaginar tener un servidor tan obediente, laborioso y ejemplar. Cumplíanse en la casa los deberes del bueno cristiano con la regularidad de las inveteradas costumbres domésticas, tan arraigadas siempre en las familias del campo, mucho más en aquellos tiempos de vida sanamente campesina; mas el tierno servidor rezaba ordinariamente de rodillas, rezaba con más frecuencia que los de-

más y rezaba largo rato. Fuera de casa, mientras apacentaba las vacas, encontraronlo ora absorto en oración, ora leyendo el catecismo, su libro de meditación.

En una ocasión se le vio de rodillas, inmóvil, con la cabeza descubierta bajo la fuerza del sol, tan absorto que, llamado repetidamente no dio señales de darse por entendido; y cuando lo sacudieron, advirtiéndole que no volviera a dormir al sol, respondió que no dormía...

Cierto día el anciano amo de casa llegó fatigado del campo, y como viese al jovencito que de rodillas rezaba tranquilamente el *Angelus*, se picó y se le quejó como si descuidase el trabajo para pensar, decía, en el paraíso. Juan, así que terminó devotamente su plegaria, acercóse a él y respetuosamente le respondió: «Usted sabe perfectamente que yo no rehúyo el trabajo. Sin embargo, ciertamente se gana más rezando que trabajando. Si se siembran rezando dos granos, nacen cuatro espigas; pero, si se siembran sin rezar cuatro granos, sólo nacen dos espigas.»

Penetrado de tales sentimientos, ¿es de maravillar que se notase en él, como lo afirmaron testigos oculares, serenidad de modos, igualdad de ánimo, prudencia en las observaciones, reserva en el trato, aborrecimiento de todo cuanto pudiese, no ya empeñar el candor del alma, sino tan sólo desdecir de un jovencito sinceramente cristiano? Y no descuidaba el bien de los niños, sino que los divertía y catequizaba y los llevaba a rezar. El párroco, con el cual se confesaba los domingos, lloraba de consuelo al ver cómo, gracias a las «industrias» de aquel pobre mocito campesino, reflorece la piedad en la porción más escogida de su grey. El hecho es que, después de la partida del pequeño apóstol, aquel excelente pastor no tuvo que hacer más que continuar por sí mismo aquellas reuniones para formar un verdadero oratorio festivo.

De Domingo Savio a sus doce años, escribirá san Juan Bosco que quedó «no poco maravillado al ver el trabajo que la gracia divina había obrado en él en tan tierna edad» (*Vida de Domingo Savio*). El mismo sentimiento se despierta en nosotros al considerar, a la vista de las declaraciones juradas de sus contemporáneos y paisanos, toda la conducta de Juanito Bosco.

Devoción a María

Juan se fue de allí porque día y noche le acuciaba la idea de los estudios. El vía crucis fue todavía largo y doloroso. En el desalentador alternar de esperanzas y decepciones, experimentó mucho más que en el pasado la eficacia de la exhortación de san Bernardo: «Mira a la estrella, invoca a María». Había mamado desde la infancia la devoción a María Santísima. En circunstancias solemnes o en momentos críticos, le recomendaba su madre: ¡Sé devoto de María!

A medida que ahondaba en el conocimiento de las cosas divinas, gustaba cada vez más la dulzura de esta devoción, hecha de absoluta confianza y de filial amor, tan predicada y practicada por los santos, tan cara a las almas piadosas. Una capillita solitaria dedicada a la Virgen en lo alto de la colina que domina a Castelnuevo, se convirtió entonces para él en meta de frecuentes visitas. Iba allá, bien solo, bien acompañado de sus jóvenes amigos. De aquellas peregrinaciones de su primera adolescencia al minisantuario mariano, sacó tan indeleblemente grabado en su memoria el recuerdo, que, aun al declinar de su vida, visiblemente se enternecía pensando en ellas.

La oración continua

Antes de pasar adelante, conviene que abramos un breve paréntesis para fijar con claridad el concepto fundamental de oración. Que en la vida cristiana es de suprema necesidad la oración, nadie lo pondrá jamás racionalmente en duda. De aquí que san Pablo, escribiendo a Timoteo, se la recomiende por encima de todo⁴.

La oración, además, es actitud y es acto. Como estado, consiste en la oración continua, querida por el mismo apóstol cuando dice: *Orad continuamente*⁵. Ciertamente, no es posible estar siempre actualmente fijos en Dios, pero está uno siempre en disposición de rezar merced al hábito de la caridad; el alma del justo, en posesión de la gracia santificante, y por lo mismo reuniendo en sí la condi-

⁴ 1 Tm 2,1.

⁵ 1Ts 5,17.

ción requerida para que se verifiquen las palabras de Jesús: *Vendremos a Él y haremos mansión en Él*⁶, recibe de las tres personas de la Santísima Trinidad, con su presencia, la comunicación de su vida, de tal modo que entonces se reza realmente *sin interrupción*.

A la oración así entendida, aparte los estados ordinarios y comunes, pertenecen los estados elevadísimos propios de muy pocos, los estados místicos, los estados de puro privilegio. Como acto, la oración toma cuatro formas, según nos lo insinúa el mismo san Pablo cuando inculca a Timoteo que haga *obsecrationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones*⁷; esto es, *súplicas* o plegarias de petición para nosotros; oraciones o plegarias de adoración; *votos* o plegarias de petición para otros, y *acciones de gracias* por los beneficios recibidos.

A esto queda reducida sustancialmente la teología de la oración. Ver el modo como la han vivido los santos es espectáculo que edifica y embelesa.

⁶ Jn 14,23-24.

⁷ ITm 2,1.

Capítulo 2

ESTUDIANTE

La vida de Juan Bosco experimentó una brusca mutación cuando, dejando su aldea natal, se dirigió a Chieri, y pasó de aldeano campesino a improvisado ciudadano y estudiante.

Chieri no era Turín, pero todo es relativo en este mundo.

Allí se encontraba con las insidiosas novedades de un ambiente más refinado, aparte de la independencia y la edad.

En un mundo nuevo

Ved a este jovencito campesino, criado a la vista de los suyos, más o menos alejado de ellos pero siempre cerca del nido doméstico, ignorante de todo lo que no fueran ocupaciones o satisfacciones campestres, avezado a no tratar más que con personas conocidas, trasladado súbitamente a un centro ciudadano, entre usos y costumbres de otro mundo, desconocido en medio de desconocidos. Añadid que este jovencito toca ya el punto crítico de la adolescencia, que está dotado de genio vivaz y se da cuenta de que en su cuerpo vibra un espíritu. Imaginad también que llega del campo a la ciudad para sumergirse en una población alocada de estudiantes de bachillerato, y decid si no era esto suficiente para que se repitiese el caso de «los trabajos de Hércules».

Pero Juan se encaraba con aquellos riesgos imprevistos, fortalecido de antemano, además de su santo fin y de su humilde pobreza, con su esclarecida piedad, la cual cubre la juventud con un escudo contra el que se embotan los dardos más hostiles.

Tiene por guía la piedad

Esta piedad, que es buena para todo¹, porque nos muestra todas las cosas en su verdadera luz², que es la luz divina, guió sus primeros pasos, que suelen ser los más peligrosos, acompañándole en sus primeras relaciones y aconsejándole en la selección de sus primeros compañeros.

Oigámosle a él mismo: «La primera persona que conocí fue un sacerdote de venerable y querida memoria. Me dio muchos y buenos consejos para mantenerme apartado de los peligros; me invitaba a ayudarle a misa, y esto le proporcionaba ocasión para darme diariamente algún buen consejo. Él mismo me presentó al jefe de estudios... y a los profesores... Interiormente dividí a los compañeros en tres categorías: buenos, indiferentes, malos. Estos últimos debía evitarlos en absoluto y siempre, apenas conocidos; a los indiferentes tratarlos por cortesía y necesidad; con los buenos, contraer amistad, pero familiaridad solamente con los óptimos, si encontraba alguno que realmente lo fuera. Tal fue mi firme resolución. Pero tuve que luchar no poco con los que yo no evaluaba como buenos... Me libré de esa cadena de desgraciados evitando rigurosamente su compañía, tan pronto como tenía ocasión de conocerlos.»

Un confesor fijo

Orientado suficientemente en las relaciones más indispensables, la misma piedad le dirigió en la consecución de lo que mayormente le urgía.

«La más preciada de mis venturas —escribe— fue la elección de un confesor fijo en la persona de un canónigo de la Colegiata. Acojióme con gran bondad siempre que a él me dirigí, y aun me alentaba a que me confesara y comulgara con más frecuencia. Era cosa muy rara en aquellos tiempos encontrar alguien que alentara a frecuentar los sacramentos... El que iba a confesar y a comulgar más de una vez al mes, era considerado como de los más virtuo-

¹ 1 Tm 4,8.

² Jn 1,9.

sos, y muchos confesores no lo permitían. Mas yo creo que debo a aquel confesor el no verme arrastrado por los compañeros a ciertos desórdenes que los jóvenes inexpertos tienen que lamentar a menudo en los grandes centros escolares.»

Sociedad de la Alegría

No sólo no le arrastraron los compañeros a ciertos desórdenes, sino que logró mantener a muchos en el buen camino. Un joven piadoso que sobresalga en la escuela y no tenga sombra de ostentación, con que tenga un poco de iniciativa, se gana los corazones de sus condiscípulos con increíble facilidad. Así Juan se conquistó en breve tiempo tanta estimación y benevolencia entre el elemento juvenil de Chieri, que logró fundar una asociación denominada *Sociedad de la Alegría*, cuyo reglamento se componía de dos artículos: evitar toda conversación y toda acción que desdijese de un buen cristiano, y cumplir exactamente los deberes escolares y religiosos.

Todo socio tenía la obligación de buscar libros e ingeniar juegos para mantener la alegría entre los compañeros; estaba prohibido lo que pudiera engendrar melancolía y, sobre todo, lo que no estuviera conforme con la ley de Dios. Los miembros de la sociedad asistían los domingos al catecismo en la iglesia de los jesuitas, y durante la semana se reunían en casa de uno o de otro, con libertad de concurrir cuantos quisieran, y allí pasaban el rato en amena diversión, con reflexiones piadosas y lecturas religiosas. Rezaban, se daban buenos consejos y se avisaban mutuamente de los defectos de que se hubiesen dado cuenta directamente, o que hubieran oído comentar.

Además de estas amigables diversiones, «íbamos —escribe Don Bosco— a escuchar los sermones, a confesarnos con frecuencia y a comulgar». Así pues, la alegría era para él medio excelente para servir al Señor³.

No pretendemos emplear el tono de la edificación; la admiración brota de los mismos hechos. Encontramos, por la misericor-

³ Sal 99,1.

dia de Dios, jóvenes piadosos a menudo; pero jóvenes de piedad tan activa, que, no satisfechos de *caminar con Dios*⁴, sientan el impulso habitual, casi la necesidad imperiosa, de llevar a Dios las almas de los demás, o de acercarlas más a Dios, rarísima vez se encuentran.

Juan Bosco alimentaba dentro de sí una piedad semejante al bien, del cual se dice que es por naturaleza *difusivo*. Ver una persona, y pensar al punto en hacerla buena, o en mejorarla en el sentido más estrictamente cristiano de la palabra, debía constituir un día el programa de su vida sacerdotal; pero ya era el afán de sus años juveniles. Lo hemos visto en acción con sus compañeros y condiscípulos; mas no se trata aquí de una biografía; basta poner de manifiesto el lejano anuncio de la que fue nota característica de su espiritualidad.

Apostolado precoz

Al llegar a este punto, ¿quién sabe si algunos lectores desconfiados, descubriendo en el joven Bosco la propensión innata de aparecer en público, y examinando de nuevo sus clamorosas proezas de prestidigitador y de acróbata, se sentirán tentados de expresar ciertas reservas sobre el móvil secreto de tales obrares? ¿Acaso no se mostrarán aquí pequeñas ambiciones de popularidad y gustos teatrales, difíciles de conciliar con las exigencias de la vida interior y con el *huye del tumulto* y el *ama la vida oculta* de la ascética tradicional?

Para disipar semejantes dudas, bastaría examinar los fines, los modos, las circunstancias y los efectos. Pero nos limitaremos a unos hechos. El espíritu que le anima es siempre el mismo, hable con quien hable y trate con quien trate; es el ardor de un alma piadosa, solícita del bien espiritual del prójimo.

El hijo de la patrona, un trasto como pocos, es la desesperación de todos; Juan se hace amigo suyo, lo lleva poco a poco a la práctica de la piedad, hasta que hace de él un joven excelente. Frecuenteando la catedral, traba conocimiento con el sacristán mayor, ya

⁴ Gn 5,24.

adulto, enteramente ajeno de estudios, corto de ingenio y de medios y absorbido por su mucho trabajo, pero deseoso de ser sacerdote. Juan, sin la menor retribución, con heroica caridad se presta a darle clase cada día; esta labor dura dos años, hasta que lo deja preparado para vestir el traje talar. Contrae amistad con un hebreo de dieciocho años, lo decide a recibir el bautismo, lo instruye ocultamente, vence la obstinada oposición de sus padres y de sus otros creyentes judíos, hasta que lo acompaña a la fuente bautismal.

Es, en realidad, bien precoz la fecundidad del apostolado que hasta aquí hemos podido admirar. Pero ella nos suministra una prueba de su no menos precoz unión con Dios. Nadie ignora que de poco sirve saber obrar y hablar, si falta el previo recogimiento en la oración que, con el ejemplo, es medio indispensable en el apostolado.

Amistad con Comollo

El conocido refrán «Dime con quién andas y te diré quién eres» confirma muy bien lo que decimos, aplicándolo a la amistad de Juan con un estudiante santo. Tal era la fama que había precedido la llegada de Luis Comollo a Chieri. Apenas Juan tuvo noticia de ella, ardió en deseo de conocerlo; y, enseguida, se deshizo en ansias de ponerse en relación con él; una vez logrado su empeño, vio que la realidad superaba a la expectación.

Espiguemos en las «Memorias».

«Fue siempre para mí un íntimo amigo... Me dejaba guiar por él a dónde y cómo quería... Ibamos juntos a confesarnos, a comulgar, hacer meditación, la lectura espiritual, la visita al Santísimo Sacramento y a ayudar a la santa misa.»

La alusión a la meditación nos asegura su empeño en renovar cada día más y enriquecer su vida interior, con tan precioso ejercicio.

¿Y su conversación? *De la abundancia del corazón habla la boca*⁵. Hablaban de cosas espirituales. «El tratar y conversar de tales asuntos con él —escribe Don Bosco— producíale gran consue-

⁵ Mt 12,34.

lo. Se expresaba con arrobamiento del inmenso amor de Jesús al dársele como alimento en la Sagrada Comunión. Cuando discurría sobre la Santísima Virgen, veíasele enteramente dominado por la ternura y, después de relatar, o de oír contar alguna gracia temporal, al terminar, con el rostro encendido y rompiendo a veces en llanto, exclamaba: «Si María favorece tanto a este miserable cuerpo, ¿cuántos favores no concederá al alma que la invoca? ¡Ah, si todos los hombres fueran verdaderos devotos de María, de qué felicidad gozaríamos en este mundo!»

Don Bosco se atribuye aquí tan sólo la parte de oyente, pero no siempre haría de oyente mudo. Como quiera que sea, efusiones de esta naturaleza no es verosímil que ocurran, y mucho menos que se repitan mucho tiempo, si por ambas partes no son capaces los corazones de entenderlas y gustarlas.

Los cuatro años del bachillerato acabaron con éxito triunfal. Envidiables resultados en los exámenes, afectuosa estimación de los profesores, entusiasta admiración de los compañeros, generales simpatías entre la gente; no faltó, en suma, ninguna de las señales exteriores que, al anunciar el alba, pronostican el día. Pero, ¡cuántas angustias, cuántas dificultades, cuántos peligros y cuántas privaciones! Si no naufragó su constancia fue porque con la oración corría a refugiarse en el *Dios de toda consolación*. Así lo dispuso la Providencia, para que él, un día, pudiera consolar a los que se encontraran en cualquier infortunio⁶.

¿Crisis vocacional?

Pero su serenidad, jamás turbada «por el viento seco que evapora la dolorosa pobreza»⁷, viose más adelante ofuscada por una nube. En la edad de las crisis juveniles, la quisiéramos llamar crisis de vocación.

Que desde la niñez aspiraba al sacerdocio, no admite duda; de tal modo se sentía atraído al mismo, que le parecía haber nacido únicamente para ser sacerdote. Mas, en el penúltimo año de bachi-

⁶ 2 Co 1,3-4.

⁷ DANTE, *Convivio*, I, 3, 5.

llarato, asaltáronle dos temores, que cuanto más se acercaba el momento decisivo, tanto más lo debatían interiormente en un mar de ansias y perplejidades.

Por un lado, al comprender mejor la sublimidad del estado sacerdotal, se juzgaba indigno de él por la falta de adecuadas virtudes; por otro, al no ignorar los escollos del mundo, tenía miedo de naufragar si se hacía clérigo secular.

La congoja espiritual de esta lucha se trasluce en el amargo acento con que, muchos años después, exclama en sus «Memorias»:

«¡Ah si entonces hubiese tenido un guía que hubiese cuidado de mi vocación: hubiera sido para mí un gran tesoro; pero este tesoro me faltaba!» En efecto, su excelente confesor, que procuraba hacer de él un buen cristiano, no quería saber nada de cosas de vocación.

Reducido a buscar consejo en sí mismo, recurrió a libros que trataran de la elección de estado. Un rayo de luz pareció iluminar su espíritu.

«Si me hago clérigo secular —se dijo—, mi vocación corre gran peligro. Abrazaré el estado eclesiástico, renunciaré al mundo, entraré en un claustro, me entregaré al estudio, a la meditación y, en la soledad, podré combatir las pasiones, especialmente la soberbia, que en mi corazón había echado muy hondas raíces.»

¿Franciscano?

Pidió, pues, ser admitido en los Franciscanos, los cuales, conocedores de su ingenio y piedad, lo aceptaron de buen grado. Pero su corazón no estaba tranquilo. Añádase que personas benévolas y serias, a las cuales había abierto su interior, echaron mano de todos los resortes para distraerlo del propósito de hacerse religioso, y lo exhortaban vivamente a que entrase en el seminario. Con ello crecía su ansiedad.

La Providencia dispuso que se animara a consultar a san José Cafasso, entonces joven sacerdote, que gozaba ya de gran reputa-

ción por el don de consejo. Este, después de oírlo atentamente, le dijo que siguiera sus estudios y, al acabar, entrara en el seminario.

A pesar de estas angustias interiores, su vida externa se desenvolvía como si nada le ocurriese, entre estudios, ejercicios devotos, sus apostolados y sus trabajos manuales para ganarse la vida, de modo que nadie se dio cuenta de sus penas interiores. El pensamiento de Dios, cuando se enseñoorea de un alma, la hace dueña de sí misma, y, por tanto, se muestra habitualmente serena en sus manifestaciones exteriores, aun cuando su interior se vea agitado por la turbación.

La autoridad de don José Cafasso puso por el momento silencio a sus dudas; pero luego, entregado a nuevas lecturas sobre la vocación, comenzó de nuevo la lucha consigo mismo. Hubiera vuelto a llamar a la puerta de los Franciscanos, si cierto suceso, no sabemos cuál, que le ocurrió, no hubiese apresurado el epílogo; sólo nos dice que, en vista de que se multiplicaban los obstáculos, resolvió exponerle todo a Comollo.

En realidad, no deja de extrañar que, para comunicar al amigo su drama interior, se necesitase tanto tiempo y tan madura deliberación. Pero la buena intimidad no constituye por sí misma un título de competencia en materias tan delicadas; por otra parte, Juan, con toda su riqueza de ideas y su facilidad en comunicarlas, estaba muy lejos de ser un joven locuaz. Desde entonces oraban juntos, juntos se acercaban a los Santos Sacramentos y, de común acuerdo, consultaron por escrito a un eximio sacerdote, tío de Comollo. Este, precisamente el último día de una novena a la Virgen, respondió así al sobrino:

«Considerado todo atentamente, pareceme que tu compañero debe suspender su entrada en un convento. Vista el hábito talar y, mientras continúa sus estudios, conocerá mejor lo que Dios quiere de él. No tenga temor alguno de perder la vocación, porque con el retiro y las prácticas de piedad, superará todos los obstáculos.»

Estudio, retiro, piedad; ¿no fue siempre ésta su vida en Chieri? Como don José Cafasso, también su párroco opinaba que ingresara en el seminario, relegando a una edad más madura el decidirse o no por la vida religiosa. Serenado el horizonte, «me apliqué seriamente —escribe— a cuanto me podía ayudar a prepararme para vestir el hábito clerical».

Recibe la sotana

La toma de hábito no fue para Juan cosa de mera ceremonia. Desde el retiro y la oración en que se supo encerrar sin aislarse —de hecho atendía a una cincuentena de jovencitos que le querían y le obedecían, según dice él mismo, como si fuese su padre—, salió espiritualmente preparado y enteramente convencido de la importancia del sagrado rito.

Los piadosos sentimientos que experimentó durante la ceremonia, palpitan con gran viveza en la paginita de las «Memorias» que felizmente nos ha conservado su recuerdo:

«Cuando el sacerdote me ordenó que me despojará de los hábitos seculares con estas palabras: *El Señor te despoje del hombre viejo con todas sus acciones*, dije en mi corazón: ¡Oh, cuánta ropa vieja tienes que quitarte! ¡Dios mío, destruid todos mis malos hábitos! Cuando al darme después el alzacuello, añadió: *El Señor te revista del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad de verdad*, me sentí profundamente conmovido y añadí entre mí: Sí, ¡oh Dios mío, haced que, en este momento, empiece una vida nueva, enteramente según vuestro divino querer, y que la justicia y la santidad sean el objeto constante de mis pensamientos, de mis palabras y de mis obras! Así sea. ¡Oh María, sed mi salvación!»

Su reglamento de vida

Para coronar la obra, escribió y se prescribió un reglamento de vida clerical en siete artículos; el sexto estaba concebido así: «Además de las prácticas ordinarias de piedad, no dejaré ningún día de hacer un poco de meditación y un poco de lectura espiritual.»

Y para que los buenos propósitos no quedaran en letra muerta, quiso obligarse a ellos con vínculo solemne, y arrodillándose ante una imagen de la Santísima Virgen, leyó cada uno de los artículos y, después de una fervorosa oración, hizo «formal promesa a su Celestial Bienhechora de observarlos, aun a costa de cualquier sacrificio».

La piedad salesiana

Habrás ya observado que piedad y espíritu de oración se alternan indiferentemente como si fueran la misma cosa. Para mejor aclarar las ideas, conviene advertir que el espíritu de oración se explica ordinariamente por el conjunto de actos con que se honra a Dios, y, en el uso corriente, caen bajo la denominación general de piedad; por consiguiente, o aquél se resuelve en ésta, o si se quiere señalar una diferencia, llamaremos espíritu de piedad a una piedad profunda, habitual y sentida.

Y, puesto que hemos entrado en este argumento, añadiremos una observación, oportuna para nosotros. Según que en la piedad se atribuya a un elemento determinado la preferencia sobre los otros, la piedad misma permitirá que se la distinga con calificativos específicos. A esta luz se ha creído poder clasificarla por órdenes religiosas, llamando, por ejemplo, litúrgica a la piedad benedictina, afectiva a la franciscana, dogmática a la dominicana, piedad de las verdades eternas a la de los redentoristas⁸.

Conformándonos con este mismo criterio, ¿cuál parece anunciarse desde ahora en la práctica de Juan Bosco la futura piedad salesiana? ¿No parecen ya dibujarse a lo lejos las primeras líneas de una piedad destinada a ganarse el título de sacramental, por la parte supereminente que tendrán en ella la Confesión y la Comunión? Merced precisamente a estos dos sacramentos, recibidos con una frecuencia hasta entonces desconocida, el Fundador de los Salesianos hará desbordar sobre sus instituciones las cataratas de la gracia.

⁸ Cf. G. CAVIGLIOLI (sobre san Alfonso María de Ligorio) en «Scuola Cattolica», nov. 1928, p. 342.

Capítulo 3

EN EL SEMINARIO

El seminario de la archidiócesis de Turín estaba entonces en Chieri. Juan Bosco entró en él el 30 de octubre de 1835, a la edad de veinte años.

Observador pronto y sagaz, el joven seminarista hízose cargo, en un abrir y cerrar de ojos, del lugar, de las personas y de las cosas. Informóse al punto de los ejercicios de piedad. Bien en cuanto a la misa, la meditación, la tercera parte del rosario, diarias; bien en cuanto a la confesión semanal; menos bien en cuanto a la comunión, que se podía recibir tan sólo los domingos y en las solemnidades especiales.

La comunión

Para acercarse a ella alguna que otra vez entre semana, era preciso cometer una desobediencia: había que aprovechar la hora del desayuno, y tomar a escondidas la puerta que daba entrada a una iglesia contigua. Pero luego, apenas terminada la acción de gracias, no había tiempo que perder para unirse a los compañeros, que se dirigían al estudio o a las clases.

Así pues, en tales casos había que estar en ayunas hasta la comida. Esta infracción del reglamento debía estar, en buen derecho, prohibida; pero, de hecho, los superiores daban tácitamente su consentimiento, ya que lo sabían muy bien, y a veces lo veían y nada decían. Así pudo comulgar con frecuencia, lo que, según él declaró, fue el alimento más eficaz de su vocación.

Su devoción a la Virgen

Nutrido con el Pan de los Ángeles, el espíritu eclesial del buen seminarista iba formándose bajo el suave influjo de su devoción a la

Santísima Virgen. Llevaba profundamente esculpidas en la memoria y en el corazón las últimas palabras que le dirigió su madre, antes de partir para el seminario.

Aldeana iletrada, poseía a pesar de ello en grado eminente aquel *sentido de Cristo*¹, que es sabiduría infusa de lo alto y aptitud para juzgar rectamente de las cosas divinas, como se ve en tantas almas sencillas con asombro de los profanos, pero sin sombra de sorpresa para quien sabe lo que son los dones del Espíritu Santo.

Juan, pues, había recibido de su querida madre esta gran advertencia: «Cuando viniste al mundo, te consagré a la Santísima Virgen; cuando empezaste tus estudios, te recomendé la devoción a nuestra Madre; ahora te encarezco que seas enteramente suyo: aprecia a los compañeros devotos de María y, si llegas a ser sacerdote, predica y propaga siempre la devoción a María.»

Recordando el sabio aviso de su madre, tuvo buen cuidado de amistar con compañeros «devotos de la Virgen, amantes del estudio y de la piedad».

Varios de aquellos compañeros que le sobrevivieron, declararon sus irresistibles invitaciones a seguirle a la iglesia para rezar las vísperas de la Virgen u otras oraciones en honor de la Madre de Dios. Otros manifestaron su fervor en traducir e ilustrar familiarmente himnos litúrgicos dedicados a María. No pocos contaron la amable complacencia con que celebraba sus glorias, refiriendo, en las horas de recreo, ejemplos edificantes.

Cuando todavía era estudiante de filosofía, consideróse muy dichoso en subir por primera vez al púlpito para pronunciar un discurso sobre la Virgen del Rosario, primicia de aquella multiforme predicación mariana, que había de constituir sus delicias hasta la muerte.

En el púlpito

Desde entonces Juan Bosco, simple seminarista, subió al púlpito varias veces, ya que, conocida su espontaneidad, se recurría a él en

¹ 1Co 2,16.

casos apurados durante las vacaciones de verano, y él no se desconcertaba ni se hacía de rogar. El hecho es digno de atención. Todos, dice un proverbio, hablan bien de lo que bien saben; *el corazón hace elocuentes a los hombres*, replica otro aforismo no menos antiguo, es decir, la verdadera facundia brota del corazón. Pero tanto el uno como el otro son exactos; y, de hecho, en el seminarista Bosco se daban la mano completándose mutuamente.

Entre los propósitos de su toma de hábito, figuraba el siguiente: «Así como en el pasado he servido al mundo con lecturas profanas, en el porvenir procuraré servir a Dios, entregándome a la lectura de cosas religiosas.»

Fijémonos bien: «de cosas religiosas», no ascéticas o espirituales, nunca entremezcladas.

Ahora bien, durante el bachillerato había leído ávidamente los clásicos italianos y latinos para enriquecer su cultura profana, o literaria, movido si se quiere por aquellos elevados sentimientos en que se inspiraba una inteligencia como la suya atraída por todo lo idealmente bello y grande. En el seminario, en cambio, aprovechaba ávidamente el tiempo para devorar obras también voluminosas de historia eclesiástica, de catequesis y de apologética. Por otra parte, sabido es que, dada su memoria tenacísima, para él «leer era retener»; así lo asegura él mismo.

Tantas lecturas, por otra parte, no sólo le servían para procurarse una ilustración árida y estéril, sino, sobre todo, «para servir a Dios», ya que, al contacto de su alma encendida en amor divino, las cosas leídas se le convertían en calor vital de fe y de celo. De aquí que en él la ciencia de la religión y la ciencia de los santos le proporcionaban recíprocas ventajas, procediendo normalmente en perfecta armonía. He aquí por qué, al presentársele de improviso la ocasión de predicar, no le faltaba ni materia ni valor, bastándole pocos instantes de oración y recogimiento para encontrarse preparado.

Siempre predicando

Por lo demás, ¿no predicaba constantemente Juan Bosco? Si, prescindiendo de la idea solemne que despierta en nosotros el verbo predicar, hacemos abstracción de un público, reunido en la iglesia

en torno a la cátedra de la verdad, y nos restringimos al elemento esencial de su significado que consiste en anunciar la palabra de Dios, ¿no será predicador todo sembrador solícito de la buena palabra? Y, en este sentido, ¡qué hábil, qué incansable predicador no fue el clérigo Bosco en el seminario de Chieri! Observémoslo.

Muchísimos jovencitos de la ciudad corren el jueves a visitarlo; baja él, se entretiene alegremente con ellos como antes, hablan de la escuela y los estudios, pero también de los sacramentos, y no los despiden sin antes haberlos acompañado a la iglesia para una breve plegaria. A los condiscípulos que veían estas cosas, y que un día las recordarían, solía repetirles: «Siempre conviene introducir en nuestras conversaciones algún pensamiento de vida sobrenatural; es una semilla que a su tiempo producirá su fruto.» En esta siembra mezclaba también pensamientos sobre la vocación al estado eclesiástico, cuando su mirada escrutadora descubría la oportunidad. Además, enseñar la doctrina cristiana a los niños podría decirse que era su pasión. No dejó jamás perder ocasión de enseñar el catecismo. Es más, se ingeniaba en buscar cuantas ocasiones pudiera para hacerlo.

Sembrador de buenas palabras también dentro del sagrado recinto. En los recreos más largos, los seminaristas de mejor conducta tenían círculos culturales; esta costumbre agradó mucho, porque, además del estudio, la encontró muy útil a la piedad. Formóse en torno suyo un grupo de íntimos, una especie de liga santa para la observancia del reglamento y para la aplicación en el estudio, y también, para enfervorizarse mutuamente en la vida espiritual.

Pero, además de estas reuniones, sus conversaciones acababan de ordinario en el tema predilecto, como sal de la que *con gracia sazónaba toda palabra*². «Hablaban con gusto de las cosas espirituales», dirá uno de los asiduos. Y contaba, además, con la vena inagotable de sus relatos con los cuales encantaba y encadenaba. «En los cinco años que fui su condiscípulo —dirá también el encanecido amigo— nunca faltó a su resolución de contar cada día un ejemplo sacado de la historia eclesiástica, de la vida de los santos o

² Col 4,6.

de las glorias de María.» La resolución aquí recordada entraba en el programa de vida clerical que ya conocemos. En suma, preciso es tener el corazón lleno de Dios, para hablar así de Dios casi cada vez que abría la boca.

Los dos amigos

El más constante de los externos en visitar al clérigo Bosco y el más esperado de todos era naturalmente, en el primer año de seminario, Luis Comollo, que frecuentaba entonces el último curso de bachillerato. Dignos siempre el uno del otro, no había entre ellos secreto alguno; amantes ambos de Dios, comunicábanse sus proyectos de una vida que debía consagrarse enteramente a la salvación de las almas. Por ello, fácil es imaginarse la buena «piña» que hicieron cuando se encontraron juntos en el seminario.

Aquí, por fortuna, las fuentes de información no escasean; merced a ellas podemos seguir más de cerca a los dos amigos, e indagar mejor la vida de seminario de Juan Bosco en lo que nos interesa. La uniformidad reglamentada hace que las jornadas del seminarista se asemejen más o menos, sin que en general sean propicias para el desenvolvimiento de iniciativas individuales. Por añadidura, el seminarista Bosco, al decir de un viejo profesor suyo, progresaba ostensiblemente en el estudio y en la piedad, pero «sin que lo pareciera, por efecto de aquella bondad, que fue después la característica de toda su vida».

De aquí que, en el seminario, pasara inadvertido a los ojos de los más, de tal modo que fueron necesarios los progresos posteriores para que los de entonces, recordando cosas remotas, entendieran lo que no había cautivado antes su atención, y dijeran, por tanto, como dijo otro profesor de Juan: «Lo recuerdo de cuando era alumno mío; era piadoso, diligente, ejemplarísimo. Ciertamente ninguno de aquel tiempo hubiera pronosticado de él lo que es ahora; pero debo decir que su digna compostura, la exactitud con que cumplía sus deberes escolares y religiosos, eran cosa ejemplar.»

Lástima que el tiempo inexorable haya disminuido tanto el número y debilitado la memoria de tan preciosos testimonios. Aprovechémonos, pues, de cuanto nos ha llegado a través de las noti-

cias seguras que poseemos sobre sus relaciones de amistad con Comollo.

Su vida de intimidad

Estudio y piedad; clase y religión; he aquí el terreno en que principalmente andaban de completo acuerdo los dos buenos seminaristas. En los jóvenes de esclarecido ingenio, el amor al estudio amenaza por tres lados a la piedad. Primeramente, la actividad mental, dominando el espíritu, lo puebla de ideas, cuya asociación distrae no poco durante los ejercicios piadosos. Luego, los buenos resultados excitan la vanidad juvenil, la cual, poco a poco, hace que se desvanezca, en los que a ella se entregan, la suave unción de la gracia. Finalmente, los estudiosos apasionados caen en la tentación de acortar la duración de la oración y de buscar pretextos para eximirse de ella en lo posible, por cuanto son propensos en considerar como perdido el tiempo no empleado en la mesa de trabajo.

En las congregaciones religiosas los clérigos pasan a los estudios después de un período de sólida preparación espiritual, que los habitúa a colocar la piedad por encima de todo; pero los seminaristas, una vez vestido el hábito talar, reanudan al día siguiente la vida de estudio, de modo que, si se afician seriamente a los libros y a los maestros, casi nada les queda para la iglesia y las prácticas de piedad, o por lo menos experimentan gran dificultad para entregarse a ellas con gusto.

Bosco superaba a su amigo en vigor intelectual, pero en el ardor por el estudio y por la piedad competían entre sí de modo maravilloso. Considerando el estudio como un deber, y no ignorando que, aun entre los deberes hay una gradación, asignaban la parte principal a los deberes para con Dios. Convencidos, además, de que para un eclesiástico el estudio es medio, no fin, y medio de segundo orden para trabajar en bien de las almas, debiendo colocar por encima de todo la santidad de vida, estaban bien lejos de subordinar al amor de la ciencia el espíritu de oración; de aquí el ayudarse mutuamente para adelantar en la vida interior.

«Mientras Dios conservó en vida a este incomparable compañero —escribe Don Bosco—, mantuve con él íntima relación. Veía en

él un santo jovencito; lo amaba por sus raras virtudes; y cuando estaba con él, me esforzaba en imitarlo en todo; y él me quería, porque yo le ayudaba en los estudios.»

Su tipo de piedad

En una sola cosa, accidentalísima, pero reveladora, mantuvo Juan Bosco su modo de ver. Luis Comollo, devotísimo del Santísimo Sacramento, se acercaba con el mayor recogimiento a la sagrada mesa, estremeciéndose en arrebatos de emoción. Después, vuelto a su sitio, parecía fuera de sí, orando entre suspiros, gemidos y lágrimas, y no se serenaba de aquellos transportes de piedad hasta que no terminaba la misa.

Juan hubiera querido que se contuviera para no llamar la atención, pero el otro respondía que si no desahogaba plenamente sus afectos, corría peligro de sofocarse. Respetó su ardiente devoción; pero, por su parte, mostrábase enemigo de cuanto tuviera asomos de singularidad o provocase extrañeza.

Su piedad, no menos ardiente, ofrecía diferente aspecto. Al ir y volver de comulgar, nada había en él de excepcional; luego, en la acción de gracias, permanecía inmóvil, el cuerpo erguido, la cabeza ligeramente inclinada, cerrados los ojos y las manos cruzadas sobre el pecho. Ni una muestra de emoción, ni un suspiro; sólo de cuando en cuando un temblor de los labios, que proferían alguna muda jaculatoria. En cambio, la fe iluminaba todo su semblante.

En vacaciones

Fuera del seminario, en los meses de vacaciones, los dos amigos se escribían no pocas cartas y se hacían mutuas visitas, en las cuales las cosas espirituales constituían el argumento favorito.

Uno de los documentos más notables acerca de sus santas relaciones, es la biografía de Comollo, fallecido en temprana edad durante el segundo año de teología. Al escribirla Don Bosco, ocultó su nombre bajo el apelativo impersonal de «íntimo amigo». Claro está que la historia debe hacer sus reservas sobre la costumbre del

autor de presentar a este «íntimo amigo» siempre y únicamente en la penumbra y a Comollo en plena luz. Tenemos otros datos para esclarecer exactamente la verdad; pero hay entre tanto una conclusión certísima, y es que eran realmente dos almas íntimamente unidas, hermanadas por la más completa conformidad de espíritu: *iguales con sus iguales*.

Hemos mencionado las vacaciones. «Gran peligro para los seminaristas —escribe Don Bosco— suelen ser las vacaciones, tanto más cuanto duraban entonces cuatro meses y medio.»

Mas él se proponía santificarlas, conservando íntegro el fervor del seminario. Fuera del primer año, que las pasó con los jesuitas de Montaldo, haciendo de repetidor de griego a un curso de internos y de vigilante en un dormitorio, en los sucesivos su tenor de vida, según resulta de testimonios y documentos autorizados, se resumía en dos palabras: huir del ocio y entregarse a prácticas de piedad.

Para no estar ocioso, dividía el tiempo entre el estudio, los trabajos manuales, aconsejados también por motivos de salud, y el repaso de las materias del curso anterior.

De los pueblos vecinos iban a visitarlo, en grupos o separados y en horas diversas, estudiantes que deseaban aprovechar mejor en las asignaturas estudiadas, o prepararse bien para el nuevo curso. Prestábase él de buen grado, pero he aquí el testimonio de un profesor que fue uno de ellos: «La primera lección era la del amor de Dios y de la obediencia a sus mandamientos, y jamás terminaba la clase sin exhortarlos a la oración, al temor del Señor y a huir del pecado y de las ocasiones de pecar.»

En cuanto a las prácticas de piedad, nada de extraordinario según su costumbre, pero fiel observancia de las propias de la vida de seminarista: meditación, lectura espiritual, rosario, visita al Santísimo Sacramento, asistencia diaria a la santa misa, frecuente confesión y más frecuente comunión. También se prestaba de buen grado a asistir a cualquier función religiosa.

Todos los domingos enseñaba con celo y eficacia el catecismo a los niños de la parroquia. Siempre que oía el toque del santo Viático se dirigía a la iglesia, que distaba tres kilómetros, se ponía el ro-

quete, tomaba la umbela y acompañaba al Santísimo. No se dispensaba de asistir a los sermones parroquiales.

Convencido íntimamente de la importancia del buen ejemplo, observaba siempre y donde quiera una actitud de compostura irrepachable, lo que hacía que sus paisanos tuvieran de él altísimo concepto.

Espíritu eclesiástico

El consolidarse en Juan el espíritu eclesiástico, que es santidad de vida interior y exterior, lo demuestran variados episodios característicos que hermocean su biografía, pero que estarían aquí fuera de lugar, aun citando únicamente los principales. En cambio, dice muy bien a nuestro propósito referir las disposiciones espirituales con que fue recibiendo las Sagradas Órdenes.

Subdiaconado

Casi al término de su carrera mortal, hablando del punto decisivo que en la vida de un eclesiástico representa el subdiaconado, nos manifiesta su ánimo con expresiones en las cuales no sabemos qué admirar más, si su extrema delicadeza de conciencia o la profundísima estimación en que tenía el estado eclesiástico, fruto las dos de la manera constante con que veía las cosas en Dios.

«Ahora que conozco las virtudes —escribe— que exige aquel importantísimo paso, me convenzo de que no estaba bastante preparado; mas como no tenía quien se cuidase directamente de mi vocación, pedí consejo a don José Cafasso, quien me dijo que fuera adelante y confiara en su palabra. En los diez días de ejercicios espirituales que hice en la Casa de la Misión de Turín, hice la confesión general a fin de que mi confesor tuviera idea clara de mi conciencia y me diera el oportuno consejo. Deseaba terminar mis estudios, pero me estremecía al pensar que tendría que ligarme por toda la vida; por eso no tomé una resolución definitiva sino después de tener el pleno consentimiento del confesor. Desde entonces fue mi mayor empeño poner en práctica el consejo del teó-

logo Borel: "Con el retiro y la comunión frecuente se conserva y se perfecciona la vocación".» El buen sacerdote turinés había contestado así a una pregunta suya durante una tanda de ejercicios espirituales que impartió en el seminario.

Presbiterado

Con estas expresiones concuerdan también las noticias de que somos deudores a un carísimo condiscípulo suyo e íntimo amigo, convertido más tarde en su confesor hasta el día de su muerte.

Deponiendo sobre los ejercicios espirituales que hizo el diácono Bosco en su preparación al presbiterado, nos habla en estos términos:

«Hízolos de un modo edificante. Estaba poseído, por modo extraordinario, de las palabras del Señor que oía en las pláticas, y especialmente de las expresiones que indicaban la gran dignidad de que iba a verse investido.» Como recuerdo perenne de aquel sagrado retiro, escribió en su libretita nueve propósitos, el penúltimo de los cuales decía: «Cada día dedicaré algún tiempo a la meditación y a la lectura espiritual. Durante la jornada haré breve visita, o por lo menos una plegaria, al Santísimo Sacramento. Haré por lo menos un cuarto de hora de preparación y otro cuarto de hora de acción de gracias a la santa misa.»

Su plan de vida sacerdotal

Este segundo programa de vida no añadía nada sustancialmente nuevo al otro ya conocido; sólo modificaciones accidentales requeridas por las circunstancias. Es que Don Bosco no procedió nunca por tanteos, como quien camina a oscuras, ni aun en los primeros albores de su razón. Si fuera lícita una pequeña agudeza de las que tanto agradaban a Don Bosco, diríamos que en él no tardó, como en los demás, en apuntar la muela del juicio.

De hecho, desde que la edad encendió en su alma el primer destello de razón, descubrió al punto el camino exacto que debía seguir, y por él entró resueltamente, avanzando siempre con los medios que sucesivamente su buen discernimiento natural, avalorado

con la divina gracia, le indicaba como mejores. Mas ambos programas descansan, por decirlo así, sobre las cuatro columnas sobre las que se irá levantando la santidad de Don Bosco: trabajo y oración, mortificación interior y exterior, y además, como él se complacerá públicamente en expresarse en lo sucesivo, la bella virtud.

En el nuevo programa se delinea mejor la parte reservada a la acción. Ya sacerdote, ateniéndose a estas resoluciones, jamás irá Don Bosco de paseo sino por grave necesidad, para visitar enfermos o algo parecido; empleará rigurosamente bien el tiempo; «padece, obrar, humillarse en todo y siempre, cuando se trata de salvar almas»; no dará al cuerpo más que cinco horas de sueño cada noche; en toda la jornada, especialmente después de la comida, no se concederá ningún descanso, fuera del caso de enfermedad. Pero la acción no se verá nunca desamparada de la oración; como en el pasado, la meditación tendrá siempre su puesto en la actividad de cada día.

Sí, en la meditación cotidiana el sacerdote, asediado de múltiples ocupaciones, hallará el espíritu de recogimiento y de oración, del cual tendrá estrecha necesidad para mantener viva la fe, y estar habitualmente unido al Sumo Sacerdote Jesucristo, cuyo ministro es, y para recibir copiosas gracias en el ejercicio del sagrado ministerio.

Jamás, pues, Marta sin María en la vida sacerdotal de Don Bosco. Ora será Marta orante, ora María operante; Marta en oración mientras dure para él el período de la actividad más intensa, y María en la acción hacia el ocaso de sus días, cuando esa actividad quede reducida a sus límites mínimos; pero tanto, en uno como en otro tiempo, jamás olvidará el *orad sin interrupción*.

SEGUNDA PARTE

Sol en su cenit

*«Aquel día, haré ponerse el Sol a mediodía y,
en pleno día, oscureceré la Tierra»*

(Am 8,9)

Capítulo 1

EN LOS PRINCIPIOS DE SU MISIÓN

Para determinar la constitución sustancial de un astro se valen los físicos de un admirable procedimiento: hacen pasar a través de un prisma la luz que irradia el astro. El haz de rayos luminosos al atravesar el prisma se descompone, produciendo una lista alargada y disparmente coloreada, que se proyecta sobre una pantalla blanca, y se llama espectro. El análisis de los colores que componen el espectro permite al observador adivinar la naturaleza del astro de que proceden. A tal inmensa distancia no hay hasta el día de hoy otro medio para conocerlo.

Ordinario en lo extraordinario

En Don Bosco, alma llena de Dios, el espíritu de oración no tenía manifestaciones tales que ofreciesen la percepción inmediata de su naturaleza e intensidad. Para conocer su carácter y medir su grado, es necesario someter a diligente examen los obrares de su vida ordinaria.

Pocos hombres fueron tan extraordinarios bajo tan ordinarias apariencias. En las cosas grandes como en las pequeñas, siempre la misma naturalidad, que a primera vista no revelaba en él nada más que a un buen sacerdote. Al principio, sólo los que por convivir con él podían tener facilidad de darse cuenta del dominio que tenía de sí mismo en cualquier momento, o encuentro, o accidente, o empresa, y tenían, además, mirada perspicaz para discernir la eficacia de su modo de obrar, o bien quien poseía la difícil intuición que distingue al punto un hombre de otro, como le ocurrió a Pío XI, concebían de Don Bosco toda la admiración que merecía.

¿Qué maravilla, pues, si alguno tardó en comprenderle, o si otros lo comprendieron mal, o lo comprendieron al revés? Pocos fueron

en verdad éstos últimos, y siempre más raros a medida que transcurría el tiempo y, finalmente, ninguno; pero ciertamente los hubo.

Pero, concretándonos a nuestro tema, diremos que, en los años de su mayor actividad, no todos adivinaron qué hombre de oración fue Don Bosco; por el contrario, nos atrevemos a decir que ni siquiera los que escribieron de sus cosas, penetraron siempre a fondo en su íntimo espíritu de oración, preocupados en narrar sus grandes gestas. Sin embargo, el material biográfico que se nos ha transmitido, se presta admirablemente a la investigación de quien se proponga escrutar su vida interior. Tal es la empresa en la cual humildemente insistiremos en estas páginas.

El Oratorio Festivo

Espontánea expansión sobrenatural del alma de Don Bosco, apenas hecho sacerdote, fue el Oratorio Festivo. No creó de un golpe la iniciativa, no acuñó al primer intento el vocablo; había ya catequesis dominicales para jóvenes en las parroquias; y existían los oratorios de San Felipe Neri y de San Carlos Borromeo.

Don Bosco, viendo que por las condiciones de la época muchos jóvenes no conocían parroquia alguna, organizó oratorios interparroquiales, en donde se recogieran las ovejas descarriadas. Don Bosco coordinó en los catequismos una serie de prácticas que llenaran todo el día del Señor. De su gran amor de Dios nació en Don Bosco un sentimiento vivísimo del evangélico *dejad que los niños se acerquen a Mí*¹, tanto más cuanto veía entonces cómo se le «organizaban» a la juventud insidias por todas partes y por modos diferentes.

«Mis delicias —dice él describiendo los principios de su sacerdocio— consistían en enseñar el catecismo a los niños, entretenerme con ellos y hablar con ellos.»

No parecía sino que los niños mismos sentían instintivamente la fascinación de aquel afecto salvador; ya que tan pronto se estableció en Turín, «al punto —escribe— me vi rodeado de un enjambre de jovencitos que me seguían por calles y plazas». Por eso, le

¹ Mt 19,14.

costó mucho menos reunir tan gran número, que encontrar local donde recogerlos.

Su celo iba encaminado a un solo fin: unirlos a todos con Dios mediante la obediencia a los divinos mandamientos y a las leyes de la Iglesia. De aquí que procurara ante todo lograr que observaran el precepto de «oír» misa los días festivos; que aprendieran y rezaran las oraciones de la mañana y de la noche; que, por último, se prepararan para confesarse y comulgar bien. Entre tanto encaminaba la instrucción religiosa por medio de catequismos y pláticas acomodadas a su capacidad.

Al propio tiempo, inventaba una gran variedad de juegos, que sirviesen de imán para aumentar el número y asegurar la asistencia; pero el imán más atractivo era él mismo con su inagotable bondad. De este modo, el día festivo podía decirse en toda la extensión de la palabra que era *día santificado*². Así, a estas reuniones festivas conveniales admirablemente el nombre de oratorios, escogido entre varios otros por Don Bosco, porque plenamente respondía a su ideal.

El término, que se ha hecho popularísimo en Italia, espera aún en las diccionarios de la lengua la acepción nueva al lado de la vieja de pequeño edificio destinado a la oración³. ¡Nada de pequeño edificio! El Oratorio de Don Bosco *es un edificio espiritual*⁴, levantado *con piedras vivas*⁵, que son centenares de niños, de jovencitos, de adolescentes, que acuden donde quiera haya uno que los reúna a su alrededor en los días festivos, para adorar a Dios y aprender a adorarlo toda la vida.

² Ne 8,9.

³ Oratorio.—En el Diccionario de la Lengua Española, de la Real Academia (1970) se lee: Oratorio/5. Festivo. En los colegios de los Salesianos, lugar en que se reúne la juventud los días de fiesta para cumplir con sus deberes religiosos y divertirse honestamente. (N. del T.)

⁴ 1Pe 2,5.

⁵ Liturgia de la Dedicación de Iglesias.

Fecunda Avemaría

Mas, ¡cómo se difundía la piedad de Don Bosco en su oratorio! Empezó el 8 de diciembre de 1841 con un solo muchacho. Pues bien, antes de darle la primera leccioncita de catecismo, se puso de rodillas y rezó una *Avemaría* a la Virgen, para que le ayudase a salvar aquella alma.

¡Conmovedora y fecunda plegaria! El 8 de diciembre de 1885, en una conferencia a los Cooperadores, comparando lo ya hecho con el estado de las cosas cuarenta y cuatro años atrás, declarará que todo ha sido obra de María Auxiliadora en gracia de aquella Avemaría, «dicha con fervor y recta intención».

Realmente, los primeros efectos no se hicieron esperar mucho. Al domingo siguiente, volvió Garelli, pero no solo, sino con un grupo de compañeros, pobres muchachos de la calle, como él, y fueron acogidos y entretenidos por Don Bosco con su amabilidad llena de encanto.

De una semana a otra crecía el número de catequizandos, y con el número la docilidad y la alegría. En la fiesta de Navidad ya algunos se acercaron a comulgar; después, en dos fiestas de la Santísima Virgen, la Purificación y la Anunciación, hermosos coros de voces juveniles, por él hábilmente organizados, ejecutaron cánticos en honor a la augusta Madre de Dios, y nutridos grupos de los más instruidos se acercaron a los santos sacramentos. Verdaderamente Don Bosco tocaba el cielo con la mano.

La Residencia Sacerdotal

Estas primeras y rumorosas reuniones se celebraron en un lugar de silencio, si no claustral, por lo menos roto únicamente en tiempo debido y con moderación: a saber, en la Residencia Sacerdotal de Turín, en la que se daba la última mano a la formación eclesial de los nuevos sacerdotes piemonteses, mediante el estudio profundo de la Teología moral y pastoral y el ejercicio del sagrado ministerio, bajo la dirección de expertísimos guías, entre los cuales sobresalió el hoy san José Cafasso.

El celoso apóstol de la juventud no podía encontrar nada mejor para adiestrarse en su misión. Los tres años que allí transcurrieron, contribuyeron poderosamente a forjar su espíritu de un modo definitivo. La gracia que le hizo la Providencia al ponerlo al lado de aquel santo plasmador de almas sacerdotales, no quedó estéril. En la escuela del Santo bebió ávidamente aquella piedad que, por sobrenatural intuición, había gustado ya, a despecho de la moda de aquel tiempo, piedad compuesta de la «confianza ilimitada en la bondad y amor de Dios para con nosotros»; de sus charlas teológicas y de su dirección espiritual, aprendió la manera de escuchar las confesiones «con piedad, ciencia y prudencia»; en sus lecciones de sagrada elocuencia, aprendió también que al púlpito no se va a dar pruebas de hábil orador, sino que «el Cielo quiere ser observancia de los divinos mandamientos, oración, devoción a la Virgen, frecuencia de sacramentos, huida del ocio, de los malos compañeros, de las ocasiones peligrosas, caridad con el prójimo, paciencia en las aflicciones, y no terminar ningún sermón sin un recuerdo sobre las máximas eternas»⁶.

Compartió a su lado la asistencia religiosa a los presos, y participó con él en tandas de ejercicios espirituales, enfervorizándose a la vista de su piedad ardiente en las obras de celo. En las mismas conversaciones de cada día se empapaba de sus sabias enseñanzas sobre «la manera de vivir en sociedad, de tratar con el mundo sin hacerse esclavo del mundo, de convertirse en verdaderos sacerdotes provistos de las necesarias virtudes, en ministros capaces de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

A manera de codicilo

Pero a Dios no se le quita para dar indebidamente al César. El estar siempre en movimiento para hacer el bien, puede a la larga hacer que uno desgraciadamente se ilusione, haciéndole creer que el prodigarse en provecho del prójimo dispense de la obligación de tratar asidua e interiormente con Dios. De esta época es un codicilo, llamémosle así, añadido por Don Bosco a su conocido programa

⁶ Can. GIACOMO COLOMBERO, *Don Giuseppe Cafasso*. F. Canonica, Turín 1895.

ma de vida sacerdotal, dictado muy probablemente por esa maestra del buen sentido que es, para quien sabe entenderla, la experiencia. Lo trasladamos aquí tal cual se lee en un librito suyo:

«*Breviario y confesión.* Procuraré rezar devotamente el breviario, y rezarlo preferentemente en la iglesia, para que sirva como de visita al Santísimo Sacramento. Me acercaré al Sacramento de la Penitencia cada ocho días, y procuraré cumplir los propósitos que cada vez haga en mi confesión. Cuando me llamen para ir a confesar, si corre prisa, interrumpiré el santo oficio, y haré también más breve la preparación y acción de gracias de la misa, a fin de prestarme al ejercicio de este ministerio.»

El espíritu de oración, cuando se ha convertido en hábito, da a la persona un sello de serena compostura y un sentido vigilante de la justa medida, que saltan fácilmente a los ojos de los observadores no del todo superficiales. Tal era el caso de Don Bosco. Iban periódicamente a la Residencia Sacerdotal para tratar con don José Cafasso de su dirección espiritual, hombres de negocios, de la política, de la nobleza turinesa, en una palabra, hombres del gran mundo.

Pues bien, Don Bosco atrajo sobre sí la atención de aquellas personas experimentadas de tal modo, que ya desde entonces lo miraban como «un hombre enteramente de Dios», y lo tenían «en gran veneración», como pudo recoger su biógrafo directamente de labios de algunos de aquellos señores⁷.

⁷ MBe II, 153.

Capítulo 2

EN LA SEGUNDA ETAPA DE SU MISIÓN

Trabó Don Bosco conocimiento en el seminario con una persona cuya amistad debía serle preciosa: el teólogo Borel, de Turín, que allá fue a dar ejercicios espirituales.

El teólogo Borel

«Compareció en la sacristía —escribe Don Bosco— con aire jovial, profiriendo agudezas, pero siempre condimentadas con ideas morales.» Dícese que la primera impresión es la verdadera; posible es que no siempre sea así, pues suele haber mucho elemento subjetivo en una impresión; pero aquélla fue óptima y verdadera. El sacerdote se revela sacerdote *en las cosas que se refieren a Dios*¹; revélase allí si el sacerdote es hombre de piedad o un pobre rutinario.

El clérigo Bosco, habiendo observado en él «la preparación y la acción de gracias de la misa, la compostura, y el fervor en su celebración», convencióse «al punto» de que era «digno ministro del Señor». Notemos ese «al punto», que nos hace pensar en el *a buen entendedor, pocas palabras*. En cosas de piedad, el clérigo Bosco era buen entendedor y las pillaba al vuelo.

Cuando después le oyó predicar, lo juzgó decididamente «un santo»; y quiso «tratar» con él sobre cosas del alma. Quiso; por consiguiente, su resolución fue enteramente voluntaria; pero, ¿qué es lo que quiso? No sólo, quiso confesarse, como es de costumbre, sino tratar con él, esto es, tener con él coloquios importantes, los cuales versaron sobre cosas del alma, es decir, sobre las necesidades de la vida espiritual.

¹ Hb 5,1.

El recuerdo de aquellos ejercicios quedó profundamente impreso en el ánimo de Don Bosco; por eso, en los tres años de Residencia Sacerdotal se consideraba dichoso cada vez que tenía ocasión de cambiar algunas palabras con el ejemplar sacerdote, el cual, por su parte, como lo conocía bien, se complacía en invitarlo a servir en las sagradas funciones, a confesar, a predicar junto con él; invitaciones frecuentes, dada la proverbial actividad de su celo que ponía en ascuas vivas, hasta el punto de que sus colegas le llamaban «el bersagliere² de la Santa Iglesia». Eran, en verdad, dos espíritus nacidos para entenderse.

Don Bosco, pues, tenía ya familiaridad con la persona del teólogo y conocía perfectamente su domicilio, cuando se ventilaba la proposición de que fuese a vivir con él. Ocurrió esto al expirar, el trienio de su estancia normal en la Residencia. La idea, o mejor dicho, la inspiración asaltó también a aquella otra alma santa de don José Cafasso, resuelto a impedir que Don Bosco se fuese de Turín.

El teólogo habitaba en el llamado Refugio, nombre con el cual designaban sumariamente los turineses un conjunto de institutos de beneficencia fundados por la regia generosidad de una caritativa dama, la marquesa de Barolo. Desempeñaba él allí los cargos de rector y director espiritual. Con piadosa docilidad, de hijo para con el padre de su alma, Don Bosco, viendo en el consejo de don José Cafasso la pura y simple manifestación del divino querer, prescindió de cuantas consideraciones se agolpaban a su mente y llevó al Refugio el cuartel general del Oratorio, que empezamos a escribir desde ahora con letra mayúscula.

Podrá parecerle a alguno que la denominación de «cuartel general» es algo exagerada, si se aplica al angosto cuchitril que se le dio por habitación; pero fijémonos en que allí residió durante tres años el mando supremo de un hermoso ejército juvenil. Para coronar la frase marcial, diremos también que su estado mayor estaba constituido por la caridad, a la cual hacían corona las virtudes que coloca san Pablo como cortejo suyo en el célebre capítulo 13 de la primera carta a los cristianos de Corinto.

² Bersagliere.—Equivale en español a soldado con armamento de cazador. (N. del T.)

Primeros choques

Pero, sobre todo, eran continuas las ocasiones que a cada paso se le ofrecían, recordándole que *la caridad es paciente*. Sus trescientos o cuatrocientos diablejos pusieron de punta los nervios de la dama del Refugio, la cual cierto día, perdida la paciencia, le obligó a ponerlos en la calle, y por fin se decidió, sintiéndolo mucho, a verse definitivamente privada de su utilísima cooperación al verle tan comprometido a no abandonar su empresa.

Chocaron con el amor del tranquilo vivir, o las exorbitantes pretensiones de ciudadanos domiciliados en las cercanías del lugar en que él daba sucesivamente cita a su turba dominical. Excitaron la sombría susceptibilidad de ciertas autoridades civiles y políticas, las cuales, dando oídos a reclamaciones particulares, lo echaban ya de un sitio ya de otro, o lo vigilaban como si fuese persona peligrosa para el orden público.

Chocaron contra seculares costumbres parroquiales despertando preocupaciones sobre las consecuencias que pudieran nacer de esas nunca vistas novedades; y provocaron, en fin, la mala voluntad de gentes que tenían intereses más o menos confesables en poner obstáculos en su camino, máxime, cuando, expulsado de todas partes, se redujo a celebrar sus reuniones en un gran prado, a un tiro de bala de la población.

Pensativo pero no abatido, afligido pero impertérrito, oponía a las siempre renacientes hostilidades la heroica fortaleza de ánimo que es don del Espíritu Santo. Una fortaleza de tan excelso origen hace que el hombre esté decidido a todo, intrépido contra todos y despojado de toda ostentación, como se veía precisamente en Don Bosco.

Ciertamente no era una delicia, humanamente hablando, pasar los domingos enteros entre tantos muchachos groseros, escandalosos, pendencieros, a veces desagradecidos y vulgares; no era tampoco una delicia instruir, como él lo hacía, a muchachotes obtusos, tercios o perezosos.

Hoy, hasta los jóvenes de ínfima condición comparecen en los días festivos limpios y pulidos, que parecen señoritos; pero entonces, ¡cuánta chiquillería analfabeta y desharrapada vagabundeaba por calles y plazas en los suburbios de la capital piemontesa!

Hubiérase debido admirar y favorecer a Don Bosco, o por lo menos dejarlo en paz entre sus jovenzuelos, de los cuales se complacía en proclamarse el jefe; pero las obras de Dios brotan y crecen combatidas por amigos y enemigos. Y él todo lo soportaba sereno, elevando los ojos al cielo, de donde esperaba ayuda y consuelo. Ya entonces, cuanto hubiera de más arduo y repugnante a la naturaleza parecía en él fácil y suave.

La fortaleza de los santos es de otro temple que la estoica, dura e inflexible; los santos, confiados en el concurso sobrenatural de la gracia, oran, sufren y vencen. La fortaleza filosófica se agota en la egoísta satisfacción del amor propio, del que toma inspiración y norma; la cristiana aguza el ingenio para emprender constantemente nuevas vías, humildes a veces y humillantes, con tal de alcanzar la meta anhelada, sin otra ambición que la gloria de Dios y el bien de las almas.

Serenidad de Don Bosco

Oratorianos de la primera hora, que no se apartaron jamás de Don Bosco, sino que vivieron siempre con él o no lejos de él, con el recuerdo de aquellos años heroicos, conservaron viva en el corazón su imagen verdaderamente paternal, esto es, amada y buena, amada porque era buena, pero buena con aquella bondad que el joven del Evangelio leyó en el rostro de Jesús cuando le preguntó: *Maestro bueno, ¿qué debo hacer para ganar la vida eterna?*³

En un hombre tan complejo y completo como Don Bosco, la bondad no tenía nada de esa sensibilidad que fácilmente degenera en debilidad. La bondad de Don Bosco, iluminada por la inteligencia y por la fe, e inflamada por el constante contacto con Dios, se traducía en sobrenatural benevolencia, igual con todos y alentadora para todos. He ahí por qué, en medio de las borrascosas vicisitudes que ellos entonces entrevieron, y de las que sólo más tarde advirtieron las dolorosas repercusiones que en su alma produjeron, veíanlo constantemente tranquilo y sereno, haciéndose todo para todos, en la expansión de un afecto activo y espiritualísimo.

³ Mt 19,16; y Mc 10,17.

De este modo, se apoderaba de los corazones de los muchachos, los cuales, dondequiera que fuese a confesar, ya no querían saber nada de ningún otro, estrechándose en torno a él joviales y confiados.

He ahí por qué, habiéndosele negado un palmo de terreno dentro de la ciudad, y obligado a trasladar el Oratorio a pleno campo, veía que los jovencitos, aun en pleno invierno turinés, lo seguían con tanta fidelidad que, llevando consigo la comida, permanecían con él hasta la puesta del Sol. Aquellos primeros, ya adultos, volviéndolo a ver con el recuerdo como lo vieron entonces en la realidad, exclamaban: «¡Era un ángel en medio de nosotros!»

¡Bastaba verlo!

Este juicio nos recuerda al protomártir san Esteban, cuando acosado por sus enemigos en el sanedrín, dicen los *Hechos*⁴ que *veían su rostro como el rostro de un ángel*; tanta era la digna calma que en él se transparentaba, estando su espíritu *lleno de gracia y fortaleza*.

La prodigiosa conducta de Don Bosco en medio de tantas contrariedades, no tenía otro origen.

Lo saben los santuarios de la Virgen, a donde llevaba en peregrinación sus nómadas oratorianos, para alcanzar por medio de la oración y los sacramentos las bendiciones celestiales. Lo sabe el Santuario de la Consolación, cuya taumaturga imagen tantas veces le escuchó a él y a sus hijos, iluminándolo con soberanos alientos. Lo sabía el teólogo Borel y otros dignos eclesiásticos, testigos del religioso fervor infundido por el celoso apóstol en las tiernas almas juveniles. Lo supieron también ciertos jovencitos más inclinados a la piedad y, por eso, tratados por él con especial solicitud, y unidos más estrechamente a él en la oración, y guiados por el camino de una mayor perfección.

Hechos son éstos que merecen recordarse, si queremos entender perfectamente estas palabras de sus *Memorias*: «Era digna de admiración la manera como se dejaba gobernar una multitud poco antes desconocida para mí, de la cual en gran parte podía decirse

⁴ Hch 6,15 ss.

con verdad que era *como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento*. Debo añadir que, en medio de aquella gran ignorancia, admiré siempre un gran respeto por las cosas de la Iglesia, por los sagrados ministros, y un gran anhelo por conocer los dogmas y preceptos de la religión.» ¡No está mal, en verdad, tratándose de potrillos y muleros! Pero el domador tenía para todos en abundancia aquel don de entendimiento que a ellos al principio les faltaba y que poco a poco les fue infiltrando. Así nos explicamos más fácilmente cómo san José Cafasso, rebatiendo las recriminaciones que en su presencia se hacían contra Don Bosco, acababa invariablemente con el estribillo: «¡Dejadlo hacer, dejadlo hacer!»

Entre semana

Pero el domingo es solamente un día de la semana; ¿y los otros seis? No se crea que el verdadero Oratorio Festivo importe tan sólo actividades dominicales; el Oratorio, como Don Bosco lo concibió, es sede de una autoridad paternal que se gana el afecto de los muchachos, los sigue por todas partes, e interviene directamente con padres, patronos y maestros, donde quiera que sea posible ejercer un saludable influjo sobre su conducta.

Pero, además del Refugio, para Don Bosco había institutos religiosos, colegios, escuelas públicas y privadas, cárceles, hospitales, escuelas nocturnas, sermones, estudios, publicaciones. Todo constituía para él un campo de trabajo diario sin límites.

Tanta actividad lo ponía naturalmente en contacto con toda clase de personas, muchas de las cuales, necesitadas de su obra o de su palabra, iban en su busca donde quiera que fuese a celebrar la santa misa. Prueba de ello es un propósito escrito por él precisamente el año 1845. Lo trasladamos aquí, no para usurpar su cometido al biógrafo, sino porque ayuda a nuestro objeto. Dice así: «Como al llegar a la sacristía me hacen hablar, por lo general pidiéndome consejo o que les escuche en confesión, antes de salir de mi aposento procuraré hacer una breve preparación para la santa misa.»

Noticia preciosa y significativa, la cual, mientras con ese «breve» excluye todo escrúpulo de conciencia, nos revela cómo Don

Bosco, en vez de refugiarse en el fácil comodín de *dejar a Dios por Dios*, prefiere piadosamente anticipar la debida preparación.

Fuentes de inspiración

Pertenecen también a esta época ciertos cartoncitos usados por él durante cuarenta años como señales del breviario, autógrafos parlantes de las ideas que quería hacerse familiares.

Once sentencias bíblicas le recordaban la Providencia divina, la confianza en Dios, la fuga de las ocasiones, el desprendimiento de los bienes de la tierra, la alegría de la buena conciencia, la liberalidad del Señor con los generosos, el reflexionar antes de hablar, el divino tribunal, el amor de los pobres, el honor debido a los superiores y el olvido de las ofensas.

Cinco máximas de los santos Padres le recordaban el frecuente examen de conciencia, la adhesión humilde y entera a las enseñanzas de la Iglesia, la celosa custodia de los secretos, la eficacia del buen ejemplo y el celo por las almas de los demás y por la suya propia.

Tres citas de Dante, sacadas del final de cada uno de los cantos, lo elevaban a la consideración del paraíso.

Venían, por último, cuatro versos de Silvio Péllico, merecedores de ser aquí reproducidos, no por llamativos, sino porque nos parece que los transcribió para recordarle «la política» que debía tener por suya el hombre de Dios en un período de tan ardientes pasiones políticas, a saber, la política de Italia una, en la fe, en la esperanza y en la caridad: *En toda alta virtud el italiano crea, / toda gracia el Estado de Dios espere, / creyendo y esperando, ame y proceda / a la conquista de las verdades eternas.*

Silvio Péllico

Silvio Péllico y Don Bosco se conocían muy bien. Para Don Bosco compuso el poeta la conocidísima copla que empieza: *Ángel Santo*, y por él sentía sincera estimación. Como secretario de la marquesa de Barolo, tuvo ciertamente que escribir la carta con que la noble señora comunicaba al rector del Refugio su decisión sobre Don

Bosco, repitiendo en términos diplomáticos el brusco dilema ya intimado al mismo de palabra sin términos medios: o dejar el Oratorio o dejar el Refugio. La extensa carta, que lleva la firma de la aristocrática dama, pero que está redactada en el amable estilo del secretario, es para nosotros preciosa, en virtud de este párrafo, que constituye el punto más luminoso de la misma:

«(Don Bosco) me gustó también a mí desde el primer momento, y vi en él aquel aire de recogimiento y de sencillez propio de las almas santas.» El escritor vistió, con frase escogida, el juicio ajeno, que seguramente respondía también al suyo.

Capítulo 3

EN LA SEDE ESTABLE DE SU MISIÓN

Hoy decir Oratorio es mencionar una institución tan común en Italia, que parece que siempre existió; ni siquiera se experimenta la necesidad de investigar quién fue su inventor. Pero el nombre de Don Bosco va imprescindiblemente unido a un Oratorio, al Oratorio por excelencia, al Oratorio de Valdocco.

Por qué se llama Oratorio

No sin un misterioso designio de la Providencia el centro popular de las obras de Don Bosco lleva un nombre consagrado por el uso para indicar lugar de oración. Designamos un lugar por lo que en él se hace principalmente; si, pues, un lugar de tanta actividad se llama lugar de oración, esto querrá decir que, en las obras de Don Bosco, antes debemos ver la oración que la acción. Nos lo confirman perentoriamente las palabras mismas de Don Bosco. No faltaron, en efecto, al principio personas bien intencionadas que algo tuvieron que decir acerca de la oportunidad de tantas funciones sagradas y de tantas prácticas devotas como se habían introducido en el Oratorio; pero Don Bosco a todos cerraba la boca, respondiendo siempre lo mismo: «Di el nombre de Oratorio a esta casa para indicar claramente que la oración es el único poder en el cual debemos confiar.»

Así, la piedad se respiraba en el ambiente del Oratorio; leíase la piedad en el semblante de los niños; se pulsaba en todos y en todo. Mas esto no entra en nuestro propósito; lo hemos indicado tan sólo para decir que era el reflejo del alma sacerdotal de Don Bosco. Un sacerdote dotado de gran espíritu de iniciativa, pero que no posea en el mismo grado el espíritu de oración, podrá muy bien en la Iglesia organizar «cosas» *del barro de la tierra*, pero no ciertamente

infundir *el aliento de vida*¹; y, si otros no ponen remedio a este fallo, semejantes «organizaciones» no tendrán vida.

Para Don Bosco, Dios era el principio y el fin de todo. La sucesión de las ocupaciones no le dejaban libres largas horas para dedicarse a la oración; pero su madre, que dormía en un cuarto contiguo al suyo, deducía de sólidos indicios que velaba, empleando una buena parte de la noche en oración.

A la entrada de su habitación, un cartelón impreso le invitaba a decir: ¡*Alabado sea Jesucristo!* Dentro, otro cartelón que pendía de la pared, le recordaba que sólo *una cosa es necesaria, salvar el alma*. Un tercero le refrescaba el recuerdo del lema predilecto de san Francisco de Sales, y tomado por él como consigna en los albores de su sacerdocio: *Dame almas, llévate lo demás*. Éranle habituales las aspiraciones, los vivos anhelos de su propia salvación y de la de los demás.

¿Qué decir de las tan frecuentes manifestaciones de íntima piedad religiosa cual eran el respeto, el amor, la estima hacia todo acto del culto, y toda práctica devota, aprobada, promovida, recomendada por la Iglesia? Tales eran, por ejemplo, el uso de los sacramentales, la asistencia a las funciones de iglesia, el rezo del rosario en común, la inscripción en asociaciones piadosas, el *Angelus*, la bendición de la mesa, el *Vía Crucis*.

¡Cuán grande era su devoción por los misterios de la pasión y muerte de Jesús! Los meditaba con tan vivo afecto y dolor que, discurriendo sobre ellos, se enternecía, morían las palabras en su boca y movía al llanto al auditorio.

Con relación a las asociaciones piadosas, no hay que olvidar que poco después de haber establecido su residencia en Valdocco, ingresó en la tercera Orden Franciscana, cuyo hábito vistió, y cuyo noviciado y profesión hizo. Por lo demás, que era sacerdote ejemplarmente piadoso, saltaba a la vista de quien lo observara cuando oraba en alta voz, pronunciando las palabras con una especie de vibración armoniosa que daba a conocer el fervor de su caridad.

¹ Gn 2,7.

Por eso, el humilde poeta que en 1846 puso en música algunos versos en su honor, para celebrar el término de su no breve convalecencia, hízose intérprete del común sentir, celebrando el día en que había vuelto al Oratorio «el hombre sabio, el hombre pío y el hombre adornado de virtud».

Había algo extraño en él

A este coro de voces contemporáneas, hacen eco deposiciones muy posteriores, pero procedentes de testigos oculares muy dignos de fe.

Atravesaba entonces Don Bosco años muy difíciles: llevar adelante el Oratorio Festivo de setecientos muchachos; fundar y dirigir otros dos en Turín; instituir e inaugurar su internado y abrir la puerta a pobres clérigos dispersos por la violenta clausura de los seminarios, llenando hasta lo increíble la no amplia casa. Resolver el problema del pan de cada día; sentar las bases de su futura Congregación entre las convulsiones públicas que daban no poco que pensar y temer a las autoridades eclesiásticas, compartir con elevado espíritu evangélico las ansias de su Pastor, víctima de terribles contradicciones... todo esto haría suponer que, de la mañana a la noche, Don Bosco viviría nervioso y que su cabeza parecería una caldera sometida a presión. Nada más lejos de la verdad.

Un venerable sacerdote, que lo trataba de cerca, nos dice que, en su fisonomía, se reflejaba tan evidente el pensamiento de la presencia de Dios que, al observarlo, venían espontáneamente a la mente estas palabras del apóstol: *Nuestro pensamiento está en el Cielo*². Por todas partes, aun en la mesa y en el aposento, lo encontraba en correcta actitud, recogido en las miradas, inclinada la cabeza, como el que está en presencia de un gran personaje o delante del Santísimo Sacramento. Por la calle veíalo andar enteramente recogido, indicando claramente que estaba absorto en la idea de Dios. El mismo testigo nos hace saber que si alguno le pedía a veces consejos espirituales en momentos en que parecía distraído por asuntos de muy distinto género, respondía siempre como quien vive sumergido en la meditación de las cosas eternas.

² Flp 3,20.

Otro testigo, que vivió bajo la dirección de Don Bosco en los primitivos tiempos del Oratorio, con los ojos fijos en él mientras se rezaban las oraciones en común, notaba la gran complacencia con que pronunciaba las palabras *Padre nuestro, que estás en los cielos*, y distinguía su voz en el concierto general por un sonido indefinible, que movía a ternura a quien le oía.

Aunque nada de extraordinario se notase en su actitud, tampoco se le ocultó al testigo que, en la sacristía o en la iglesia, tenía la costumbre de no apoyar los codos, sino que acercaba tan sólo el antebrazo al borde del banco o del reclinatorio, juntas las manos o sosteniendo en ellas un libro abierto.

Tampoco aquel célebre moralista que se llamó monseñor Bertagna pudo olvidar jamás su actitud en la oración, de tal modo que, queriendo dar de ella una idea exacta en pocas palabras, decía que Don Bosco cuando oraba «tenía algo de ángel».

Un espíritu sereno

No haremos punto final sobre el aspecto, exterior de Don Bosco, sin añadir, en apoyo de lo dicho hasta aquí, alguna otra observación, útil para la comprensión completa de su espíritu de oración. Escritores y dibujantes insisten a veces más de la cuenta sobre el aspecto infantil de la figura externa de nuestro Santo; y no falta quien gusta de presentarnos un Don Bosco de figura dulzarrona. Nosotros, que lo conocimos, no estaremos jamás de acuerdo con un Don Bosco así desfigurado, y tanto menos encontraremos al verdadero Don Bosco bajo tales semblanzas.

Un hombre superior; que sea al propio tiempo un gran santo, conoce la sonrisa, pero no aquella perenne, insulsa o meramente instintiva, sino una sonrisa intencionada, llena de contenido; una sonrisa que se propone un fin, y se repliega una vez conseguido. En el santo la benignidad suave y amable no está refñida con la tranquila y serena dignidad, doble elemento que constituye una contraseña visible, casi un sello de la presencia del Creador en la criatura. Por esto, la contemplación de un santo es gesto que inspira confianza, eleva y hace pensar³.

³ Creemos incontestable que los místicos no ríen. La impresión que reciben en sus contactos con Dios no se borra de su espíritu, sino que los tiene ligados al pensamiento

Una sencillez evangélica

Respecto a Don Bosco, se habla también ciertamente de bondad bonachona, pero jamás de debilidad; y, por cuanto ésta suele ser hermana gemela de aquélla, será preciso decir que esta bondad bonachona debe entenderse sin recurrir al diccionario; llamémosla sencillez evangélica, la sencillez de *sí, sí y no, no*, condimentada de bondad, pero respirando firmeza, y la tendremos delineada. En una palabra, el hombre que se comunica interiormente con Dios, imprimirá siempre apacible gravedad a su semblante y actitudes. Así se representa a Don Bosco quien lo estudia a través de las genuinas manifestaciones de su personalidad.

Semejante a su actitud era su modo de hablar. Conversaba con calma, despacio, huyendo de temas profanos, de maneras en exceso vivaces, de expresiones fuertes y resentidas, y dando importancia a cada palabra.

He aquí lo que escribe quien vivió largos años en familia, mejor dicho, en familiaridad con el hombre de Dios:

«Con frecuencia decíamos entre nosotros: ¡Qué gusto da estar cerca de Don Bosco! Quien puede hablarle un instante, al punto se siente lleno de fervor»⁴.

Pero tenemos otro testimonio de sumo valor, el del Beato don Miguel Rúa, quien habla así en los procesos:

«He vivido al lado de Don Bosco por espacio de treinta y siete años... Me impresionaba más observar a Don Bosco en sus actitudes, aun en las más insignificantes, que leer y meditar cualquier libro de devoción.»

La paz en su rostro

Al que tenga la paciencia de aprendernos, no le parecerá atrevimiento que divaguemos un poquito más, pero no sin motivo justificado.

de la presencia divina. Cuando sonrían al prójimo, su sonrisa, sin sacudidas nerviosas, no altera la compostura de su semblante, producida por el habitual recogimiento interior. Mientras revisamos estas pruebas, recogemos de labios del venerando don J. Bta. Francesia las palabras siguientes: «Don Bosco infundía su alegría en los demás, pero él tendía a mostrar el rostro con un tinte de ligera tristeza».

⁴ J. B. FRANCESIA, *Don Bosco, amigo de las almas*, prefacio, p. 4, E. G. Pío IX, B. Aires 1943.

Queremos transcribir una importante cita, en la que se expone cuán legítimo y seguro es el método de apoyarnos en cierto aspecto externo de Don Bosco para juzgar otro determinado aspecto interno. Como quiera que sea, si para Don Bosco hubiese otro camino más directo, lo seguiríamos de muy buen grado.

Habla, pues, san Vicente de Paúl. En una de aquellas admirables pláticas que dirigía a sus misioneros, observa:

«Aun cuando no digáis una palabra, si estáis penetrados de Dios, conmoveréis los corazones con vuestra sola presencia... Los siervos de Dios tienen apariencias que los distinguen de los hombres carnales, en cierta actitud externa, humilde, recogida y devota, que, obra sobre el alma del que los mira. Hay personas tan llenas de Dios, que yo no las miro nunca sin sentirme conmovido. Los pintores en los retratos de los santos nos los representan rodeados de rayos; es un hecho que los justos que viven santamente sobre la tierra, difunden en derredor cierta luz enteramente suya propia»⁵.

También el insigne biógrafo de san Buenaventura, después de decirnos que «nos faltan noticias para conocer su progreso en la oración y el don sublime de la contemplación», pasa a considerar «los frutos de su vida interna y de su continua unión con Dios» y, entre otras cosas, dice que ella «imprimía en su semblante aquella paz inefable, aquella gracia deliciosa que arrebatava a quien lo contemplaba». Y, en confirmación de esto, alega el testimonio de un contemporáneo suyo, el cual, a propósito del Concilio de Lyon, en el que el santo difundió los últimos rayos de su seráfica luz, escribe:

«El Señor le dio la gracia de que todos cuantos lo miraban, lo apreciaban cordialmente»⁶.

Cambiando el nombre, aquí está Don Bosco por entero.

⁵ ANT. REDIER, *La vera vita di S. Vincenzo di Páoli*, pp. 242-243. Trad. italiana. Brescia 1928.

⁶ LEMMENS, *Vita di S. Bonaventura*, cap. 8, p. 263.

Los ejercicios espirituales

El santo de los ejercicios espirituales para ordenandos y para ordenados, ha venido en buena hora a recordarnos lo mucho que Don Bosco apreciaba esta práctica ignaciana. Los cotizó para los otros, y los valoró para sí mismo. Precursor también en esto, inauguró en 1847 los retiros cerrados para jóvenes obreros. A su tiempo introdujo en los colegios salesianos la costumbre de tener por Pascua una tanda de ejercicios, bien preparados, bien predicados, y terminados en santa alegría. En su Congregación —no hace falta decirlo— no hizo menos que los otros fundadores. Era de ellos ardiente promotor, pero también los hacía por su propia cuenta. Mientras las circunstancias no se lo impidieron, subía cada año al solitario santuario alpino de san Ignacio, sobre Lanzo Torinese, y allí, en la soledad y en la paz de los montes, confortaba el espíritu con la oración y la meditación de las verdades eternas.

Sus propósitos

En una pequeña libreta, diligentemente conservada por él, leemos no sin emoción los «propósitos formulados en los ejercicios espirituales de 1847». Son los siguientes:

- *Cada día: visita al Santísimo Sacramento.*
- *Cada semana: una mortificación y confesión.*
- *Cada mes: leer las oraciones de la buena muerte (Señor, dame lo que pides y mándame lo que quieras).*
- *El sacerdote es el incensario de la divinidad (Teodoto).*
- *Es soldado de Cristo (san Juan Crisóstomo).*
- *La oración es, para el sacerdote, como el agua para el pez, el aire para el pájaro y la fuente para el ciervo.*
- *El que ora es como el que se dirige al Rey.*

Por tercera vez hemos copiado ya propósitos de Don Bosco referentes a la vida de oración, no ignorando que del dicho al hecho hay un gran trecho.

Ello no obstante, preciso es tener muy presente el carácter de Don Bosco. Don Bosco no era un cerebral ni un emotivo; era un

volitivo, de ideas claras y afectos puros. Semejantes temperamentos, firmes y tenaces, cuando quieren, quieren. No así los especulativos, cuyas resoluciones carecen de realidad; no así los apasionados, que resuelven y resuelven, pero no acaban nunca de resolver, porque ante una impresión se mueven como pluma a merced del viento. Don Bosco tuvo voluntad férrea.

Don Bosco lloraba

Y aquí más bien aflora un problema de otro orden. Admitido el dominio de sí mismo, propio de los volitivos, ¿cómo se explica el hecho de que Don Bosco no rara vez lloraba?

Lloraba celebrando la misa, dando la comunión, simplemente bendiciendo al pueblo después del santo sacrificio. Lloraba hablando a los jóvenes después de las oraciones de la noche, en las conferencias que dirigía a sus colaboradores, al dar los recuerdos de los ejercicios espirituales. Lloraba aludiendo al pecado, al escándalo, a la modestia o tratando de la ingratitud de los hombres al amor de Jesucristo hacia nosotros, o expresando temores sobre la salvación eterna de alguno.

Dice un testigo a propósito de los escándalos del carnaval: «Para reparar tantos desórdenes, nos exhortaba a recibir la sagrada Eucaristía y hacer horas de adoración ante el Santísimo; y, mientras hablaba, pensando en los agravios que recibía Jesús sacramentado, especialmente en aquellos días, lloraba y nos hacía conmovernos también a nosotros.»

Dice otro testimonio de primer orden, el del cardenal Cagliero: «Cuando Don Bosco predicaba sobre el amor de Dios, sobre la pérdida de las almas, sobre la pasión de Jesucristo el Viernes Santo, sobre la sagrada Eucaristía, sobre la buena muerte o sobre la esperanza del paraíso, lo vi yo varias veces, y lo vieron mis compañeros, verter lágrimas de amor, de dolor, de alegría; también cuando hablaba de la Virgen Santísima, de su bondad, de su inmaculada pureza.»

Lo mismo le ocurría en las iglesias públicas. Vio un testigo presencial prorrumper en llanto en el Santuario de la Consolación, mientras predicaba sobre el juicio final, describiendo la separación entre los réprobos y los elegidos. Otro testigo le vio llorar mu-

chas veces, especialmente cuando trataba de la vida eterna, de modo que movía a compunción a pecadores obstinados, los cuales, después del sermón, iban a él para confesarse. Su concienzudo biógrafo escribe finalmente:

«Nosotros mismos que escribimos estas páginas, fuimos testigos con otros mil de este don divino que le fue concedido a Don Bosco, ya desde cuando fundó el Oratorio, y aun antes, y duró hasta su muerte»⁷.

Ahora la cuestión se reduce a saber si se trata realmente de un don místico y, en este caso, si ello nos da derecho a asegurar que Don Bosco gozaba de la gracia de una oración pasiva. Insistiremos en mejor ocasión sobre el asunto; entre tanto, limitémonos a observar que, en las circunstancias indicadas, las lágrimas de Don Bosco eran prueba de su gran unión con Dios; y, puesto que unión con Dios es oración, vemos el elevado espíritu de oración que debía de animar a Don Bosco en medio de la intensidad creciente de su acción.

Amor eucarístico de Don Bosco

En la ascética de Don Bosco, una parte preponderante se refiere a la Eucaristía, amor de toda su vida y objeto perenne de su celo sacerdotal.

Así fue día de sumo júbilo para él cuando logró que el Rey del Cielo morase en el Oratorio. Esta gracia señaladísima la recibió en 1852, después de la erección de la iglesia dedicada a san Francisco de Sales; y, desde aquella fecha, el sagrado edificio convirtióse en centro de sus afectos. No es posible describir la alegría con que dio a los alumnos la grata noticia.

En adelante, cada vez que tenía un poco de tiempo, corría a adorar allí al Divino Salvador, permaneciendo en actitud más de serafín que de hombre.

A todas las cosas que se referían al culto divino, concedía la mayor importancia. Mostrábase siempre solícito en exigir limpieza

⁷ MBe IV, 240.

y orden en los vasos sagrados y en los sagrados ornamentos; siempre atento para que día y noche ardiese la lámpara. Insistía y recomendaba que todos reflexionasen quién era el que se dignaba habitar en aquel tabernáculo; se complacía en limpiar con sus propias manos las telarañas, en quitar el polvo del altar, en barrer el pavimento, en lavar la tarima.

Nada le pasaba inadvertido de cuanto era necesario al decoro de las sagradas funciones. En las mayores solemnidades, no quería músicos profanos porque no estaban acostumbrados a guardar el respeto debido a la casa de Dios y a la presencia real de Jesús. Su biógrafo, óptimo testigo, escribe que en la iglesia la fe y el amor por la real presencia del Divino Salvador, se reflejaban en su rostro.

Cómo celebraba la santa misa

Si así era el orante, ¿qué no sería el celebrante? Celebraba lleno de compostura, reconcentrado, devoto, exacto. Prefería las palabras con claridad y unción. Le gustaba visiblemente distribuir la sagrada comunión, logrando a duras penas velar el fervor de su espíritu. Pero sin afectación, sin nada que chocase a la vista. No era lento ni apresurado; desde el principio hasta el fin, procedía con calma y naturalidad en todos los movimientos.

Los fieles que no le conocían quedaban edificadas; otros, sabiendo donde iba a celebrar, corrían a «oír» su misa. Algunas familias, que tenían privilegio de oratorio privado, se lo disputaban para que celebrara en ellos. ¡Cuántas veces volvió a arrodillarse ante el altar de su primera misa en la iglesia de San Francisco de Asís, junto a la Residencia Sacerdotal, renovando los propósitos de tan grato día!

Se conserva todavía la copia de las *Rúbricas del misal* que llevaba habitualmente consigo, estropeada por el largo uso. Es más, de cuando en cuando, rogaba a sus confidentes que le observaran cuando celebraba, y se fijaran bien si caía en algún defecto.

Por la mañana, al dirigirse desde su aposento a la iglesia, si encontraba alguno que lo saludaba y le besaba la mano, respondía con una sonrisa, pero sin decir palabra, enteramente absorto en el pensamiento de la próxima celebración.

Cuando tenía que viajar, a fin de no omitir el divino sacrificio, abreviaba el descanso, celebrando muy de madrugada, o se sujetaba a no pequeñas incomodidades para celebrar a hora muy avanzada.

Así lo vieron en el altar los salesianos de la primera generación y así lo vimos nosotros, los últimos llegados.

Apóstol de la Eucaristía

El corazón de Don Bosco, formado a la vida espiritual en el amor precoz y constante hacia la sagrada Eucaristía, era naturalmente llevado, o mejor dicho, providencialmente preparado para darnos en él, ya sacerdote, al apóstol de la comunión frecuente. ¡Cuánta luz irradia en esta santa misión su seráfico celo!

Sombras jansenistas oscurecían aún el Piamonte. En la Residencia Sacerdotal se aprestaban, es cierto, las sanas doctrinas morales a expulsarlas de las mentes de los hombres de iglesia; pero el campo del dueño evangélico hubiera continuado ensombrecido hasta Dios sabe cuándo, sin el potente soplo del ejemplo venido de Don Bosco. El actuaba, no discutía. Personalmente hacía tiempo que había resuelto tal cuestión de la frecuencia sacramental; por consiguiente, se entregaba al sagrado ministerio con ideas claras sobre la materia.

Nos produce hoy cierta impresión volver a leer este párrafo de sus *Memorias*: «Al principio del segundo año de filosofía, al ir a visitar un día al Santísimo Sacramento, como no llevara conmigo el libro de oraciones, me puse a leer *La Imitación de Cristo*, y leí algunos de sus capítulos referente al Santísimo Sacramento.» Conmovo por la «sublimidad de los pensamientos» y por el «modo claro y a la vez ordenado y elocuente, con que exponía aquellas grandes verdades», de tal modo se enamoró del áureo libro, que hizo de él una de sus lecturas predilectas.

Pues bien, leyendo y releendo precisamente aquella parte dedicada enteramente al *Sacramento del altar*, hubo de fijar su atención en el segundo período del capítulo décimo, en donde el piadoso autor observa cómo el enemigo, sabiendo muy bien los muchos y hermosos frutos que se obtienen de la sagrada comunión, se vale de todos los medios para apartar de él a fieles y devotos, esto es,

no sólo a los simples fieles, sino también a las almas piadosas o consagradas a Dios.

¡Vieja calamidad, pues, en la Iglesia, exclamaría entre sí el reflexivo lector; vieja peste esa maldita infiltración diabólica! Y, con avidez tanto mayor, debía beber y convertir en savia y sangre el suavísimo néctar del libro sublime, en espera del día en que habría de convertirse en heraldo de la *piadosa exhortación a la sagrada comunión* en medio de la juventud de todo el mundo. En efecto, si no se quería edificar sobre arena, era preciso partir desde la juventud y conducirla pronto al banquete eucarístico, conducirla en gran número, volver a conducirla muy a menudo y habituar a semejantes espectáculos los ojos del gran público. Y esto es precisamente lo que hizo.

Llovían los reparos de todas partes, pero Don Bosco no perdía el tiempo en discutir. Preparaba nutridos grupos de jovencitos para la primera comunión, multiplicaba las comuniones generales, instituía sociedades y compañías a fin de acostumar a sus miembros a la comunión frecuente y diaria, y confesaba a los que habían de comulgar, durante horas interminables.

Sólo Dios sabe los sacrificios que Don Bosco se impuso para promover eficazmente la frecuencia de la sagrada comunión. Y no pasaba inadvertido el júbilo sincero que inundaba su pecho, al contemplar las filas interminables de jóvenes que se acercaban a la sagrada mesa. ¿Qué más hubiera podido desear quien vivía con el alma fija en Jesús Sacramentado?

En el confesonario

Faltaría a este capítulo un elemento importante si pasáramos en silencio el modo como Don Bosco practicaba la confesión. En la vida espiritual la elección de un buen confesor es condición ordinaria para hacer verdaderos progresos. A esto alude san Bernardo con aquel célebre dicho: «Tomarse uno a sí mismo por maestro es hacerse discípulo de un tonto»⁸. El doctor de la Iglesia escribe así, no a un principiante cualquiera, sino a un anciano eclesiástico;

⁸ *Cartas* 87,7.

más todavía, en la misma carta confirma su doctrina, alegando en prueba de ello su propio ejemplo.

«No sé —dice— lo que piensan los otros de sí mismos sobre este punto; hablo por experiencia y, en cuanto a mí, declaro que me es más fácil y seguro mandar a muchos que guiarme a mí mismo.»

El docto Scaramelli, maestro insigne de dirección espiritual, acogiendo a la autoridad de san Basilio, afirma que «después de los primeros deseos de alcanzar la perfección y de las primeras resoluciones para conseguirla, el medio más necesario para hacer grandes progresos en este camino espiritual es, sin duda, la elección de un buen guía» (*Directorio ascético*, trat. I, n. 92).

Don Bosco, apenas instalado en Turín, se puso bajo la dirección de san José Cafasso, y cada semana le abría su conciencia. Encontráballo en la iglesia de san Francisco de Asís, con el confesonario asediado de penitentes que esperaban su turno. Arrodillábase en el suelo frente a él, junto a una columna, y se iba preparando en espera de que lo viese el confesor. Este, para no obligarlo a perder tanto tiempo, lo llamaba alzando la cortinilla, y entonces él, con la cabeza baja y en actitud devota, se acercaba, poníase de rodillas delante del confesonario, porque en el Piamonte la puertecilla lleva reclinatorio y, con edificación de los presentes, hacía su confesión. A maestro santo, santo discípulo.

EN EL PERÍODO DE LAS GRANDES FUNDACIONES

Durante este período de su vida, llena Don Bosco gradualmente con su nombre el mundo entero. Periódicos de todos los colores, opúsculos ilustrativos, fotografías difundidas con profusión por ser muy solicitadas, conferencias, en una palabra, todas las trompetas de la fama rivalizan en divulgar noticias referentes a sus obras. Ningún apóstol tuvo nunca al servicio de su apostolado tantos medios de publicidad.

Don Bosco, un misterio

Los felices éxitos que coronaban luego sus arduas empresas, contribuían a confirmar en todos la opinión de que era un gran santo, según unos; un gran hombre, según otros. Añádase que él mismo, al hacer llamamientos a la caridad universal, publicaba a los cuatro vientos su propia misión, dirigiendo a hombres, de toda condición o nacionalidad, escritos en diversas lenguas. Una extraña modestia emanaba de sus métodos. No faltó quien lo tomase a escándalo, pero fue escándalo de pusilánimes; cuántas veces los mismos censores se vieron obligados a imitarlo.

Poseemos un juicio pronunciado por san José Cafasso en 1853 para poner las cosas en su punto frente a doctos eclesiásticos, algo recalcitrantes con relación a Don Bosco, juicio cuyo valor es muy superior a las pequeñas circunstancias en que fue proferido. Dijo entonces el director espiritual de Don Bosco:

«¿Sabéis quién es Don Bosco? Para mí, cuanto más lo estudio, menos lo entiendo. Lo veo sencillo y extraordinario, humilde y grande, pobre y ocupado en designios vastísimos y en apariencias irrealizables, y a pesar de ello, aunque casi impotente y hasta diría incapaz, triunfa espléndidamente en todas sus empresas. Para mí

Don Bosco es un misterio. Pero estoy seguro de que trabaja por la gloria de Dios, que únicamente Dios lo guía y que únicamente Dios es el fin último de cuando hace.»

Don Bosco, un santo

La reserva prudencial de san José Cafasso era entonces muy explicable; pero cuando la fama de que Don Bosco era un santo fue del dominio público, fueron inútiles los obstáculos. Mas el renombre, mientras resuena en oídos lejanos, no siempre se reconoce en la realidad minuciosa de las cosas, tal cual se despliegan ante los ojos de los cercanos.

Precisamente a propósito de esto, dice uno de nuestros proverbios que la confianza hace perder el respeto y, con imagen más representativa, dicen los españoles: *No hay hombre grande para su ayuda de cámara.*

Mas he aquí la singularidad del caso de Don Bosco: todos los que gozaron de su familiaridad, han declarado unánimes que, cuanto más de cerca lo conocían, más se arraigaba en ellos la convicción de que era en verdad un santo; que los mismos que unidos por largo tiempo a su persona, tuvieron mil ocasiones de investigar directamente el tenor de su íntima vida cotidiana, sentíanse dominados por una veneración que rayaba en culto. La intimidad, lejos de deshacer el hechizo de lo desconocido, reduciendo a más modestas proporciones los elogios que corrían de boca en boca, venía a darles mayor consistencia.

Ahora bien, el que no es profano en cosas espirituales sabe dos cosas: que ninguna opinión de santidad podría formarse y ser duradera, si el supuesto santo no apareciese como hombre de oración, y que, para desacreditarlo en esto, no se necesitaría mucho; bastaría verlo hacer defectuosamente la señal de la cruz. Pues bien, la vida de don Bosco se deslizaba bajo las miradas de muchísimos, de modo que sus actos podían ser escrutados por observadores discretos e indiscretos. Además, dentro de los muros del Oratorio, la piedad funcionaba a perfección. En Don Bosco, pues, el espíritu de oración era como en el buen capitán el espíritu marcial, en el buen artista o en el buen sabio el espíritu de observa-

ción: una disposición habitual del alma, que se actúa con facilidad, constancia y visible deleite.

El espíritu de oración en su escuela

Entre los que se formaron en la escuela de Don Bosco, merecen especial mención los que, modelados primeramente poco a poco por él y convertidos luego en colaboradores suyos, fueron piedras fundamentales de la Sociedad Salesiana.

Conocimos nosotros a aquellos hombres tan diferentes en ingenio y cultura, tan desiguales en sus aptitudes, pero mostrando todos ciertos rasgos característicos comunes, que casi constituían como sus rasgos de origen. Serena calma en el decir y en el obrar; excelente paternidad de modos y de expresión; pero especialmente, para no salirnos de nuestro tema, una piedad que bien se veía que era en su concepto el *ubi consistam*, el sello de la vida salesiana. Oraban mucho, oraban devotísimamente; se afanaban para que se rezase mucho y se orase bien; parecía que no sabían decir cuatro palabras en público o en privado sin aludir a la oración.

A pesar de ello, sin exceptuar siquiera al beato Miguel Rúa, cuya figura ascética, y en ciertos momentos casi mística, llamaba la atención reverente de cuantos lo veían, aquellos hombres no parecía que tuvieran gracias extraordinarias de oración. Así los veíamos cumplir con ingenua sencillez nada más que las prácticas prescritas por la regla o admitidas por nuestras costumbres.

Pero, ¡qué diligencia en el modo de tratar con Dios! ¡Con qué naturalidad, hablando de las cosas más dispares, insinuaban ideas de fe! Habían vivido largo tiempo con Don Bosco, y aquella convivencia había impreso en su manera de vivir huellas indelebles. Podría muy bien aplicarse al caso lo que el apóstol escribía a los cristianos de Corinto¹.

Si alguien hubiera deseado conocer el espíritu de oración que animaba a Don Bosco, allí estaban sus discípulos, los cuales eran como una carta auténtica, en la cual hablaba él mismo.

¹ 2Co 3,2.

Su breviario, el bien obrar

La ausencia, pues, de las grandes exterioridades que generalmente menudean en la oración de los santos, no logró que pasara inadvertido en Don Bosco el espíritu de oración, ni siquiera en el período más activo de su vida, cuando preocupaciones de toda especie se disputaban su tiempo y sus afanes, poniéndose preferentemente ante sus ojos una actividad incansable.

Tan profundamente impresa llevaba en su alma la idea de la presencia de Dios, que ni siquiera la multitud de asuntos que reclamaban su atención, perturbaba en lo más mínimo la íntima y perpetua unión con Él. Por el contrario, el sentir siempre a Dios presente, mientras lo mantenía continuamente alerta y atento al único fin de servirle a Él solo, era para Don Bosco fuente perenne de alegría en el mar inmenso de sus ocupaciones, ya que en todos sus quehaceres sólo buscaba la actuación perfecta del divino querer.

Por eso, escribiendo a un virtuoso sacerdote para que viniera a encargarse de la administración y la disciplina del Oratorio, lleno ya de muchachos, empleaba un modo de expresarse lapidario, conforme al estilo de los santos: «Venga a ayudarme a rezar el breviario.»

Pasar sin descanso de una ocupación a otra era para Don Bosco un continuo recitar salmos, porque, en todo cuanto hacía, alababa a Dios, cuya voluntad amorosamente cumplía. En realidad, el libro que ordinariamente se hojea en la oración ritual, dice al sacerdote que, del mismo modo, debe desenvolver día por día su actividad ante Dios en espíritu de oración.

Análoga observación vemos en san Agustín. Queriendo el gran doctor de la Iglesia que el cristiano convierta su vida entera en un himno de alabanza a la gloria de Dios, recuerda el musical instrumento davidico y dice: «No cantes a Dios tan sólo con la lengua, sino tomando también en tu mano el salterio de las buenas obras»². Este era el breviario de Don Bosco.

² Sobre el Sal 146.

Su tranquilidad de espíritu

Llevábamos hasta aquí esbozado el presente capítulo, cuando leímos el discurso pronunciado por el Papa el 19 de marzo, con motivo del Decreto sobre los milagros de Don Bosco, y en el discurso un recuerdo personal, que llegaba en la mejor ocasión.

Recordaba el Padre Santo que pasó algunos días de su vida con Don Bosco, bajo el mismo techo, comiendo en la misma mesa; y que, habiendo tenido varias veces la alegría de poder hablar largamente con él, no obstante sus numerosas ocupaciones, captó en el Santo una de las características, más impresionantes, «una calma insuperable, un dominio del tiempo que le permitía escuchar a cuantos se le acercaban con tanta tranquilidad como si no tuviese ninguna otra cosa que hacer». Habría materia para llenar un grueso volumen si quisiéramos referir todos los hechos y consignar todos los testimonios que confirman la exactitud de esta observación, la cual se aplica, no sólo al dominio del tiempo, sino también al de los contratiempos, ya que la misma calma y tranquilidad lo mantenía inalterable frente a los obstáculos, a las dificultades, a las desgracias que, por graves que fueran, jamás lo lograron desazonar.

Recuérdase aún vivo entre nosotros un dicho repetido por el primer sucesor de nuestro amado Padre, a saber, que cuando aparecía más alegre y contento que de ordinario, sus colaboradores, aleccionados por la experiencia, susurraban apenados unos a otros:

«Hoy Don Bosco debe de hallarse con una dificultad muy seria, porque aparece más jovial que de ordinario.» «En estas circunstancias —depone el mismo don Miguel Rúa en el proceso—, su fuerza era la oración».

En realidad, aun prescindiendo de tan autorizado testimonio, no cabría otra explicación del hecho. El piadoso autor de la *Imitación de Cristo* (*libro III, 34*) hace precisamente derivar la paz y serenidad perfecta del espíritu de una causa sola, del abandono en Dios propio de quien vive unido estrechamente a Él; *Tú tranquilizas el corazón y proporcionas una gran paz y festiva alegría*³ —son palabras del alma a su Amado.

³ En «El católico en el siglo», escrito bajo la inspiración de Don Bosco, se lee entre las resoluciones que se deben tomar, cada vez que se comulga: «Guardémonos bien de

Cómo hablaba de Dios

Hermosa prueba de habitual unión con Dios es la facilidad en hablar de Él con sentimiento veraz. Conocían muy bien sus hijos semejante facilidad, pues, conversando con ellos, solía repetir estas expresiones favoritas:

«¡Qué bueno es el Señor y qué amorosamente cuida de nosotros! Dios es un buen padre, y no permite que seamos tentados más de lo que permiten nuestras fuerzas. Dios es un buen amo, y no deja sin premio ni siquiera un vaso de agua que se dé por su amor. ¡Amemos a Dios, amémosle! ¿No veis cuán bueno ha sido con nosotros? Todo lo creó para nosotros; instituyó la Sagrada Eucaristía para vivir entre nosotros; a cada momento nos colma de bendiciones. Cuando se trata del servicio de Dios, que tan buen padre es, hay que estar dispuestos a cualquier sacrificio. Recordad que la fe sin obras está muerta. Hagamos cuanto podamos a mayor gloria de Dios. Todo por el Señor, todo por su gloria.»

Aun las ocupaciones más materiales no disminuían esa facilidad. Dice el venerando don Miguel Rúa.

«A veces, cuando lo acompañábamos a hora avanzada a descansar, se detenía contemplando el cielo estrellado, y, sin acordarse de su fatiga, se ponía a discurrir sobre la inmensidad, omnipotencia y sabiduría divina. Otras veces, en el campo, nos hacía observar las bellezas de los sembrados y de los prados, la abundancia y riqueza de los frutos y, de este modo conducía la conversación sobre la divina bondad y providencia de modo que con mucha frecuencia exclamábamos con los discípulos de Emaús: *¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?*»

Idéntica facilidad mostraba con los extraños, en casa o fuera de casa, con personas humildes o de alto rango, o con eclesiásticos o seculares. En Marsella, en casa de una insigne bienhechora, tomó un «pensamiento» de un jarro de flores, y volviéndose a la señora, le dijo:

no perder la tranquilidad de espíritu, sin la cual nada bueno se puede hacer. Para conservarla es menester estar estrechamente unidos a Dios» (p. 507 de la edición de 1888). Un conocidísimo autor moderno observa muy bien: «Difícilmente se abren las almas a quien se muestra constantemente preocupado y demasiado absorto en las cosas exteriores» (R. PLUS, *Irradiar a Cristo*).

«Tome usted, le doy un "pensamiento", el pensamiento de la eternidad.»

Con flores o sin ellas, no se olvidaba nunca de infundir pensamientos semejantes en quienquiera que se le acercase. Una de sus máximas favoritas era la siguiente: «Jamás el sacerdote deberá tratar con nadie, sin dejarle un buen pensamiento.»

Cómo hablaba del Cielo

Prueba todavía más convincente de su habitual unión con Dios es la facilidad de hablar con unción del Cielo.

«Don Bosco —afirma el cardenal Cagliero— hablaba del Cielo con tanta vivacidad, gusto y efusión, que enamoraba al que le oía. Hablaba de él como un hijo habla de la casa de su padre; el deseo de poseer a Dios lo encendía más aun que la merced por Él prometida.»

Cuando oía que los suyos se quejaban de las tribulaciones, fatigas o cargos, los alentaba diciéndoles:

«Recuerda que padeces y trabajas por un buen amo que es Dios, que tanto se fatigó y trabajó por ti. Un rincón de cielo todo lo arregla.»

A quien presagiaba dificultades o actos hostiles, le contestaba:

«De esto, nada hay ya en el paraíso. Los sufrimientos de esta vida son momentáneos, pero las alegrías del paraíso duran eternamente.»

A un rico opulento y descreído, pero embelesado por las cosas que de él había oído, habiendo ido a visitarlo por pura curiosidad, le dijo al despedirlo:

«Procuramos que un día usted, con su dinero, y yo, con mi pobreza, podamos encontrarnos en el paraíso.»

Cuando oía hablar de vacaciones, contestaba con esta frase:

«Las vacaciones las tendremos en el paraíso.»

Cuando venía cansado de la ciudad, después de laboriosas cuestiones, invitado a descansar un poco antes de ponerse a trabajar o meterse en el confesonario, respondía amablemente:

«Descansaremos en el paraíso.»

Al término de largas discusiones, decía:

«En el paraíso ya no habrá controversias; todos pensaremos lo mismo.»

Sus exclamaciones frecuentes eran:

«¡Qué gusto cuando nos veamos todos en el paraíso! ¡Sed buenos y nada temáis! ¿Pues qué creéis, que el Señor ha creado el cielo para dejarlo vacío? Pero no olvidéis que el paraíso cuesta sacrificios.»

A un doctor rico, pero con fama de avaro, con tanta unción le habló del cielo, que aquél corrió a su cofre, tomó cuantas monedas de oro podían caber en sus manos y se las entregó con la mayor gracia del mundo.

Sentado a la mesa un día, fuera de casa con varios sacerdotes, tomando pie de la belleza y bondad de ciertos frutos que había en la mesa, empezó a hablar con tanto calor del cielo, que los comensales dejaron de comer quedando pendientes de sus labios.

«Si alguno —dice un testigo bien informado— le hubiese preguntado de repente: Don Bosco, ¿a dónde se dirige?, le hubiera contestado: Al paraíso.»

El continuo deseo del cielo es, según san Agustín, continua oración⁴.

Siempre una buena palabra

Prueba soberanamente demostrativa de habitual unión con Dios es la misma facilidad en decir siempre una buena palabra. Aunque pillado de improviso, aun ocupado en cosas diversas, Don Bosco, dice su segundo sucesor, «parecía interrumpir sus coloquios con Dios para conceder audiencia, y que de Dios le eran inspirados los pensamientos y alientos que regalaba».

Abundan los ejemplos de su gran facilidad en hablar de Dios en circunstancias nada propicias; pero, remitiéndonos a los biógrafos para más amplias noticias, nos limitaremos a un solo detalle, que se repetía con frecuencia. A menudo sacerdotes del Oratorio, principalmente los superiores, iban a él para confesarse en horas dedi-

⁴ Obras completas, Carta 130, 19. BAC, 1953.

cadadas al despacho de la voluminosa correspondencia y de asuntos diversos. Pues bien, Don Bosco, oída la confesión, hablaba siempre al penitente con tanta unción, que parecía llegado en aquel mismo instante del altar.

«Parecía nuestro Señor»

Y como hablaba, obraba. En su decir se escuchaba el acento del hombre avezado a estar unido con Dios; en su obrar sobresalía la nota enteramente sacerdotal del celo.

Celo significa fervor del ánimo; en el lenguaje cristiano lo traduce san Ambrosio por *hervor de la fe* y por *fervor de la devoción*. Celo es, pues, emanación externa de la fe interior; es vehemencia de piedad para con Dios, la cual, no conteniéndose ya dentro de sí misma, entra como en ebullición, desprendiendo calor y fuerza viva.

Pero celo no es entusiasmo, esto es, exaltación extraordinaria que presto se desvanece. El celo, regido por motivaciones superiores, tiene procedimientos continuos y progresivos, cualquiera que sea la resistencia de hombres y de cosas. El celo de Don Bosco se modelaba por el de Jesús, todo ardor por la gloria de Dios, mediante la salvación de las almas y la guerra al pecado, y todo bondad en los modos con que se ganaba los corazones de pequeños y grandes.

Los niños y jóvenes del Oratorio se sentían embelesados y traducían su impresión en una frase que expresaba la fe y la piedad del lugar, diciendo:

«Don Bosco parece nuestro Señor.»

A través de estas palabras vemos a Don Bosco ir y venir, obrar con los pies en la tierra y con las manos en su trabajo, pero con los ojos resplandecientes de aquella luz que desciende de lo alto, ilumina el interior del hombre y esclarece toda la vida⁵. Aquí es preciso ver a Don Bosco, antes que en sus éxitos apostólicos.

⁵ Mt 6,22.

Don Bosco, instrumento de Dios

San Buenaventura⁶ distingue tres especies de oración: la común, la privada y la continua, y recomienda esta última especialmente a los superiores muy atareados. Tres cosas, exige: que se tenga el pensamiento dirigido a Dios en todas las ocupaciones; que el alma busque constantemente el honor de Dios y que, de cuando en cuando, cuasi furtivamente, se recoja en oración.

En este sentido, desde la señal de la santa cruz hasta la santa misa, desde la palabra familiar a la predicación, desde las minucias de la casa a los grandes asuntos, todas las acciones de Don Bosco estaban penetradas de oración; y, en las mayores empresas, este espíritu le servía de gallardo propulsor para promover la gloria de Dios.

Antes de comprometerse a fondo en cualquier actividad, lejos de hacer cuentas sobre si disponía o no de recursos materiales suficientes, consideraba el problema desde un ángulo visual desconocido por la prudencia puramente humana. Decía:

«Tengo esta norma en todas mis iniciativas. Primeramente examino bien si tal obra redundará a mayor gloria de Dios y provecho de las almas; si es así, voy adelante, seguro de que el Señor no me negará su asistencia; si no es lo que imagino, o mejor, lo que creo, aunque todo se resuelva en humo, me quedo igualmente contento.»

Convertido un designio en feliz realidad, si queremos saber lo que entonces pensaba, nos lo dice en una respuesta al Padre Félix Giordano, de los Oblatos de María Inmaculada, el cual había mostrado curiosidad de conocer por qué sus obras marcharon siempre tan bien, por colosales que fueran:

«Sepa —le dijo— que yo no entro para nada en ellas. El Señor es quien lo hace todo. Cuando quiere mostrar que una obra es suya, se sirve del instrumento más inadecuado. Este es mi caso. Si hubiese encontrado un sacerdote más pobre, más mezquino que yo, ése y no otro hubiera Él elegido como instrumento de aquella obra, dejando a un lado al pobre Don Bosco para que siguiera su natural vocación de cura de aldea.»

⁶ De sex alis Seraphim, 12-14.

La mente fija en Dios

El mundo hablaba de sus cosas y él mismo hablaba de sus cosas al mundo. Dejaba que la gente hablara.

«Se trata —solía repetir— de glorificar la obra de Dios, no la del hombre. ¡Cuántas maravillas más hubiera obrado el Señor, si Don Bosco hubiera tenido más fe!»

Atribuyendo el mérito de las obras a Dios, era natural que él mismo las alabara, aun aprovechando las nuevas formas de publicidad. En esto seguía este criterio práctico: «Es justo que los que nos dan limosna sepan en qué se emplea. Vivimos unos tiempos en los cuales el mundo, que se ha materializado, quiere ver y tocar con la mano; por eso, es más necesario que nunca que nuestras buenas obras sean conocidas, para que Dios sea en ellas glorificado.»

En el proceso apostólico, numerosos y conciencizados testigos, que con sus oídos habíanle escuchado narrar sus vicisitudes, insisten todos en el mismo concepto y dicen que, al hablar así, Don Bosco miraba muy por encima de su persona. Su íntima convicción de que era humilde instrumento de la divina Providencia, lo sostuvo en momentos de extremada delicadeza, ya que Dios permitió que no siempre los hombres juzgaran en seguida favorablemente sus obras.

La misma suprema autoridad diocesana, que tardó en comprender a Don Bosco, estaba casi convencida de honrar a Dios, hostilizándolo durante mucho tiempo con un celo digno de mejor causa. ¡Qué cáliz tan amargo para el pobre Don Bosco! Mas la única queja que salió de sus labios o de su pluma durante la dolorosa prueba, fue que tantos disgustos y tantas trabas le obligaran a perder tanto tiempo, cuando tan gran bien se hubiera podido hacer trabajando por la gloria de Dios.

Este fue siempre su objetivo supremo. Algún día su voluminoso epistolario probará abundantemente la inmensa sed que lo devoraba por la gloria de Dios y por encender la misma llama en los sacerdotes del clero secular y regular que con él mantenían correspondencia epistolar y, más aún, en sus hijos.

Estos, entre los avisos del padre que se transmiten con religiosa piedad, asignan un puesto de honor, a esta advertencia:

«Si se trata de cosas espirituales, resuélvase siempre las cuestiones de modo que puedan resultar a mayor gloria de Dios. Empeños, puntillos, espíritu de venganza, amor propio, razones, pretensiones, aun el mismo honor, todo debe en este caso sacrificarse.»

He ahí el lenguaje del hombre habituado a pasar por entre los hombres con la mente fija en Dios.

Siempre sacerdote

El apóstol⁷ considera como un deber de todos los cristianos indistintamente buscar la gloria de Dios, cada uno según su propia vocación; el sacerdote, pues, como sacerdote. Ahora bien, la misión del sacerdote, que es ministro de Cristo, no puede ser distinta de la misión misma de Dios, que consiste en salvar las almas de la perdición: *El Hijo de hombre vino a buscar y salvar lo que estaba perdido*⁸. Don Bosco, que desde el día de su sagrada ordenación no quiso ser sino sacerdote y, por consiguiente, no aspiró a más oficio que al estrictamente sacerdotal, ni ambicionó otro título delante de su nombre más que el de sacerdote, ni toleró otra insignia sobre su persona más que el distintivo del sacerdocio, no pensó jamás glorificar a Dios sino en funciones de sacerdote, y precisamente en aquello que el seudo Dionisio⁹, graduando las obras encaminadas a la gloria de Dios, coloca en el primer lugar, como *la cosa más divina, entre las divinas, esto, es, cooperar con Dios a la salvación de las almas*.

Sobre esto han recibido de Don Bosco los Salesianos una enseñanza magistral, que entra en el vivo patrimonio de las tradiciones domésticas. Don Bosco se expresaba así:

«Un sacerdote es siempre sacerdote y, como tal, debe manifestarse en todas sus palabras. Ahora bien, ser sacerdote quiere decir obligarse a tener continuamente por mira los grandes intereses de Dios, a saber, la salvación de las almas. Un sacerdote nunca debe

⁷ 1Co 10,31.

⁸ Lc 19,10.

⁹ De coel, hier., 3.

permitir que ninguno de los que se acerquen a él se vaya sin oír una palabra que manifieste el deseo de la salvación eterna de su alma.»

De aquí que prefijase este fin eminentemente sacerdotal en todas sus grandes fundaciones, empezando por la que estaba destinada a ser madre de las otras:

«Recordad —predicaba a los suyos— que el Oratorio ha sido fundado por la Santísima Virgen para un solo fin, para salvar almas.»

He aquí, por qué en el blasón salesiano se ha grabado la frase *Da mihi ánimas*, que fue su consigna durante toda su vida. No sería posible seguirlo paso a paso por este camino; narre otro, para instrucción y edificación de los compañeros en el sacerdocio, espigando de intento en ese campo vastísimo las industrias por él inventadas, las fatigas soportadas, sus heroicos sacrificios, sus gemidos, sus suspiros, sus oraciones. Sí, sobre todo sus oraciones, sin las cuales no hubiera tenido ni fuerza para sembrar entre tantas lágrimas, ni el consuelo de recoger en tanta abundancia¹⁰. Pues, como escribe uno de los más modernos teólogos: «En donde falta la vida interior, la acción externa no obtiene sino mezquinos resultados, porque la gracia de Dios no desciende a fecundar un ministerio en el cual apenas tiene sitio la oración; de aquí la necesidad de avivar las obras externas con el espíritu de oración...»¹¹.

Inexorable ante el pecado

Gran enemigo de Dios: a quien expulsa de las almas, y gran enemigo de las almas, que arroja al infierno, es el pecado. Con el pecado tuvo Don Bosco toda su vida una cuestión personal.

Cierta noche no pudo conciliar el sueño, sabiendo que uno de sus alumnos había cometido un pecado; al día siguiente, hablando de ello desde la pequeña tribuna de las «buenas noches», parecía la tristeza en persona.

¹⁰ Salmo 125,6.

¹¹ TANQUERAY, *Comp. de Teol. ascética y mística*, núm. 611, Desclée, Roma.

A la idea de que alguno de los suyos estuviera en pecado mortal, *se consumía su espíritu*¹², se llenaba su alma de profunda aflicción, como el apóstol de las gentes al ver cómo los atenienses adoraban a los ídolos.

Al predicar sobre la gravedad del pecado mortal, el llanto le oprimía de ordinario la garganta y, a veces, le ahogaba la palabra en la boca, obligándole a cortar el discurso. Hasta en la conversación familiar, bastaba que saliera a plaza la ofensa de Dios para que su rostro se contrajera, y el acento, y aun el silencio, expresara su dolor. Aun físicamente sufría en presencia de actos pecaminosos, o al escuchar la acusación de ciertas culpas más graves. Así, al oír blasfemar, le venían como desvanecimientos, y escuchando de ciertos jóvenes la confesión de cosas impuras, sentía ansias de vomitar, o experimentaba su olfato sensaciones insoportables, o padecía principios de asfixia.

Cierta día el amable don Juan Bta. Francesia, habiéndole oído lamentarse de un repentino mal de ojos, le preguntó con filial confianza si había trabajado extraordinariamente aquella noche a lo que el buen Padre contestó que había ido a confesar a la cárcel, donde no puede darse mucha penitencia, por lo que se había ofrecido a hacerla él en lugar de los penitentes.

El pecado, cuando aún se estaba cometiendo, le causaba un verdadero martirio, el mayor que pueda imaginarse; mas a la vez multiplicaba su ardimiento, de tal modo que, aun cuando hubiere tenido enfrente un ejército, jamás, decía, se hubiera contenido.

El pecado ya cometido, máxime si era de escándalo, lo hacía estremecer, obligándole a exclamar con angustia: «¡Oh qué desastre, oh qué desastre!»

El pecado temido le producía tal desasosiego, que hubiera preferido ver destruido el Oratorio y arruinadas sus casas, antes de que dejaran de responder a su fin, impedir el pecado. Una de sus típicas frases personales estaba concebida en estos términos:

«Don Bosco es el hombre más bueno de este mundo. Romped, gritad, haced diabluras; todo sabrá tolerarlo, porque sois jóvenes;

¹² *Hch* 17,16.

pero no deis escándalos, no perdáis vuestras almas y las de los otros con el pecado, porque entonces será inexorable.»

Sabía impedirlo

El hombre de oración sabe recurrir de repente, para impedir la ofensa a Dios, a modos enteramente suyos que a otros ni siquiera se les ocurrirían, ni aun pensando en ello detenidamente.

En casa de ciertos señores, un niño de cinco años, volcó el cochecillo con que jugaba y se irritó de tal modo que pronunció con desprecio el nombre de Cristo. Llamóle Don Bosco y le dijo amorosamente:

—¿Por qué has pronunciado tan mal el nombre de Jesucristo?

—Porque el cochecillo no quiere andar bien.

—Pero, ¿no sabes que no se debe nombrar a Dios sin respeto y devoción? Dime, ¿sabes los mandamientos?

—Sí.

—Pues bien, hazme el favor de recitarlos.

El pequeño obedeció. Don Bosco le dejó llegar al segundo: *No tomar el nombre de Dios en vano*. Entonces le dijo:

—¿Sabes lo que quiere decir *no tomar el nombre de Dios en vano*? Quiere decir, hijo mío, que no debemos nombrar a Dios, que tan bien nos quiere, sin justa razón y sin devoción; de lo contrario, cometemos un pecado, esto es, disgustamos a Dios, y esto ocurre especialmente cuando se le nombra con cólera, como lo has hecho tú hace un momento.

—¡Papá lo dice siempre! —dijo el niño.

—Y, en adelante, no lo dirá —interrumpió el padre allí presente, mortificadísimo.

En otra ocasión, mientras esperaba la salida del tren, oyó que el hijito del fondista balbuceaba repetidamente:

—*Quisto, Quisto*.

Haciéndole señas con la mano, le dijo:

«Ven aquí, pequeño. ¿Quieres que te enseñe a pronunciar bien las palabras? Pues bien, quítate el sombrero y pon atención. Se dice *Cristo*, no *Quisto*. Así, ¿ves? En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. Sea alabado Jesucristo. Fíjate bien. No *Quisto*, sino *Cristo*.»

En mayo de 1860 tuvo la agradable sorpresa de un registro personal. Uno de los tres agentes, mientras Don Bosco abría la puerta de la habitación, leyó en tono burlón las palabras escritas encima:

—*Alabado sea siempre el nombre de Jesús y el de María*.

Don Bosco se detuvo, volvióse y dijo:

—*Y siempre sea alabado el nombre...*

Luego intimó a los tres con imperiosa severidad:

—¡Quítense el sombrero!

Mas como ninguno obedecía, repitió:

—Ustedes han empezado; ahora es preciso que terminen con el debido respeto, y ordeno que se descubran.

La superioridad del hombre de Dios se impuso: aquéllos hicieron de necesidad virtud y, entonces, él concluyó:

—... *el nombre de Jesús, Verbo Encarnado*.

Estos dichos y hechos explican otras muchas cosas. Por ejemplo, las horas interminables empleadas en oír confesiones; las estampas de Domingo Savio con la frase: *Antes morir que pecar*; el método educativo, encaminado a prevenir el pecado.

Explican también cómo en el Oratorio dominaba un santo horror al pecado, no sólo mortal, sino también venial; cómo era general en él el espíritu de reparación, que movía a tantos jóvenes a satisfacer por los pecados ajenos, no sólo orando, sino también mortificándose; cómo, en todas partes y siempre, una apremiante solicitud reiterada a los mejores a vigilar para impedir que el pecado se insinuase o anidase entre los compañeros.

Ciertamente, conmueve en gran manera comprobar en los procesos canónicos la unanimidad con que los testigos, eclesiásticos o seculares, que respiraron aquel ambiente, ponen de relieve este aspecto del celo de Don Bosco, no con el lenguaje descolorido del

que saca de la memoria viejos recuerdos, sino con el tono vivaz del que siente erguirse dentro de sí mismo impresiones muy cotizadas y profundas.

Don Bosco ardía en amor de Dios

Un hermoso pasaje de santo Tomás¹³ proyecta aquí un rayo de su brillantísima luz. Argumenta así «el Ángel de las escuelas»:

«El amor de amistad tiene de propio que busca el bien del ser amado. Por eso, semejante amor, si es ardiente, mueve a quien lo siente a reaccionar contra todo lo que se opone al bien del amigo. En este sentido, se dice que tiene celo por el amigo el que se ingenia por impedir cuanto puede, con palabras o acciones, el perjudicar los intereses del amigo. Del mismo modo, diremos que es celoso para con Dios el que hace cuanto puede para oponerse a cuanto va contra el honor o la voluntad de Dios, y decimos que está devorado por santo celo el que hace cuanto puede para impedir el mal que va a cometerse, o bien, dado el caso de que sea imposible evitarlo, lo soporta gimiendo.»

Por eso el pecado hería tan dolorosamente el corazón de Don Bosco. Ardía en amor de Dios, y en todo pecado sentía la ofensa hecha a su Dios. Muchísimas veces le oyeron desahogar el ímpetu de sus fervores con acentos parecidos a éstos:

«¿Cómo es posible que una persona sensata que cree en Dios, se atreva a ofenderle gravemente?... ¿Por qué tratar tan mal al Señor?... ¡Mas ved qué bueno es Dios! Cada día nos colma de sus beneficios. ¿Cómo es posible ofenderlo? Preciso es decir que quien ofende al Señor, demuestra con ello que no está sano de la cabeza.»

Estas y otras semejantes eran las expresiones que usaba; mas, ¿quién podrá expresar los arrobamientos de su alma seráficamente enamorada de Dios?

¹³ Cfr. Suma Teol., I^a II^{ae}, q. 28, a. IV, corp.

Una síntesis de su devoción

Al lado de la casa solariega de Don Bosco se alza una capillita, que es todo un símbolo. La arregló el buen Padre en 1848 para su comodidad y la de sus jovencitos, cuando solo o acompañado de algunos del Oratorio iba allá a respirar los aires natales. Todo se conserva aún en su estado primitivo.

A la derecha del que entra, hay un venerando sillón junto a la pared, en el cual se sentaba para confesar; de frente, en el centro del altar, el tabernáculo, no ya decorativo, pero sí sólido para guardar el augusto Sacramento; arriba, en lo alto, el cuadro de la Santísima Virgen.

He aquí, en bella síntesis, los tres máximos factores de santificación, usados siempre por Don Bosco para sí, aplicados a los suyos, y a todos aconsejados: frecuente confesión, frecuente comunión, devoción a la Santísima Virgen. María Santísima que llama y lleva a Jesús por medio del Sacramento de la reconciliación y del perdón.

El 13 de febrero de 1863, escribía Don Bosco a Pío IX:

«Secunde Vuestra Santidad el alto pensamiento que Dios inspira a su corazón, proclamando en todas partes la veneración al Santísimo Sacramento y la devoción a la Santísima Virgen, que son las dos áncoras de salvación para la mísera humanidad.»

Lo mucho que él hizo durante los años de sus mayores fundaciones para inspirar en los suyos y propagar, hasta los últimos confines de la tierra, el culto amoroso de la Santísima Virgen, no hubiera tenido una causa suficiente, si no se hubiera visto animado por una ferviente devoción a la Madre de Dios. Esta devoción contribuyó en gran manera a su formación espiritual y al desarrollo de su vida interior.

Devoción a María

Piensa en María, invoca a María, nos exhorta aquél a quien saluda la Iglesia¹⁴ como maestro de los maestros en la devoción a María.

¹⁴ SAN BERNARDO, *Hom. II super «Missus est»*, 17.

El pensamiento de María, la invocación de María, nunca dejó de vibrar ni en el corazón ni en los labios de Don Bosco, cuya piedad se anudaba a la par con el hilo nunca interrumpido de la genuina tradición católica, por encima de las obstinadamente arraigadas supervivencias jansenistas de su tiempo.

Su lengua celebraba siempre las glorias antiguas y nuevas de la Virgen, procurando infundir en los otros la confianza filial que hacia ella alimentaba en su corazón. Brotaban continuamente de su lengua filiales invocaciones a su celestial Patrona. De su boca salían a menudo públicas acciones de gracias por los innumerables beneficios recibidos del poder de María Auxiliadora.

«¡Cuán buena es María!», exclamaba con ternura en muchas ocasiones.

Alabado por sus obras, no podía sufrirlo, y al punto rectificaba: «Esta buena gente no sabe quién es Don Bosco; quien lo hace todo es María Auxiliadora.»

Cuando predicaba sobre las grandezas de María, se conmovía hasta el punto de derramar lágrimas. Se le oyó decir repetidamente que no había dado un paso sin recurrir a María. Para obtener sus luces en los momentos decisivos, fue en peregrinación tres veces por lo menos al santuario de Oropa, en Biella.

En su correspondencia epistolar se encuentran a menudo frases como ésta: «La Santísima Virgen nos conserve siempre suyos.»

Al final de un hermoso relato sobre la Virgen, escrito no sabemos por quién, puso él de su puño y letra sobre las pruebas de imprenta, que aún se conservan, esta calurosa exhortación que brotaba, más que de la pluma, de lo íntimo del corazón:

«Lector, donde quiera que estés, haz lo que hazas, puedes con una plegaria recurrir a la Santísima Virgen María. Pero recurre con fe, pues Ella es una madre piadosa que quiere y puede favorecer a sus hijitos. Pídele de corazón, ruégale con perseverancia y ten la seguridad de que Ella será para ti una verdadera providencia y un pronto auxilio en tus necesidades espirituales y temporales»¹⁵.

¹⁵ De un fascículo suyo sobre la Virgen, publicado en las *Lecturas Católicas* (mayo 1865).

En otra parte se describe la aparición de la Virgen a san Estanislao de Kostka, cuando el angélico joven recibió de Ella la orden de entrar en la Compañía de Jesús; pues bien, en dichas pruebas de imprenta, añadió Don Bosco:

«Cristianos que os complacéis en ser queridos de María, rogadle de corazón que os conceda la hermosa gracia de consagraros totalmente a Dios. Decidle que os guarde así de los grandes peligros del mundo; y puesto que Ella lo puede todo, os dirija también una orden como la que dio a Estanislao, y vosotros la obedeceréis al punto. La gracia de ser llamado al estado religioso pidióla siempre a María, desde pequeño, el venerable P. Carlos Jacinto y la obtuvo»¹⁶.

Verdaderos desahogos, uno y otro, de su vivísima piedad hacia la Santísima Virgen.

Poesía de su piedad

Ante un tema tan agradable, no tengamos escrúpulos de alargar el discurso. A la manera como el corazón de Don Bosco se dilataba a la idea de María, se anima el nuestro a recoger sus expansiones, tanto más ávidamente cuanto menor solía ser en él el gusto de comunicar a otros sus internos impulsos. Mas hay circunstancias en las cuales, aun de los temperamentos más llenos de reserva, se desborda la emoción.

Tenemos una carta de Don Bosco, fechada en el santuario de Oropa, el 6 de agosto de 1863, y dirigida a «sus carísimos hijos estudiantes», que rebosa verdadero lirismo de piedad. El buen Padre los invita a todos a compartir con él en espíritu los suaves transportes a los cuales se entrega en aquella atmósfera mariana, en aquella real residencia de la Santísima Madre de Dios.

La profunda religiosidad del lugar se ha enseñoreado enteramente de su espíritu meditabundo; el júbilo que le causa el espectáculo de tanta piedad a su Reina celestial lo inunda hasta el punto de que, dejando correr la pluma, siente ante todo la necesidad de hacer vibrar en sus hijos su propia emoción:

¹⁶ Ver cita anterior.

«Si vosotros, oh carísimos hijos, os hallarais en este monte, os sentiríais ciertamente conmovidos. Un gran edificio, en cuyo centro se abre una devota iglesia, forma lo que comúnmente se llama Santuario de Oropa. Hay aquí un continuo ir y venir de gente. Quién da gracias a la Santísima Virgen por favores obtenidos, quién pide verse libre de un mal espiritual o material, quién ruega a la Santísima Virgen que le ayude a perseverar en el bien, quién a tener una santa muerte. Jóvenes y viejos, ricos y pobres, campesinos y señores, caballeros, condes, marqueses, artesanos, comerciantes, hombres, mujeres, vaqueros, estudiantes de toda condición, se ven continuamente acercarse en gran número a los santos sacramentos de la confesión y comunión, y dirigirse luego a los pies de la hermosísima estatua de la Virgen para implorar su celestial ayuda.»

Pero su gozo se vela muy pronto por la tristeza, porque no se ve, como en el Oratorio, rodeado de sus hijos para conducirlos a todos consigo a tributar devoto homenaje a la Virgen bendita.

«Pero en medio de tanta gente, mi corazón experimentaba la más viva contrariedad. ¿Por qué? Porque no veía a mis queridos jóvenes estudiantes. ¡Ah, sí!, porque no puedo tener aquí a mis queridos hijos, para llevarlos a todos a los pies de María, y ofrecérselos a Ella, y ponerlos a todos bajo su poderosa protección, y hacer que todos sean como Domingo Savio u otros tantos san Luis.»

A este vivo sentimiento de no poder honrar a la Santísima Virgen en forma más solemne, mediante la participación de sus hijos, halla consuelo Don Bosco en una promesa y en una plegaria:

«Para dar consuelo a mi corazón, me he dirigido al prodigioso altar de la Virgen, y le he prometido que, cuando llegue a Turín, haré cuanto pueda por infundir en vuestros corazones la devoción a María. Y, encomendándome a Ella, he pedido estas gracias especiales para vosotros: —María, le he dicho, bendecid a toda nuestra casa; alejad del corazón de nuestros jóvenes hasta la sombra del pecado; sed la guía de los estudiantes, sed para ellos la sede de la verdadera Sabiduría. Sean todos vuestros, siempre vuestros; tenedlos siempre por hijos vuestros, y conservadlos siempre entre vuestros devotos.— Creo que la Santísima Virgen me habrá escuchado, y espero que me ayudaréis a fin de que podamos corresponder a la voz de María, a la gracia del Señor.»

Su corazón y su mente, con María

Finalmente, el corazón de Don Bosco descansa en un sentimiento de firme confianza como si viese que la Virgen, escuchando sus súplicas desde lo alto de los hermosos montes de Oropa, alza la diestra y bendice a su querido Oratorio de Valdocco, y extiende el manto de su maternal protección sobre todos los que en él habitan:

«La Santa Virgen María. me bendiga a mí, bendiga a todos los sacerdotes y clérigos y a todos los que dedican sus fatigas a nuestra casa; os bendiga a todos. Ayúdenos Ella desde el Cielo, mientras nosotros ponemos el mayor empeño para merecer su santa protección, en la vida y en la muerte. Así sea.»

Al partir de aquel sagrado lugar, debía Don Bosco, con los ojos de la mente fijos en el porvenir, murmurar entre labios, enternecido y confiado: *Levanto mis ojos a los montes, de donde me vendrá el Auxilio*¹⁷ precisamente cuando estaba a punto de erigir su santuario a María Auxiliadora.

Para este santuario había ideado un cuadro estupendo. En el centro, en lo alto, María Santísima, entre coros angélicos; alrededor y más cerca de Ella los Apóstoles; luego mártires, profetas, vírgenes, confesores; abajo, emblemas de las victorias de María, y los pueblos de la tierra en actitud suplicante. Y daba colorido al cuadro con tanta abundancia de palabras y lujo de detalles, que parecía reproducir un espectáculo realmente contemplado por él.

Verdad es que el pintor hízole ver, según las buenas reglas del arte, la imposibilidad de agrupar en espacio tan limitado un número tan extraordinario de figuras; pero la grandiosa concepción de Don Bosco, y más aun su manera de exponerla, reproducían al vivo un tema de contemplación que debía de ser familiarísimo al fervoroso devoto de María e incansable propagador de sus glorias.

¹⁷ Sal 120,1.

Capítulo 5

EN LAS TRIBULACIONES DE LA VIDA

Todos los que agradaron a Dios, pasaron por muchas tribulaciones, manteniéndose fieles¹. Mirando a distancia, ¿quién no creería que Don Bosco seguía un camino sembrado de rosas? Pues no, su vida estuvo siempre sembrada de punzantes espinas.

Espinas y cruces

Espinas en el seno de la familia; la pobreza, y la oposición, que primeramente le cerraron y después le hicieron muy áspero el camino del sacerdocio, sometiéndolo a duras fatigas.

Espinas en la fundación del Oratorio. Por todas partes le venían cruces: de los particulares, de los párrocos y de las autoridades municipales, políticas y escolares.

Espinas, y algo peor, de parte de los protestantes; con sus *Lecturas Católicas* ponía cada mes el dedo en alguna llaga; de aquí su odio.

Espinas a granel por falta de medios; mantener tantos jóvenes y tantas obras, y tener que ir adelante cada día. Espinas de su mismo personal; sacrificios para formarlo y deserciones dolorosas.

Abrojos y espinas por parte de la autoridad diocesana; malas inteligencias, oposiciones, vejaciones sin cuento.

Un calvario, la fundación de la Sociedad Salesiana, tanto que, realizado ya todo, dijo Don Bosco: «La obra está terminada; pero, ¡cuántos trabajos, cuántos quebraderos de cabeza! Si tuviera que volver a empezar, no sé si tendría valor suficiente para acometer tal aventura.»

¹ Cfr. Jdt 8,22.

Otro martirio prolongado, sus padecimientos físicos. Sostenerse en medio de tantas tribulaciones y llegar con serena seguridad a la meta, sólo es posible a quien fija los ojos en el autor y consumador de la fe, Jesús, quien a la vista del gozo (que le esperaba en la gloria), sostuvo la cruz sin hacer caso de la ignominia². Por donde vemos en sustancia que éstos son triunfos reservados a las almas interiores.

El arte de sufrir

Acerquémonos un poco a Don Bosco para observarlo de cerca en algún momento crítico de su vida. San Agustín³, después de decir que el salmista, en medio de las penas producidas por hombres perversos, se refugia en la oración, *reza mucho pacientemente*, nos exhorta también a nosotros, cuando del mismo modo nos encontremos en la tribulación, a hacer como él oración: *para que unamos la oración con la tribulación sufrida*. Es la gran lección que nos dan los santos, únicos verdaderos maestros, después de Jesús, en el arte del bien sufrir.

Huysmans, que en su genial aunque sucinto *Boceto sobre Don Bosco*⁴ tuvo necesidad de omitir muchísimas cosas, no creyó excesivo destinar una página entera al domingo de Ramos de 1846. ¡Una jornada realmente de pasión para Don Bosco!

Échado y expulsado de todos los rincones de la ciudad, pero seguido fielmente por una grey cada vez más numerosa, viose reducido a hacer en un prado aun lo que normalmente se hace en una iglesia.

También sonó allí la hora del desahucio. No se le concedió ningún plazo; ni un vislumbre de esperanza; todos los pasos resultaron vanos. Las desconfianzas suscitadas contra él hacían que se le cerrasen todas las puertas. Tenía el corazón despedazado. Confesados sus rapaces en un rincón del prado, los condujo en peregrinación al santuario de Nuestra Señora del Campo, distante un par de

² Hb 12,2.

³ Sobre el Sal 54,1.

⁴ Cfr. «Don Bosco» de Huysmans, *Oratorio de San Pedro*, Niza, p. 13.

kilómetros. ¡Qué fervor en los cantos, en los rezos, en las comuniones! La celebración de la misa lo fortaleció, pero crecía su desconuelo al ver la espontánea piedad de sus hijos, prontos a desbandarse después de tantos sacrificios para recogerlos y tenerlos unidos a sí.

En el discursito que les dirigió, comparólos a avejillas cuyo nido había sido destruido; que rezaran y rezaran mucho a la Virgen que había de prepararles otro mejor y más seguro. Por la tarde, la recreación hervía en el prado, pero Don Bosco tenía el llanto en el alma.

Al caer el día, nada en absoluto; una tentativa extrema para salir del atolladero fracasó también.

Llorando

Entonces la naturaleza reclamó imperiosamente sus derechos; Don Bosco sintió una gran necesidad de llorar.

Oprimido por la aflicción, viéronle apartarse, recogerse dentro de sí mismo y pronunciar, llorando, su plegaria. Los más grandecitos que, conociendo sus costumbres, no se daban punto de reposo al verlo tan triste y lo habían seguido, oyeron esta plegaria de dolor y de esperanza:

«Dios mío, Dios mío, hágase vuestra santa voluntad, pero no permitáis que a estos pobres hijitos les falte un refugio.»

La oración no fue vana; casi inmediatamente viose su efecto. Al domingo siguiente se celebró con alegría la Pascua.

En la tribulación

Uno de los bravos jovencitos que acompañaron al Padre en la hora de la tribulación, y ha dejado en la historia del Oratorio un nombre muy simpático, se llamaba José Brosio, brazo derecho de Don Bosco en muchas ocasiones. Debemos a su ingenua pluma el relato que sigue:

Un domingo, terminadas las funciones, no veíamos a Don Bosco en el patio con los jovencitos. Aquella ausencia tan rara no podía pasar inadvertida.

El amantísimo Brosio buscólo por todas partes, hasta que lo encontró en su cuarto, muy triste y casi llorando. A sus insistentes preguntas, Don Bosco, que tanto lo quería, respondió que uno del Oratorio le había ultrajado en forma tal que le había producido gran disgusto.

«Por mí —añadió—, poco me importa; lo que me duele es que el ingrato corre a su perdición.»

Brosio, herido en el corazón, no pudo contenerse, y con la impetuosidad del hijo del pueblo que pierde los estribos, iba a marcharse para dar al insolente una lección merecida. A buen punto Don Bosco, cambiando de aspecto, alcanzó a detenerlo, diciéndole afablemente:

—Quieres castigar al ofensor de Don Bosco, y no te falta razón; pero juntos tomaremos venganza. ¿Te parece bien?

—Sí —dijo con energía el muchacho ciego de cólera.

Don Bosco, cariñosamente, tomólo de la mano, lo llevó a la iglesia, hizo que rezara junto a él y así estuvieron largo rato en oración. Debió de pedir también por su vecino, pues, en un instante pasó de la ira al amor. Al salir de la iglesia, díjole paternalmente Don Bosco:

—Ya lo ves, hijo mío; la venganza del cristiano es perdonar y rogar por el ofensor.

Atentados y más atentados

¡Cuántas ocasiones, aun trágicas, se le presentaron al hombre de Dios para poner en práctica su santa advertencia! Del 1848 al 1854 fueron años de atentados verdaderos y reales contra su existencia.

Una bala de fusil, dirigida contra él mientras enseñaba el catecismo, le atravesó la manga entre el brazo izquierdo y el pecho. Dos sicarios, apostados en la oscuridad en un rincón de la Plaza del Castillo, estaban allí para apuñalarlo, cuando acudió gente. Llamado dos veces al lecho de un moribundo fingido, hizo fracasar con su presencia de ánimo diabólicas tentativas para hacerlo desaparecer, envenenándolo o asesinandolo. Tres veces logró burlar la ferocidad de un terrible bandido pagado para matarlo. Ame-

nazado con arma de fuego en su aposento, debió su salvación a la repentina entrada del que, sospechándolo, estaba alerta. En la carretera de Moncalieri un formidable garrotazo le hubiera roto la nuca, si el agresor, al asestarlo, no hubiera ido a rodar por el vecino barranco merced a un providencial empujón.

¿Y los cuatro peligros mortales de que le salvó el perro misterioso? Los que armaban el brazo homicida, malhechores de alto copete, agazapados en la sombra, multiplicaban los atentados, porque Don Bosco no estaba dispuesto a ceder en su lucha implacable pero leal *pro Ecclesia et Pontífice*, especialmente por medio de sus *Lecturas Católicas*.

Don Bosco no cede

Tantos y tan brutales riesgos, que hubieran acobardado a hombres de valor, no le privaban a él de la calma en las ordinarias ocupaciones, de tal modo que, dentro de casa, poco y por pocos fueron conocidas aquellas peripecias. Él mismo nos da a conocer el espíritu superior que lo animaba en tan azarosa campaña.

En 1853, a dos señores que, recibidos cortésmente, llegaron a formular terribles amenazas para obligarlo a desistir de aquella publicación periódica, dijo clara y rotundamente:

—Al hacerme sacerdote, me consagré al bien de la Iglesia Católica y a la salvación de las almas, particularmente de la juventud... Ustedes no conocen al sacerdote católico; de lo contrario, no se hubieran rebajado a semejantes amenazas. Sepan que los sacerdotes de la Iglesia Católica, mientras tienen un soplo de vida, trabajan gozosos por Dios; y si, en el cumplimiento de su deber, hubieran de sucumbir, mirarían la muerte como su más grande fortuna y su mayor gloria.

También declaró que jamás hubiera opuesto la violencia a la violencia, porque «la fuerza del sacerdote está en la paciencia y en el perdón».

En efecto, quien después de semejantes encuentros hubiera buscado a Don Bosco, lo hubiera encontrado dando gracias al Señor y a la Virgen, rogando por los desgraciados perseguidores,

pensando ante Dios cómo devolver bien por mal y templando su ánimo en la comunicación con Dios.

Mas los acreedores...

Las agresiones a mano armada se entreveraban con otros asaltos más prosaicos, pero mucho más numerosos: los de los proveedores y acreedores que le asediaban de continuo. Para llevar adelante sus obras de religión y de caridad, Don Bosco se veía con frecuencia reducido a durísimas estrecheces, pero éstas no le impedían sacar, de las profundidades de la fe, alimento perenne de santa paz y alegría.

«Dios es un buen padre —decía—; piensa en los pájaros del aire; no dejará ciertamente de pensar en nosotros.»

En cuanto a sí mismo y a su misión, razonaba así: «De estas obras yo únicamente soy humilde instrumento; el artífice es Dios. Corresponde al artífice, no al instrumento, proporcionar los medios de proseguirlas y conducir las a buen fin. Así lo hará Él cuando y como lo juzgue mejor; a mí me corresponde únicamente mostrarme dócil y flexible en sus manos.»

Este hábito de considerar las cosas desde arriba, le hacía decir en las palabras de las *buenas noches*: «Orad, y los que puedan, hagan la santa comunión según mi intención. Os aseguro que yo también pido; pido más que vosotros. Me encuentro en graves dificultades. Tengo necesidad de una gracia. Ya os diré después cuál es.»

Algunas noches más tarde cumplía su palabra, refiriendo, por ejemplo, que un señor rico había venido a traerle la cantidad que necesitaba, y añadía: «La Virgen Santísima, hoy mismo, fijaos bien, nos ha obtenido tan señalado beneficio. Démosle gracias de todo corazón. Entre tanto, continuad rezando; el Señor no nos abandonará. Pero si en casa entrara el pecado, ¡pobres de nosotros! El Señor ya no nos socorrería. Sed, pues, diligentes en rechazar las insidias del demonio y en frecuentar los sacramentos.»

Son fragmentos de las *buenas noches* que los jóvenes internos copiaban literalmente cada noche y que nuestros archivos custodiaban celosamente, porque son eco fiel de la voz paterna y docu-

mentos preciosos de la verdad de cuanto él aseguraba públicamente en 1876:

«Carecemos de medios humanos, pero estamos acostumbrados a levantar los ojos hacia arriba.»

Y es que la prueba de que un hombre tiene continuamente el corazón en Dios y a Dios en el corazón⁵, está en aquel renovar siempre las fuerzas cuando todo parece conjurado para arrebatárselas; estabilidad que es participación íntima de la inmutabilidad divina.

«Durante treinta y cinco años —atestigua Cagliero— no recuerdo haberlo visto un solo instante molesto, desalentado o inquieto, por el sostenimiento de sus jovencitos. »

... y lo inesperado

A la ferocidad de las violencias pasajeras, a la opresión de las angustias cotidianas, añadamos hechos dolorosos que lo herían en sus más caros sentimientos.

Valga por todos la amarga contrariedad que le ocurrió en el centenario de san Pedro. Uno de los grandes amores de Don Bosco fue siempre el Papa. En tiempos llenos de hostilidad al Pontificado, desplegó él por el Romano Pontífice un celo laboriosísimo, sometido a duras pruebas, pero en todas partes plenamente conocido. Tocar a Don Bosco en el amor al Vicario de Jesucristo, era herirlo en las pupilas de sus ojos. Y, sin embargo, Dios permitió que ni siquiera esta tribulación, le fuese ahorrada.

Para el solemne aniversario mundial, había dado él a luz en las Lecturas Católicas un fascículo sobre el Príncipe de los Apóstoles, obrita que fue muy bien acogida, cuando, de buenas a primeras, se supo que su libro había sido por alguien denunciado a la Sagrada Congregación del Índice.

Aquello fue como un rayo en la calma apacible de su espíritu. Recibió luego de oficio la relación de un consultor: una requisitoria grave, severa y hasta ruda contra la persona del autor, como si hubiera tratado de debilitar la autoridad pontificia con erróneas

⁵ Is 40,31.

doctrinas. Oró mucho Don Bosco, se aconsejó mucho, y luego envió por escrito una respetuosa contestación.

La noche antes de enviarla a Roma, llamó a uno de los suyos para la transcripción caligráfica; y esta circunstancia nos ha permitido conocer algo que, de otro modo, hubiera quedado sepultado en las tinieblas de aquellas horas.

En el silencio de la noche, oía conmovido el calígrafo desde el vecino aposento los suspiros y las palabras entrecortadas de Don Bosco; eran acentos de ardientes plegarias. A medianoche abrió suavemente la puerta, observó el trabajo y preguntó:

—¿Has visto?

—Sí, he visto cómo tratan a Don Bosco.

Entonces el buen Padre, mirando al crucifijo, exclamó:

—Y, sin embargo, oh Jesús mío, Tú sabes que escribí ese libro con buen fin. ¡Ah, mi alma está triste hasta la muerte... Hágase tu voluntad! No sé cómo pasaré esta noche. ¡Oh Jesús mío, ayudadme Vos!

Cómo pasó Don Bosco el resto de la noche, sólo Dios lo sabe. Nosotros sabemos que cuando, a las cinco, volvió el secretario a ocupar la mesita para acabar la copia, vio a Don Bosco que, enteramente sereno y tranquilo, bajaba, según costumbre, a confesar y a celebrar. Después, parecía enteramente otro; tanta era la jovialidad que brillaba en su rostro.

Partió la defensa; el mismo Pío IX detuvo el proceso, y entre tanto, vuelto a examinar el asunto, se redujo todo a dos retoques que debían figurar en una segunda edición.

Gran tempestad, por consiguiente, en un vaso de agua; mas para Don Bosco fue un golpe terrible. La oración humilde que reanimó su espíritu en los días de tristeza, se cambió en acción de gracias a la Virgen, apenas se hubo serenado el cielo.

Gran tribulación

Pero, ¿qué es una preocupación de cuatro meses en comparación de una ansiedad prolongada, implacable, inexorable, ininterrumpida por espacio de diez años?

Llévese el viento toda palabra amarga; las polémicas son siempre molestas y más dada la índole de este trabajo. La historia cumplirá con su deber; mejor dicho, está ya cumpliéndolo. El heroísmo de la santidad de Don Bosco se agiganta en estos dos lustros. Para nosotros sería una grave laguna, cuando se discurre sobre la unión de Don Bosco con Dios en las tribulaciones, pasar por alto la tribulación que fue para él la más sensible y la más sentida.

Tenemos, pues, en la archidiócesis de Turín, de una parte a Don Bosco buscando todos los caminos para allanar diferencias, y de otra, a personas que parecía se daban maña en multiplicar los incidentes y envenenar las cuestiones. Diez años de tan dolorosos, contrastes son muchos años y hubieran agotado la paciencia de Job.

Pero nuestro buen Padre, siempre humilde, cada vez que se veía obligado a hablar de la angustiada vejación, se limitaba a expresar un solo deseo, un solo pesar, el que exponía en una carta que escribió al cardenal Nina:

«No he pedido ni pediré nunca más que pan y tranquilidad, a fin de trabajar en el sagrado ministerio en pro de las almas expuestas a tantos peligros.»

Para Don Bosco no había más que almas; lo demás, el buen nombre, la reputación, los intereses contingentes, no significaban nada para él. Repleto de amargura, ¿qué es lo que hacía? Entregarse a la oración es el consuelo del justo perseguido, dice el salmista⁶; unir a la paciencia en la tribulación la asiduidad en la oración es, según el apóstol⁷, la práctica de los santos.

El que ojee los anexos y conexos de las actas procesales, se encontrará con tres líneas, en las cuales se define aquel infausto período como «el crisol que purificó el oro de su virtud de toda escoria mundana, elevándolo a la cumbre, sobre todo en el espíritu de fe y en la unión con Dios».

Respecto a los autores de esas tribulaciones, «sé —depone don Rúa— que no se contentaba con perdonarlos, sino que rogaba y nos hacía rogar por ellos».

⁶ Sal 141,2.

⁷ 2Co 7,5.

En la enfermedad

Por una sola cosa no rezó nunca Don Bosco: por la curación de las enfermedades que lo trabajaban, aun dejando que rezaran los demás como ejercicio de caridad.

Los padecimientos físicos, aceptados con tan perfecta conformidad con la voluntad de Dios, son actos de grande amor divino y penitencias voluntarias; pero preciso es ver hasta qué grado. No fueron pocas ni leves las enfermedades a que Don Bosco anduvo sujeto durante casi toda su vida.

No es, en verdad, una hipérbole afirmar de él que su carne no tuvo nunca consuelo⁸. Espantos sanguíneos, que empezaron al ordenarse de sacerdote y se renovaron periódicamente; desde 1843, mal de ojos, con inflamación y, al final, pérdida completa del derecho. Desde 1846, inflamación en las piernas y en los pies, aumentada de año en año, lo que le obligó a usar medias elásticas, porque la carne fofa, como vio el que hacía el piadoso servicio de ayudarlo a calzarse, caía hasta cubrirle el borde de los zapatos.

¡Dios sólo sabe cómo lograba mantenerse de pie horas y horas! Semejante hinchazón fue llamada por él su cruz cotidiana.

Fuertes dolores de cabeza, hasta el punto de parecerle que se le había dilatado el cráneo. Atroces neuralgias, que le torturaban semanas enteras las encías. Insomnios obstinados, digestiones a veces laboriosas, palpitaciones de corazón, hasta el punto de parecer que a su impulso había cedido una costilla. En los últimos quince años, fiebres intermitentes, con erupciones cutáneas. Después, sobre el hueso sacro una excrescencia de carne viva, gruesa como una nuez, que le molestaba enormemente cuando se sentaba o se acostaba.

De esta tribulación, por motivos fáciles de apreciar, no habló jamás con nadie, ni siquiera con el médico, quien, mediante un pequeño corte, hubiera puesto fácil remedio, como así se hizo en su última enfermedad. Advertidos los familiares de su molestia al estar sentado, contentóse con decirles: «Estoy mejor de pie, o paseándome. Me molesta el sentarme.»

⁸ 2Co 7,5.

Otra de estas cruces de la que sólo se tuvo vaga noticia, sin que nunca se conociese en qué consistía, se reveló después de su muerte. La llevaba desde 1845. En el hospital del Cottolengo se había declarado una epidemia peteual; Don Bosco hacía allí frecuentes visitas de caridad, y contrajo la misma enfermedad cuyas huellas conservó siempre.

El que amortajó el cadáver vio un cuadro que movía a piedad: una especie de herpes difundida por toda la piel, especialmente en los hombros. ¡Ni el más horrible cilicio hubiera podido hacer en él más estragos!

En el último quinquenio, la consunción de la médula espinal le obligaba a andar penosamente encorvado bajo el peso de tantas cruces, sostenido con filial piedad por sus jovencitos.

En 1880 le visitó un eminente médico francés en Marsella y dijo que el cuerpo de Don Bosco era como un vestido gastado, llevado día y noche, imposible de remendar, por lo que debía ser sustituido para conservarlo como estaba.

Ahora bien, a pesar de este cortejo de males, nunca un lamento, nunca el menor indicio de impaciencia. Por el contrario, trabajaba en su despacho, confesaba mucho tiempo, predicaba, viajaba, como quien goza de perfecta salud. Más aún, siempre de buen humor, siempre con el semblante risueño e infundiendo aliento con su palabra. Invitado a pedir al Señor para que lo librara de una molestia, respondió:

—Si supiese que una sola jaculatoria bastaba para curarme, no la diría.

Don Bosco, mirando en sus males a quien se los daba, los hallaba tanto más amables cuanto más numerosos y molestos eran.

Su gran oración

Este solo hecho nos descubre un abismo tan grande de interioridad, que casi no sería creíble si no se supiese cuán admirable es Dios en sus santos⁹. Esto nos da ocasión para recordar una bien fundada doctrina de Taulero¹⁰. Dice el *Doctor sublimis*:

⁹ Sal 67,36.

¹⁰ *Institutiones*, 13.

«De todas las oraciones que hizo Jesús en su vida mortal, la más elevada y excelente es la que dirigió a su Padre cuando dijo: *Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía*¹¹; oración la más glorificadora del Padre y a Él más acepta; oración la más provechosa a los hombres y la más terrible para los demonios. Merced a esta resignación de la voluntad humana de Jesús, todos nosotros, si lo queremos, nos salvamos. He ahí por qué la mayor y la más perfecta alegría de los verdaderos humildes consiste en hacer exactísimamente la voluntad de Dios.»

He ahí también una oración que Don Bosco supo hacer perfectamente durante el curso de su tan atribulada existencia.

¹¹ Lc 22,42.

EN SUS MÚLTIPLES CONTRATIEMPOS

Dos peligros amenazan seriamente a los hombres de acción: los indicados por Jesús en el *sollicita es* y en el *turbaris*, que reprochó a Marta¹, esto es, preocupaciones en los pensamientos e inquietud en el sentimiento. Dos cosas tan fáciles de encontrar en las personas obligadas a compartir su actividad *en muchas cosas*. Para no tropezar en ellos, preciso es el *una sola cosa es necesaria*, elegido por María, esto es, la unión con Dios.

La nave con toda su carga surca derecha y con seguridad las olas, mientras el metacentro conserva su lugar; entonces posee no sólo la estabilidad de equilibrio, sino también la energía para recobrarlo siempre que, momentáneamente, el oleaje se lo ha hecho perder. Metacentro de la vida activa es precisamente esa unión con Dios que impida escoras o tumbos, o restablezca pronto el debido equilibrio. ¡Cuántas olas atacan de improviso nuestra pobre navicilla! No sufrir en semejantes contratiempos ni siquiera el más pequeño bandazo visible, es privilegio muy raro de hombres tan unidos al Señor, que forman literalmente un solo espíritu con Él, según la expresión de san Pablo².

Que Don Bosco fue uno de estos hombres privilegiados nos mueve a creerlo también su modo de obrar y de hablar en presencia de accidentes fortuitos, repentinos y molestos los cuales, aun contrariándolo bruscamente y por sorpresa, no perturbaban poco ni mucho su vigilante calma habitual; cosa propia de quien siempre y en todas partes se encuentra en su centro.

¹ Lc 10,41-42.

² I Co 6,17.

Construcciones que se hunden

Don Bosco tuvo grandes contratiempos por repentinos desastres en obras de construcción. En 1852 derrumbóse de noche una buena parte de un pabellón levantado sólo Dios sabe con cuántos y cuáles sacrificios.

Los jóvenes despertáronse presa de gran pánico y se lanzaron fuera de los dormitorios; pero se encontraron con Don Bosco quien, reuniéndolos a su derredor, los llevó a la iglesia a dar gracias a Dios y a la Virgen, que los habían librado de mayores peligros.

Pocas horas después, durante el recreo, en lo que quedaba de la construcción, que estaba ya para cubrir, cedieron las columnas, desmoronáronse las paredes, y todo se convirtió en un montón de escombros. Ante la nueva desgracia que desvanecía repentinamente esfuerzos y esperanzas de gran monta, Don Bosco, atónito pero sereno, exclamó bromeando:

—¡Hemos jugado a ladrillitos!³

Después, con la suprema paz en el rostro y con acento paterno, prosiguió:

—*Como a Dios plugo; bendito sea el nombre del Señor*. Todo sea por amor de Dios; Él tendrá cuenta de nuestra resignación. Demos gracias a Dios y a la Virgen Santísima, para que, en las dolorosas vicisitudes que oprimen hoy a la humanidad, su mano bendita mitigue siempre nuestras desventuras.

Una carta suya, escrita a los tres días, nos revela, a la vez que la pena experimentada, la santa paz que reinaba en su alma:

«Hemos tenido una desgracia; la casa que construíamos casi se derrumbó enteramente, cuando ya estaba casi toda cubierta. Solamente hubo tres heridos graves y ningún muerto, pero sí un espanto y una consternación que por poco se llevan al pobre Don Bosco al otro mundo. Así *plugo al Señor*.»

³ Un juego de chiquillos en que ponen en fila derechos una serie de ladrillos, y haciendo caer el primero hacia adelante, poco a poco van cayendo los demás (N. de T.).

Un rayo

En 1861, un formidable estruendo sacudió desde sus cimientos el Oratorio. Un rayo penetró en el aposento de Don Bosco y todo se revolvió, dejándolo a él casi sin sentido.

Su primer pensamiento voló a los jóvenes que dormían en el piso de arriba, y los encomendó fervorosamente a la Virgen. Necesidad había de ello, porque la descarga eléctrica, que también pasó por allá con violencia, había destrozado el techo y colmado de terror los ánimos, de suerte que el pánico amenazaba hacer lo que el rayo no había causado.

En medio de una babel de gritos, estruendos y tinieblas, avanzaba con una luz en la mano, por entre escombros y ladrillos, la apacible y sonriente figura de Don Bosco.

—No temáis, decía con voz tranquilizadora. Tenemos en el Cielo un buen Padre y una Madre que velan por nosotros.

Como Dios quiso, se aquietó el tumulto. Seguro Don Bosco de que se habían salvado las vidas, pronunció un *Deo gratias* salido del corazón, y continuó:

—Demos gracias, demos gracias al Señor y a su Santísima Madre, que nos han preservado de un gravísimo peligro. ¡Ay de nosotros si el rayo hubiera provocado un incendio! ¿Quién se hubiera salvado?

Y sin cuidarse de otra cosa en aquellos primeros momentos, hizo que se arrodillaran allí mismo ante una imagen de la Virgen, y rezó con ellos las letanías lauretanas.

Subieron más tarde los clérigos a visitarlo, ansiosos por asegurarse de que el buen Padre no había sufrido nada. Era ya la tercera vez que otro rayo le daba que hacer, pero entonces con efectos mucho más sensibles y duraderos que las otras. Mas él limitóse a decir:

—La de hoy es una de las mayores gracias que hemos obtenido de María. ¡Démosle gracias de todo corazón!

En efecto, ulteriores indagaciones pusieron de manifiesto que faltó un tris para que ocurriera una hecatombe. Se sugirió la idea de colocar un pararrayos.

—Sí, respondió Don Bosco; colocaremos allá arriba una estatua de la Virgen. María nos libró tan bien del rayo, que sería una ingratitud confiar en otra cosa. La estatuita, verdadera salvaguarda del Oratorio primitivo, está todavía allí proclamando la piedad filial de Don Bosco a la poderosa Reina de los Cielos.

Se hunde una bóveda

Antes de finalizar aquel año, cedió una bóveda subterránea en una construcción reciente, lo que de nuevo llenó de zozobra el ánimo de todos. Don Bosco, devuelta a todos la calma, observó sin descomponerse:

—El demonio ha querido de nuevo meter aquí el rabo; no hay que hacerle el menor caso, adelante y sin temor.

Un incendio

El mismo abandono en las manos de Dios hallamos en él, ya anciano, ante otro contratiempo análogo a los precedentes.

Veinticuatro años después, precisamente durante la solemne comida de despedida de una expedición de misioneros, se produjo un incendio en el taller de encuadernación.

No lejos del fuego hallábanse amontonados los equipajes de los que partían. Sabida es la confusión que se «organiza» en estos casos; el tumulto se apodera bien pronto de una casa.

Don Bosco, aunque en modo alguno indiferente al triste caso, no se movió del refectorio, sino que en él permaneció silencioso y absorto. De cuando en cuando, preguntaba si había desgracias personales. Al oír que no, volvía a su recogimiento. Cuando le dijeron que los daños ascendían a miles de liras, exclamó:

—Grave cosa es, pero el Señor lo da y el Señor lo quita; Él es el dueño.

Las contrariedades de los viajes

El *Nada te turbe* de Santa Teresa con el cual Don Bosco, al asignar cargos de responsabilidad, prevenía por adelantado a sus salesianos contra los efectos de las dolorosas sorpresas, era su recurso en ciertos contratiempos que, aunque por sí solos no entrañan grave inconveniente, por el momento molestan no poco y desorientan a quien no tiene el hábito de pensar siempre que no cae una hoja sin que Dios lo permita. La imperturbabilidad es tanto más rara en estos contratiempos, cuanto más natural parece cualquier pánico nervioso. De aquí que el mantenerse invariable y amablemente sereno, es prerrogativa de hombres abandonados con toda su alma en Dios.

¿Quién, por ejemplo, al tener que emprender un viaje, no ha experimentado alguna vez la enojosa contrariedad de perder el tren? Es un hecho vulgar; pero puede ser ocasión imprevista que nos revela el verdadero interior de una persona.

Cierto día Don Bosco bajó del tren en Asti y, como se detuviera allí un poco para un asunto, perdió la diligencia que debía llevarlo a Montemagno⁴, lo que le obligó a varias horas de espera. No se impacientó por ello; púsose a platicar con un grupo de jovencitos, y los movió a confesarse, y a hacerlo cuanto antes en la próxima fonda.

Otra vez perdió el tren de Trofarello a Villastellone. No se apuró, sino que sacó un paquete de pruebas de imprenta y recorrió el camino a pie corrigiéndolas. Al llegar al término del viaje, alzando tranquilamente los ojos de la última cuartilla, dijo al compañero:

—Cuánta verdad es que aun las contrariedades son siempre útiles para algo. En casa no hubiera podido hacer tanto trabajo como el que he hecho gracias a este percance.

Como tuviera que trasladarse una mañana a un pueblo no muy distante de Turín, resolvió celebrar allá el santo Sacrificio. Al salir de su cuarto, acercóse un clérigo para decirle dos palabras al oído: detúvose Don Bosco y lo escuchó. Al bajar la escalera se encontró con otro que también deseaba hablarle; Don Bosco se detuvo también y lo escuchó. Llegó al último escalón, y otro clérigo que lo es-

⁴ MBe VI, 754.

peraba. Don Bosco se entretuvo con él con la mayor tranquilidad. Fue a atravesar el pórtico y vióse rodeado por varios sacerdotes y clérigos; Don Bosco atendió a cada uno de ellos. Por fin, pudo dirigirse por el patio hacia la puerta, cuando un jovencito corrió tras él llamándolo. Don Bosco se detuvo, se volvió y respondió a sus preguntas.

Pero el tren no espera a nadie. Cuando llegó a la estación, la locomotora lanzaba el silbido de partida.

Don Bosco volvió atrás, fue a celebrar a la ciudad y tomó el tren siguiente.

Para que un superior se muestre tan compasivo y amoroso como en este caso se necesita, dice san Buenaventura, un comercio habitual con Dios; sólo Aquél, que es *océano de bondad*, infunde en la oración esa suavidad, por la cual se hace todo para todos.

Choques con hombres vulgares

Mas los peores contratiempos los recibió Don Bosco de parte de los hombres; de personas humildes, de personas respetables y de personas constituidas en autoridad.

Persona humilde era el buen coadjutor que, habiendo logrado que se le enviara a América, fue destinado a Santa Cruz, en Argentina, pero, cediendo al desaliento, dejó la casa y se colocó en la factoría de un colono. La inesperada noticia afligió al hombre de Dios, el cual ordenó que se le hiciera volver a Italia. A la dificultad sobre el fuerte gasto del viaje, respondió con serenidad y resolución:

—No hay que pensar en gastos cuando se trata de salvar un alma.

Humilde persona era también el buen cocinero del Oratorio. Cierta noche, como Don Bosco se entretuviera mucho en confesar y fuera a cenar después de la mesa común, sirvióle un plato de arroz ya pasado y frío. El sirviente, sabiendo por experiencia que Don Bosco ni se fijaría, doliéndole en el alma presentarle aquellas sobras, se quejó al buen hombre, diciéndole resentido:

—¿Esto para Don Bosco?

Pero el otro, perdiendo los estribos, exclamó:

—¿Y quién es Don Bosco? ¡Es uno como los demás!

El sirviente, ya por despecho, ya para justificarse, refirió al santo exactamente las mismas palabras.

Don Bosco, llevando con indiferencia la cuchara a la boca, dijo bondadosamente:

—¡Oh, el cocinero tiene razón de sobra!

Humilde persona era aquel buen refitolero, que avisado por Don Bosco porque no había cambiado a tiempo el mantel sucio, no toleró la paternal amonestación, y le escribió una carta insolente hasta el punto de decirle que era la primera vez que había visto a Don Bosco con rostro serio. Y él, en vez de ofenderse, apenas lo encontró, llamóle aparte y, aludiendo a la famosa frase, que había dado la vuelta por el Oratorio, díjole con bondad:

—¿No sabes que Don Bosco es un hombre como los demás?

De san Pablo hasta nosotros, todo hombre verdaderamente de Dios se ha considerado siempre deudor de todos, de los necios como de los sabios⁵. Y, para volver a san Buenaventura, el comercio con Dios es el que hace humilde el corazón del superior: *la devoción humilla el corazón*.

Y con los grandes

Personaje respetable era el abate Amadeo Peyrón, filósofo y orientalista de fama, profesor de la Real Universidad de Turín. Presidía una reunión de sacerdotes, convocada para tratar asuntos de su ministerio. Llevada la discusión a la necesidad de multiplicar las publicaciones educativas adaptadas al pueblo, Don Bosco, cogiendo la pelota al vuelo, recomendó sus *Lecturas Católicas*.

¡Nunca lo hiciera! El presidente, como si no esperara otra cosa, vació el saco, desatándose contra los defectos de lenguaje, de gramática y de estilo que afeaban aquellos «librejos». La autoridad

⁵ Rm 1,14-15.

del que hablaba, el calor de la expresión, la causticidad de ciertas frases, dejó a todos con la boca abierta.

El siervo de Dios, Leonardo Murialdo, allí presente, mortificado por la desairada figura del amigo y sabedor, además, de que varios de los asistentes tenían pocas simpatías por Don Bosco, esperaba, temblando, si podría contenerse y de qué modo respondería. No ignoraba tampoco cuán grande es la susceptibilidad de los autores cuando se critican sus obras, mucho más si los ponen en berlina.

Don Bosco, apenas terminó la granizada, habló así:

—Estoy aquí precisamente en demanda de ayuda y de consejo. Me encomiendo a ustedes; díganme lo que haya de corregirse, y con gusto lo haré. Más aun, me consideraré muy afortunado si otro, mejor escritor que yo, quisiera revisar los fascículos.

El teólogo Murialdo respiró. Refiriendo después en 1896 aquel dramático episodio, decía que, desde entonces, pensaba en su interior: «¡Don Bosco es un santo!»

También tuvo Don Bosco con otros distinguidos eclesiásticos enojosísimos choques, hijos no ciertamente de malevolencia, pero sí de prejuicios, en los cuales sobresale el total desprendimiento de sí mismo, fruto del nunca interrumpido contacto con Dios, cuya paz soberana domina los pensamientos y sentimientos humanos. Donde está el Señor, no hay conmoción⁶.

En una ilustre ciudad fuera de Italia, en la que recientemente había abierto un colegio, fue a visitar un importante instituto religioso, en donde fue recibido, tras larga espera, con actitud más que glacial. Apenas salidos de aquel sitio, el que acompañaba a Don Bosco estalló.

—Alégrate, alégrate —dijo Don Bosco—. Más confusos que nosotros quedarán ellos por habernos tratado así.

Y, sin la menor sombra de turbación, se puso a hablar de cosas más importantes.

⁶ IRe 19,11-12.

En la misma ciudad, durante la visita de Don Bosco al colegio, el buen párroco de la localidad, por uno de esos impulsos de acometividad, tan frecuentes en este mundo entre personas bien intencionadas, increpó al Santo con gran violencia de lenguaje por espacio de media hora. Don Bosco, una vez terminó el chaparrón, levantó un tantico la cabeza en actitud de quien pide humildemente la palabra, y dijo así:

—Señor cura, razón tiene en lamentarse; mucho siento que no se haya podido corresponder plenamente a sus deseos; usted es nuestro bienhechor; recuerdo con gratitud el bien que nos ha hecho usted; haremos siempre lo que podamos por corresponderle. Yo he de morir pronto, pero he dejado encargado a mi sucesor en mi testamento que se rece por usted.

Cada una de las palabras de Don Bosco caía como suave rocío en el ánimo exacerbado del fiero reprobador, que acabó pidiéndole perdón y fue más amigo de él que antes.

Con los periódicos

Abramos un paréntesis a propósito de periódicos. Habría para levantar un hermoso monumento recogiendo y poniendo unas sobre otras las tejas caídas por modo inesperado sobre el Oratorio y Don Bosco, lanzadas desde las redacciones de publicaciones de todos los colores.

El que esto escribe guarda de ello un recuerdo personal indeleble y muy penoso. La primera vez que, siendo niño, atisbé por vez primera el querido nombre de Don Bosco, fue por una caricatura de un periodicucho, donde una figura monstruosa y un vilísimo pie tergiversaban de modo increíble su caridad para con la juventud pobre y abandonada. Pero dejemos que los muertos sepulsen a sus muertos, tanto más cuanto Don Bosco, cuando vivía, dejaba que ladraran a la Luna; pero no toleraba venganzas, réplicas o rencores contra los denigrantes, satisfecho de que en su favor hablasen las obras. A los ataques malintencionados de la prensa, solía repetir con firme fe:

—¡Vaya, paciencia! También esto pasará. ¡Pobre gente! ¡La emprenden con Don Bosco, que sólo procura hacer el bien! ¿Es que

tenemos que dejar que se pierdan las almas? Atacan sin saberlo la obra de Dios; Él sabrá deshacer sus tramas.

Con las autoridades escolares

Pero más que la locuacidad impresa de los periodistas, ofende a sabios y santos la actitud desfavorable de quien es depositario de autoridad. Don Bosco que, por su propia confesión, era de índole fogosa y altiva y no podía sufrir afrenta alguna, ¡qué amargos cuartos de hora tuvo que pasar cada vez que, anhelando únicamente la gloria de Dios y el bien de las almas, vio lleno de obstáculos su camino por autorizados representantes de una u otra parte! Pero la naturaleza, realizada con las sobrenaturales energías de la gracia, hacía entonces de Don Bosco el hombre más conciliador y pacífico del mundo.

En tiempos de agitada vida pública, ¡cuántas veces la autoridad del Estado instigada por las sectas hizo pesar inesperadamente su mano sobre Don Bosco! ¡Cuántas veces él, presentándose a los peor dispuestos, sosegó los ánimos y los redujo a mejor consejo! Mas antes de bajar a la liza, se dirigía a Dios en la oración, y experimentaba su gran eficacia para ablandar el corazón de los poderosos.

—Con este medio —decía a los suyos—, si ha de ser para bien, se obtendrá lo que se desea, y esto aunque se pida a quien no abraiga por nosotros ni afecto ni estimación. Dios tocará en aquel momento el corazón del hombre, a fin de que acoja favorablemente nuestra petición.

He aquí la prueba de su magnánimo valor en circunstancias ásperas y desconcertantes. En 1862 se quería a toda costa clausurar las escuelas del Oratorio. El *Real Delegado de Enseñanza* le concedió audiencia, después de dos horas de espera; y al fin lo recibió, sentado pomposamente en su poltrona, mientras Don Bosco permanecía de pie delante de él.

Antes de que el Santo abriese la boca, el funcionario arrojó sobre él un diluvio de palabras insolentes, desahogándose durante más de media hora contra curas y frailes, contra el Papa y Don Bosco, contra sus escuelas, y sus libros; mas al verlo siempre sere-

no e inmóvil sin que intentara nunca defenderse, le llamó imbécil, y puso punto final.

Entonces tomó Don Bosco la palabra, y en tono grave y lleno de mansedumbre, rogóle ante todo que se fijase en que todo lo dicho hasta entonces nada tenía que ver con el objeto de su venida, y que, por consiguiente, iba a exponerle el objeto de su visita.

El *delegado*, que jamás había tenido ocasión de tratar con hombres como Don Bosco, no daba crédito a sus ojos ni a sus oídos. Por último, tanto sintió crecer dentro de sí la estimación y la benevolencia hacia el vilipendiado poco antes que, convertido en otro hombre, le colmó de gentilezas y, desde entonces, tornóse su amigo y protector. Don Bosco pudo, y no sólo aquella vez, hacer suyas *mutatis mutandis* las palabras de Nehemías: «*Rogué al Dios del Cielo y, por tanto, hablé al rey... y el rey me lo ha concedido todo, porque la mano auxiliadora de mi Dios estaba conmigo*»⁷.

Con las autoridades eclesiásticas

El espíritu de oración, que el siervo de Dios Contardo Ferrini llama «fiesta de los santos pensamientos», tiene realmente esto como propio, que suscita en el ánimo pensamientos jovialmente santos y santamente joviales, aun en circunstancias que por sí mismas embarazan y desconciertan.

¡Qué fastidio para Don Bosco, «fiel y prudente siervo de la Iglesia» como le proclamó el Papa en el discurso sobre los milagros, cuando se le producían contratiempos con las autoridades eclesiásticas! Pero, ¡con qué agilidad de mente sabía conciliar los deberes de súbdito con los derechos de la justicia! Buscaba él en Dios la solución de nudos inextricables.

Un documento de archivo lleva al margen esta nota de mano extraña: «¡Pobre Don Bosco! Si Dios no estuviera con él, no lo hubiera conseguido.»

Trátase de una relación oficial extendida y remitida a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares por un excelente monse-

⁷ Ne 2,5.

ñor, encargado oficioso de la Santa Sede ante el Gobierno subalpino. En ella se pinta la vida de los clérigos de Don Bosco con tintas tan oscuras, que por fuerza debía relegarse *ad calendas graecas* la tan suspirada aprobación de la Sociedad Salesiana. El buen prelado juzgaba como quien, sin entender nada de Don Bosco ni de su espíritu, aplica criterios viejos a métodos que, en su propia sencillez, hacen caer por su base tradicionales concepciones pedagógicas.

Sabedor de lo que pasaba, pronto advirtió Don Bosco las desastrosas consecuencias de aquella relación; mas, al informar de ello al Capítulo de la Sociedad, empleó términos de la más delicada consideración para el autor, y aun lo recibió repetidamente en el Oratorio con sinceras demostraciones de respeto, y, presentada la ocasión de hacerle bien, lo hizo con *generoso corazón y de buen grado*.

Los trámites para la aprobación de la Sociedad le hicieron tragar al Santo píldoras muy amargas. Tenía ¡ya comendaticias individuales de muchos obispos, pero le hubiera ido muy bien una colectiva de los Ordinarios de la provincia eclesiástica de Turín.

Presentóse ocasión oportuna cuando el arzobispo, monseñor Riccardi, convocó a los sufragáneos ante la proximidad del Concilio Vaticano. Don Bosco presentó, pues, una humildísima instancia para que se leyera en la asamblea en la que contaba con altos protectores. El éxito parecía seguro; no obstante, las prevenciones enturbiaron las aguas, por donde tuvo que tragar la mortificación de una respuesta tanto más cortés en la forma cuanto más evasiva en el fondo. Amargamente desilusionado exclamó:

—¡Paciencia! ¡Todo sea por el amor de Dios y de la Santísima Virgen!

En uno de sus viajes a Roma para el asunto de la aprobación, tuvo una agradabilísima sorpresa precisamente en vísperas de la partida. En Roma había sido objeto de simpatía por parte de los ciudadanos de todo orden. Mientras, pues, se hallaba en visita de despedida en el palacio de la excelentísima familia Vitelleschi, fue anunciado el cardenal Altieri, al cual no había tenido tiempo de ir a visitar.

Parece que, en esta ocasión, el aristocrático purpurado se mantuvo bastante reservado; lo cierto es que, al acercarse Don Bosco para ofrecerle sus respetos, apenas le contestó con un frío *buenos días*. Después, durante la conversación que siguió, en una casa donde Don Bosco era muy venerado, no le dirigió ni un cumplido, ni una palabra, ni una mirada. Aquellos nobles señores estaban como sobre ascuas, y después no sabían darse paz conociendo el natural inflexible del personaje. Y, sin embargo, el más tranquilo, de todos era Don Bosco.

—Eso no es nada —dijo—; mañana quedará todo arreglado.

En efecto, a la mañana siguiente, encomendándose al Señor, pidió audiencia, y en ella quedaron disipadas todas las nubes de tal modo que pudo demostrarles con pruebas tangibles que se había ganado el afecto del cardenal.

Y un día...

Procediendo así por orden jerárquico en la vía de los contratiempos, ¿por qué no llegar a la cumbre?

Don Bosco tuvo también un contratiempo con Su Santidad Pío IX. En una ocasión, usando del favor de que gozaba en el Vaticano, consintió en recomendar para una audiencia privada pontificia al abogado piamontés Tancredo Canónico.

Pertenecía éste al grupo de aquellos infatuados que seguían al fanático visionario polaco Towianski, precursor de los modernistas, circunstancia que Don Bosco ignoraba en absoluto. Ya en presencia del Padre Santo, empezó el abogado a exponer sus extravagancias, olvidando de tal modo el lugar en que estaba y la persona con quien tenía el honor de hablar, que el angelical Pontífice le intimó la salida.

Salió el abogado, mas no sin dejar sobre la mesa un escrito suyo que contenía las cosas que había previsto que no podría decir de viva voz. Don Bosco, llamado al punto, oyó que el Papa le decía:

—O ése es un gran bribón, o Don Bosco es un gran... buen hombre.

Al oír esto, sonrióse Don Bosco. Y Pío IX, al darse cuenta, exclamó:

—¿Por qué habéis hecho entrar a ése? ¿Y todavía os reís de mi indignación?

Don Bosco, sumiso y tranquilo, respondió al punto:

—Río porque es la indignación de un padre siempre amoroso.

Expuso después cómo había ocurrido el hecho y se alegró al ver que, escuchando sus sencillas palabras, sonreía también el Vicario de Jesucristo.

Cierto día escribió Don Bosco a uno de los suyos para consolarlo en una grave contrariedad:

«Animo y alegría, y sobre todo oremos uno por otro.»

La oración fue para Don Bosco el secreto de la tranquilidad y de la paz en sus aflicciones, según la doctrina inspirada del apóstol Santiago⁸.

⁸ St 5,13.

CONFESOR

El comercio íntimo con Dios hace que un sacerdote no solamente sepa, sino que sienta que es persona sagrada, sin que jamás se oscurezca en su conciencia la idea luminosa de su carácter sacerdotal, sea lo que fuere lo que diga o haga, en público o en privado, directa o indirectamente, tratando con personas de cualquier grado, clase o condición.

El espíritu sacerdotal fluye entonces de todos los actos de su vida, irradiando en torno influjos sobrenaturales, que sanan y purifican las almas, las fortalecen en el bien y las elevan a las cosas celestiales.

Como en Jesús la naturaleza humana, hipostáticamente unida a la divinidad, era instrumento de admirables operaciones, así también, en el sacerdote de vida interior, no hay palabra ni obra que no lleve el sello sacerdotal, y no sirva para obrar saludablemente en las almas, hasta merecer que se afirme también que de él brota virtud salutar para toda suerte de enfermedades espirituales: *salía de él una virtud que curaba a todos*¹. Esto es lo que ahora vamos a ver, examinando la triple actividad desarrollada por Don Bosco en el confesonario, en el púlpito y en la prensa.

Don Bosco y la confesión

En cuanto a la confesión, su manera de administrar este sacramento no se entiende bien, si no se tiene presente su práctica personal y sus ordinarias enseñanzas.

De niño

Don Bosco se aficionó a la confesión desde su más tierna edad y ningún cambio de vida fue parte para entibiar en él su amorosa propensión a acercarse a ella con frecuencia. En realidad, se con-

¹ Lc 6,19.

fesaba de muy buena gana aun cuando su madre no estuviera ya a su lado para acompañarlo, y se confesaba con más frecuencia de lo que acostumbraban entonces, especialmente los jovencitos, y menos todavía los pequeños y dispersos hijos de las zonas rurales.

De estudiante

Cuando empezó sus estudios en Chieri, dueño enteramente de sí mismo, buscó al punto un confesor fijo, el cual aun viéndolo de humilde condición y de maneras muy sencillas, dada su diligente asiduidad en confesarse, presagió grandes cosas.

Clérigo en el seminario, distinguióse desde el primer momento y siempre por la puntual regularidad con que no dejaba pasar una semana sin presentarse al sacramento de la penitencia.

De sacerdote

Sacerdote en Turín, se confesaba cada ocho días con san José Caffasso. Muerto este Santo, recurrió al ministerio de un piadoso sacerdote, discípulo suyo, que cada lunes por la mañana iba a confesarlo a la sacristía de María Auxiliadora, y luego se confesaba a su vez con Don Bosco mismo.

En los viajes

Durante los viajes y en las ausencias de su confesor ordinario, se mantenía fiel a su querida práctica, dirigiéndose ora a un salesiano, ora a otros, según los casos.

Por ejemplo, durante su estancia de dos meses en Roma, en 1867, se confesaba cada semana con el Padre Vasco, jesuita. A veces sus hijos, al principio, vacilaban en confesarlo, mas él les decía:

—¡Vamos, haced esta caridad a Don Bosco; dejad que se confiese!

Conocido era también su modo de confesarse. Ya hemos dado en otra parte alguna idea, que completaremos ahora. Para confesarse, no elegía lugares apartados ni horas solitarias, *como si hiciera algo malo*, sino que lo hacía a la vista de todo el mundo. De aquí

que fieles y jóvenes tuvieran ocasión de observar que tanto en la preparación como en la acción de gracias, mostrábase enteramente poseído de la grandeza y santidad del acto.

Practicar con tan vivo y perseverante afecto la confesión frecuente constituye ya una vigilante y jamás interrumpida custodia del corazón, la cual remueve sin cesar hasta el más pequeño impedimento a la operación del Espíritu Santo, con lo cual es siempre mayor en el alma la abundancia de sus celestiales dones.

En sus escritos

La práctica personal de Don Bosco referente a la confesión se reflejaba en sus enseñanzas escritas u orales sobre esta materia, en las que imprimía una nota enteramente suya, a saber, su afán bien definido no sólo de atraer, sino también de aficionar a ella a los fieles, especialmente y, sobre todo, a los jóvenes, objeto principal de su providencial misión.

La originalidad de Don Bosco, cuando escribe de la confesión, consiste, no en la novedad de las cosas, sino en su calor apostólico para hacer amar un sacramento por él tan amado. En su *Vida de Miguel Magone*, insertó una digresión, en la cual, en términos vibrantes de caridad sacerdotal, se dirige primero a los jóvenes para animarlos a una confianza filial con el padre de sus almas, y después a los confesores de los jóvenes, para exhortarlos a desplegar una bondad paternal en el ejercicio de este ministerio.

También en una memoria destinada a los salesianos, quiere que el sacerdote, requerido para confesar «se presente con ánimo jovial», y que nadie «demuestre jamás descortesía, ni impaciencia», y recomienda que «se acoja a los niños con suaves modales y gran afabilidad», sin reñirlos nunca ni dar muestras de asombro por su ignorancia o por las cosas confesadas. En el mismo escrito consigna esta gran norma: «Es cosa muy importante y útil para la juventud proceder de tal modo que jamás un niño se aleje descontento de nosotros.»

En *El Joven Cristiano* se nos muestra como un guía tan amable, que todo el que lo siga se confesará con verdadera satisfacción espiritual. En efecto, leyendo aquellas sencillas y suaves páginas, aun el que no sea joven, aun el que tenga ya la frente surcada por las arru-

gas del pensamiento, experimenta un sentimiento de confiado abandono, que lo mueve a ponerse a los pies del confesor con espíritu fervoroso y con la serena sencillez de los primeros años. En los reglamentos para oratorios, colegios y miembros de las antiguas «Compañías», la confesión ocupa también un puesto de honor, pero presentada siempre en una luz expresamente simpática.

En sus charlas

Como en los escritos, igualmente procedía de viva voz. El mayor biógrafo del Santo dice que «toda frase de Don Bosco fue una exhortación a la confesión».

Prescindamos de lo que la expresión pueda tener de hiperbólica con relación a la universalidad, si bien sería de desear que todas las hipérbolos tuvieran tan buen fundamento *in re*; pero, en cuanto a la real eficacia de sus exhortaciones a la confesión, no hay que discutir-la, porque contra un hecho concreto no hay argumento en contra.

Mejor diremos contra los hechos, porque son éstos tan notorios, y en tan gran número y con tanta variedad de circunstancias, que, al leer su narración, queda uno asombrado, admirando los prodigios de la divina gracia en la obra de la salvación.

La idea de la vuelta a Dios se adueñaba con fuerza tan irresistible de la mente de aquellos a quienes invitaba Don Bosco a practicarla, que al punto caían a sus pies, y le abrían la conciencia, fuesen jóvenes suyos o extraños, obreros o profesionales, simples particulares o personajes elevados, gente buena o malhechores. Las victorias de Don Bosco en este terreno son incontables.

Ahora bien, la facilidad en encontrar el camino de los corazones para inducir a un acto tan arduo en sí mismo, más arduo en determinados individuos, no es posible sino cuando, además de una gran fe en el sacramento de la penitencia y de una gran franqueza apostólica, se posee otra cualidad que es el alma de todas las demás. ¿Cuál? Don Bosco mismo dejó escapar de su boca la revelación. En 1862, preguntado en nombre de un buen sacerdote de Osimo² que revelase su secreto para ganar los corazones, respondió:

² Población italiana, cerca de Ancona.

—Lo ignoro. Si ese buen sacerdote ama a Dios, triunfará también en esto mucho mejor que yo.

En el libro de Chautard³ hallamos un comentario muy hermoso a estas palabras, que es muy oportuno transcribir: «Entre la bondad natural, fruto del temperamento, y la bondad sobrenatural de un apóstol, media la misma distancia que entre lo humano y lo divino. La primera podrá hacer nacer el respeto, y aun la simpatía hacia el operario evangélico, haciendo a veces desviar hacia la criatura un afecto que debía dirigirse únicamente a Dios; pero nunca podrá determinar a las almas a hacer, y hacer realmente por Dios, el sacrificio necesario para volver a su Creador. Sólo la bondad que brota de la unión con Jesús puede producir semejante efecto.»

En sus clases y en sus pláticas

Si Don Bosco procedía así en encuentros aislados, figurémonos cómo aprovecharía las ocasiones en *el ministerio de la palabra*. En la catequesis no acababa nunca de repetir las disposiciones necesarias para recibir con fruto el sacramento de la penitencia, representando al vivo la bondad del Señor al instituirlo y los bienes que ofrece al alma. Del amor a la confesión y, por consiguiente, a la comunión, hacía depender la posibilidad de que transcurriera inmaculado el tiempo de las pasiones, o la de levantarse de las primeras caídas.

Rarísimas eran sus conferencias a los jóvenes o al personal y sus predicaciones a cualquier clase de oyentes, en las cuales no tocase, con oportunidad o sin ella, el argumento de la confesión sacramental.

Obrando así, ¿no causaba fastidio o no se cuidaba de chocar con el auditorio, dando en sus pláticas una nota falsa? No. El que habla con fe y con amor, habla inspirado, subyugando al oyente. Y, en efecto, el cardenal Cagliero, que lo oyó centenares de veces, testifica que Don Bosco «hablaba siempre con modos nuevos y

³ «El alma de todo apostolado».

atractivos» de su tema predilecto. En cuanto a salirse de tono, mucho menos; porque Don Bosco, quienquiera que fuera la persona o la reunión de personas que tuviera delante, no veía hombres, sino almas. Esta visión despertaba en su interior dos sentimientos, uno de deseo y otro de temor: deseo de conducirlos todos al paraíso y temor de que alguno emprendiese el camino del infierno.

Ahora bien, estos dos sentimientos armonizados en el amor divino, que constituía toda la íntima razón de ser de sus obras y de sus palabras, daban la entonación fundamental a sus discursos, si bien pasando por múltiples variaciones, una de las cuales, la más común y la más hábilmente intercalada, era el reclamo para el sacramento de la misericordia.

Cómo confesaba

Cuánta y cuál fuera la caridad que habitualmente inflamaba el corazón de Don Bosco para con Dios, además de excitar así con la pluma y con la lengua a la confesión, se desprende admirablemente de su manera de administrar este sacramento.

Huysmans, en su condición de gran convertido, como se dice en Francia, afirma que, para los que se hallan en su caso y «deben variar de un golpe toda su vida pasada a los pies de un sacerdote», sería «realmente hermoso, y bueno» verse «confortados» y «ayudados», como Don Bosco ayudaba y confortaba a los penitentes; tan al vivo «recuerda su modo de confesar la insuperable misericordia de Jesús».

Solamente el verlo en el acto de tan santo oficio, engendraba en los que lo contemplaban reverencia y amor hacia el augustísimo sacramento. Con aquel sentido de las cosas divinas que le era propio, se dirigía al confesonario, no con el bonete en la cabeza, sino llevándolo entre los dedos delante del pecho.

No se sentaba sin haber orado y hecho bien la señal de la cruz. Por lo regular confesaba en un sillón de brazos colocado entre dos reclinatorios. Su postura era la que conviene al representante de Dios, esto es, digna y amorosa. Las rodillas juntas, los pies sobre el escabel, el busto erguido, la cabeza ligeramente inclinada, el rostro

como de hombre absorto en obra divinísima, enteramente penetrado del espíritu de Dios.

Se dirigía alternativamente a la derecha y a la izquierda, con movimiento grave y modesto. Al acoger a los penitentes no los miraba al rostro, ni mostraba la menor intención de quererlos conocer, sino que, apoyado el codo en el reclinatorio, acercaba el oído a su boca, reparándolo con el hueco de la mano. Escuchaba con atención, sin cambiar jamás de aspecto, empleando una dulzura inalterable. Lo que pasaba entre él y el penitente, no es posible saberlo sino de aquellos a quienes tocó en suerte tenerlo por confesor.

Uno de ellos, autorizadísimo por muchos títulos, es el cardenal Cagliero, quien se confesó con Don Bosco durante más de treinta años. Dice así en el proceso y en otras partes:

«Admirable en su bondad con los jovencitos y con los adultos. Casi todos se confesaban con él, ganados por su dulzura y su caridad, siempre benigna y paciente. Era breve, sin prisas. Benigno en sumo grado y jamás severo, nos imponía una pequeña penitencia sacramental, adaptada a nuestra edad, y siempre saludable. Sabía hacerse pequeño con los pequeños, darnos avisos oportunos, y las mismas reprensiones sabía sazonarlas con tal gracia, que nos infundía siempre amor a la virtud y horror al pecado... Un ambiente angelical aleteaba sobre su persona y sus exhortaciones:⁴

Era voz unánime que, con mucha frecuencia, veíanse personas que, presentándose a él acongojadas, volvían radiantes de consuelo, como repletas de confianza en la infinita misericordia de Dios. Su modo de confesar inspiraba tanta confianza que, el que lo experimentaba, no lo olvidaba. Así, los que ya habían sido penitentes suyos, cuando se encontraban con él, aun después de varios años, o le manifestaban espontáneamente sin más el estado de su alma y el tiempo que hacía que no se habían confesado, o a sus preguntas respondían con afectuosa sinceridad; muchos, informados de su presencia en determinados lugares, volaban a él desde lejos para poderse confesar como en otros tiempos.

⁴ J. B. FRANCÉSIA, *Don Bosco, amigo de las almas*, p. 196. Lecturas Católicas, enero-febrero 1944, Buenos Aires.

Siempre dispuesto a confesar

No quedaría dicho todo acerca de su modo de confesar, si no se añadiesen todavía dos observaciones que ayudan a sondear mejor la profundidad de su vida interior. En primer lugar, confesando, era un hombre completamente abstraído de las cosas de este mundo.

Y aunque sus asuntos eran tantos y tan graves, que hubieran ocupado enteramente la actividad de varias personas, llamado para confesar en medio de cualquier ocupación, no se mostraba molesto, no decía que iría más tarde, sino que suspendía todo asunto temporal y se ponía humildemente al servicio de aquella alma. Ordinariamente apenas tocaba la hora de las confesiones, se desentendía al punto de todo y de todos, porque nada desde aquel instante tenía a sus ojos importancia mayor.

Esto se repetía cada sábado por la tarde, cada vigilia de fiesta y todas las mañanas, antes y durante la misa de comunidad. Pasaba en el confesonario varias horas seguidas, enteramente concentrado en su ministerio, sin sombra de molestia, sin que nunca lo suspendiera por motivos humanos; no lo suspendía ni siquiera cuando conveniencias excepcionales parecían aconsejarlo. Es inútil discutir; para los santos no existen negocios terrenos ante los intereses celestiales.

Un domingo por la mañana llegó al Oratorio el marqués Patrizzi, de Roma, huésped muy apreciado. Recibiéronlo como mejor pudieron algunos superiores, porque Don Bosco estaba confesando a los muchachos externos. Avisado el Santo, respondió con calma:

—¡Bien, bien; decidle que estoy muy contento de su llegada y que espere un momento hasta que haya terminado de escuchar a estos pobrecitos, que desean recibir la sagrada comunión!

Aquel «momento» duró hora y media.

No se cansaba nunca

La segunda observación se refiere a la impasibilidad con que, una vez sentado en el confesonario, soportaba cualquier incomodidad, molestia o sufrimiento.

Mostrábase impasible al cansancio; después de laboriosísimas jornadas, como si no sintiera necesidad de descansar, allí se estaba clavado, mientras hubiera penitentes que confesar. Mostrábase impasible a los rigores de la temperatura; antes de que hubiese caloríferos, soportaba impertérrito las crudezas del invierno turinés hasta las diez y las once de la noche. Mostrábase impasible donde quiera a los asaltos de los mosquitos; dejaba que le picaran, y se levantaba con la frente y las manos acribilladas de picaduras. Mostrábase impasible a algo todavía peor: en aquel tiempo, los pobres oratorianos no sólo llevaban pecados al confesor; después de las confesiones era a veces problema serio para Don Bosco librarse de tantos pequeños agresores de toda especie; los veía avanzar amenazadores y en número creciente, pero no se daba por aludido, siempre atento a la salud de aquellas pobres almas.

¿Y las confesiones de los presos? Las cárceles de entonces no se parecían en nada a las cárceles de hoy, en cuanto a limpieza y decencia. Don Bosco, dotado de exquisita sensibilidad, parecía que ya no tenía en aquel ambiente nauseabundo ni ojos, ni nariz. Absorto en la curación de las llagas espirituales de aquellos desgraciados, no tenía tiempo para fijarse en las repugnancias de los sentidos.

En resumen, por lo dicho hasta aquí, ¿cómo no recordar las palabras de Pío X, quien, en la encíclica de 11 de junio de 1905 a los obispos de Italia, afirmaba categóricamente que, para soportar con perseverancia las molestias inseparables de cualquier apostolado, faltarán del todo las fuerzas donde no haya el auxilio de la vida anterior?

Capítulo 8

PREDICADOR

La intimidad con Dios, que fue el alma del confesor, animó igualmente al predicador. Ni un hálito del propio yo hincha la palabra de Don Bosco en el púlpito; siempre y únicamente la penetra y la aviva el sople divino.

Por desgracia, el deseo de figurar crea grandes tentaciones a los predicadores de la palabra divina. Insinúase poquito a poco en la ingeniosidad de los conceptos, en la novedad de las imágenes, en los ornatos de erudición, en la elegancia de la forma, en el mismo tono de la voz y en la manera de expresarse.

Luego, la adulación, so color de cortesía, hace el resto en quien tiene la debilidad de creer en ella. Gran miseria es ésta, la cual, apenas lisonjea poco o mucho el amor propio de un pobre predicador, en vano se procura disimular cautelosamente, porque trasciende siempre a despecho de toda precaución, desviando a las personas superficiales de los graves pensamientos que la palabra de Dios debería infundir, y disgustando a las personas serias.

Es propiamente un *adulterar la palabra de Dios*, según la enérgica expresión de san Pablo¹, y, por consiguiente, hacerla más o menos estéril.

Tampoco Don Bosco anduvo al principio de su predicación exento de semejantes tentaciones, de lo cual él mismo no hace ningún misterio. El buen ingenio, los estudios profundos, la memoria tenaz y algo el ambiente viciado, lo impulsaban a ello; pero el amor de Dios debía prevalecer y prevaleció muy pronto sobre el «demonio» del propio yo.

¹ 2Co 11,17.

Su preparación

Lo que Don Bosco ponía de suyo en sus sermones era la humilde preparación, ya que, advertía él a los principiantes «el sermón que mejores efectos produce, es el mejor estudiado y preparado».

También los hacía preceder de humilde oración. Así, mientras en Turín se confesaba regularmente cada ocho días, durante sus trabajos apostólicos, se humillaba con más frecuencia ante el tribunal de la penitencia —él que nunca supo por experiencia propia lo que era un escrúpulo—, con el único fin de hacerse instrumento menos indigno de la divina gracia en bien de las almas.

Por eso, doquiera se presentó para anunciar la divina palabra —y predicaba muchísimo y en muchísimos lugares, aun fuera de Italia—, se condujo como auténtico ministro del Señor, mandado, más que ido, *para dar a conocer la salvación a su pueblo*².

Su eficacia

Don Bosco, en su primera misa, había pedido «ardientemente» al Señor la eficacia de la palabra, es decir, la fuerza de persuasión para hacer bien a las almas; y su petición fue de tal modo escuchada, que no pudo desearse nada mejor, y así pudo escribir al final de su vida con modestia compatible con la verdad: «Pareceme que el Señor escuchó mi humilde plegaria.»

Por lo que se refiere al púlpito, adviértase que sus sermones se deslizaban desde el exordio a la peroración, sin vuelos, ni chispazos de relumbrón, casi sin gestos, con unas maneras más bien lentas, en un estilo monótono, en lenguaje popular, no pocas veces en puro dialecto piamontés; en ocasiones se alargaba tanto, que llegaba a límites inverosímiles, pero agradaba y se le escuchaba con gusto; tanta era la unción y la naturalidad con que se expresaba.

En Saliceto de Mondoví, por ejemplo, los aldeanos le obligaron a predicar, fuera de breves intervalos, seis horas seguidas.

² Lc 1,77.

Téngase, además, presente que sus argumentos eran de cosas trilladas y manoseadas: importancia de la salvación, fin del hombre, brevedad de la vida, incertidumbre de la muerte, enormidad del pecado, impenitencia final, perdón de las injurias; restitución de lo mal adquirido, falsa vergüenza en la confesión, intemperancia, blasfemia, buen uso de la pobreza y de las aflicciones, santificación de las fiestas, necesidad y modo de orar, frecuencia de sacramentos, santa misa, imitación de Jesucristo, devoción a la Santísima Virgen, facilidad de la perseverancia...

Así y todo, lo oían sin pestañear, con el buen pueblo, personas nobles e instruidas, eclesiásticos y obispos, no fascinados, pues sonaría mal como efecto de humana sugestión, sino suavemente cautivados por el divino ardor, cuyo arcano se revelaron mutuamente los dos discípulos de Emaús³.

Inspirado en Dios

¡Ah, con cuánta verdad se aplicaría a Don Bosco el bellissimo responsorio que los trapenses rezan en la fiesta de san Juan Evangelista: «Descansando sobre el pecho del Señor, bebió directamente de aquella fuente divina el agua saludable del Evangelio y difundió por todo el mundo la gracia de la palabra de Dios». Verdad es que todos los evangelistas son inspirados; pero, ¿cómo negar en san Juan aquel poder de lenguaje enteramente suyo, que viene del corazón y va al corazón? ¿De dónde lo sacó él sino de aquel Corazón sobre el cual reposó su cabeza en la última Cena, y que es siempre la verdadera fuente de la elocuencia sacerdotal? Esto es *el pecho que hace elocuentes* a los sacerdotes católicos.

Por algo llevaba Don Bosco el nombre del predilecto de Jesús. Esta particularidad, que por sí misma nada dice, nos recuerda el motivo de la predilección de Jesús por Juan, según el pensamiento de san Jerónimo, y nos mueve a referir a la predicación de Don Bosco un testimonio transmitido por un joven cronista del Oratorio, el cual el 29 de mayo de 1861 escribió: «Cuando salimos de la iglesia, muchos maravillados no podían menos de exclamar con-

³ Cfr. Lc 24,32.

migo y con otros: ¡Oh, qué cosas tan hermosas ha dicho esta mañana Don Bosco! ¡Todo el día y toda la noche los pasaría yo escuchándolo! ¡Oh, cómo desearía que Dios me concediera, cuando fuere sacerdote, el don de poder también yo enamorar de ese modo el corazón de los jóvenes y de todos por la bella virtud!» Había hablado Don Bosco aquella mañana de la pureza.

Su idea dominante

Una idea dominante prevalecía, siempre en la predicación de Don Bosco: la necesidad de salvar el alma.

Precisamente en esto, nosotros los sacerdotes *somos embajadores de Cristo como si Dios os exhortara por medio de nosotros*⁴; «somos los portavoces de Dios a las almas en las cosas referentes a su salvación». Siempre consideré él esto como su imperioso deber; baste decir que ni siquiera se olvidaba de ello en los panegíricos, que son la forma de elocuencia sagrada en que los oradores fácilmente se dejan llevar de la novedad; y así, en ellos, se espera, si es que no pretende, lo nuevo y lo florido.

Por eso, a don José Cafasso le gustaban poco los panegíricos; pero en los de Don Bosco no hubiera ciertamente encontrado el maestro pretexto alguno para condenar al discípulo.

Veamos uno como muestra: el panegírico de san Felipe Neri pronunciado en 1868 en Alba. Pasando por alto todo lo demás, buscó su argumento en lo que es, como él dijo, la base en la que el santo apoyó la práctica de todas sus otras virtudes, esto es, «el celo por la salvación de las almas».

Pintó al vivo el apostolado; después, habiendo sabido que en su auditorio había sacerdotes en gran número, se dirigió especialmente a ellos; y tomando hermosamente pie de la observación que supuso se le hacía de que san Felipe obró tantas maravillas en la salvación de la juventud porque era un santo, respondió:

«Yo, por el contrario, creo que si Felipe obró tantas maravillas fue porque era un sacerdote que respondía al espíritu de su vocación.»

⁴ 2Co 5,20.

Entonces insistió en la necesidad de que los sacerdotes imiten al santo en su afán por reunir jovencitos para catequizarlos, para animarlos a confesarse, para confesarlos. Y así, después de amenazar a padres, patronos y maestros, prosiguió con apostólico, ardor:

«¡Qué terrible situación para un sacerdote cuando comparezca ante el divino Juez, y oiga que le dice: «Dirige tus ojos a la tierra. ¡Cuántas almas caminan por la vía de la iniquidad y corren a su perdición! Por tu culpa se hallan en ese camino; no te preocupaste de que oyeran la voz del deber; no las buscaste, no las salvaste. Otras, por ignorancia, caminando de pecado en pecado, son ahora precipitadas en el infierno. ¡Mira, mira cuán grande es su número! Esas almas gritan venganza contra ti. Ahora, siervo infiel, dame cuenta de ellas. Dame cuenta del tesoro precioso que te confié, tesoro que costó mi pasión, mi sangre, mi muerte. Tu alma me responderá del alma que por culpa tuya se ha perdido». Finalmente, terminó su sermón invitando a todos a confiar en la gracia y misericordia de Dios.

Derecho al fondo

Como se ve, Don Bosco predicador respondía bien a la popularidad que rodeaba su nombre y su persona. Aun en los más afamados panegíricos no se cuidaba de los juicios ajenos, sino que sabía y quería ir derecho al fondo.

Así lo experimentaron también religiosas de un insigne monasterio que lo invitaron a celebrar las glorias de su patrona, una santa mártir. Ansiaban oírlo, esperando que diría cosas peregrinas. Sabedor Don Bosco de que concurrirían a la función conspicuos señores y nobles damas, les agió el panegírico.

Expuso en el exordio que hacía ya más de cien años que, en aquel lugar, se repetía el elogio de la santa, por lo que poquísimos provecho se sacaría de repetir lo que todos sabían. Así pues, creía mejor, aunque sólo fuera por amor a la variedad, cambiar de tema, y demostrar la necesidad de tender a la perfección y salvar el alma por medio de confesiones bien hechas.

Sin consideraciones humanas, pues, olvidándose completamente de sí mismo, mató dos pájaros de un tiro; porque a las religiosas les

habló de perfección; a los seculares les habló de la salvación del alma, y a todos los indujo a un buen examen de conciencia sobre sus pasadas confesiones. ¿Malogró el fruto la desilusión? En manera alguna, a juzgar por la religiosa atención con que fue escuchado.

Ciertamente, cosas son éstas que con dificultad entenderá quien no sepa que la primera ley del orador sagrado, consiste en olvidarse de sí mismo. Atronar el púlpito con el propio yo es hacer la parte poco recomendable del *bronce que suena* y del *címbalo que retiñe*⁵, en cambio de la boca del que predica a Jesucristo, brota aquella *palabra de Dios* que es *viva y activa y más afilada que una espada de dos filos y penetra* aun en lo más íntimo del ser humano⁶.

Una ocasión para lucirse

Ofreciósele a Don Bosco una ocasión, única en su vida, en la cual hubiera parecido, no ya justificable, pero sí aconsejable, alguna divagación literaria en materia religiosa, tanto más cuanto no le faltaba la debida preparación. ¿No le habían ofrecido los clásicos, por espacio de diez años, aun fuera de la escuela, sustancioso pasto de lectura diurna y nocturna? Pero no la aprovechó. El caso merece ser conocido.

En 1874 algunos amigos romanos quisieron que ingresara en la Arcadia con el nombre de Clístenes Casiopeo. Dos años después designóle la Academia para tener el acostumbrado discurso sobre la Pasión del Señor en la solemne sesión del Viernes Santo.

El carácter literario de la Arcadia, la tradición más que secular de encomendar aquel asunto a literatos a veces de fama —Monti y Leopardi ocuparon aquella tribuna—, el resto de la sesión de entonación literaria, la calidad de los asistentes al acto, hombres de letras, eran circunstancias que Don Bosco no ignoraba, ni fingió ignorar. Tanto es así que, después de presentarse como «encargado de leer su discurso», confesó que «la elocuencia del decir y la elegancia del estilo», que solían «brillar» en «aquella aula científica», lo habían llenado de «no poca aprensión», pero que se consolaba

⁵ 1 Co 13,1.

⁶ Hb 4,12.

pensando que la «elegante pluma» de otros supliría «su insuficiencia». En cuanto a él, como en todo lugar y en todo tiempo, así también entonces quería ser allí simplemente sacerdote.

En efecto, después de su presentación como «humilde sacerdote», puramente como sacerdote, empezó a hablar. No trató de ascética ni de oratoria, porque no pronunciaba un sermón; no se metió con la erudición ni con la exégesis pura, porque no estaba en la escuela; pero, ¿quién hubiera esperado que tomase por asunto las *Siete Palabras*? Al espíritu sacerdotal de Don Bosco le pareció absurdo que un sacerdote, en aquel día, y sobre todo en aquella hora, en vez de tratar sacerdotalmente del sacrificio cruento ofrecido dos mil años antes por el Sacerdote Eterno, se pusiera a hacer literatura.

Pero como no se le ocultaba que, al obrar así, iría contra la corriente, una vez anunciado el tema, protestó de nuevo que a la «fama» de otros dejaba «la sublimidad de los conceptos» y «los arranques poéticos», y se declaró contento con que, si la poquedad de su trabajo no ofrecía ocasión para el aplauso, diese al menos motivo para ejercitar la caridad, compadeciéndolo.

Así terminó el exordio. Parecióle que con ello quedaban a salvo las conveniencias. Empezó, pues, con humildísima sencillez a hablar de este modo:

«Después de mil malos tratos y tormentos, despiadadamente flagelado, coronado de espinas, condenado a la ignominiosa muerte de cruz, el amabilísimo Salvador llevó con grandes congojas el instrumento de su suplicio hasta el Gólgota.»

Y así continuó con una exposición cerrada y objetiva. Sacó el jugo de la Escritura, de los santos Padres, de santo Tomás, de los intérpretes sagrados, con buen criterio y excelente método. No expresó sentimientos propios: Don Bosco era un santo casi dominado por un pudor espiritual, que no le consentía descubrir los secretos movimientos de la gracia: mi *secreto para mí*⁷. Pero bien se descubrían sus intenciones, intenciones sacerdotales, de iluminar las almas para apartarlas del pecado y unir las con Dios.

⁷ Is 24,16.

ESCRITOR

Por su condición sacerdotal

No menos que en su palabra hablada, palpita aun hoy el corazón de Don Bosco en su palabra escrita. Empezó a escribir para el público en 1844 y ya no cesó de hacerlo hasta su muerte. Así, mucho dio a la imprenta y muchas de sus producciones sobreviven todavía. Tres causas contribuyeron a facilitarle el trabajo de la pluma en medio de la multitud de sus ocupaciones: la antigua costumbre de aprovechar hasta el menor retazo de tiempo; el vigor de su ingenio y de su memoria, sostenido por una igual energía de su voluntad; su rara agilidad en despachar, al mismo tiempo, ocupaciones diferentes, hasta el punto de dictar simultáneamente sobre varios asuntos diversos.

Pero estos tres coeficientes no explicarían por sí solos la multitud de sus publicaciones, sino teniendo también presente el común principio motor que lo tuvo en constante actividad por espacio de cuarenta años: su celo ardiente por la gloria de Dios y el bien de las almas.

Por consiguiente, mal haríamos si quisiéramos juzgar los libros de Don Bosco a la luz de criterios literarios. El buen Padre, sonriendo buenamente, nos advertiría al punto nuestra equivocación y nos lo diría con palabras muy semejantes a las de san Francisco de Sales¹: «En cuanto a las galas del estilo, ni siquiera he querido pensar en ello, teniendo otras cosas que hacer.»

Lo que la inspiración para el poeta, lo que la prepotente inclinación del ánimo para el hombre pensador y, para decirlo todo de una vez, lo que la ligereza y la vanidad para el que no sabe más que emborronar cuartillas, fue para Don Bosco el espíritu apostólico bajo el perpetuo y gallardo impulso del amor divino. Esto es lo que lo mantenía atento a las voces del día; esto es lo que le impul-

¹ *Filotea*, Introd., vol. 109 de BAC, p. 42, Madrid 1953.

saba a encerrarse en la biblioteca; esto es lo que le tenía encorvado sobre el escritorio.

No quiere esto decir que hubiera en él excesiva facilidad para hacer gemir las prensas, como se decía entonces del estridente movimiento de las máquinas; por el contrario, el publicar obras le causaba, por confesión propia, gran aprensión.

Siempre buena prensa

Pero consideraba como estricta obligación de su sagrado ministerio emplear los talentos recibidos de Dios en contrarrestar la mala prensa con la buena, disputando palmo a palmo el terreno al error con hojas, opúsculos y adecuados volúmenes, con colecciones periódicas, y ofreciendo a la juventud y al pueblo manuales de sólida piedad y oportuna instrucción religiosa y publicaciones empapadas de máximas saludables.

En una palabra, Don Bosco, escribiendo y publicando, era siempre el mismo Don Bosco que confesaba y predicaba; en cualquier forma de actividad, era invariablemente y siempre el mismo: el hombre de Dios, para el cual, como se expresa el doctor Seráfico, «lo espiritual debe ser siempre y en todas partes preferido»². Por consiguiente, exponer consideraciones de orden literario sería para nosotros apartarnos del asunto.

En tan exuberante producción religiosa, parecería natural encontrar y volver a encontrar lugares en que el autor nos diera noticia de sí mismo y de su mundo interior, únicos lugares que nos interesaría examinar. Nada de eso.

Cierto prelado, escribiendo de Don Bosco, refiere que al iniciar una conversación, empezó «con su lento proceder y hablar»³. He ahí retratado el hombre que, conversando, vela sobre sí mismo; idéntica vigilancia se entrevé en él cuando escribe. De aquí proviene que jamás aparezca en escena la persona del escritor; quien desee verla, preciso es que la busque entre bastidores.

² SAN BUENAVENTURA, *De regula novitiorum*, I.

³ Carta de Mons. Eugenio Galletti, obispo de Alba, 3 sep 1874. Cfr. *MBe* X, 760.

Con todo, este silencio tiene también su elocuencia que tanto más exalta al autor cuanto más calla en lo que a sí mismo se refiere. De su íntima vida espiritual puede decirse que penetra todos sus libros, unos más, otros no tanto. Y así se explica el influjo que sus escritos ejercen en el ánimo de los lectores no influidos de prejuicios. El cardenal Vives manifestó en 1908 el deseo de tener alguna obrita espiritual de Don Bosco en la que se revelase su espíritu de piedad. Ignoro la que pudieron darle; pero, en todas más o menos explícitamente, se transparenta este espíritu.

Sacerdote de la palabra

Un moderno poeta cristiano, Julio Salvadori, ha enfatizado su modestia y buen gusto artístico al firmarse: «*Un obrero de la palabra*»; pues Don Bosco, sin decir nada, se nos revela como un sacerdote de la palabra.

Obrero de la palabra es quien hace con la palabra obra propia, por gusto y por voluntad; sacerdote de la palabra, por el contrario, llamaremos al que ejerce con la palabra un ministerio, el *ministerio de la palabra*⁴, expresión nueva de cosa novísima, con la que se entiende significar el uso sagrado de la palabra, practicado en nombre de Dios y en servicio espiritual del prójimo, por deber de vocación; por consiguiente, un uso en el cual el hombre no ha de exponer su yo, sino representar a su Dios.

Y de la palabra escrita

Semejante ministerio se ejerce por vía ordinaria realmente en la Iglesia y por medio de la palabra en la predicación, pero se prolonga también y se difunde en mayor beneficio de las almas por medio de la palabra escrita. En este caso, el escritor que ofrece su palabra de salvación, escondiendo su yo, como lo hace constantemente Don Bosco, demuestra que tiene el corazón limpio de mezquina vanidad y que moja la pluma en el puro amor de Dios.

⁴ Hch 6,4; y 20,24.

Pero todavía se comprenden mejor las íntimas disposiciones de Don Bosco como escritor, si se considera ésta, su humildad literaria, como industriosa sierva de su caridad.

En tiempos de continuos atentados a la religión de la juventud y del pueblo, él, movido por la caridad de Cristo, para contraponer al veneno del error el antídoto de la verdad, pensó formarse una larga clientela de lectores en la juventud y el pueblo. Pero la juventud y el pueblo apenas entendían el lenguaje de los libros. Y por esto Don Bosco se condenó a una renunciación de sí mismo, cuya medida nos dieron las palabras del Papa, cuando dijo en el discurso sobre la heroicidad de las virtudes que, supuesto su «vigor intelectual y de ingenio no común, antes bien superior en mucho a lo ordinario, y propio también de aquellos ingenios que podrían llamarse ingenios propiamente dichos», Don Bosco «hubiera podido ser el intelectual, el pensador, el escritor».

Así pues, él, que hubiera podido emplear mejores facultades en crear, las aplicó a divulgar, y fue su primera renuncia. A ésta se añadió la segunda. En el campo de la divulgación, con su temperamento, se libró de influjos literarios y se aplicó al lenguaje de la gente humilde, y en él fue más allá de lo creíble.

... y sencilla

En efecto, leía sus trabajos a personas analfabetas, reduciendo su expresión al nivel de su inteligencia y, a veces los daba a leer en las pruebas de imprenta a porteros sin cultura alguna, y se hacía repetir después el contenido, arguyendo de ello cómo llegar a la *adecuación del asunto y del entendimiento* en la categoría de lectores que había escogido.

Reflexionando en los prodigios ignorados de esta humilde caridad y en el alma heroicamente sacerdotal de quien los obraba, vemos, no sin gran emoción en el día de hoy, cómo en 1853 la reina de las revistas católicas de Italia⁵ señalaba a sus lectores a «un modesto eclesiástico... que se llama Don Bosco», a propósito de ciertos «libritos de poco volumen, llenos de sólida instrucción, adapta-

⁵ La Civ. Catt., a. IV, s. II, v. III, p. 112.

dos a la capacidad del pequeño pueblo, y enteramente oportunos» para aquellos agitados y difíciles tiempos.

El «modesto eclesiástico» de la revista romana se convirtió algunos decenios después en «angelical sacerdote» en el libro de un literato florentino⁶. Angelical lo fue por varias razones, pero sobre todo por una, de la cual queremos decir aquí algunas palabras.

Angelical sacerdote

Transpira en los escritos de Don Bosco celoso amor a la virtud angélica, amor que le dictó el artículo 35 de las Reglas: «El que no tenga fundada esperanza de poder conservar, con el divino auxilio, la virtud de la castidad, en palabras, obras y pensamientos, no profese en esta Sociedad.»

La sexta bienaventuranza evangélica, al revelarnos las íntimas comunicaciones de Dios con los *limpios de corazón*⁷, justifica suficientemente que entremos en este argumento en el momento en que, a través de sus escritos, miramos el alma del escritor. Un minúsculo episodio pone a veces de manifiesto la semblanza moral de un hombre con no menor exactitud que un largo discurso.

Don Bosco, cuando era aún un sacerdote joven, preparaba para la imprenta los misterios del rosario; al revisar las pruebas del tercer misterio gozoso, consultaba consigo mismo en presencia de un amigo teólogo y decía:

«Se contempla cómo la Santísima Virgen *dio a luz*... No, no, está bien. Contemplamos cómo nuestro Redentor *nació de María Virgen*... Tampoco. Mejor estará así: Se contempla cómo nuestro Redentor nació en la ciudad de Belén.»

El candor en su Historia Sagrada

El candor de su alma resplandece desde el principio al fin en su *Historia Sagrada*, por él compilada con escrupulosidad sin prece-

⁶ A. ALFANI, *Battaglie e vittorie*, VIII.

⁷ Mt 5,8.

dente. Ni la menor tacha afea jamás tan luminosa pureza. El jovencito no tropieza con un detalle, aunque sea bíblico, ni con un término, aunque sea usual, que pueda producirle una impresión menos casta. El consultarla saca de apuros a aquellos profesores que buscan la manera de expresarse en puntos escabrosos sin peligro de inconveniencias.

Es una obra maestra de reserva cristiana en la educación juvenil, y un monumento parlante de la angelical belleza interior de quien lo ideó y lo escribió.

El biógrafo principal de Don Bosco redactó un párrafo que parece hecho ex profeso para poner el sello a cuanto hemos dicho aquí y para suplir cuanto de más podría añadirse. Dice así: «Estamos plenamente convencidos de que en esto consiste especialmente el secreto de su grandeza, esto es, que Dios lo colmó de dones extraordinarios y de él se sirvió para obras maravillosas, porque se mantuvo siempre puro y casto»⁸.

Su amor a la Iglesia

Al recorrer las páginas de esta *Historia Sagrada*, nos sorprende otra novedad: Don Bosco, con la destreza del antiguo prestidigitador, desliza entre los hechos del Antiguo y del Nuevo Testamento una sencilla apología del catolicismo, tanto más eficaz cuanto menos intencionada parece. ¿Quién pensó jamás, antes que él, en sacar partido de los relatos bíblicos para desenmascarar como quien no quiere la cosa, al protestantismo? Se necesitaba la exquisita sensibilidad de Don Bosco, para cuanto se refiere a la Iglesia.

De esta viva sensibilidad, que es el perfectísimo *sentir con la Iglesia* de san Ignacio, quedarán como testimonio imperecedero todos los libros de Don Bosco, desde sus edificantes biografías de jovencitos, a la serie de sus almanaques titulados *El Hombre de Bien*. La autoridad doctrinal y jerárquica de la Iglesia católica tenía que dominar el pensamiento de un escritor a quien todo cuanto aun de lejos se refiriera a ella, le hacia gozar o sufrir, obrar o re-

⁸ MBe V,122.

accionar, según se deduce del cúmulo de publicaciones que se sucedieron con breves intervalos por, espacio de ocho lustros.

El estudioso que, recorridas las obras de Don Bosco, quiera grabar con frase lapidaria la idea que se ha formado del autor, podrá hacer suyo el lacónico epitafio esculpido sobre la tumba del gran obispo y cardenal Mermillod: *Amó a la Iglesia*.

Y esto tanto más cuanto que, como el glorioso prelado suizo, también Don Bosco sufrió por la causa que tanto amaba persecuciones no comunes. La protervia de los enemigos de la Iglesia era entonces tan insolente en el Piamonte que el pobre Don Bosco ni siquiera hallaba para sus libros los censores exigidos por las leyes canónicas. De aquí que a las *Lecturas Católicas*, consideradas por las sectas como la bestia negra, al principio los censores les dieron la aprobación sin poner sus firmas, y después ninguno se atrevió a asumir la peligrosa responsabilidad de la revisión. Colmado de amenazas por carta, a viva voz y a mano armada, él, confiando en Dios y desafiando a los filisteos, no desertó jamás del campo de batalla.

Tampoco la sensibilidad degeneró jamás en animosidad, lo que tan fácil es en polémicas religiosas. El espíritu del Señor, al inflamar su celo, dirigía su pluma. Puede uno recorrer con lupa todos sus escritos, y no hallará una frase, una palabra, un inciso, ni siquiera una tilde que traicione en él, no diré ya el secreto placer, sino la momentánea despreocupación de que, en su defensa, quede humillado el adversario.

Las expresiones «nuestra santa madre», «nuestra buena madre» y otras por el estilo, que en él son rituales al nombrar a la Iglesia Católica frente a creyentes e incrédulos, dan fe de su incomparable solicitud, casi de su pasión dominante, de hacer que todas las almas amen a la Iglesia; también son elocuente testimonio de su amor filial a la Iglesia, amor que es parte integrante de la piedad, don del Espíritu Santo.

Espíritu de sus cartas

Palabra escrita son también las cartas. Don Bosco las escribió en número incalculable, a todas las partes del mundo, sobre miles de asuntos, a prelados, príncipes y nobles, a personas y comunidades religiosas, a obreros, jovencitas y niños.

Pero lo que a nosotros mayormente nos interesa es que estas cartas reflejan el espíritu de quien las escribió. Pero no esperemos más de lo que en ellas se encuentra.

El amontonarse de la correspondencia, que le obligaba a embozonar papel casi sin tiempo para pensar lo que escribía, haciéndolo incurrir en faltas de forma, no sustraía la pluma al dominio del pensamiento o a la costumbre de pensar santamente, de modo que se le escaparan revelaciones de cosas referentes a su vida interior.

Ciertas introspecciones que menudean en epistolarios de almas piadosas, no aparecen en el epistolario de Don Bosco. En él se descubre muy bien el fondo; pero de sus estados íntimos, ni palabra. Bastan por lo demás las repercusiones inevitables, derivadas de los movimientos de su corazón siempre en perfecta unión con Dios; esto es, completa sumisión a la divina voluntad, gloria del Señor, salvación de las almas, sacramentos, oración, ofensa de Dios, confianza en la divina Providencia, recuerdo de una solemnidad, citas de la Escritura, jaculatorias.

Incluía a menudo estampas con frases de su mano, para elevar la mente a las cosas celestiales. ¡Y con qué tono! Leídas algunas, descubrimos en ellas una sensación, de calma serena, que es una disposición próxima a la bondad de pensamientos, palabras y obras.

¿Quién no ha recibido nunca cartas airadas y ofensivas? Pues bien, él solía decir que el responder inmediatamente a ellas con dulzura y con muestras de estimación, aseguraba la victoria, cambiando los enemigos en amigos. ¡Cuántas veces tuvo que hacer la prueba!

Notable es, por último, la naturalidad con que en sus cartas introduce el nombre de Dios, de Jesucristo y de la Virgen santísima. Estos nombres, dice el biógrafo, «aun escribiendo, los pronunciaba con aspiraciones del corazón, pero de modo que otros no lo oyesen, pues le repugnaba toda singularidad y parecía que, con su misma respiración, los estampaba en el papel»⁹.

Semejante conciencia del propio carácter alcanza en el sacerdote tanta profundidad cuando el sacerdote es realmente otro Cristo, personificación viviente de Jesucristo.

⁹ MBe V, 432.

EDUCADOR

Discuten algunos si fue Don Bosco un gran pedagogo; mas lo que nadie puede seriamente poner en duda es que fue un gran educador. Y esto es lo que nos interesa. ¿Por qué Don Bosco se dedicó a la educación de la juventud? ¿Cómo concibió la educación? ¿De qué modo la dio y quiso que se diera? Contestaremos a estas tres preguntas procurando no salirnos de nuestro tema, que es Don Bosco con Dios.

Educador de la juventud

Don Bosco se dedicó a la educación de la juventud con el entusiasmo del que piensa que ha recibido para ello una especial misión de lo alto. Y sus razones tenía para pensar así.

¿Quién sino Dios había impreso en su corazón esa tendencia innata que, como germen y presentimiento de vocación, cuando apenas despuntaban sus primeros indicios de razón, le llevaba precozmente a buscar a los niños, no para jugar en su compañía, sino para decirles las cosas buenas y hermosas oídas a su madre, y apartarlos del mal y arrastrarlos al bien?

Cuando ya en edad avanzada recordaba él esta precocidad de manifestaciones, escribía:

«El deseo de reunir a los niños para enseñarles el catecismo, se despertó en mí cuando apenas tenía cinco años; esto formaba mi más vivo anhelo, pareciéndome lo único que tenía que hacer sobre la tierra.»

Más adelante, cuando en plena niñez empezó a sonreírle la idea de ser un día sacerdote, al punto vislumbró la meta que debía fijarse al abrazar el estado eclesiástico.

«Si yo fuera sacerdote —se le oyó decir—, me acercaría a los chicos, procuraría tenerlos a mi alrededor, quisiera amarlos, ha-

cerme amar de ellos, decirles buenas palabras, darles buenos consejos, y consagrarme por entero a la salvación de sus almas.»

Su porvenir

Pero una llamada del Cielo directa y verdadera, aunque misteriosa, la tuvo a la edad de los nueve a los diez años. Y fue en un sueño donde ante sus ojos se rasgó el velo de su porvenir. Ya más adelante hablaremos de los sueños de Don Bosco; detengámonos ahora en este primero, que se puede definir sueño de su vocación.

Reproduzcámoslo tal cual nos lo ha conservado su áurea pluma en las tantas veces mencionadas «Memorias».

Un sueño

«Tuve por entonces un sueño que me quedó profundamente grabado en la mente para toda la vida. En el sueño me pareció estar junto a mi casa, en un paraje bastante espacioso, donde había reunida una muchedumbre de chiquillos en pleno juego. Unos reían, otros jugaban, muchos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias, *me metí en medio de ellos para hacerlos callar a puñetazos e insultos*. En aquel momento apareció un hombre muy respetable, de varonil aspecto, noblemente vestido. Un blanco manto le cubría de arriba abajo; pero su rostro era luminoso, tanto que no se podía fijar en él la mirada. *Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme al frente de aquellos muchachos*, añadiendo estas palabras:

—*No con golpes, sino, con la mansedumbre y la caridad, deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte, pues, ahora mismo a enseñarles la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.*

Aturdido y espantado, dije que yo era un pobre muchacho ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En aquel momento, los muchachos cesaron en sus riñas, alborotos y blasfemias y rodearon al que hablaba. Sin saber casi lo que decía, añadí:

—¿Quién sois vos, para mandarme estos imposibles?

—*Precisamente porque esto te parece imposible, debes convertirlo en posible por la obediencia y la adquisición de la ciencia.*

—¿En dónde? ¿Cómo podré adquirir la ciencia?

—Yo te daré la Maestra, bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio y, sin la cual, toda sabiduría se convierte en necedad.

—Pero, ¿quién sois vos que me habláis de este modo?

—Yo soy el Hijo de aquella a quien tu madre te acostumbró a saludar tres veces al día.

—Mi madre me dice que no me junte con los que no conozco, sin su permiso; decidme, por tanto, vuestro nombre.

—Mi nombre preguntádselo a mi Madre.

En aquel momento vi junto a Él una Señora de aspecto majestuoso; vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada uno de sus puntos fuera una estrella refulgente. La cual, viéndome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase a Ella y, tomándome bondadosamente de la mano:

—Mira, —me dijo.

Al mirar me di cuenta de que aquellos muchachos habían desaparecido, y vi en su lugar una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros muchísimos animales.

—He aquí tu campo, he aquí en donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que veas que ocurre en estos momentos con estos animales, lo deberás tú hacer con mis hijos.

Volví entonces la mirada, y, en vez de los animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderillos que, haciendo fiestas al Hombre y a la Señora, seguían saltando y bailando a su alrededor.

En aquel momento, siempre en sueños, me eché a llorar. Pedí que se me hablase de modo que pudiera comprender, pues no alcanzaba a entender qué quería representar todo aquello. Entonces Ella me puso la mano sobre la cabeza y me dijo:

—A su debido tiempo, todo lo comprenderás.

Dicho esto, un ruido me despertó y desapareció la visión.

Quedé muy aturdido. Me parecía que tenía deshechas las manos por los puñetazos que había dado y que me dolía la cara por las bofetadas recibidas; y, después, aquel Personaje y aquella Señora

de tal modo llenaron mi mente, por lo dicho y oído, que ya no pude reanudar el sueño aquella noche.»

Al día siguiente, contó este sueño a la familia, y ya no volvió a hablar de él en el espacio de treinta y cuatro años; mas asegura que jamás se lo pudo quitar de la mente; es más, conforme se desarrollaban los acontecimientos, le parecía advertir la gradual realización de las cosas vistas y oídas.

Hoy podemos reconocer en él el anuncio de una misión, de la cual se le indicaron el objeto, el método y el éxito final. El mismo Pío IX, cuando lo oyó, lo tomó en serio. Y a este propósito Don Bosco termina así su narración: «Yo siempre guardé silencio sobre ello, y mis parientes no hicieron de él el menor caso. Pero cuando, en 1858, fui a Roma para tratar con el Papa sobre la Congregación Salesiana, él hizo que le contara por menudo todas las cosas, aun las que sólo hubieran tenido apariencia de sobrenatural. Entonces por vez primera conté el sueño tenido de los nueve a los diez años. El Papa me mandó que lo escribiera en su sentido literal y minucioso, para que sirviera de aliento a los hijos de la Congregación, que formaba el objeto de mi ida a Roma.»

El sueño se repite

Hay que añadir que vino a aumentar su impresión el repetirse del mismo sueño unas seis veces y siempre con nuevos detalles, que servían de desarrollo y esclarecimiento del primero.

A los dieciséis años, tuvo la promesa de los medios materiales indispensables; a los diecinueve, recibió la orden imperiosa de ocuparse de la juventud; a los veintiuno, le fue indicada la categoría de jóvenes a los cuales especialmente debía dirigir sus cuidados; a los veintidós, se le mostró que su primer campo de acción había de ser la ciudad de Turín. Las dos últimas veces vio claramente el surgir de una obra grande en Valdocco y aprendió cómo debería obrar para rodearse de válidos auxiliares; era el anuncio del Oratorio y de la Sociedad Salesiana.

El renovarse de estos fenómenos venció del todo sus dudas acerca de su naturaleza, dándole la convicción de que se trataba

de cosa sobrenatural. Y así, el 8 de mayo de 1864, lo comunicó a los suyos y terminó de esta manera:

«Alguno podrá decir: Estas cosas redundan en honor de Don Bosco. De ningún modo; lo único que a mí me toca es dar una cuenta tremenda acerca del modo con que habré cumplido la voluntad de Dios. Con estos designios manifestados por el Señor, yo he seguido siempre adelante, siendo éste el único fin de cuanto hasta ahora he obrado. Este es el motivo por el cual en las adversidades y persecuciones, en medio de los más grandes obstáculos, jamás me he dejado atemorizar, y el Señor ha estado siempre con nosotros.» La crónica del Oratorio que nos proporciona tales noticias, termina diciendo: «No se puede describir la profunda impresión que causó y el entusiasmo que despertó tal revelación.»

Sesenta y dos años más tarde

El recuerdo del profético sueño se le despertó en la memoria, mejor dicho, casi lo asaltó en Roma en mayo de 1887 mientras celebraba en la iglesia del Sagrado Corazón. Fue tanta la emoción que las lágrimas bañaron su rostro. Sesenta y dos años habían transcurrido desde que se le dijo: —A su tiempo, todo lo comprenderás.

Aquel tiempo había llegado; la erección del santuario dedicado al Corazón de Jesús en la Ciudad Eterna y consagrado el día anterior, le pareció como el coronamiento de la misión vislumbrada de niño.

Pero más aun lo comprendieron sus hijos, testigos del inmenso desarrollo ulterior de la obra de la cual el pequeño vidente había tenido una pálida idea, y el santo anciano contemplaba ahora en una ya avanzada realidad.

Con toda razón su tercer sucesor, don Felipe Rinaldi, penetrado de toda la importancia del celeste mensaje, en el centenario de la fausta fecha llamó sobre él la atención de los Salesianos, estimulándolos a meditarlo para sacar útiles enseñanzas. Y a la verdad, reflexionando bien hoy sobre él, se siente palpitar en él como en embrión el programa de acción señalado por la Providencia a Don Bosco y a sus hijos.

Cómo concibió la educación

Si de lo alto había recibido Don Bosco su misión, es evidente que el fin último de su obra educativa no podía ser únicamente dar a la patria terrena buenos ciudadanos, sino, preparar buenos cristianos para la patria celestial. He aquí por qué, en 1866, tomando la palabra después de la velada de su onomástico, afirmó categóricamente:

—El único fin del Oratorio es salvar almas.

Para Don Bosco buen ciudadano y buen cristiano no eran términos incompatibles, aunque éste va necesariamente unido con aquél. Don Bosco tampoco descuidó nada de cuanto la sana pedagogía y su instinto psicológico le dictaban para sacar del joven el futuro profesional o el futuro obrero que el día de mañana se hicieran honor en el campo del trabajo. Es natural también que Don Bosco, ante las autoridades del Estado, hiciera resaltar con preferencia el lado civil de la educación que él daba; pero él no concebía la educación de un joven bautizado sin la obligación de hacer converger toda actividad pedagógica al desarrollo de la vida sobrenatural.

Este es el punto que nos interesa ahora estudiar para conocer la postura del Santo delante de este problema fundamental.

Dice muy bien monseñor Caviglioli: «La vida ética del hombre, después de Cristo, debe desenvolverse en la esfera sobrenatural; una educación que pretendiera detenerse en la zona natural, sería un descenso de nivel. Quien abandona el plano de la gracia, paga inmediatamente su error, porque no se detendrá en el plano de la naturaleza, sino que se despeñará más abajo.»

Una educación integral

Y falta hacía que hubiera quien alzara resueltamente el estandarte de la educación cristiana integral, máxime entre las clases más numerosas de la sociedad. Cuando nuestro Santo descendió a la palestra, el naturalismo invadiente se adueñaba cada vez más del alma juvenil en la escuela a todos abierta.

Las teorías pedagógicas más en boga prescindían por completo de todo presupuesto de elevación a un orden superior, cuando no se alzaban hostilmente contra él. Los mismos buenos no pocas veces, arrastrados por la corriente, cedían más o menos a las tendencias del tiempo.

Don Bosco, sin despreciar nada de lo bueno que podía ofrecerle la modernidad, puso mucho más alto su ideal.

Y desde el primer instante

Su concepto de la educación lo daba a conocer desde el instante en que los jóvenes iban a él; recibíalos como de la mano de Dios.

—Dios nos ha mandado —decía—, Dios nos manda, Dios nos mandará muchos jóvenes.

No ignoraba que sus padres o bienhechores se los confiaban para que los instruyera en las ciencias, en la literatura, en las artes y oficios, y él no defraudaba su expectación; pero en las instrucciones a sus colaboradores iba repitiendo:

—El Señor nos los manda para que nos preocupemos de sus almas y ellos encuentren aquí el camino de su eterna salvación. Por lo mismo, todo lo demás debemos considerarlo como medio; nuestro fin supremo es hacerlos buenos y salvarlos eternamente.

Por donde ya desde el primer encuentro les hablaba del alma; es más, en este aspecto tenía una opinión que puede causar sorpresa. Según él, si a la entrada de un joven, el superior no demuestra interés por su eterna salvación, y teme hablarle prudentemente de cosas de conciencia; si, al hablarle del alma, usa términos medios o le dice en forma vaga, ambigua, que sea bueno, que se haga honor, que sea obediente, aplicado, trabajador, no alcanzará efectos duraderos, y dejará las cosas como están, sin ganarse su afecto. Es un paso en falso; y como es el primero, difícil será corregirlo. Así se lo había enseñado una prolongada experiencia.

—El joven —solía decir— gusta más de lo que se cree de que le hablen de sus intereses eternos, y de aquí deduce quién le quiere o quién no le quiere verdaderamente bien.

Y ésta no ha de ser tarea sola del superior de la casa; sino que recomendaba que, especialmente al principio del año, todos los demás, ya enseñando, o asistiendo, o corrigiendo, o premiando, hicieran ver a los jóvenes que allí no había otro móvil que el bien de su alma.

La escuela, como medio

Quería que los maestros considerasen la escuela como un medio para obrar el bien.

—Vosotros —decía— sois como el párroco en su parroquia, o como el misionero en el campo de su apostolado. Por esto, de cuando en cuando, haced resaltar las verdades cristianas, hablad de los deberes para con Dios, de los Sacramentos, de la devoción a la Virgen.

Quería, en suma, que sus lecciones fueran cristianas, y que, al exhortar a los alumnos a ser buenos cristianos, se mostraran francos y cariñosos.

—Este —decía— es el gran secreto para atraernos a la juventud y ganarnos toda su confianza. Quien se avergüenza de exhortar a la piedad, es indigno de ser maestro; y los jóvenes lo despreciarán; y no hará otra cosa que echar a perder los corazones que la divina Providencia le ha confiado¹.

Cómo hacer

Todo superior, todo maestro ha de recurrir constantemente a Dios en demanda de sus gracias, y sólo a Dios atribuir todo el bien realizado. Cuando alguno se quejaba de su clase, comenzaba de ordinario preguntándole:

—¿Has rezado tú por tus alumnos?

En los «Recuerdos confidenciales» a los directores les recomienda a cada uno de ellos:

¹ MBe X,938.

«En las cosas de mayor importancia, haz siempre una breve elevación de la mente a Dios antes de nada decidir.»

Y en el Reglamento de las Casas, como conclusión de los artículos preliminares o generales, declara que es a todos indispensable, con la paciencia y diligencia, mucha piedad, sin la cual cree inútil todo buen reglamento. Y cuando uno podía estar satisfecho de los resultados, su pensamiento era:

«Hay que humillarse delante de Dios, reconocer que todo se lo debemos a Él, rezar, y especialmente en la santa misa en el momento de la elevación de la Hostia, encomendarse a Dios, a sí mismo, las propias fatigas y los propios alumnos.»

Por su parte, una vez explicadas las lecciones, no dejaba de ilustrar variada y sabiamente los tres artículos fundamentales de su programa: fuga del pecado, frecuente confesión y frecuente comunión. Introducir y mantener a Dios en el alma de los jóvenes constituía la mayor de sus solicitudes.

No hay educación sin religión

El tema podría llevarnos todavía muy lejos. Pero de lo dicho hasta aquí bien claro se advierte cuán esencial, mejor dicho, cuán preponderante era para Don Bosco el elemento religioso en la educación; sin él, a su entender, la educación no sólo carecía de eficacia, sino que ni siquiera tenía sentido.

En un *Aviso Sagrado*, publicado por él en 1849, se lee esta sentencia: «Sólo la religión es capaz de empezar y cumplir la gran obra de una verdadera educación.» Y claro es que al hablar así no se refería a una religiosidad vaporosa, abstracta y teórica.

En la *Vida del joven Francisco Besucco*, publicada en 1864, lo dice bien claro, importándole bien poco lo que pudieran pensar los pedagogos:

«Dígame lo que se quiera acerca de los diversos sistemas de educación; pero yo no encuentro base más segura que la frecuencia de la Confesión y Comunión; y no creo decir demasiado al afirmar que, si se omiten estos dos elementos, queda arrumbada la moralidad.»

Y este convencimiento le acompañó durante toda su vida. En 1878 lo declaró francamente a un alto funcionario gubernativo:

—Se dice que Don Bosco quiere demasiada religión. Y, en efecto, yo entiendo que sin religión nada bueno se puede obtener de los jóvenes.

Y en 1885, con un sentimiento de desaliento, dejaba escapar a este propósito una nueva queja:

—Viejo y caduco, me muero con la pena de no haber sido bastante comprendido².

No especificó por quién, mas no es difícil adivinarlo.

Su secreto educativo

Bien lo comprendió el papa Pío XI. Después de haberlo proclamado «gran propugnador de la educación cristiana», subrayó en la homilía de la canonización cuál fue el secreto por el cual el sistema educativo de san Juan Bosco obtuvo frutos tan admirables y copiosos.

«Ponía él en práctica —decía el Pontífice— aquellos principios que se inspiran en el Evangelio, y que la Iglesia Católica siempre ha recomendado.»

En síntesis feliz, el citado Caviglioli trazó en pocas frases el único y verdadero ideal pedagógico de Don Bosco: «Dios, revelado en Cristo Redentor, viviente en su Iglesia, y operante con sus carismas sobre toda la obra educadora.»

Cómo lo hacía Don Bosco

Fue en todo tiempo propósito de los educadores cristianos plasmar cristianamente las conciencias juveniles; Don Bosco lo realizó en un momento histórico, en el cual la necesidad era más acuciante que nunca. Explicar cómo lo hacía nos daría materia, para lle-

² D. F. CERRUTI, *Ideas de Don Bosco sobre educación y enseñanza y misión actual de la escuela.*

nar no una página, sino un abultado volumen. Me ceñiré a dos puntos solos: en el campo de la educación obró prodigios mediante la bondad sacerdotal y la piedad cristiana, y una y otra bajo formas sin precedentes.

Con bondad sacerdotal

Para hablar de la primera, tomo pie de una sentencia que pronunció en París en 1883 en una reunión de ilustres personajes.

Dijo entonces³: «Las almas juveniles, en el período de su formación, necesitan experimentar los benéficos efectos de la dulzura sacerdotal.» Dulzura y cariño sacerdotal son emanación de bondad sacerdotal; de una bondad nacida y alimentada del amor de Dios, que se muestra paternal y llena de confianza, buscando el bien de las almas, y que deja en quien vivió bajo su influjo, desde su tierna edad, un recuerdo saludable y duradero. Esta bondad, sabia y suavemente adaptada a la edad juvenil, es la que escogió Don Bosco, para su método educativo. Por esto, con toda razón don Miguel Rúa lo definió «un hombre en el cual Dios elevó la paternidad espiritual a su más alto grado».

En el Oratorio, la paternidad de Don Bosco irradiaba a todas partes. Era como el sol, que difunde luz y calor aun donde no se le ve. Mantenía la serenidad en la casa, y en los jóvenes el deseo de tenerlo contento; y así, apenas aparecía en el patio, corrían a su encuentro para besarle la mano y estar a su lado, mientras él hablaba, sonreía, bromeaba, dirigiendo la mirada de una a otra parte, acercando el oído a los labios de quien manifestaba tener algo que decirle, y los labios al oído de quien deseaba avisar, exhortar, animar. Jamás perdió de vista tres máximas inspiradas por su corazón sacerdotal y constantemente recordadas a los suyos para cautivarse el afecto y la confianza de los jóvenes: amar lo que ellos aman para obtener que ellos aprecien lo que nosotros amamos por su bien; hacer todo lo posible para que ninguno se vaya descontento de nuestro lado. Es fácil decir estos aforismos, más fácil aplaudirlos; pero el ponerlos en práctica cuesta continuos y no ligeros sacrificios.

³ MBe XVI, 148.

Pero, para Don Bosco, el educador es un individuo consagrado por completo al bien de sus alumnos y, por lo mismo, ha de estar pronto a afrontar cualquier molestia y a arrostrar cualquier fatiga para conseguir su fin. La fuerza y la constancia que esto requiere sólo es posible a quien, en la gran obra de la educación, busca solamente la gloria de Dios y el bien de las almas, lo que él practicó sin descanso con la palabra y el ejemplo. Llegó el momento, es cierto, en que otras ocupaciones le impidieron estar continuamente entre los jóvenes, pero ya entonces se había rodeado de un estado mayor que, cual *longa manus*, llegaba adonde él no podía, y obraba en su nombre y con idéntico espíritu.

Y, sentadas estas consideraciones generales, descendamos a algunas particularidades, omitiendo tantas otras que harían demasiado prolijo nuestro discurso.

La bondad sacerdotal de Don Bosco se les revelaba a los alumnos desde que ponían el pie en el Oratorio. Su aspecto paternal, la serenidad de su rostro, la amabilidad de su sonrisa, despertaban al punto en ellos respeto y confianza.

Sería preciso referir aquí las variadas y hábiles preguntas que dirigía a los recién llegados, según adivinaba su índole y humor. Y, en el momento oportuno, brotaba la inevitable pregunta: ¿Quieres ser amigo de Don Bosco? Y ella le abría el camino para hablar del alma e insinuar el pensamiento de la confesión.

A los que no conocen a Don Bosco podrá parecerles extraño lo que digo; y, sin embargo, lo hacía él con tanta naturalidad, que los nuevos alumnos al salir de su despacho, dejaban en sus manos la llave de su propio corazón.

Las «buenas noches»

Don Bosco hablaba todas las noches a los jóvenes reunidos después de las oraciones en las llamadas «buenas noches».

Eran pocos minutos de íntima familiaridad y paternal efusión, en los cuales imprimía en todos la última impresión de la jornada. Sus oyentes nos han conservado buen número de estas charlas. Por vía de ejemplo, copiaremos una que hace a nuestro caso. To-

dos los años, el 31 de diciembre, solía aprovechar aquel momento para darles el aguinaldo, es decir, un recuerdo espiritual para el nuevo año. En 1859 comenzó de esta manera:

«Mis queridos hijos, vosotros sabéis cuánto os amo en el Señor y cómo me he consagrado por entero a haceros el mayor bien que me sea dado. Ese poquito de ciencia, ese poquito de experiencia que he adquirido, cuanto soy y cuanto poseo, oraciones, fatigas, salud, mi vida misma, todo deseo emplearlo en vuestro servicio. Todos los días y para cualquier cosa podéis contar conmigo, especialmente para las cosas de vuestra alma. Por mi parte y como aguinaldo, me doy a vosotros por entero; será cosa pequeña, pero cuando os lo doy todo, quiere decir que nada me reservo para mí.»

Y después de dar los recuerdos, proseguía: «Quiero que termine el año en perfecto amor y santa alegría. Por esto, os perdono cualquier falta que hayáis podido hacer, y espero que vosotros también sabréis perdonaros mutuamente las ofensas que tal vez hayáis recibido. Quiero comenzar el año 1860 sin tristezas ni malhumor.» Y en ese tono de afecto siguió hasta acabar.

En el despacho

Los jóvenes sabían que podían acudir a él cuantas veces lo desearan; y ¡cómo los recibía! Hacía los sentar en el sofá, mientras él, sentado a su mesa, los escuchaba atentamente, como quien escucha a quien tiene cosas importantes que decir, y procuraba atenderlos cuanto podía.

Después los acompañaba hasta el umbral, les abría la puerta y los despedía con el acostumbrado: Somos amigos, ¿verdad? Huelga decir que los muchachos abandonaban la habitación con el corazón ensanchado, serenos y contentos como unas pascuas.

Al encontrarlos

¡Y qué felices se sentían cuando, al ir por la casa, se encontraban con él! Su espíritu paternal hacía florecer en sus labios cada vez una palabra afectuosa que era para ellos un codiciado regalo, tan-

to más cuanto que entonces sabía amablemente traer a colación algo que importara al interesado.

Con los enfermos

Y no digamos los enfermos, que recibían sus visitas en la enfermería no de paso y rara vez, sino en su propia cama y con toda comodidad. Se informaba de su estado, procuraba levantar su ánimo y, si hacía falta, daba órdenes o proveía directamente.

La suavidad del aceite

A un educador, sea el que fuere, no le habrán de faltar ocasiones en que tenga que corregir, reprochar o castigar.

La bondad sacerdotal de Don Bosco, ya desde 1846, se había trazado la norma que en tales casos debía seguir. Durante una ausencia suya de Valdocco, vino a saber que un amigo sacerdote que le ayudaba en el Oratorio, trataba a los muchachos «con mucha energía», de modo que eran ya varios los que andaban disgustados.

Don Bosco, en carta de 31 de agosto, dirigida al teólogo Borel, que le sustituía en la dirección, le decía: «Haga de manera que en el Oratorio el aceite condimente toda vianda.» Y al mismo lenguaje metafórico recurría cuando, más adelante, se presentaban casos semejantes.

Por ejemplo, en 1866, habló así a don Miguel Rúa, que estaba al frente de la disciplina: «Me parece que he oído chirriar alguna puerta; creo que un poco de aceite a las bisagras lo arreglará todo.» No sólo, sino que le recomendaba que se hiciera comerciante de aceite. Y no hace falta decir que este aceite él lo empleaba sin tasa.

Su sistema

No es posible seguirle en todas las manifestaciones de bondad con las que alegraba la vida del Oratorio, ni exponer cómo con

ellas se cautivaba la confianza de los alumnos. Léanse las páginas tan admirables y tan admiradas del Sistema Preventivo, dictadas por su corazón de sacerdote educador. Ese fue el código, antes que escrito, vivido por él durante unos cuarenta años; en él se pueden captar, junto con su genuino pensamiento pedagógico, los matices del espíritu que lo animó en su larga y laboriosa obra educativa, y con el que obtuvo triunfos ni siquiera soñados por los pedagogos.

Cagliero

Uno de estos triunfos (¿quién lo creyera?) fue nada menos que el cardenal Cagliero. Muchacho lleno de vida y de ingenio, tenía azogue en el cuerpo. Si bien el régimen del Oratorio tenía más de familia que de colegio, el vivaracho mocito sacudía el yugo y era la desesperación de los superiores que con él tenían que tratar. No faltó quien propuso enviarlo a su casa, y a no haber sido por Don Bosco, Cagliero no hubiera llegado a lo que fue. Don Bosco, por el contrario, lo supo llevar tan bien que poco a poco hizo de él un joven ejemplar; lo demás, todo el mundo lo sabe.

Un obispo argentino, en un discurso con motivo de las fiestas de la beatificación, tuvo una idea feliz al querer demostrar que Don Bosco educador tenía lo estrictamente necesario de pedagogo, nada de policía, todo de padre.

Un anglicano

En Londres un anglicano que dirigía un asilo de jóvenes, habiendo leído el librito de Don Bosco sobre el Sistema Preventivo, quiso ver su aplicación en el Oratorio y en algunos colegios de Italia; y quedó de tal modo impresionado que se esmeró en ponerlo en práctica.

En la sala de recibir tenía su retrato hasta con el lema: «Dame las almas, y llévate lo demás». Publicó dos artículos, en 1900 y en 1903, en los que hacía votos para que el Señor suscitara en Inglaterra hombres del espíritu de Don Bosco, porque hacían mucha falta. Como era ritualista, hablaba también de la frecuente confe-

sión y comunión y de la misa diaria; sólo que no la llamaba misa, palabra malquista para sus correligionarios, sino *Eucharist* = Eucaristía⁴.

La piedad

Por donde vemos que hasta ese protestante se había percatado de que la piedad cristiana es el fundamento del sistema educativo de Don Bosco. Y ésta es la segunda característica de que arriba hicimos mención. Y como de ello ya hemos tratado con amplitud en los capítulos precedentes, especialmente en los últimos, voy a ceñirme a unas pocas observaciones y testimonios.

En el Oratorio se cultivaba la piedad, no se imponía; por eso florecía con una simpática espontaneidad. La alimentaban la oración en común, la misa diaria, la frecuente confesión y comunión, y las palabritas de las «buenas noches». Prácticas periódicas la estimulaban, como la predicación festiva, el ejercicio mensual de la buena muerte y los ejercicios espirituales a mitad del año escolar. Contribuían a ella las fiestas religiosas cuidadosamente preparadas y celebradas con solemnidad.

Sostenían la piedad cuatro compañías o asociaciones internas, cada una con reglamento propio. En ellas se reunían los mejores de las varias secciones, los cuales mutuamente se enfervorizaban y atraían a los demás; eran el buen fermento que obraba sobre la masa.

Pero, más que todo y más que todos, influía Don Bosco con su ejemplo, con sus palabras y con el ministerio de la confesión, como ya en otra parte hemos dicho. Y su piedad y su celo por la piedad se comunicaban a los subalternos, que luego llevaban a los colegios el mismo espíritu.

«Quien visita el Oratorio —escribía el obispo de Vigevano, monseñor De Gaudenzi⁵— y los varios establecimientos levantados y dirigidos por Don Bosco coadyuvado por sus sacerdotes, percibe en seguida un no sé qué de piadoso que no es dado fácilmente sen-

⁴ De una carta del salesiano P. Bonavia a don Lemoyne. Londres, 12 junio 1903.

⁵ Carta a Pío IX de 4 abril 1875.

tir en otros institutos, porque, en los institutos de Don Bosco, se respira en realidad el buen olor de Jesucristo.»

Otro obispo, el de Casale, monseñor Ferré, quedó prendado de la piedad observada en las casas de Don Bosco. El docto prelado no se recató de decir, delante de muy respetables personalidades que un gran secreto de Don Bosco en su labor educativa era el embeber a sus jóvenes de prácticas de piedad.

«La misma atmósfera que los rodea —continuó—, el aire que respiran está impregnado de prácticas religiosas. Los jóvenes así impresionados, aun queriendo, no se atreven a obrar mal, no tienen medios para hacerlo; deberían ir contra la corriente para hacerse malos; si descuidaran las prácticas de piedad, se encontrarían como peces fuera del agua. Y esto los hace dóciles, los hace obrar con convicción y por conciencia, de suerte que una rebelión es casi imposible imaginársela. Las cosas marchan impulsadas por una fuerza irresistible.»

Contaron a Don Bosco este juicio, y dijo que era una hermosa y buena verdad, y añadió este comentario:

«Procuramos que las prácticas de piedad no cansen a los jóvenes, es más, que no los opriman; se hace que sean como el aire que no oprime ni cansa nunca, a pesar de que, sobre nuestras espaldas, llevamos una pesadísima columna, pero nos rodea enteramente y nos penetra por todas partes»⁶.

Su tipo de piedad

Dos cosas hay que notar en la piedad cual la inculcaba Don Bosco: ni era una piedad sentimental ni andaba divorciada de alegría. Una piedad a base de sentimiento es superficial y, por lo mismo, efímera. Don Bosco no conoció esta enfermedad moderna del sentimentalismo.

En su concepto la verdadera piedad consiste en una disposición de ánimo que evita la ofensa de Dios aun la más pequeña y cumple por amor de Dios todos los propios deberes. Las prácticas de pie-

⁶ J. BARBERIS, *Crónica inédita*, 27 nov. 1878.

dad que a esto no lleven, quedan colgadas del aire. Por esto, en ocasión de triduos, novenas, meses y fiestas, recomendaba, sí, la comunión y especiales plegarias, pero cada día recordaba con el nombre de florecillas espirituales ciertos deberes, ciertos actos de virtud, ciertas obras buenas que cumplir, en obsequio del Señor, de la Virgen, de los Santos, sobre todo el estudio, el trabajo, la obediencia, la observancia de alguna regla y, *en primer lugar*, la fuga del pecado, señaladamente del pecado impuro.

La piedad que inculcaba se inspiraba en el primer versículo del salmo 111: *Dichoso el hombre que teme al Señor: que en sus mandamientos se complace, mucho*. Por regla ordinaria, las palabritas de las «buenas noches», vuelta arriba vuelta abajo, acababan siempre como los salmos en «gloria», en un pensamiento relativo a la piedad asociado a otro referente a las obligaciones del propio estado o a alguna verdad de la fe.

Sostenía el principio de que la fe es el ojo de la piedad; por algo abundaba en el Oratorio la instrucción religiosa. Así daba a los jóvenes una piedad iluminada y los habituaba a obrar por motivos sobrenaturales y de conciencia. Que en esto estriba la diferencia entre el pedagogo y el sacerdote educador: el primero realiza un trabajo pedagógico, el segundo se preocupa más del estudio de las conciencias.

Y alegría

Y luego la alegría. Dice bien un conocido autor de ascética⁷: «La tristeza es un soplo que viene del infierno: la alegría es el eco de la vida de Dios en nosotros.» En Don Bosco, alma llena de Dios, la alegría de corazón se traslucía en su aspecto, en su sonrisa, en su habitual optimismo, y lo mismo pasaba en los que le rodeaban. El *servid al Señor con alegría* era artículo esencialísimo de su pedagogía.

En su juventud, ¿no había fundado una sociedad llamada de la alegría, en la que reunía a sus discípulos para atraerlos al buen

⁷ El abad C. Marmión, recientemente beatificado.

camino? El piísimo Domingo Savio, todo él embebido en el espíritu de Don Bosco, interpretaba fielmente su pensamiento al decir a un recién llegado⁸: «Debes saber que nosotros hacemos consistir la santidad en estar muy alegres.» Y no eran meras palabras.

En 1857 un jovencito, poco después de su ingreso en el Oratorio, escribía a un amigo⁹: «Aquí me parece estar en un paraíso terrenal. Todos están alegres, pero con una alegría verdaderamente celestial, especialmente cuando Don Bosco se encuentra en medio de nosotros.»

La vida del Oratorio estaba hecha de piedad, estudio y trabajo, pero todo condimentado con santa alegría.

«Quien no lo vio, difícilmente puede hacerse una idea», escribe el historiador, que lo vivió¹⁰. Los sobrevivientes de aquellos tiempos se remozaban al recordar la alegría que entonces gozaban en la casa de Don Bosco. Y, sin embargo, no se conocían ni de nombre las comodidades que luego se introdujeron. Quien tiene en paz el corazón, está siempre de fiesta, dice la Biblia: *para el corazón dichoso, alegría sin fin*¹¹.

⁸ *Vita di S. Domenico Savio*, cap. 18, p. 139.

⁹ *MBe* V, 506.

¹⁰ *MBe* VI, 305.

¹¹ *Pr* 15, 15.

Capítulo 11

HOMBRE DE FE

El cristiano lo es por la fe, cuya puerta es el Bautismo, y la fe es el fundamento de la vida sobrenatural y el vínculo que une el alma con Dios; fe que viene integrada por la esperanza y por la caridad.

Pero una cosa es ser creyente y otra ser hombre de fe. El creyente practica más o menos su fe, mientras que el hombre de fe vive de la fe, y la vive para alcanzar una profunda y continua unión con Dios.

Fe vivida

Tal fue Don Bosco. Y, a la verdad, casi todo lo que hasta aquí hemos visto como gran parte de lo que nos queda por ver, no es más que fe vivida; pensamientos, afectos, empresas, audacias, dolores, sacrificios, prácticas piadosas y espíritu de oración, no fueron sino llamas desprendidas de la fe que ardía en su corazón. Parece, pues, que o deberíamos repetir lo ya dicho, o renunciar a un capítulo sobre la fe. Sin embargo, en la inmensidad del campo queda aún algo que espigar.

Una vida tan perenne e intensamente animada por el soplo de la fe, ¿no ha de ofrecer materia para detenernos en la primera de las virtudes teologales? No pueden faltar notas características dignas de ser tenidas en particular consideración.

Entre los diversos testigos llamados a deponer en los procesos, los que más ampliamente vivieron en contacto con Don Bosco parece que iban a porfía en exaltar su fe. Sus deposiciones pueden condensarse en esta fórmula: nuestro santo fue ávido de conocer las verdades de la fe, firme en creerlas, fervoroso en profesarlas, celoso en inculcarlas y fuerte en defenderlas.

Digno de especial atención es el testimonio con que don Miguel Rúa comienza su deposición.

Fe desde niño

Se expresó en estos términos: «Fue hombre de fe. Instruido desde niño por su santa madre en las principales verdades de nuestra religión, sintió de ellas verdadera hambre.» La última expresión no es menos bella que verdadera.

Y adviértase que la madre no sólo nutrió de fe el alma del hijo en su niñez, sino también después, en los momentos más solenes de la vida, fue volcando en su corazón la plenitud de fe que rebosaba del suyo.

Esto explica por qué Don Bosco profesaba como un culto a la memoria de su virtuosa madre. De ella escribió y habló hasta los últimos días de su vida con una ternura que conmueve. En sus palabras vibraba un sentimiento de viva gratitud a Dios por haberle dado una madre tan buena; le pareció siempre éste un señaladísimo favor del Cielo.

Débase, no obstante, añadir que si la madre intervenía en las ocasiones más importantes de su vida, su intervención había sido prevenida por un poderoso trabajo de la gracia divina, la cual del fondo de su fe arrancaba actos y propósitos generosos. *Mamá Margarita* preparó a su Juan para la primera comunión, llevándolo ella misma a los pies del confesor; pero él, no dándose por satisfecho, quiso volver a confesarse otras dos veces, tan alto era el concepto que ya entonces la fe le inspiraba de tan augusto sacramento.

En el problema de su vocación la madre, le dijo sin ambages: —En estas cosas yo no entro, porque Dios es antes que todo. No pienses en mí. Yo soy pobre; pero si tú, una vez sacerdote, llegaras a ser rico, no iría a hacerte ni una sola visita.

Pero ya el hijo estaba tan persuadido de que en punto a vocación no tenía que escuchar la voz de la carne y de la sangre, que hacía tiempo su única preocupación era la de conocer bien y seguir fielmente la llamada del Señor. Y, en efecto, mucho antes de hablar con su madre, había dado muchos pasos para saber a qué atenerse.

Entrado en el seminario, llevó consigo una idea tan excelsa del sacerdocio a que aspiraba que, para prepararse dignamente a él, se

dio a una vida de perfección, no sólo practicando los consejos evangélicos, sino hasta consagrándose con voto perpetuo¹.

Ordenado sacerdote, su madre le dirigió estas memorables palabras: —Ya eres sacerdote, ya dices misa; de ahora en adelante estarás, pues, más cerca de Jesús. Pero recuerda que comenzar a decir misa quiere decir empezar a padecer. De ahora en adelante piensa únicamente en la salvación de las almas y no te preocupes para nada de mí.

Y también sobre esto el hijo había formado sus buenas resoluciones; entre otras la de «padecer, obrar, humillarse en todo y siempre cuando se tratara de salvar almas». Su espíritu se movía, pues, en una perfecta atmósfera sobrenatural de fe.

Fe en los superiores

Llegó el día en que le fue preciso escoger el camino por el cual debía correr a la salvación de las almas. Para él la elección no constituía motivo de preocupación.

La fe le enseñaba que la voluntad de Dios se manifiesta por medio de los superiores, lo que a él le interesaba era no poner nada suyo. Su superior era san José Cafasso. Este, un buen día, le mandó ir a dirigir un pequeño hospital que la marquesa de Barolo había fundado para niñas y a encargarse de la educación espiritual de un colegio de la misma dama.

¿Podría darse cosa más opuesta a sus aspiraciones? ¿No había sido siempre su más ardiente deseo el ocuparse de los muchachos? De sus cuatro primeros meses de sacerdocio pasados en compañía de su párroco de Castelnuovo, escribió más tarde: «Mis delicias eran dar catecismo a los niños, entretenerme con ellos, hablar con ellos.» Y de ellos se veía siempre rodeado.

¿Tenía, pues, que echar todo eso a rodar? Mas él no pidió consejo a la prudencia humana, sino únicamente a la fe, la cual hacía resaltar a sus ojos el valor y el mérito de la obediencia.

¹ MBe II, 30.

Obedeció sin chistar. En modo alguno podía suponer en aquel momento que, precisamente por camino tan impensado y opuesto a sus designios, la Providencia lo encaminara hacia la ansiada meta.

Sus ansias de fe

«La fe es la que lo hace todo», escribió una vez². Con esta convicción en el alma, nunca creyó tener bastante fe. Hasta llegó una vez a recomendar a sus jóvenes que rezaran para que el Señor le concediera una fe viva, aquella fe que traspone las montañas al lugar de los valles, y los valles al lugar de las montañas.

Es más, ya entonces en el curso de sus empresas como también próximo al fin de sus días, se acusó de falta de fe, exclamando con lágrimas en los ojos: «¡Cuánto más habría hecho el Señor si Don Bosco hubiera tenido más fe!»³.

Lo cierto es que, sin una gran fe, no hubiera podido hacer el gran bien que hizo. Sobre este tema, ¡cuánto tendríamos que escribir! Contentémonos con detener nuestra atención sobre algunos puntos, pocos pero bien determinados y concretos. Y añadamos algo sobre un tema ya tocado en el capítulo séptimo. Gloria de Dios y bien de las almas son dos expresiones que se encuentran con frecuencia en la literatura salesiana.

Su uso se generalizó a fuerza de oírse las repetir a Don Bosco y luego a su sucesor y continuador don Miguel Rúa. Nuestro Santo las empleaba de continuo al hablar a los Salesianos, en sus comunicaciones a los Cooperadores, en sus escritos, en su correspondencia epistolar. Llevado en alas de la fe no buscaba otra cosa en la vida. Una saludable lección debía acabar de desprenderlo de sí y de las cosas terrenas.

Fue a predicar el panegírico de san Benigno a un pueblo de la diócesis de Asti. Habíase preparado un sermón de campanillas para honrar al santo y también para hacer bella figura. Hacía el camino a caballo; cuando de pronto se asusta la bestia, se encabrita

² MBe X, 91.

³ Ib. VIII, 829; XVIII, 508.

y se da a una loca carrera a través de campos y prados hasta que al fin lo arroja de bruces sobre un montón de piedras, donde queda sin sentido. Unos aldeanos lo recogen, le atienden, lo llevan a una casa cercana; cuando volvió en sí, no desperdició la lección.

«Después de este aviso —escribe en sus *Memorias*— tomé, la firme resolución de no querer en lo sucesivo preparar mis sermones para aparecer docto y literato, sino sólo para la mayor gloria de Dios.»

Y no es que en su corazón no pensara ya entonces en la gloria de Dios y en lo que a ella tanto contribuye, el bien de las almas; pero, desde aquel día, abandonóse a ello sin reserva, no encontrando nada más noble ni justo para un ministro del Señor.

Y de la gloria de Dios

Antes de acometer cualquier empresa, era en él hábito constante observar si redundada a mayor gloria de Dios y bien de las almas; y, una vez persuadido de ello, consideraba la idea como venida de lo alto, y no había fuerza humana que le detuviera.

Los que le rodeaban podían tal vez desalentarse ante el temor de que vinieran a faltar los medios.

—¡Hombres materiales! —decía en tales casos—. ¿No es más crear la idea que proporcionar los medios para actuarla?

No fueron pocos los que se maravillaron al verle emprender la construcción del templo de María Auxiliadora, sabiendo que carecía de fondos, y que en aquellos tiempos era bien poco lo que para tales obras se podía esperar. ¿No es esto un desafiar a la Providencia?, le decían. Mas su respuesta era siempre la dicha.

Fe que le unía a Dios

El impulso de esta fe viva, iluminada y constante producía en él tres efectos. Le daba fuerza para tolerar trabajos, fatigas, contrariedades y persecuciones que, como dice el cardenal Cagliero en los Procesos, habrían aplastado a quien sólo se hubiera dejado llevar por motivos humanos. Además lo mantenía en su calma y serenidad habituales.

—Si Dios permite estas pruebas —decía— es señal de que quiere sacar un gran bien. Sigamos adelante con ánimo y paciencia, confiando en Él.

Algunos de los suyos hubieran querido alguna vez, como los hijos del Zebedeo, invocar el fuego del Cielo; pero él, sonriendo, calmaba su indignación diciendo:

—Vosotros sois aún niños. Hay que dejarlo todo en las manos de Dios. Él sabrá deshacer los malos designios. A nosotros nos toca rezar y no temer.

Otras veces observaba:

—Cuanto más escasean los medios humanos, tanto más entonces pone el Señor los suyos. Bien lo tengo experimentado.

O bien:

—En medio de las pruebas más grandes, hace falta mayor fe en Dios.

Prorrumpía también en invocaciones:

—Vuestra es la obra, Señor, Vos la sostendréis. Si la obra es mía, veré contento que caiga.

En fin, con el ánimo así dispuesto, las ocupaciones materiales y las preocupaciones financieras parecía que se le tornaban suaves, y se veía que no eran parte para enfriarle en su unión con Dios.

Este abandono en Dios no excluía las industrias personales. Máxima suya era que también la Providencia quiere que la ayudemos con nuestros esfuerzos; y así, al comenzar cualquier obra, entregábase a ella con todo interés.

—No debemos esperar los auxilios de la Providencia —solía decir— quedándonos mano sobre mano. El Señor vendrá en nuestra ayuda al ver nuestros esfuerzos generosos por su amor.

Mirando hacia atrás

Y acerca de las cosas ya pasadas, ¿qué pensamientos le sugería la fe? Sobre esto tenemos una magnífica lección que, durante la grave enfermedad de 1872, le dio al hermano coadjutor que le asistía.

Es decir, la lección no era para él, o al menos no para él solo. Bueno será recordarla.

Cuando comenzó a mejorar, el aumento de fuerzas le hacía más expansivo que de ordinario, lo que generalmente acontece a los convalecientes. Después de haber bromeado sobre el cambio que experimentaba su piel, continuó:

—Veremos si esta nueva piel es más fuerte y capaz que la anterior para resistir a los vientos y tempestades. Confío, sin embargo, que el Señor la hará bastante más resistente por su bondad y para su mayor gloria. Persuádate, amigo mío, todas nuestras facultades e ingenio, todos nuestros trabajos, nuestras penas y humillaciones, es preciso que tengan por mira solamente la gloria de Dios. Si nos fatigamos buscando nuestro honor, nada valen nuestros pensamientos, nuestros hallazgos, nuestras iniciativas y nuestras obras. ¡Ay del que trabaja esperando las alabanzas del mundo! El mundo es mal pagador; paga siempre con la ingratitud... ¿Quién es Don Bosco? El hijo de unos pobres aldeanos a quien la misericordia de Dios ha elevado a la dignidad del sacerdocio sin ningún mérito suyo. Pero fíjate, ¡qué grande es la bondad del Señor! Se ha servido de un simple sacerdote para hacer en este mundo cosas admirables; y todo se ha hecho y se hará en lo sucesivo a mayor gloria de Dios y de su santa Iglesia.

Su fe y las almas

Su fe adquiría rasgos especiales al buscar la salvación de las almas. En cuanto alguien se le ponía delante, su mente le hacía pensar en seguida en la salvación de su alma y en la manera de ayudarle para la eternidad.

Dos consideraciones de orden sobrenatural inflamaban este celo: el peligro de la ajena condenación eterna y lo mucho que había hecho y sufrido el divino Redentor para la salvación de las almas. Por esto, temblaba por la suerte que podía caer a quien no se preocupaba de su más allá, y se sentía inflamado de un ansia vehemente de ganarlos todos a Cristo.

Y en esto daba muestras de un valor y de una fortaleza sin límites: valor para vencer todo respeto humano, fortaleza en sopor-

tar molestias, sacrificios, humillaciones en tan caritativa y noble tarea.

Penetrado de su poder sacerdotal de perdonar pecados, a todos invitaba al sacramento de la confesión. Mientras le fue posible, daba vueltas por Turín en busca de almas, entrando en los establecimientos públicos, como fondas, cafés, barberías; y, con la excusa de una consumición, o una compra o un servicio, enhebraba hábilmente la conversación con los vendedores o encargados, encontrando modo de llegar al fin que se había propuesto.

Más adelante, no dejaba pasar ocasión de tocar la misma tecla en los encuentros, viajes o audiencias, en lo que no hacía distinción de personas.

El Señor, es cierto, le había concedido una eficacia de palabra excepcional; mas esto no impedía que en muchas circunstancias su lenguaje, en un primer momento, pareciera molesto, y era menester por su parte cierta audacia para entablar determinadas conversaciones con gente de posición, con personas de carrera o descreídas. Pero su fe le comunicaba una seguridad y una desenvoltura a la que era difícil sustraerse. No en vano ha sido llamado un gran pescador de almas.

Su conciencia sacerdotal

Y a esto se refiere especialmente una sentencia que gustaba de repetir hablando a eclesiásticos: «Quien se acerca al sacerdote, debe llevarse siempre alguna verdad que sea de provecho para su alma»⁴. Y, a este propósito, añadiré una noticia conocida durante el Proceso Apostólico⁵. Pío IX había dispensado a Don Bosco del rezo del breviario, aunque él habitualmente siempre rezaba alguna parte; y prometió, en cambio, no hacer nada ni decir palabra que no tuviera por mira la gloria de Dios. Y, evidentemente, tal finalidad tenían sus frecuentes exhortaciones dirigidas a arreglar las cuentas de la conciencia.

⁴ *MBe* VI, 291.

⁵ *Summarium*, p. 362.

De su fortaleza en tolerar molestias y sufrimientos de toda suerte en el ejercicio del ministerio del perdón, ya hemos dicho cuanto hace al caso. Personas a él muy allegadas, al ver que su edad y salud requerían especiales cuidados, hubieran querido que se moderara en el trabajo del confesonario y se tomase un poco más de descanso. Conocida es su respuesta:

—Decid al demonio que cese de engañar a tantos pobres jóvenes y de arrastrar a tantos al infierno; entonces cesaré yo también de sacrificarme por ellos.

Vistos estos dos puntos fundamentales, digamos brevemente otras tres cosas que nos ayudarán a medir la grandeza de la fe en Don Bosco.

Su defensa de la fe

La primera se refiere a lo mucho que hizo y sufrió para defender la fe contra los atentados de la herejía. En 1851, promulgadas las leyes sobre libertad de cultos y de imprenta, los protestantes se lanzaron a una desenfrenada propaganda por las calles del Piamonte, llegando a levantar un templo en Turín. Los católicos acostumbrados al régimen anterior, no estaban preparados para sostener la lucha. Don Bosco se constituyó en centinela vigilante en defensa de la fe.

Para preservar a los incautos de las insidias, lanzó al público folletos volantes, fundó un periódico titulado *El Amigo de la Juventud*, escribía y hacía escribir opúsculos que venía divulgando con el nombre de *Lecturas Católicas*, incluyó también en *El Joven Cristiano* un tratadito sobre los *Fundamentos de la Fe*. Hoy esta inclusión parece fuera de lugar, pero entonces tenía su razón de ser.

Recogía, entre tanto, en el Oratorio cuantos muchachos podía, arrancados a los lazos de los protestantes. Tenía coloquios y sostenía disputas con los gerifaltes y ministros de las sectas, encantándolos a menudo con su admirable calma e impresionándolos con la luminosa claridad de sus demostraciones. La caridad con que endulzaba sus palabras, subyugó a no pocos que abjuraron de sus errores. A muchos enviaba socorros pecuniarios a fin de que, acuciados por la necesidad, no se dejaran comprar por los enemigos

de la fe. En fin, ponía sobre aviso a párrocos y prelados, denunciando las arteras mañas de los herejes.

Su celo personal no se circunscribía a Turín. Iba a predicar misiones a lugares ya inficionados por la herejía. Mucho dio que hablar un sermón que predicó en Viarigi en 1856, donde se había instalado un apóstata fanático que arrastraba tras sí a una turba de ilusos; Dios le favoreció hasta con prodigios. Y, sin embargo, no todos aun entre los buenos comprendieron su providencial actuación y le causaron dolorosas humillaciones, mientras rabiosos adversarios llegaban a vías de hecho atentando repetidas veces contra su vida, según ya en otra parte hemos recordado. Pero nada amedrentaba al atleta de la fe.

Es más, desde 1868, extendió también sus cuidados al Cantón Ticino, donde el radicalismo imperante había dejado sin párrocos a no pocos lugares.

Pasan de treinta los pueblos a los que procuró óptimos sacerdotes, sometiéndose a gastos y sacrificios, y afrontando no leves oposiciones; pero continuó impertérrito, mereciéndose la gratitud de los católicos, confirmados en su fe por medio de su ardiente caridad.

¡Cuánto le costó levantar en Turín la iglesia de san Juan Evangelista que, a poca distancia del templo valdense, tenía que neutralizar su maléfico influjo!

Sabido es que las casas salesianas de La Spezia, Vallecrosia y Florencia las abrió con el fin principal de poner un dique a la actividad protestante. Y también en esto bendijo el Señor su celo. Por ejemplo, en La Spezia donde los protestantes tenían en 1880 unos quinientos muchachos en sus escuelas, en 1884 apenas contaban con unos diecisiete. Muchas otras cosas pudiéramos añadir, mas no lo consienten los límites de este trabajo.

Un día Don Bosco, platicando en su habitación con algunos salesianos, púsose de pronto serio, palideció, tembló de pies a cabeza y quedóse con los ojos fijos e inmóviles. Los circunstantes lo contemplaban asustados, cuando volviendo en sí exclamó:

—He visto una llama que se apagaba. Un joven del Oratorio festivo se ha hecho protestante.

He aquí un índice de la sensibilidad de Don Bosco frente a los peligros de la fe.

Las vocaciones eclesiásticas

La fe de Don Bosco le hacía temblar contemplando cómo disminuían las filas de los jóvenes que aspiraban al sacerdocio.

Malos tiempos corrían para las vocaciones eclesiásticas; no es éste el lugar para enumerar las causas. *Si la fe entra por el oído*⁶ ¿qué hubiera sido del pueblo cristiano si hubiera llegado a faltar la palabra de Dios y, en general, la instrucción religiosa? El siervo fiel de la Iglesia no se perdía nunca en quejas vanas. ¡Hasta los miembros del Gobierno no dejaron de echarle en cara que promocionaba demasiados curas! Y es que no perdonaba sacrificios para multiplicar los alumnos del santuario. Predicaba de palabra y por escrito que, despertando una vocación, se regalaba un gran tesoro a la Iglesia.

Por esto, recomendaba a los salesianos que, por falta de medios, no rehusaran nunca aceptar a un joven que diera buenas esperanzas de poder ser encaminado al sacerdocio. Que se hicieran cuantos gastos fueran menester y, si fuera preciso, no temieran ir a pedir limosna; y que, si por esto se encontraran en necesidad no se preocuparan, porque la Virgen había de ayudarles aunque fuera con milagros. Poco importaba que luego el sacerdote fuera a una diócesis, a misiones o a otra casa religiosa; era siempre un precioso regalo hecho a la Iglesia de Jesucristo.

Por su parte, abría las puertas del Oratorio a cuantos jóvenes mostraban inclinación al estado eclesiástico; y estimaba que no podía emplear mejor los medios que le proporcionaba la caridad que apostando locales oportunos para acoger el mayor número posible, y gastando sin reserva en su favor para el estudio, comida, vestido, título eclesiástico y librarlos del servicio militar.

Centenares de alumnos, esperanza de la Iglesia, pasaron del Oratorio a los seminarios, a pesar de lo que insinuaban malas lenguas, a saber, que Don Bosco se preocupaba solamente de reclutar las vocaciones para sí. En las *Memorias Biográficas* se pueden encontrar datos positivos, que demuestran todo lo contrario.

¿Y qué decir de aquel decenio fatal en que el Gobierno había decretado la clausura de varios seminarios, y Don Bosco, a costa

⁶ Rm 10,17.

de enormes sacrificios, hospedó en el Oratorio a los clérigos de Turín y de otras diócesis subalpinas y ligures, dándoles comodidad de estudios y formación?

Los Hijos de María

No basta. A fin de sacar aun de las piedras hijos de Abrahán ideó en 1875 e instituyó la *Obra de María Auxiliadora* para vocaciones tardías, la cual proporcionó un contingente bien crecido de buenos sacerdotes. Y estos afanes le agujaron hasta el final de su vida. En 1883, delante de varios y autorizados salesianos, dijo con visible complacencia:

—¡Estoy contento! He mandado hacer una diligente estadística, y se ha comprobado que, de nuestras casas, han salido más de dos mil sacerdotes para ir a trabajar a las diócesis.

Y daba gracias a Dios y a María Auxiliadora que le habían facilitado los medios para hacer tanto bien.

El culto divino

Otra nota característica de su espíritu de fe fue el amor por cuanto se refiere al culto divino. Es cierto que el culto pertenece a la virtud de la religión; pero presupone la virtud de la fe que ilumina sobre los derechos de Dios. Prescindiendo del culto interno, objeto de mucho de lo dicho hasta aquí, hablemos sólo del culto externo. También de sus actos de culto hemos tenido ya ocasión de hablar. Quédanos por decir cuánto obró su celo en favor de los lugares y ceremonias del culto.

A pesar de su pobreza, prodigó tesoros en la erección de los tres templos de María Auxiliadora y San Juan Evangelista en Turín y del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Quiso fueran espléndidos en riqueza y arte.

«¡Qué hombre tan especial! —escribía el arquitecto del segundo—. Al hablar del coste de construcción añadía con una paz y confianza envidiables: “Es mejor hacer las cosas bien y aunque luego el total fuera el doble de la cantidad presupuestada, no importa, ya encontraremos modo de saldarlo.”»

Dando a la música la debida importancia, instaló en ellos magníficos órganos. Las ejecuciones constituían verdaderos acontecimientos, que servían para atraer gente a las solemnidades y, con su decorosa grandiosidad, no sólo infundían entusiasmo en el pueblo, sino que imprimían en el ánimo una alta idea del honor debido a Dios.

El clero infantil

En cuanto a las funciones, señalemos sólo una genial singularidad. Destacaba en ellas el llamado *Pequeño Clero*, creación de Don Bosco en la forma, por él introducida. Los salesianos difundieron la institución por todas partes.

Honda fue la impresión que, en París, produjo su visita al ya citado famoso Huysmans. Aquellos numerosos monaguillos de Don Bosco ejecutaban las sagradas ceremonias con edificante exactitud, gravedad y gracia, y guardaban un porte que atraía la devota admiración de los fieles.

Don Bosco sabía enamorar a los jóvenes de todo lo que se comprende en la frase *servir al altar*, tanto en las mayores solemnidades y fiestas ordinarias, como en las funciones de cada día. Esto contribuía grandemente a hacer del Oratorio un ambiente de fe, reflejo de la fe de su corazón, deseoso siempre de ver a Dios dignamente servido.

Los que llegaban de fuera, deponen un testigo bien informado, no podían menos de sentirse maravillados ante el espectáculo de tantos jóvenes tan piadosos y alegres. Familias aristocráticas y patricias, añade, llevaban sus hijos, primero a la iglesia de San Francisco de Sales y luego a la de María Auxiliadora para que aprendieran, sin advertirlo, de aquellos hijos del pueblo tan serenos y buenos.

Don Bosco, hombre de fe

Como se ve, la fe de Don Bosco es un argumento inagotable, que no es posible desarrollar más ampliamente. Sirvan, pues, de con-

clusión algunas palabras que el cuarto sucesor de Don Bosco escribió desde Roma a todos los salesianos en la misma jornada triunfal de la canonización⁷:

«La fe, fundamento de toda santidad, fue sin duda la antorcha que guió sus pasos, según la expresión del salmista. En la luz de la fe su mente se embriagaba con la contemplación de las verdades reveladas y su voluntad se movía hacia metas conformes al beneplácito divino. Por esto, ya hablara, ya escribiera, ya obrara, su espíritu jamás osciló entre Dios y el propio yo, entre el cielo y la tierra, entre lo temporal y lo eterno, entre el deber o el placer, sino que *ipso facto* se arrojaba del lado de Dios, Padre y Señor absoluto, de donde tomaba la norma segura con que regularse en cuanto tenía razón de relativo y terreno. Y entiendo decir que en nada se buscó a sí mismo, su comodidad, su satisfacción, su provecho; sino que empleó su tiempo, esfuerzos y energías en servir del mejor modo posible al Señor, trabajando en el campo que le había asignado la Providencia.»

⁷ MBe XIX, 235-238.

Capítulo 12

APÓSTOL DE CARIDAD

Permítasenos descubrir todavía algún rasgo más que sirva para completar la figura de Don Bosco cual la hemos visto en las páginas que preceden. Al seguirle paso a paso en el curso de su existencia, hemos podido advertir el espíritu que le animó en las varias etapas y diversas contingencias de la vida.

Lo hemos visto niño y adolescente, seminarista y joven sacerdote, fundador de obras y ministro del Señor, devorado siempre por el celo de la gloria de Dios y la salud de las almas, y probado casi de continuo por tribulaciones de toda clase, aunque sin perder nunca aquella su calma imperturbable, aquella su paz y tranquilidad que le venían de la perfecta, íntima e ininterrumpida unión con Dios.

Ahora, dado que la vida de Don Bosco fue toda indudablemente un gran apostolado de caridad, vamos a estudiarlo en este capítulo desde este punto de vista, fijándonos en lo que en ello fue característica suya propia. Argumento vasto de por sí, pero que evitaremos llevar más allá de los límites consentidos por la índole de este libro.

Misión específica de Don Bosco

Don Bosco fue esencialmente un apóstol. El apóstol es un enviado. Y él fue enviado, como ya hemos visto, para una misión específica de caridad en favor de la juventud, misión providencial aunque no exclusiva.

Al invitarle a ese apostolado se le indicaron también los medios con que prepararse a él. Debía empezar por ser *humilde, fuerte y robusto*, y pasar luego a la adquisición de la ciencia. Así pues, una preparación ante todo física, moral y ascética, y luego también científica. El porvenir debía aclararle lo que ahora no comprendía.

La ejecución del mandato suponía un laborioso trabajo a través de dificultades y contradicciones, en una larga obra de instrucción y educación; necesitaba, pues, buena salud, buen temple de ánimo y buena cultura.

De este modo, estaría dotado de aquellas cualidades naturales que quiere Dios siempre en las criaturas que destina a una misión extraordinaria, como indispensables para el cumplimiento de la misma. Pero no le habría bastado confiar en sus esfuerzos humanos ni en las virtudes naturales; así sólo hubiera obtenido resultados naturales que no hubieran respondido a los planes del Cielo.

Humilde

Hacía falta, a la par y sobre todo, el potente auxilio de la gracia divina, la cual no se concede sino a los humildes de corazón. «La humildad —enseña santo Tomás— es una disposición que facilita al alma la adquisición de los bienes espirituales y divinos»¹.

Con la humildad de toda su vida, triunfó Jesús del mundo; no de otro modo habría triunfado Don Bosco de los infinitos obstáculos que le opusieron los enemigos del bien, conduciendo a feliz puerto la gran tarea que el Señor le había confiado.

Y hay que convenir en que la Providencia le proporcionó buenas ocasiones para fundarse bien en humildad: nacimiento humilde, humilde estado de criado durante dos años en casa ajena, humilde condición de servicio desde los dieciséis a los veintiún años. Así su espíritu, que se sentía hecho para cosas grandes y llevado a una alta estimación de sí, se fue poco a poco macerando y acostumbrando a no rehusarse nunca a nada por humillante que fuera cuando así lo exigía la gloria de Dios y el bien de las almas, teniendo siempre por un mísero instrumento en las manos del Señor. Fue la humildad el secreto de su íntima unión con Dios, de la cual, como de fuente natural, brotó la acción exterior. Que éste es el camino de todo verdadero apostolado.

¹ *Suma Teol.*, 2ª 2ª, c. 161.

Maestra, María

No es detalle para echar en olvido el hecho de que fuera la Madre de Dios quien le enseñó esta lección. El apostolado de Don Bosco presenta un destacado sello mariano que constituye su carácter distintivo. María Auxiliadora y Don Bosco, podría ser el título de un poema magnífico.

—Don Bosco no es nada —repetirá hasta el último día de su vida—, la Virgen es quien lo ha hecho todo.

Caridad universal

Todo apostolado tiene un objeto propio y determinado. Como todos los santos, Don Bosco practicó la caridad universal según las circunstancias. «Hacer bien a todos, daño a ninguno», fue máxima suya, repetida aun poco antes de morir. En el campo de la caridad, tan vasto como vastas son las necesidades humanas, cúpole a él en suerte una porción especial: la educación cristiana de los hijos del pueblo.

Puesto a la obra, creó dos familias religiosas, a las que informó de su espíritu. ¿Qué espíritu? Dejando aparte elementos comunes, me detendré en los tres que ya antes hemos indicado, y que pueden llamarse particulares y característicos, a saber, espíritu de caridad activa, de caridad alegre y de caridad independiente.

Vida de trabajo

El primer elemento es la actividad, o mejor dicho, la laboriosidad. Sería difícil encontrar otro santo que, en la medida de Don Bosco, haya conjugado y hecho conjugar el verbo trabajar.

Para Pío XI, la suya fue «una vida de trabajo colosal»². Este aspecto de la vida de Don Bosco nos lo presenta, como mejor nadie lo hiciera, el siervo de Dios Leonardo Murialdo con estas palabras:

² Discurso del *Tuto* (3 diciembre 1933).

«A mí no me constan de Don Bosco ni prolongadas oraciones ni penitencias extraordinarias; pero me consta su trabajo incansable, incesante, en una larga serie de años en obras de gloria de Dios, con fatigas nunca interrumpidas, entre cruces y contradicciones de todo género, con calma y tranquilidad únicas y con un resultado verdaderamente extraordinario para la gloria de Dios y el bien de las almas.»

Trabajo por las almas

Sobre el trabajo, Don Bosco tenía una doctrina propia, ya para sí y para los suyos, ya acerca del modo. Por su parte, y lo escribió entre sus propósitos con ocasión de su ordenación sacerdotal, miraba el trabajo como un arma contra los enemigos del alma. Mas no se refería a un trabajo cualquiera. Según él, el sacerdote tiene obligación de trabajar, y de trabajar tanto que, aun cuando en él perdiera la vida, no haría más que cumplir un deber. Este ha de ser el objetivo, ésta la gloria del sacerdote; no cansarse nunca de trabajar por la salvación de las almas.

Al sentirse, además, llamado a realizar obras de gran envergadura, comprendía que sin grandes fatigas nunca será posible llegar a grandes cosas. Por añadidura, persuadido de que el mundo moderno quiere ver al sacerdote trabajador, y experimentando cuánto aprecian al clero que trabaja los mismos enemigos de la Iglesia, pensaba que hoy no es suficiente el rezar, sino que, sin olvidar nunca la oración, es necesario obrar, trabajar intensamente.

Partiendo de tales principios, no es de extrañar que emplease todas sus fuerzas en trabajar por la gloria de Dios y el bien de las almas; y que, aconsejándosele que se tomase un poco de descanso, respondiera graciosamente:

—Descansaré cuando me encuentre algunos kilómetros por encima de la Luna.

Su robusta constitución física le hubiera permitido vivir más allá de los noventa años; y, en cambio, se consumió, literalmente se consumió, en un ímprobo trabajo diurno y nocturno.

Por donde puédesse muy bien creer la verdad de lo que afirman algunos testigos, que, a sus setenta años, lamentábase pensando en el

gran trabajo que antes podía desarrollar, mientras entonces no le alcanzaban ya ni las fuerzas ni la vista para hacer una centésima parte.

El trabajo, en la Congregación Salesiana

Este mismo espíritu de laboriosidad quiso ver florecer en la Congregación Salesiana. Y claramente se lo decía a los que solicitaban el ingreso:

—El espíritu de la Congregación es éste, que nadie entre con la esperanza de quedarse luego mano sobre mano.

La experiencia recogida en los comienzos de la Sociedad le animaba a hacer trabajar sin tregua. No se podía entonces hablar libremente de vida religiosa, porque en el pueblo se habían infiltrado ideas hostiles; por esto, al necesitar vocaciones y tenerlas que escoger entre los jóvenes clérigos del Oratorio que consideraba aptos, no exigía tanto en materia de prácticas religiosas, pero los hacía trabajar a más no poder.

¿Y qué sucedió? Que clérigos, aun ligeros, que sujetos a reglas restrictivas se habrían marchado, trabajaban mucho y con generosa voluntad bajo su vigilante dirección, y al cabo, cambiadas las circunstancias, llegaron a ser, sacerdotes salesianos de inmejorable espíritu.

Por el contrario, una vez organizadas las cosas, dióse cuenta de otra experiencia, a saber, que la poca diligencia en el trabajo es una de las causas que alejan de la vida religiosa, mientras que el trabajo continuado no sólo despierta múltiples formas de actividad, que de otro modo hubieran quedado latentes, mas es un gran medio para conservar las vocaciones.

Y en este modo de pensar vino a confirmarle la palabra de Pío IX, el cual en dos ocasiones le manifestó un parecer conforme al suyo. En 1869, le dijo que estimaba él de mejor condición una Congregación en la que se rezara poco y se trabajara mucho, que no otra en la que hubiera muchos rezos y poco trabajo.

Por esto, en 1974, le autorizó para que confiara a los novicios ocupaciones que la Regla había de imponerles después de la profesión.

—Ocupadlos en trabajar; en trabajar —le dijo el Papa.

Así las cosas, era natural que no les ahorrara a los suyos el trabajo. Encomendaba, claro es, que se tuviera cuidado de la salud, pero para poder trabajar mucho. Su palabra y su ejemplo eran estímulos eficacísimos. No ocultaba su satisfacción al ver cómo todos sus hijos nutrían un aprecio, mejor dicho, un ardor tal por el trabajo que no creía pudiera ser por nadie superado.

—Mientras dure este gran espíritu de trabajo, irá todo a velas desplegadas³.

Ante semejantes disposiciones de ánimo, pudo más de una vez permitirse afirmaciones como ésta:

—Cuando acontezca que un salesiano sucumba, o deje de vivir, trabajando por las almas, podréis decir entonces que nuestra Congregación ha reportado un gran triunfo y, sobre ella, descenderán copiosas las bendiciones del Cielo⁴.

Y casos así se dieron principalmente en las Misiones. Así el Santo en su primera relación trienal de 1879 sobre el estado de la Sociedad a la Santa Sede, no se recataba de escribir:

«El trabajo supera las fuerzas y el número de los individuos, pero nadie se desanima, y parece que la fatiga sea un segundo alimento después del manjar material.»

Peligro del trabajo

Pero una cosa es trabajar, y otra trabajar bien. ¿Quién no sabe que el apostolado, mientras puede y debe ser un medio de santificación, conviértese, por el contrario, en causa de relajamiento espiritual para quien se deja vencer por la actividad exterior?

No necesitaba Don Bosco que nadie le señalara peligro tan evidente.

Claramente nos lo advierte un Papa como Pío XI, conocedor de los hombres y buen conocedor de Don Bosco. En el discurso de 19 de noviembre de 1933 para la aprobación de los milagros, dijo:

³ MBe XI, 348.

⁴ Ib. XVII, 239.

«Es el caso de preguntarse cuál era el secreto de todo este milagro de trabajo. Y el mismo Beato nos da la explicación, la verdadera clave de tan magnífico misterio; y nos la da en aquella su perenne aspiración, mejor dicho, su continua oración a Dios; pues incesante fue su íntima conversación con Dios, y pocas veces se verificó como en él la máxima *el que trabaja, ora*, ya que identificaba exactamente el trabajo con la oración.»

Trabajo espiritualizado

En cuanto a los demás, no se contentaba con que trabajaran mucho, mas les enseñaba a trabajar espiritualmente, es decir, con fe, esperanza y caridad. Con fe, procurando en todo y siempre hacer la voluntad de Dios sin buscar jamás las alabanzas de los hombres. Con esperanza, aspirando a las recompensas celestiales a cambio de las fatigas, aquí sostenidas, sin preocuparse de las miserables satisfacciones terrenas. Con caridad para con Dios, ofreciéndole toda fatiga, ya que sólo Él es digno de ser amado y servido, y con caridad hacia el prójimo, buscando exclusivamente el bien de las almas, mediante la dulzura de san Francisco de Sales y la paciencia de Job.

Temía mucho que la eficacia y el mérito del trabajo se deshicieran en humo por andar metida en él la propia voluntad, que era preciso vencer y negar, considerando trabajo del cristiano y más del religioso el exacto cumplimiento de los deberes del propio estado, gustaran o no al amor propio. Después de un aviso recibido del Cielo en 1876 repetía con frecuencia:

—El trabajo y la templanza harán florecer la Congregación Salesiana. Dos armas son, con las que podremos vencerlo todo y a todos.

Con la templanza juzgaba indispensable que otra segunda virtud acompañara al trabajo. En ciertas ocasiones, y para levantar el espíritu de los suyos, gustaba de encarecer el bien extraordinario que la Congregación estaba llamada a realizar en el mundo, y lo hacía con tan vivos colores como si se tratara de cosas ya existentes; pero a continuación ponía en guardia contra cualquier presunción, recomendando unir al trabajo y la templanza también la humildad.

En suma, hemos de decir que estuvo bien inspirado aquel Capítulo General que, en el Reglamento para las casas de Noviciado, impuso a los maestros de novicios el deber de inspirar a sus alumnos «aquella actividad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios, que debe ser la característica de los hijos de Don Bosco»⁵.

No me detendré en medir el campo de la operosa caridad de Don Bosco para con el prójimo, señaladamente en provecho de los hijos del pueblo. Para esto me remito a los cuatro capítulos en que se trata de Don Bosco confesor, predicador, escritor y educador. Allí puede verse cómo su actividad sin igual iba siempre emparejada con una perfecta interioridad, haciendo de él un santo singular.

Un trabajo alegre

Activo, muy activo, su apostolado de caridad, pero de una caridad alegre.

El texto de la 2ª lectura de la misa de san Juan Bosco, tomado de san Pablo⁶, empieza con las palabras: *Estad siempre alegres en el Señor; por segunda vez os lo digo, estad alegres. ¡Acertadísimo! La alegría anidaba en él y de él emanaba.*

¡Cuántos motivos de tristeza tuvo desde la niñez a la ancianidad! Y, sin embargo, los testimonios de los que mejor estuvieron en grado de conocerlo, están todos concordes en afirmar que la jovialidad fue el talante de toda su vida. ¿Quién hubiera dicho que se hallaba agobiado por mil afanes cuando daba a los jóvenes aquellas «buenas noches», rebosantes del más amable buen humor, o cuando bajaba al patio y calmo y sonriente, decía chistes que despertaban la hilaridad, y hacían tanto bien a quienes iban dirigidos?

Se conservan cartas suyas escritas bajo la pesadilla de duras fatigas o graves disgustos y, sin embargo, esmaltadas de donaires, que se proponían así llegar a un pobre corazón y depositar en él el germen de un buen sentimiento. Su ejemplo influía de tal suerte en cuantos tuvieron la dicha de convivir con él que, sin darse cuen-

⁵ Reglamentos de la Sociedad Salesiana, art. 291, 4º.

⁶ Flp 4,4.

ta y por hábito constante, se sentían inclinados a recibir las cosas más contrarias a su gusto con envidiable serenidad de ánimo y hasta con desenvuelta sonrisa.

De su corazón lleno de amor divino sacaba Don Bosco el perenne gozo espiritual que, unido a un perfecto dominio de sí, lo mantenía sereno en medio de las vicisitudes de la vida, y lo hacía portador de serenidad a sus hijos, pequeños y grandes.

La comunión, fuente de gozo

No puedo pasar aquí en silencio dos cosas sobre las que influyó notablemente esta su alegre caridad. Y me refiero en primer lugar a la piedad de sus jóvenes y más concretamente a la comunión frecuente.

Nada repugnaba tanto a su concepto sobre la bondad del Señor como los embarazosos residuos de severidad jansenista que aún sobrevivían en el Piamonte, retrayendo a las almas, especialmente, de la práctica de los sacramentos. Don Bosco se aplicó con decisión a hacerlos desaparecer, promoviendo entre los jóvenes la cordial participación en la mesa eucarística.

Fuerte con las genuinas enseñanzas de la Iglesia, fue más allá que el mismo san Francisco de Sales, generalizando el uso de la comunión no sólo semanal, sino cotidiana. Nunca se había visto cosa semejante.

Así se explican las críticas y, a veces, hasta las más enconadas discusiones. Algunos se caían de las nubes al ver en el Oratorio durante las misas de Comunidad las filas de muchachos que todos los días llenaban el comulgatorio. Pero él dejaba hablar, y su ejemplo poco a poco se abrió paso, y la práctica se impuso, hasta que el santo Pontífice Pío X zanjó para siempre la cuestión con el célebre decreto que señaló el triunfo de la ascética sacramental de san Juan Bosco, y casi empleando sus mismas palabras.

Cordialidad alegre

El segundo efecto de su alegre caridad es la forma que imprimió al Sistema Preventivo en la educación de la juventud. Las sobrias, pe-

ro sabias y fecundas normas que dictó, son la consagración de una cordialidad alegre en una de las obras más delicadas que se pueden emprender en bien de la edad juvenil.

Ya de niño se sentía estimulado a hacer de apóstol en medio de sus pequeños compañeros y aun de los mismos paisanos ya mayores, valiéndose de la habilidad de prestidigitador adquirida precisamente para este fin. De joven ejerció el apostolado entre sus discípulos organizando la llamada *sociedad de la alegría*. Recién sacerdote, al principio de su misión, se atraía a los pilluelos turineses, haciéndose alegremente pequeño con los pequeños y, en los principios del Oratorio, excogitaba los medios más geniales para llenar la casa de alegría. Cuando tomó la pluma para fijar en términos precisos las normas, que debían regular la educación juvenil según él la había concebido, hizo de la caridad alegre una *condición indispensable* de todo su método educativo que, en último análisis, se reduce al más bello *servid al Señor con alegría*.

Caridad independiente

Lo he llamado apóstol de una caridad independiente, es decir, superior a juicios y prejuicios. Juicios de aquellos en cuyo provecho la ejercía, y de los que o le mordían con sus críticas o le tributaban alabanzas. Prejuicios de quienes, equivocadamente, oponían obstáculos a su celo, o con mala voluntad combatían sus instituciones que hubieran deseado tal vez ver destruidas.

Caridad, sin acepción de personas

Ante todo, la caridad que ardía en su pecho le hacía ser ministro de Dios con todo género de personas. Con quienquiera que tuviese que tratar, apenas se daba cuenta de sus sentimientos en punto a religión, buscaba la manera de invitarle a pensar en su alma. La caridad que le movía le comunicaba una singular franqueza apostólica que, unida a la más ingenua simplicidad, no dejaba nunca de abrir brecha.

En tales casos, no sabía qué es ese respeto humano que a veces retiene a los sacerdotes de tocar ciertas teclas. Persuadido de que

era éste el mejor servicio que se puede esperar de un sacerdote, no se preocupaba de la primera impresión que sus palabras producían o podían producir en quien tenía delante.

Eran a menudo personas nobles, sabios, profesionales, políticos, personajes poderosos, conocidos por sus ideas contrarias a la Iglesia y que, por consiguiente, a las primeras de cambio habrían arrugado el entrecejo; mas él, sin inmutarse, sazonaba su libertad con tal gracia y afables maneras, con tales expresiones de estima, reverencia y afecto y, a veces, también según la oportunidad, con inesperadas y corteses bromitas, que no consta ni de un solo caso en que el interesado se lo hubiera llevado a mal. ¡Qué sabrosos episodios se conocen a este propósito!

Sin preocupaciones

Vituperios y luego alabanzas le llovieron de todas partes y en todo tiempo; centenares de veces se ocupó de él la prensa en pro y en contra. Su caridad no se arredra ni por lo primero, ni se engreía con lo segundo que recibía a lo más como buena propaganda en favor de sus obras de beneficencia.

Bien claro dio a entender cuál era sobre eso su íntimo pensamiento, en un artículo que se leía ya en el antiguo Reglamento de las casas salesianas, y que se mantuvo al editarse en 1877 y en las ediciones sucesivas. Dice en él Don Bosco a los jóvenes que se acostumbren a recibir con indiferencia la censura o la alabanza⁷. ¡Y no es poco exigir a esa edad!

Por su parte, cuando le hablaban de alabanzas o censuras dirigidas a él, solía decir que el que le alababa, decía lo que él hubiera debido ser, y el que le criticaba, decía lo que era.

Dos cosas generalmente le echaban en cara sus críticos: que permitiese tanta publicidad sobre su persona y sus obras y que tuviera tanta familiaridad con elementos hostiles a la Iglesia. Pero él, en la publicidad, veía sólo un medio para dar a conocer y sostener sus obras, en lo que tuvo la habilidad de comprender a su tiempo.

⁷ Reglamento para los alumnos, cap. X, art. 6, Edit. SEI, Madrid 1955.

Poco a poco se fue haciendo esto tan necesario que sus mismos detractores no tuvieron más remedio que hacer otro tanto si quisieron salir airosos en algunas de sus empresas.

En cuanto a lo segundo, fácil le fue defenderse; ¿qué mal había en llegarse a todos para hacer a todos un poquito de bien, y tratándose de autoridades constituidas, respetarlas dando al César lo que es del César a trueque de que no se le impidiera dar a Dios lo que es de Dios?

Por lo demás, a nadie adulaba; fueran diputados, senadores o ministros, portábase con ellos con toda cortesía, pero con entera franqueza sacerdotal, sin dejar de decirles, como era su costumbre, verdades que nunca habrían oído de otros labios.

Su caridad se mantuvo también independiente de prejuicios ajenos, es decir, se desarrolló eludiendo sabiamente toda acción funesta que hubiera podido, en este aspecto, entorpecer su curso providencial. De tres clases fueron los prejuicios a él desfavorables: eclesiásticos, religiosos y políticos.

Sin apurarse ante la contradicción

La obra de Don Bosco se presentaba al mundo con elementos nuevos que no parecía pudieran conciliarse con venerandas tradiciones. Hoy muchas de las novedades por él introducidas han entrado en la vida de la Iglesia; pero los precursores no suelen encontrar fácil entrada en los hombres del pasado; de aquí, las reservas, desconfianzas, oposiciones.

En este campo las dificultades surgieron alguna vez tan graves y prolongadas que hicieron desfallecer a quien no tuviera como él conciencia de una misión superior. Él, no obstante, ni se extravió ni cambió de ruta; tuvo paciencia, se humilló, escribió, habló, hasta que, al fin de sus días, tuvo el consuelo de verse universalmente comprendido, aprobado y bendecido.

Fundador contra todo prejuicio

Prejuicios de la segunda clase son las falsas ideas de los tiempos acerca del estado religioso. El Gobierno suprimía conventos y dis-

persaba a sus miembros. La mala prensa los denigraba de continuo, en los periódicos, en los libros, en el teatro, cubriéndolos de cieno. Aun las mismas familias, cristianas se resentían del ambiente, mirando con poca simpatía a los religiosos; ni gozaban siempre del aprecio del clero secular. Religioso era lo mismo que fraile; y entonces «fraile» era sinónimo de hombre de poco valer y holgazán. Los muchachos acogían con burlas y risas las pocas cogullas que rara vez aparecían por la calle.

Y, sin embargo, Don Bosco quería precisamente fundar una nueva congregación religiosa. Ya podía decir que la suya era diversa de las demás; ni sus chicos del Oratorio le hubieran prestado oídos; y le habrían contestado que curas sí, pero frailes no lo querían ser.

Pensemos, pues, con qué cautela tuvo que obrar al tenérselos que aficionar e irlos preparando, para no chocar contra esos prejuicios y no matar tantas esperanzas en flor. La bondad, la paciencia y la sagacidad, le dieron finalmente el triunfo. Sólo una caridad previsora pudo sostenerlo en la ardua empresa.

Y prejuicios políticos

Y no faltaron los prejuicios políticos. El nacimiento de su Sociedad coincidió con el período de las guerras por la independencia y la unidad de Italia.

Ideas nada ortodoxas de reforma, de progreso y de libertad, fermentadas bajo el pontificado de Gregorio XVI, estallaron al advenimiento de Pío IX. Grandes manifestaciones populares suscitaban desvaríos de novedades aun en los miembros del clero secular y regular, que se abandonaban a la corriente, bien por hastío de disciplina, bien exaltados por la lectura de los libros de Gioberti, y aun infatuados por su propia ingenuidad.

Si todo ello no hubiera sido más que patriotismo puro, menos mal; mas no faltaba quien pescaba a río revuelto o llevaba el agua a su molino, y eran éstos los sectarios, enemigos de Dios y de la Iglesia. Buen número de los buenos o cortos de vista no se daban cuenta, tomando el rábano por las hojas.

¡Cuánto trabajaron para arrastrar a Don Bosco al maremágnum de la política! Pero su espíritu profundamente sacerdotal le señaló

la verdadera línea de conducta. ¡Nada de política que divide, siempre y en todo la caridad que une! Mucho tuvo que sufrir entonces y aun después; sin embargo, no se doblegó.

Prudente, tranquilo, respetuoso, recogía muchachos abandonados para hacer de ellos buenos ciudadanos y buenos cristianos, y procuraba, entre tanto, preservar de las aberraciones en boga al tropel de sus jóvenes que, tácitamente, destinaba a ser los sillares del edificio que pensaba construir.

Vence dificultades con la caridad

La experiencia de aquel agitado período le sirvió de maestra para el período sucesivo, en que tenía que asentar la Sociedad Salesiana. Frente al nuevo Estado se propuso, y Pío IX se lo alabó, dar a conocer que, respetando las leyes de la caridad, se puede dar al César lo que es del César sin nunca comprometer nada ni a nadie, y sin que nada impida dar a Dios lo que es de Dios. Consideraba éste como el mayor problema de los católicos en aquellos tiempos.

Verdad es que en la práctica encontró serias dificultades que procuraba resolver por medio de la caridad evangélica. Las mañas de los enemigos de la Iglesia eran refinadas por demás e incontables sus medios; sin embargo, Don Bosco, manteniéndose en la legalidad y atrayéndose con la caridad el favor personal de los que ostentaban el poder, pudo levantar su edificio a costa de mil sacrificios, y con bases tan sólidas que, cuando otros quisieron inyectar nueva vida a viejas instituciones, no se desdijeron de seguir su ejemplo.

El Papa de la canonización aludía al complejo de contrariedades que entorpecieron el camino del santo y que él venció con la ayuda divina, cuando en la homilía del gran día exclamaba:

«Consagrado enteramente a la gloria de Dios y al bien de las almas, no se detuvo ante incomprendimientos ajenos; mas con audacia de conceptos y modernidad de medios se lanzó a actuar aquellos novísimos propósitos que, aun cuando parecían temerarios, sabía él por ilustración interior que eran conformes a la voluntad de Dios.»

Y más adelante: «Frente a las dificultades de todo género, frente a la irrisión y la mofa de muchos, levantaba él sus ojos luminosos al cielo, y acostumbraba exclamar: —Hermanos míos, ésta es obra de Dios, es voluntad del Señor, y así el Señor está obligado a darnos los medios necesarios—. Y los acontecimientos demostraban la verdad de sus palabras, tanto que las burlas se trocaron en universal admiración.»

Así se verificó en él lo que escribe el apóstol de la caridad: *La caridad perfecta quita todo temor*⁸. Su extraordinario amor de Dios y del prójimo lo hizo firme y resistente a todo, logrando así el fin de su misión.

Aquí el pensamiento vuela espontáneo a la hermosa misa aprobada por la Iglesia para san Juan Bosco. Comienza el introito con las palabras que la Sagrada Escritura dice de Salomón y que, Pío XI hizo suyas varias veces en sus discursos sobre Don Bosco: *Junto a una sabiduría y prudencia extraordinaria, diole Dios inconmensurable amplitud de corazón como las arenas que hay a la orilla del mar. ¡Tan bien se aplican a quien, como sugiere la misma misa, tenía que ser padre de muchas gentes!*⁹

⁸ 1 Jn 4,18.

⁹ 1 Re 5,9; y Rm 4,18.

TERCERA PARTE

Luz crepuscular

«Te, lucis ante terminum»

(Himno de la hora litúrgica de Completas)

Capítulo 1

EL DON DE CONSEJO

Luz en el ocaso

La luz espiritual de Don Bosco despidió su mayor resplandor hacia el ocaso de su vida, cuando, consolidadas sus obras y llegados a la madurez los discípulos formados en su escuela, debilitándose sus fuerzas, ya no consentían que siguiese él el ritmo de la vida cotidiana.

Entonces, los carismas extraordinarios que, a decir verdad, desde los nueve años no habían cesado de dar luminosos destellos, brillaron en él más vívidos y frecuentes, de tal modo que, en los últimos años, lo sobrenatural casi envolvía su existencia.

Dios sólo sabe con qué pudorosa timidez nos acercamos al alma de Don Bosco en las dos partes precedentes de nuestro estudio; mas ahora, habiendo dejado para esta tercera parte tratar de los dones carismáticos, el temor se cambia en sagrado terror, como el de quien se acercaba al Arca del Antiguo Testamento.

¿No se ha llamado a la teología mística el «piso noble» de la ciencia sagrada? ¿Y qué decir de las experiencias místicas, no expuestas en tratados, sino vividas en acto?

El célebre apologista francés, Augusto Nicolás, hombre digno de veneración por sus canas, su doctrina y su santidad de vida, habiendo visitado a Don Bosco pocos años antes de que el Santo dejase esta tierra, arrodillóse ante él, y así se mantuvo con las manos juntas durante todo el coloquio, recogiendo religiosamente de sus labios las santas palabras, casi eco mortal del inmortal Verbo divino.

He ahí la mejor actitud que conviene a este humilde escritor ante tanta grandeza.

Don Bosco, superdotado

Dios con Don Bosco fue realmente espléndido, sobremanera en sus gracias, para hacerlo instrumento de sus providenciales designios. En efecto, en el orden de la Providencia está que Dios, al elegir una criatura para determinado fin, la disponga primero y la prepare para cumplir bien la misión que le ha asignado.

Don de consejo

Ahora bien, entre las gracias especiales de que el Señor quiso enriquecer a Don Bosco, hay que poner el don de consejo, que iluminó su vida entera, asociado casi por concomitancia a otros insignes privilegios que no deben omitirse ni detallarse superficialmente.

Mediante el don de consejo, perfecciona el Espíritu Santo en el alma fiel la natural virtud de la prudencia, dándole una intuición sobrenatural, por la cual ella se forma pronto y con seguridad el juicio sobre lo que hay que hacer, sobre todo en los casos difíciles. Así este carisma tiene por objeto, la buena dirección de los comportamientos particulares nuestros o ajenos, según los tiempos, los lugares y circunstancias individuales.

Aplicado a Don Bosco lo que doctrinalmente enseña un gran obispo¹, diremos que, merced a tal don, nuestro buen Padre tuvo siempre el seguro discernimiento de sus medios, viendo siempre claro el propio camino, y recorriéndolo intrépido, por arduo, árido y repugnante que muchas veces, se le apareciese, y sabiendo esperar siempre el tiempo oportuno.

Quien nos haya seguido hasta aquí, no buscará pruebas ulteriores para semejante aserto; no hay apenas una de las páginas anteriores que no demuestre cómo siempre tuvo una visión clara, clarísima, en todo lo que concernía al gobierno de sí mismo. Sería, por consiguiente, un *dos veces lo mismo*, insistir ahora en ello; estudiemos más bien su clarividencia en el gobierno de los demás.

¹ Mons. Landrieux, ob. de Dijon, *Le Divin Méconnu*, p. 163.

Las gentes recurren a él

Que Don Bosco fue hombre de consejo, no en virtud de su ingenio y por mero efecto de humana prudencia, sino en virtud de unas luces superiores, era convicción tan universalmente difundida y arraigada que, *de todas las partes del mundo*, le escribían o llegaban a él para conocer su palabra iluminada.

Innumerables personas, aun de grandes negocios, recurrían a Don Bosco por carta sobre cosas de conciencia y de vida espiritual, o sobre asuntos de otro orden.

De los tantísimos documentos de la primera especie pocos se conservan, porque las cartas, dada la naturaleza del contenido, eran por él ordinariamente destruidas. Pero abundan en los archivos demandas de consejo sobre asuntos de familia, sobre la oportunidad de cesiones, colocación de fondos o empréstitos, sobre arreglos de pleitos, sobre la manera de ordenar la propia casa o de educar a un hijo, sobre elección de estado, en una palabra, sobre dudas o necesidades innumerables; tanta era la confianza que generalmente se ponía en la sobrehumana prudencia de sus consejos.

El mismo papa Pío IX pensó en Don Bosco y en sus luces superiores en una hora crítica, cuando, después de la ocupación italiana de Roma, vacilaba su mente entre quedarse o exiliarse. Consejos en pos de la segunda opción pesaban de muchas partes sobre el ánimo del Pontífice; el Papa, aunque vacilante, daba prudentes disposiciones para el viaje; pero, a las instancias de que acelerase la partida, respondía que había pedido consejo a Don Bosco y estaba decidido a seguirlo, fuese el que fuese. El Santo, después de haber orado largo tiempo, envió por mano segura la respuesta en estos términos: «El centinela, el ángel de Israel permanezca en su puesto, y quede de guardia en la roca de Dios y del Arca Santa.» En las palabras de Don Bosco le pareció al Papa escuchar la voz de Dios, y se confirmó en el pensamiento de no marcharse. Lo que fue un gran bien.

Las audiencias

El que podía, visitaba personalmente a Don Bosco. De aquí que la enorme fatiga de las audiencias fue cosa que supera a cuanto pueda imaginarse.

El P. José Oreglia, jesuita, asegura que, aun sin otras penitencias, ésta sola bastaría para demostrar el carácter heroico de su virtud. La gente lo asediaba en casa y por la calle, en la ciudad o fuera de ella; no conocía en esto discreción ni medida. Personas de todas las clases sociales y de toda condición se sucedían para consultarle. Eclesiásticos y seglares, príncipes y plebeyos, ricos y pobres, amigos y extraños, doctos e ignorantes, buenos y malos llenaban las antecámaras; con frecuencia solicitaban hablarle superiores de Órdenes o Comunidades religiosas, directores de monasterios, Hermanas de todas clases.

Don Bosco, a modo de quien desempeña un oficio que le obliga a atender indistintamente a todos, a nadie miraba a la cara; a todo el que se presentaba lo trataba como si se lo enviase Dios, usando siempre de maneras dulces y suaves. Escuchaba sin interrumpir, interesándose por cuanto se le exponía, aun cuando se tratase de las lentitudes inacabables de pobres escrupulosos. Si cuando él hablaba, le truncaba el interlocutor su discurso, callaba al punto. Después, como si no tuviese otro pensamiento en el mundo, no se adelantaba nunca a terminar la entrevista, ni daba señales de quererla abreviar, aunque le tocara decir y repetir porque el otro seguía impertérrito dando vueltas al mismo asunto.

En Marsella, mientras hablaba con una madre que no acababa nunca, avisado por tercera vez de que muchos estaban esperando, dijo al oído del que avisaba:

«Las cosas es preciso hacerlas bien o no hacerlas. Aquí no perdemos el tiempo. Apenas termine, dejaremos entrar a otros»².

«En el Oratorio, en su cuartito —escribe un testigo—, aleteaba una paz de paraíso.»

Carisma personal

Pues sí, de la persona de Don Bosco emanaba una especie de aura celestial y, tanto dentro como fuera de casa, en él estaba siempre la

² Del discurso pronunciado por C. Bianchetti: *MBe* XVII, 168.

paz. Dondequiera que se entretuviese, formábase inmediatamente en torno suyo una atmósfera de serena y confiada expectación, hasta el punto de que sus palabras eran escuchadas como oráculos, como verdaderas panaceas, como místicas centellas, según los casos.

El espíritu del Señor, que hablaba por boca de Don Bosco, manifestábase también en la admirable libertad con que, solicitados o no, dirigía sus saludables consejos a personas de toda clase. Interesándonos a nosotros especialmente la edificación, es natural que nos complazcamos en detenernos un poco más en sorprender algunos de esos momentos en que, inspirándose en el *Sembrador del casto consejo*, echaba sin el menor respeto humano en las almas gérmenes fecundos de sanos y santos pensamientos.

Carisma de su palabra

Que el espíritu del Señor estaba en los labios de Don Bosco, cuando aconsejaba, nos lo prueba, por otra parte, la facilidad en dar consejos, y en darlos ajustadísimos y con irresistible eficacia, aunque a veces parecieran amargos. De ellos tuvieron en el Oratorio diaria experiencia sacerdotes, clérigos y alumnos, cuando lo asediaban en los patios, en el aposento y en el confesonario.

Los consejos del patio los llamaban *palabras al oído*. Don Bosco, mientras pudo, participó en los recreos de los jóvenes y, cuando ya no pudo pasar entre ellos largos ratos, aparecía alguna vez, ofreciéndole aquellos momentos ocasión propicia para conocer a sus polluelos y procurarles individualmente adecuado alimento. A este propósito, incluyó en el reglamento de sus casas este artículo³:

«Recordad el ejemplo de los pollitos. Los que más se acercan a la clueca, reciben por lo general de ella algún bocadito especial. Así también, los que suelen acercarse a los superiores, reciben siempre algún aviso o consejo particular.»

En los últimos años, no pudiendo hacer otra cosa, cuando recorrida la galería, llegaba al umbral de su aposento, no entraba en

³ Reglamento para las casas de la Pía Sociedad Salesiana, art. 763.

seguida, sino que, volviéndose a los jóvenes, que, aclamándolo desde el patio, habían seguido con amorosa mirada sus vacilantes pasos, dejaba caer desde arriba una frase bonita, acogida con ávida atención y saludada con alegres aplausos.

En otros tiempos, ¡qué de palabras semejantes había susurrado al oído de cada uno de ellos, según sus necesidades especiales! El educador que no cesa de amonestar, pasa por sospechoso, a los ojos de los educandos, lo tienen entre ceja y ceja, y al verlo acercarse, se alejan de él. Al contrario, los jóvenes del Oratorio, anhelaban las palabras al oído, y se las pedían a Don Bosco. Advierte la Escritura: *La reprensión, hecha al oído dócil, es pendiente de oro con perla relumbrante*⁴.

Cómo hacía

La «cosa» solía suceder así: puesta una mano sobre la cabeza del alumno e inclinándose a su oído, le hablaba Don Bosco en secreto, protegiendo con la otra mano la boca, para que nadie le oyese. Era cuestión de pocos segundos, pero, ¡qué efectos tan mágicos! Bastaba observar los cambios de las fisonomías o los movimientos que en el rostro se operaban: ya una sonrisa, ya un quedarse serio, ya un ponerse encarnado; ora llenarse de lágrimas los ojos, ora responder sí o no, ora imitar el gesto de Don Bosco, hablándole al oído y dirigiéndole del mismo modo la palabra, bien un gritar ¡gracias! y correr a jugar, bien un dirigirse a la iglesia. Sucedió a veces que el joven, oída la palabra de Don Bosco, ya no se separaba de su lado, como absorto en una idea luminosa.

Sus efectos

Otros efectos se producían más tarde: frecuentar los sacramentos, estar más recogidos en la oración, mayor diligencia en los deberes escolares, más urbanidad y caridad con los compañeros.

⁴ Pr 25,12.

Refiere su biógrafo principal⁵ que algunos, cuyos nombres podía citar, entregáronse por medios tan sencillos a tal fervor de piedad que se traducían en penitencias extraordinarias, tanto que Don Bosco tenía que frenarlos; otros velaban por la noche junto a su puerta, llamando ligeramente de cuando en cuando, hasta que se les abría, porque no querían ir a dormir con el pecado en el alma.

El mismo nos ofrece⁶ un hermoso florilegio de palabras al oído, pero son flores de herbolario. Falta la viveza de expresión que veía del acento de la mirada, de la sonrisa o de la gravedad del que las pronunciaba; falta la frescura de la actualidad, debida a la situación espiritual en que se encontraba el oyente.

La figura de Don Bosco resalta magníficamente de estas líneas escultóricas de un testigo: «Paréceme verlo todavía sonreírme, oír sus dulces palabras, admirar su amable rostro, en el cual se reflejaba con toda claridad la belleza de su alma»⁷.

Si los consejos que Don Bosco daba en reservado, se hubieran recogido en su genuina sencillez, según se advierte en los pocos ejemplos que nos quedan, y se deduce de apreciaciones genéricas de los testimonios, formarían un hermoso código de sabiduría cristiana. Pero el que los oía, proclamaba de buen grado su valor, mas por lo general se los reservaba celosamente.

Recuerdo del autor

Vivirá siempre en la memoria del que esto escribe el recuerdo de su primer encuentro con Don Bosco entre aquellas benditas paredes.

El punto culminante fue cuando se sintió regalar por el buen Padre un áureo consejo de vida espiritual, expresado en términos muy sencillos, pero precisos, dichos allí sin premeditación, y preferidos en tono entre autoritario y paternal, cuyo acento resuena aún en el alma, y no ciertamente por motivos ni con efectos estéticos.

⁵ MBe VI, 318.

⁶ *Ib.*, pp. 317 y 330.

⁷ MBe XVIII, 704.

En aquella gran arca de Noé que era el Oratorio, a nadie, aun cuando fuese el más humilde galopín, se le prohibía el acceso al aposento de Don Bosco. Nadie vacilaba al acercarse a él. Todos, indistintamente eran acogidos con el mismo ceremonial.

Hallábase sentado Don Bosco ante un modesto escritorio, atestado de cartas y papeles cuyo número aumentaba a veces durante el coloquio. Él, sin preocuparse, lo dejaba allí todo, atendiendo únicamente al que había hecho sentarse no lejos de sí, como si no hubiera otros a quien oír o contestar, como si fuera aquélla su única ocupación.

Naturalmente, salíamos de allí iluminados, alentados, contentos. El sucesor del teólogo Murialdo en la dirección de la obra de los «artesanitos», estuvo muy feliz al pintar la suerte de los que moraban junto a aquel verdadero sagrario, de donde irradiaba tanta luz de consejo. Dijo así:

«Vosotros, en vuestra casa, tenéis una dicha que nadie más tiene en Turín, y que tampoco tienen las otras comunidades religiosas. Tenéis cierto aposento en el cual quienquiera que entre lleno de aflicción, sale radiante de alegría.»

De esta verdad, comenta el biógrafo, «miles de los nuestros han hecho la prueba»⁸.

Don de consejo en el confesonario

Los consejos del confesor nos ponen de nuevo en contacto con el tema ya saboreado. El único sobreviviente de los primitivos discípulos⁹, escribiendo de Don Bosco como confesor, apunta tres adjetivos que lo condensan todo: «caritativo, oportuno, sabio».

Pequeños episodios, pero muy reveladores, ilustran magníficamente el triple aserto de un testigo que juzga por ciencia propia.

La caridad. Un día, Don Bosco, ya en los últimos años de su vida, en un grupito de salesianos que le hacían corona, se dejó decir:

⁸ MBe VI, 336.

⁹ FRANCESIA, *Don Bosco, amigo de las almas*, Lecturas Católicas, B. Aires 1943.

—Esta noche he soñado que quería irme a confesar. En la sacristía estaba únicamente fulano de tal. Yo lo vi de lejos, y sentí vivo reparo. ¡Es demasiado riguroso!, decía entre mí.

Los circunstantes reían a placer, observando el efecto de aquellas palabras sobre el aludido, el cual reía como los otros, y decía jovialmente:

—¿Quién lo hubiera imaginado?... ¡Yo darle miedo a Don Bosco!

La pequeña escenita fue para todos una buena lección. ¿Quién no la pescó al vuelo?

La oportunidad, aun importuna. Es voz unánime que Don Bosco, confesando, no decía muchas palabras, pero que eran muy oportunas, según lo exigían las circunstancias, y muy propias para imprimir en las almas, con una gran idea del sacramento, firme resolución en el propósito.

Un joven, que frecuentaba el Oratorio como externo, se comprometió a cantar en un concierto religioso en el Teatro Real de Turín. Aquello pareció un gran honor para la casa en aquellos tiempos. Pero Don Bosco no era del mismo parecer. Temeroso por el alma de los suyos, le sabía muy mal que un hijo del Oratorio se metiera en el teatro. Pero, ¿qué consecuencias hubiera tenido su prohibición? Los superiores estaban como sobre ascuas.

El domingo por la mañana Don Bosco le oyó en confesión, habló y aconsejó; el penitente se sometió sin replicar, y para cortar en redondo las habladurías dijo a quien quiso oírlo:

—Cuando entra de por medio la conciencia, el confesor es quien manda siempre.

La sabiduría. Uno de los ideales más ardientes de Don Bosco, consistió en multiplicar las vocaciones. El convencimiento de que hablaba por inspiración divina llevaba a sus pies a tantos y tantos necesitados de consejo respecto a su vocación. Un sí o un no de Don Bosco en asunto de tan gran importancia disipaba toda duda.

En el curso de los procesos apostólicos, varios testimonios declaran unánimemente, con relación a este punto del celo sacerdotal de Don Bosco, que jamás conocieron a ninguno que se arrepin-

tiese de haberle escuchado, fuese o no su consejo favorable a la vocación sacerdotal, y que jamás tropezaron con uno solo que, habiendo preferido seguir su propio juicio, no se quejara de haberse equivocado.

Una pequeña crónica inédita nos ha conservado el recuerdo de un hecho que viene como a dramatizar el efecto extraordinario producido por tanta caridad, oportunidad y sabiduría sobre el ánimo de los adolescentes que se confesaban con Don Bosco.

Cierto joven, terminada la confesión, pidió a Don Bosco antes de marcharse un favor, el de besarle los pies. El santo, sin inmutarse lo más mínimo, le respondió:

—No hace falta; bésame la mano como a sacerdote. Entonces el joven besándole con efusión la diestra, exclamó:

—¡Qué dicha hubiera sido para mí, si hubiera abierto antes los ojos, como esta noche me los ha abierto usted!

Descubría pecados ocultos

El Espíritu del Señor, que concedía a Don Bosco tangible asistencia en la obra tan asidua de bien aconsejar, le concedió también luces superiores para descubrir pecados ocultos y pensamientos recónditos, tanto de los presentes como de los ausentes.

Un hecho nos impresiona referente a este favor sobrenatural: y es que Don Bosco hablase de ello sin reticencias.

En un documento¹⁰ de 1861, leemos: «En los diez años que estoy en el Oratorio, mil veces oí decir a Don Bosco: “Dadme un joven que yo jamás haya conocido en modo alguno, y yo, mirándole a la frente, le revelaré sus pecados, empezando por enumerar los de su primera edad.”»

Una cróniquilla manuscrita, con fecha de 23 de abril de 1863, refiere textualmente el sermoncito de la noche anterior, en el cual Don Bosco dijo entre otras cosas:

¹⁰ *Relación* de don Juan Turchi, al cual califica don J. B. Lemoyne de «hombre circunspeto en el creer, crítico severo» (*MBe* VI, 344).

«Yo, en todos estos días (de ejercicios), leía en el corazón de los jóvenes como si leyese en un libro; veía bien claros y distintos todos sus pecados y todos sus enredos.»

El autor del documento, el 25 del mismo mes, escribe: «Pregunté a Don Bosco si su leer claramente en el corazón de los jóvenes era un hecho que solamente ocurría en el momento de la confesión, o bien igualmente en otro tiempo; y me respondió:

—En cualquier hora del día, aun fuera de confesión. Esto debe entenderse, no ya en el sentido de que la lectura de las conciencias fuese continua, sino que podía serle concedida tal facultad siempre que lo reclamase el bien de las almas.»

¿Quién sabrá jamás por qué Don Bosco, que tenía cerrado bajo siete sellos cuanto pasaba entre él y Dios, se abría tan liberalmente en lo tocante a estas arcanas comunicaciones? Una razón muy poderosa debía existir para ello, y quizá dos.

En primer lugar, la notoriedad de una cosa tan fuera de lo ordinario, e imposible de mantener oculta, era imposible que no diera ocasión a comentarios en el pequeño mundo del Oratorio. La prudencia exigía, pues, que se esclarecieran las ideas de modo tal que se desvaneciera con la más pura sencillez toda sombra de duda sobre el origen y naturaleza del fenómeno.

Pero todavía hay otra razón de más peso para nosotros. Don Bosco, celoso cazador de almas por medio de la confesión, sabía que se alzaba contra él un adversario formidable: el demonio mudo, que a tantos esclaviza en el sacramento de la penitencia con la falta de sinceridad. Era ésta su preocupación constante.

Un excelente párroco francés, que predicaba frecuentes misiones y ejercicios espirituales, aterrado ante el espectáculo de tantas almas como viven en el sacrilegio a causa de las confesiones mal hechas, temiendo que fuese ilusión suya, escribió a nuestro Padre para someter a su juicio sus propias inquietudes.

Respondióle Don Bosco: «¿Me lo preguntáis a mí, que he predicado en toda Italia, y casi nunca he encontrado otra cosa?»¹¹.

¹¹ ZELLE, S. I., *La confessione secondo i grandi maestri*, p. IX, Tip. Sal. S. Pier d'Arca 1896.

Hubo un tiempo, en los principios de su vida sacerdotal, en que estuvo convencido de que sus hijos tenían en él ilimitada confianza, pero no tardó en advertir dónde el demonio escondía el rabo.

Veamos lo que nos dice la indicada croniquita de abril de 1861. Como cierto clérigo se maravillara de oír que no pocos ocultan los pecados en la confesión, aun cuando haya abundancia de confesores, Don Bosco, después de decir que no todos los confesores tienen «habilidad, experiencia y medios para escrutar las conciencias y descubrir a las zorras que roen los corazones», concluyó dolorosamente:

«Son dos grandes bestias, la vergüenza y el miedo de perder la estimación del confesor.»

Aquí es dónde quizás conviene buscar la causa principal que en esta materia le hacía salir de su reserva. Bien que Don Bosco, leyendo en los corazones, descubriera claramente sus secretos; pero cuando él declaraba los pecados del penitente, ¿no se había adelantado ya el tentador, induciendo a malicioso silencio? Convenía, pues, poner a todos sobre aviso con anterioridad para que supieran que, en su confesonario, quedarían desenmascaradas las insidias del demonio. Así pues, que no se dejasen engañar, sino que se aprovecharan del don de Dios, para asegurar el buen estado de sus almas.

Y así de hecho lo entendían los de casa. Muchas veces los alumnos, arrodillados, empezaban a acusarse, rogando al confesor les recordara sus pecados, lo cual hacía Don Bosco con una exactitud que los dejaba estupefactos.

Todo lo cual nos lo confirma esta recomendación que dirigió a los alumnos en unas *buenas noches*, de la cual Lemoyne dio lectura en los procesos, sacándola de una antigua croniquilla: «Hasta ahora, cuando os confesabais, me decíais: Diga usted, y yo decía. Pero en buena doctrina es cosa que toca al penitente y no al confesor. Yo no puedo ya hablar horas y horas; no lo tolera mi pobre estómago. Desde hoy, decid vosotros y, si os veis embrollados, entonces yo os ayudaré.»

Leía en la frente

Aun fuera de la confesión, leía distintamente Don Bosco los pecados y los pensamientos.

En el seno de las comunidades hay modos de decir que forman un repertorio local de un sentido enteramente convencional que no puede interpretarse con el diccionario en la mano. De este tipo era en el Oratorio la frase *leer en la frente* que, referida a Don Bosco, significaba adivinar los pecados.

El convencimiento de que él, mirando a la frente, descubría en ella señales reveladoras de faltas secretas, era tan general, que los jóvenes, cuando no tenían limpia la conciencia, no se atrevían a acercársele por temor a que les leyese en la frente.

Es más, si ya por ser llamados o por cualquier otro motivo tenían que presentarse a él, en cuanto podían se calaban la gorra hasta la frente, y si no la llevaban, se la cubrían con los cabellos.

Bien se echa de ver que Don Bosco dejaba correr de buen grado la frase, porque le servía para ocultar el carácter prodigioso del hecho. Pero aun así se refieren pequeños episodios de algunos audaces que no creyeron se tratara de cosa seria, y desafiaron a Don Bosco a declararles sus pecados aun en público.

En aquellos casos su táctica era siempre la misma: sacar aparte al incauto, decirle al oído alguna de sus faltas graves, dejándolo de una pieza. Este se sonrojaba y acababa llorando.

Casi lo mismo ocurría con los pensamientos; si bien con relación a su lectura, la notoriedad era muy limitada. Don Miguel Rúa, como cosa a él mismo acaecida, afirma que, aunque se creyese oportuno ocultarle secretos de negocios que tenía derecho a conocer, todo subterfugio era inútil, ya que, hablando, mostraba que lo conocía todo detalladamente. Cierta clérigo, atormentado por escrúpulos, mientras hacía el examen de conciencia para la confesión, pensó secretamente así:

«Si Don Bosco, dirigiéndose a mí, me dijese que fuera mañana a comulgar sin confesarme, creería que mi turbación es cosa diabólica.»

Pues bien, he aquí que, en la penumbra del atardecer, sintió una mano que le tocaba en el hombro, y la voz paternal de Don Bosco que al oído le decía:

«Ve mañana a comulgar; no es necesario que te confieses»¹².

Insistiendo en este tema, vamos a referir una anécdota conocida de pocos, pero que es útil que se sepa, porque en ella se ve una vez más el espíritu de Don Bosco.

Otro clérigo, más tarde cofundador de los Josefinos, don Eugenio Reffo, después de acompañar al aposento de Don Bosco a su superior el teólogo Murialdo, manteníase apartado en un ángulo, mientras en el extremo opuesto conferenciaban entre sí los dos siervos de Dios.

Del patio subía el clamor del recreo de tantos alumnos, aumentado por el ruido ensordecedor de una banda de música que ensayaba. El clérigo pensó secretamente dentro de sí: «¡Ah, yo no permitiría tanta algazara!... ¡El Señor no está en el ruido!».

Mas he aquí que Don Bosco, suspendiendo el coloquio, se dirige directamente a él y le dice: «Sí, sí, Don Bosco tiene razón.»

Y luego, imitando con el gesto de las manos el chocar de los platillos y los golpes sobre el bombo, añadió:

«Chinchín, bombom... así lo quiere Nuestro Señor... Ruido, alegría, alborozo... Chinchín, bombom... a su tiempo»¹³.

Sabía cosas de lejos

También de lejos le llegaban manifestaciones de cosas ocultas. Escribiendo desde el Oratorio a los colegios, o desde otros puntos al Oratorio, notificaba a veces a los superiores lo que sucedía sin ellos saberlo, y que él no podía absolutamente conocer sino por revelación. Descendía a nombres, lugares, circunstancias, en tan perfecta consonancia con la realidad que, cuando se trataba de faltas, los llamados *para oír la palabra* se quedaban de una pieza y no se atrevían a mendigar excusas.

¹² Don J. B. Lemoyne narra el hecho en forma impersonal. Don Francesia nos dice que él era aquel clérigo, y añade al minucioso relato esta protesta: «Soy viejo y, a mi edad no se me miente ni siquiera por broma».

¹³ Cfr. un artículo del teólogo VAUDAGNOTTI, prof. de Historia eclesiástica en el seminario de Turín, en el *Corriere d'Italia*, de 22 de mayo de 1929.

En cierta ocasión, durante las acostumbradas *buenas noches*, como la familiar intimidad de la hora consentía a veces formular preguntas así en público, don Miguel Rúa, que en el Oratorio hacía las veces de Don Bosco, aprovechando la ocasión, preguntó cómo se las componía para ver las cosas desde tan lejos. Contestó bromeando:

«Por medio de mi hilo telegráfico, yo, por lejos que esté, establezco mi comunicación, y veo y conozco cuanto puede redundar a mayor honra y gloria de Dios y a la salvación de las almas.»

Una noche de 1886...

En Barcelona, en 1886, ocurrió un hecho en el que había algo más que cartas o hilo telegráfico.

El que esto escribe oyó de labios de aquel director el relato detallado del acontecimiento, y su honorabilidad no puede ponerse en duda.

Don Bosco en persona, estando en el Oratorio, se presentó al director en plena noche, acercóse a su lecho, hizo que se levantara, fue delante de él, iluminado como por la luz del día, dando una vuelta por la casa y le indicó algunos desórdenes, volvió a conducirlo a su aposento, le dio órdenes de inmediato cumplimiento y desapareció, dejándolo allí de pie, en la oscuridad, fuera de sí¹⁴.

¹⁴ Este inaudito episodio de bilocación ocurrió en Sarriá, siendo don Juan Branda director de aquel incipiente colegio.

SUEÑOS, VISIONES, ÉXTASIS

El título de este capítulo nos ha sido sugerido por una citade san Isidoro, que le hace santo Tomás. Escribe el Doctor Angélico: «Isidoro distingue el don de profecía según el modo de profetizar... Respecto a la manera de imprimir las imágenes fantásticas, hace tres distinciones: sueños, visiones, éxtasis»¹. Son gracias *dadas gratuitamente*, que por sí mismas ni aportan ni exigen la santidad, pero que suelen acompañarla. En virtud de ellas, Dios, por modos sobrenaturales, manifiesta a las almas cosas ocultas. Tales gracias tienen en la vida de Don Bosco una parte tan importante, que no es posible prescindir de ellas sin renunciar a un elemento de sumo valor para llegar al pleno conocimiento de su comunión íntima con Dios.

Los sueños de Don Bosco

Cuantos han vivido en ambientes salesianos están acostumbrados a oír contar los llamados *Sueños de Don Bosco*. Esta denominación dicha por él mismo vive en sus casas en donde se la entiende aun sin necesidad de comentarios. No intentaremos demostrar que existen realmente sueños sobrenaturales; sería derribar una puerta abierta. ¿Quién ignora el *soñarán sueños*², anunciado por Joel entre los dones que, en una más amplia efusión del Espíritu Santo, alegrarán los últimos días, esto es, como explica san Pedro, los tiempos mesiánicos? Pero entremos ya sin otros preliminares en los sueños de Don Bosco.

Ocurrieron estos sueños en número extraordinario, pues se sucedieron a cortos intervalos, desde la misma niñez del Santo hasta los últimos años de su vida. De algunos pocos poseemos el texto

¹ *Suma Teol.*, 2ª 2ª, q. 174.

² *Hch* 2,17.

dictado o revisado directamente por él mismo; de otros nos han llegado relaciones de testigos auriculares y fidedignos; de algunos corren aquí y allá tradiciones orales; de muchos o quedan únicamente vagos recuerdos o se deduce apenas la existencia por vagos indicios.

En los diversos volúmenes de las *Memorias Biográficas* se cuentan hasta un centenar entre los referidos por menudo o recordados en sus líneas generales.

Ordinariamente las escenas descritas se desenvuelven, con más o menos acción dramática, alrededor de uno de estos tres fondos: Iglesia Católica, Sociedad Salesiana, Oratorio de Valdocco.

De la Iglesia se representan futuras vicisitudes, ya en su vida general, ya en naciones particulares; de la Congregación ve Don Bosco claramente las obras que ha de cumplir, los caminos que ha de seguir, los escollos que ha de evitar; y de los jóvenes se le revelan estados de conciencia, vocaciones y muertes próximas.

Por ciertos modos de expresarse, podemos deducir las condiciones en que se hallaba soñando. Así, de un sueño que tuvo la noche del 1867 al 1868, dice: «Era un sueño en el cual puede uno conocer lo que hace, oír lo que se dice o responder si es preguntado»³.

Se le solía poner al lado, como guía o intérprete, un personaje, no siempre el mismo. Por indicios probables parece que, ora era algún alumno difunto, ora san Francisco de Sales, ya san José u otro santo, o un ángel del Señor. A ellos se unían a veces, como cortejo, o compañía, apariciones secundarias.

Qué pensaba él de ellos

¿Qué pensaba Don Bosco de estos sueños? Al principio fue muy reacio en prestarles fe, atribuyéndolos a juegos de su fantasía. De aquí que, al referirlos, si entrañaban previsiones del porvenir, temía siempre haberse ilusionado, o decir cosas que no debían tomarse en serio.

³ *MBe* IX, 23.

Pero el hecho es que distinguía muy bien entre sueño y sueño, y si algunos, como ocurrió, se desenvolvieron sin que le produjeran ni frío ni calor, otros dejaron en su ánimo una impresión duradera.

Discurriendo acerca de ellos familiarmente con sus íntimos, dijo que repetidas veces, después de haber contado algunos de estos últimos, se había confesado con don José Cafasso como de un hablar atrevido, y que el santo sacerdote, después de escucharle, habiendo reflexionado maduramente sobre ello, al fin un día le contestó:

—Ya que lo que dice se realiza, puede usted estar tranquilo y continuar.

Con todo, no creyó oportuno abandonar en seguida las cautelas. En una de las mencionadas croniqúitas, con fecha de 13 de enero de 1861, hállanse consignadas estas palabras suyas relativas a un sueño que se desarrolló en tres fases durante tres noches consecutivas:

«El primer día no quise hacer caso, porque el Señor nos lo prohíbe en la Sagrada Escritura. Pero en estos días pasados, después de varias experiencias y de haber hablado a solas con varios jóvenes, y haberles dicho las cosas tal como las había visto en el sueño, y que ellos me aseguraron que eran realmente así, no pude ya dudar de que era una gracia extraordinaria que el Señor concede a todos los hijos del Oratorio. Por eso, me creo obligado a decirlos que el Señor os llama, y os hace oír su voz, y ¡ay de los que se le resisten!»

A pesar de todo, desconfiando humildemente de sí mismo, quiso abundar en las precauciones; y así, el día 15, volvemos a leer:

«Repetiré lo que ya he dicho: tuve ese sueño, mas por una parte no quería darle oídos y, por otra, me parecía demasiado importante y, por esto, examiné detenidamente el hecho.»

Su examen consistió en preguntar de nuevo a tres de los jóvenes cuyo mísero estado había identificado en el sueño, y los halló exactamente en las condiciones que él conocía.

Siete años después, el 30 de abril de 1868, volvía a hablar del modo siguiente: «Mis queridos jóvenes, os dije anoche que tenía algo malo que contaros. He tenido un sueño, y había decidido no

deciros ni palabra de él, ya porque dudaba que fuese un sueño como todos los otros que se presentan a la fantasía durante el sueño, ya porque cada vez que os he referido alguno, había siempre en él alguna observación o alguna llamada que hacer. Pero otro sueño me obliga a hablaros del primero.»

En este otro sueño, como refirió después, la voz del personaje le había dicho: «¿Por qué no hablas?» No es posible creer, en efecto, que en ésta como en cien otras cosas hubiera pecado Don Bosco por falta de prudencia.

Entre tanto, por lo dicho hasta aquí podemos comprender una confidencia que hizo, con aire grave y con señales de gran preocupación en 1876, a don Julio Barberis:

—Cuando pienso en mi responsabilidad por la posición en que me encuentro, me estremezco. Las cosas que veo son tales, que echan sobre mí una responsabilidad inmensa. ¡Qué cuenta tan tremenda habré de dar a Dios por todas las gracias que nos da para la buena marcha de nuestra Pía Sociedad!

Puede decirse que Don Bosco lo ve todo, y es llevado hacia adelante por la mano de la Virgen... A cada paso, en toda circunstancia, allí aparece la Santísima Virgen.

Los contaba con sencillez

¿Cómo contaba Don Bosco sus sueños? Las citas indicadas muestran suficientemente la intención con que los refería; pero aún hay que añadir algo más.

Exponía las cosas «con sencillez, gravedad y afecto», nos dice un testigo⁴. Empezaba por lo general a la buena, evitando todo lo que pudiera producir o insinuar la idea de mérito o privilegio suyo. En el relato introducía frases ingeniosas o descripciones jocosas, para distraer la atención de los oyentes de los puntos que a él más se referían, pero no faltaban individuos perspicaces que se daban cuenta y tomaban nota.

⁴ Can. JACINTO BALLELIO, *Vita íntima di D. Bosco*. Discurso conmemorativo.

Siempre con el fin de disminuir la impresión de lo extraordinario, daba nombres insignificantes al personaje que solía acompañarle, al que llamaba guía, intérprete, o, más vagamente aun, desconocido; sólo discurrendo privadamente con algunos, daba indicaciones más precisas. Pero tenía buen cuidado de poner de relieve cuanto redundase en su propia humillación.

Así, refiriendo un sueño en 1861, después de expresar su gran pena al ver cómo algunos jóvenes del Oratorio se hacían sordos a sus consejos y correspondían mal a sus beneficios, prosiguió:

«Entonces mi intérprete empezó a reprocharme: —¡Oh el soberbio! ¡Mirad el soberbio! ¿Quién eres tú que tratas de convertir porque trabajas? Porque ames a tus jóvenes, ¿pretendes que todos correspondan a tus intenciones? ¿Por ventura crees que eres más que nuestro divino Salvador en amar a las almas, trabajar y padecer por ellas? ¿Crees tú que tu palabra va a ser más eficaz que la de Jesucristo? ¿Predicas acaso mejor que Él? ¿Crees que has usado de mayor caridad, de mayor interés por tus jóvenes que los que tuvo el Salvador por sus apóstoles? Tú sabes que vivían con Él continuamente, que se veían colmados por Él a cada instante de toda suerte de beneficios, que oían día y noche sus avisos y los preceptos de su doctrina, que veían sus obras, las cuales debían ser un vivo estímulo para la santificación de sus costumbres. ¿Qué es lo que no dijo y no hizo con Judas? Sin embargo, Judas lo vendió y murió impenitente. ¿Eres tú quizás más que los apóstoles? Pues bien, los apóstoles eligieron a siete diáconos; sólo eran siete, elegidos con gran cuidado, y con todo uno prevaricó. Y tú, entre quinientos, ¿te maravillas de ese corto número que no corresponde a tus cuidados? ¿Pretendes lograr que no haya ninguno malo, ninguno perverso? ¡Oh el soberbio!»

Y con humildad

Reducir al mínimo posible cuanto pudiera suscitar opinión de sobrenatural, humillar la propia persona, refiriendo tan fuertes reproches, está bien, pero la verdad tiene también sus derechos. Por eso exhortaba a que no se burlasen de las cosas que oían y a que cada uno se hiciera a sí mismo las debidas aplicaciones. Pero también estas exhortaciones estaban impregnadas de evangélica humildad.

Permítasenos otra cita un poco larga, pero que será la última. El sueño de 1861, en el cual se ganó el reproche precedente, lo contó en tres noches seguidas; veamos su final: «Ahora que os he referido todas estas cosas, pensadéis:

—¿Quién sabe? ¡Don Bosco es un hombre extraordinario, algo grande, seguramente un santo! Queridos jóvenes, para impedir juicios necios sobre mí, os dejo en plena libertad de creer o no creer estas cosas, de darles más o menos importancia; únicamente os recomiendo que no toméis nada a broma, ya con los compañeros, ya con los extraños.

Pero creo conveniente deciros que el Señor tiene muchos medios para manifestar a los hombres su voluntad. Algunas veces se sirve de los instrumentos más ineptos e indignos, como se sirvió de la burra de Balaán, haciéndola hablar; y de Balaán, falso profeta, que predijo muchas cosas referentes al Mesías. Así pues, lo mismo puede ocurrirme a mí.

Por consiguiente, os digo que no miréis mis obras para regular las vuestras. Lo que sí debéis hacer es fijaros en lo que digo, porque esto, así al menos lo espero, será siempre la voluntad de Dios, y redundará en bien de las almas. Respecto a lo que hago, no digáis nunca: —¿Lo ha hecho Don Bosco? Luego es bueno. No, observad antes lo que hago; si veis que es bueno, imitadlo; pero si veis que he hecho algo malo, guardaos de imitarlo, dejadlo como mal hecho.»

Pero no decía todo

No decía en público todas las cosas que se le aparecían u oía en los sueños, pero algunas las comunicaba privadamente a quien tenía en ellas exclusivo interés. Otras las descubría a quien, gozando de su mayor familiaridad, se las preguntaba con los ojos abiertos; en fin, otras se las reservaba, como destinadas personalmente a sí.

En efecto, uno de los cronistas nos informa que, de algunos sueños, se venían a saber a retacitos tantas cosas nuevas que podían «duplicar o triplicar la materia de los mismos», y que, de otros, si se hubiera tomado nota de todo, podrían escribirse otros tantos volúmenes.

A modo de ejemplo, volviendo al mencionado sueño de 1861, dijo Don Bosco que, en aquellas tres noches, había adquirido más conocimientos de teología que en todos los años de seminario, y que tenía intención de escribir estas cuestiones teológicas, prescindiendo de los «hechos específicos» de la tercera noche y dando únicamente «las teorías» de las dos primeras.

Dedúcese de aquí que, debiendo tener sus narraciones por objeto edificar, fortalecer y amaestrar a los otros, o siendo también alguna de ellas un grito de alarma, al narrarlas en público, hacía una sabia selección de partes, de modo que el conjunto fuera realmente de provecho para los que escuchaban.

Efectos de los sueños

Y los efectos que se seguían los habría visto un ciego. Crecía especialmente a ojos vistas el horror al pecado. De aquí confesiones con mayor compunción, un aumento de confesiones generales, una mayor frecuencia en todos de la santa comunión; en una palabra, empleando la frase que Don Bosco usaba en estas ocasiones, era la bancarrota del demonio.

Hay, pues, razón de sobra para suscribir sin la menor reserva el siguiente juicio del canónigo citado más arriba:

«A nosotros, aunque ya no éramos jóvenes, no se nos ocurría otra explicación racional y plausible sino la de que eran dones extraordinarios concedidos a Don Bosco por el Señor.»

Y esto tanto más si consideramos que Don Bosco, no sólo no provocaba en modo alguno ni deseaba sueños de esta especie, sino que les tenía miedo, porque físicamente le producían no pocos trastornos.

Añadamos que a veces, apenas terminado el relato, no recordaba ya lo que había dicho, cosa no difícil de comprobar en las personas que hablan movidas por inspiración sobrenatural. Pero, además de lo mucho que ya hemos expuesto, hay todavía los caracteres importantísimos que jamás permitirán al psicólogo juzgar los sueños de Don Bosco a la luz de los sueños puramente naturales.

Carácter psicofísico de los mismos

El primero de estos caracteres reside en el elemento psicofísico. En los sueños naturales impera o se desborda la fantasía, no gobernada por la razón. Normal condición para que principie el sueño es la fatiga.

La fatiga produce sustancias tóxicas para el cerebro, pero sin llegar a la intoxicación completa; la naturaleza ha puesto remedio haciendo que aquéllas, al alcanzar determinada cantidad, obren a manera de interruptor que detenga el aparato motor, que es quien consume la mayor energía. Esta interrupción priva a los centros superiores del sistema nervioso de la energía psicofísica, necesaria para la actividad normal, tanta más cuanto más necesidad de sueño tiene el individuo. El pequeño residuo de energía psicofísica que queda en los centros superiores, basta para la vitalidad del sueño; pero, de ordinario, es muy escaso para excitar eficazmente los centros motores, irradiando de los centros sensorios.

Si consideramos ahora que Don Bosco, al acostarse, tenía siempre extrema necesidad de sueño, tenemos ya en esto una razón para concluir que esa gran vitalidad de sus sueños no era en él humanamente explicable.

Actividad de la fantasía

Pero hay algo mejor. El mecanismo de interrupción que aísla al aparato motor y la disminución de energía psicopática del sistema nervioso central influyen en la actividad de la fantasía, produciendo en ella los dos fenómenos de irregularidad y de mutación repentina, que todos durante el sueño hemos podido experimentar; porque la insuficiencia de la energía psicofísica hace imposible que siga por largo tiempo un asunto, pues basta cualquier estímulo exterior para dirigir por otro camino ese residuo de energía, haciendo que entonces quede disuelta toda la imagen del sueño.

De aquí que, generalmente en el sueño, la actividad de la fantasía no va dirigida por ningún intento positivo; y, por eso, en los sueños naturales no suele haber ni orden racional de representa-

ción ni enlace lógico de ideas, sino que se salta de rama en rama, con imprevistas extravagancias y repentinas caídas en el ridículo⁵.

En los sueños de Don Bosco acontece todo lo contrario. Son representaciones simbólicas, semejantes a la que se mostró a san Pedro en la visión extática⁶ del lienzo bajado del cielo y lleno de animales puros e impuros.

La trama es en ellos más o menos complicada, extendiéndose su desenvolvimiento, a veces muy por lo largo y con distinción de actos, como en los verdaderos dramas. Además, y en esto está lo más notable, se admira siempre en la sucesión de imágenes una constante razón de ser, y en las palabras oídas o leídas un valor significativo que forma, con las imágenes mismas un todo único.

Todo sueño gira en torno de una idea central, y va dirigido a un fin bien determinado; su acción entera se desarrolla progresiva y ordenadamente, como en las mejores composiciones dramáticas.

Huelga decir que, si bien las formas sensibles se adaptan al simbolismo acomodado a la mentalidad común, jamás se introducen en él elementos extravagantes, vulgares, frívolos o de cualquier modo indignos de un fin santo. Mucho gozaríamos, explicándolo con ejemplos, pero los límites de este trabajo nos lo impiden, y lo dicho es suficiente para el discreto lector.

Su carácter profético

El segundo carácter de los sueños de Don Bosco nos lo proporciona el elemento profético.

Cuando nuestra imaginación, en el sueño, compone o deshace sin la dirección de la razón, ¿será verdad que adivina lo futuro? ¿Si ni siquiera se logra cuando en la vigilia se aguza la inteligencia! Multiplicando observaciones sobre hechos y datos más o menos próximos a nosotros, apenas se presagian efectos más o menos remotos; pero si falta un punto de apoyo aquí y ahora, vanas serían

⁵ JUAN LINDWORSKY, S. I., *Manual de psicología experimental*. Trad. ital. de Galli-Gatti, pp. 111-112 y 318-319, Soc. «Vita e Pensiero», Milán.

⁶ *Hch* 10,10-16.

todas las tentativas de echar la sonda en lo por venir. Pues, ¿qué será durante la inconsciencia del sueño?

Ahora bien, los sueños de Don Bosco no contenían vagos o sibilinos presagios, sino revelaciones claras y precisas de acontecimientos ocultos en las profundidades del futuro.

A decir verdad, el espíritu profético habitaba en Don Bosco, como lo demuestran las muchas predicciones que hizo de acontecimientos libres y contingentes, realizados antes o después de su muerte, en el tiempo y en el modo por él anunciados. El tantas veces mencionado canónigo Ballesio escribe:

«Esto no parecía en Don Bosco un fulgor instantáneo, como de rápido relámpago en su entendimiento, sino que parece que fue condición ordinaria de su mente, de modo que profetizaba orando, conversando, bromeando, y profetizaba casi sin él advertir que profetizaba, ni los otros que profetizase.» Y también profetizaba soñando.

En los sueños, si el contenido profético no constituía todo su fondo, era en ellos parte principal. Así, ¡cuántos anuncios de muerte dio con anterioridad, porque le fueron comunicados en sueños! No pronunciaba nombres, pero precisaba fechas. Del nombre revelaba a veces en público la inicial y, a veces se lo comunicaba privadamente al interesado o interesados bajo secreto.

La realización de los sueños complacía a los buenos, esto es, a casi todos, pues estaban acostumbrados a acoger con veneración sus dichos, y hacía enmudecer a los desconfiados, los cuales, si bien *pocos en la inmensa turbamulta*, con su repugnancia a creer, garantizaban entonces y ahora la historicidad de los vaticinios.

Sobre esto, no multiplicaremos los episodios, arrebatando la pluma a los biógrafos; antes bien, merced a las acostumbradas páginas amarillas, nos dirá el mismo Don Bosco unas cuantas palabras sobre este particular.

Uno de los compiladores de las croniquillas domésticas, con fecha de 17 de febrero de 1861, tomó nota de esta observación suya referente a las profecías de sueños: «Si estas cosas que se hacen en nuestra casa, cosas, que son ciertamente singulares y deben quedar entre nosotros, alguien del mundo las supiera, las calificaría

de fábulas. Pero nosotros tenemos siempre por máxima que, cuando una cosa redunde en bien y provecho de las almas, es cosa cierta que viene de Dios y no puede venir del demonio.»

Guerra del demonio

Por otra parte, el enemigo de Dios y de las almas se había reservado un campo diferente en el cual dar sus asaltos contra Don Bosco.

Poulain que, en materia de mística es una autoridad, hace esta observación que no puede ser más oportuna para nuestro caso: «De la vida de los santos parece resultar que, si padecen graves obsesiones, ocurre por lo general cuando llegan al período del éxtasis, o tan sólo de las revelaciones y visiones divinas, ya continúen semejantes gracias, ya temporalmente queden suspendidas. A la acción extraordinaria de Dios, hace entonces de contrapeso la acción extraordinaria del demonio»⁷. La tierra es también campo de batalla para los santos de la Iglesia militante.

De la guerra declarada contra Don Bosco por el demonio, poseemos boletines oficiales, redactados durante una primera fase, lo cual nos basta para formarnos idea de toda la campaña que duró tres años.

El demonio ejercitaba especialmente su hostilidad contra el Santo, no dejándolo dormir de noche. Ya le aturdió un vozarrón en el oído, ya le azotaba un viento como de huracán; ora volaban hojas por todos los rincones, ora se perdían papeles, ora se desordenaban libros. Algunas noches, corregidas las pruebas de su opúsculo *El poder de las tinieblas*, las dejaba sobre el escritorio; pero, al despertarse con el alba, o las hallaba esparcidas por tierra, o no las encontraba. De la estufa apagada brotaban llamas amenazadoras.

Apenas se acostaba, una mano misteriosa tiraba lentamente de las mantas hacia los pies. Cuando se cubría de nuevo, sentía que se deslizaban otra vez a lo largo de su persona. Si encendía la luz, cesaba el fenómeno, para volver a empezar en las tinieblas. Una vez

⁷ AUG. POULAIN, S. J., *Des graces d'oraison*, XXIV, 71, 10.¹ ed, Beauchesne, París 1922.

le apagó la luz un soplo poderoso de ignorada procedencia. A punto de dormirse, empezaba a danzar la almohada bajo su cabeza. La señal de la cruz o alguna oración lo apaciguaba; mas tan pronto volvía a conciliar el sueño, empezaba a moverse la cama entera. La puerta gemía como empujada por viento impetuoso. Rumores espantosos sobre el aposento hacían pensar en muchas ruedas de carros a la carrera. A veces también resonaban de improviso gritos formidables.

Abrese, una noche, la puerta de par en par y entra con las fauces abiertas un monstruo horrible, que se lanza hacia él para devorarlo, pero es puesto en fuga con la señal de la cruz.

Un sacerdote muy animoso de la comunidad de Valdocco se aprestó a velarlo en el aposento; pero mal lo pasó, porque a medianoche, aterrado por un fragor infernal, tuvo que huir precipitadamente.

Dos clérigos que se ofrecieron a repetir juntos la prueba, quedándose en la contigua biblioteca, emprendieron al punto la retirada dominados por el espanto.

El pobre Don Bosco, para encontrar un poco de paz, se encaminó a pasar unos días en el palacio del obispo de Ivrea; pero, tras una primera noche tranquila, compareció de nuevo el enemigo y se portó peor que nunca.

Baste lo dicho para dar una idea de su terrible lucha con el espíritu de las tinieblas. Hablando Don Bosco de ella en 1865, indicó que, por fin, había encontrado un remedio, y de suma eficacia, pero no quiso dar más explicaciones. Puede darse que fuera alguna penitencia extraordinaria.

Hablemos un poco de cosas extraordinarias

Los sueños sobrenaturales pertenecen a la especie de visiones llamadas por los místicos imaginativas, porque se desenvuelven por vía de imágenes impresas en la fantasía por causa superior; pero estas visiones se producen también, durante la vigilia.

Se acostumbra calificar indistintamente de sueños de Don Bosco visiones de ambas especies, siendo así que, a pesar de su analogía, difieren no poco entre sí. Así, la visión imaginaria en el estado de

vigilia parece que no puede ir nunca disociada de cierto grado de éxtasis, esto es, de éxtasis en los cuales se produzca en mayor o menor grado la abstracción de los sentidos.

De este modo, vio el Santo, en 1870 una serie compleja de acontecimientos públicos, cuyo desenvolvimiento parece ya enteramente terminado. El exordio del texto escrito por él y enviado a Pío IX, parece confirmar esta opinión; en efecto, he aquí los términos en que se expresa:

«La vigilia de la Epifanía del corriente año de 1870 desaparecieron todos los objetos, materiales del aposento y me encontré en la consideración de cosas sobrenaturales. Fue cosa de pocos instantes, pero vi mucho. Si bien de forma y apariencia sensibles, no es posible, sino con gran dificultad, comunicarlas a otros con signos externos y sensibles. Lo que sigue da una idea de ellas. Aquí está la palabra divina acomodada a la palabra del hombre.»

Vio del mismo modo ante sí y en numerosas circunstancias al santo joven Luis Colle, de Tolón, que él conoció poco antes de que volase al Cielo, a los diecisiete años. Entre 1881 y 1885 apareciósele mientras confesaba, mientras decía misa, mientras daba la comunión y una vez en la estación de Orte, durante una espera de cuatro horas. Tales apariciones eran siempre luminosas y alegres, a veces con coloquios, a veces sin ellos. En 1887, en Lanzo (Turín) tuvo quizás una visión de la misma naturaleza.

Una Hija de María Auxiliadora, deseosa de recibir su bendición y cansada de esperar en la antecámara a que alguien la introdujese ante el Santo, empujó ligeramente la puerta entornada del despacho de Don Bosco, ¿y qué vio? Vio al buen Padre en actitud de persona fuera de sí como si estuviera escuchando. Tenía el semblante transfigurado, por viva y blanca luz, la fisonomía suave y tranquila, los brazos abiertos hacia lo alto e inclinando la cabeza de cuando en cuando como diciendo que sí.

—¡Viva Jesús!... Padre, ¿da usted su permiso? —dijo con gran respeto la Hermana.

Pero él no decía nada. Finalmente, terminó la escena, que duró no menos de diez minutos, con una señal de la cruz y con una inclinación reverencial indescriptible. Es de notar que aquel año Don Bosco apenas podía tenerse de pie sin ayuda ajena y siempre

andaba un poco encorvado; pero en aquella ocasión aparecía con el cuerpo erguido.

Además de las imaginarias, se conocen otras dos especies de visiones, una inferior a la precedente y otra superior.

Visiones corpóreas

Inferior es la de las visiones llamadas sensibles, corpóreas, oculares. En ellas perciben los sentidos cosas externas que no podrían verse ni entenderse sin ayuda sobrenatural.

Don Bosco tuvo una visión de esta especie cuando le fue revelado el porvenir del jovencito Cagliero, gravemente enfermo.

Al poner el pie en el umbral de su estancia para visitarlo y disponerlo a bien morir, tuvo dos apariciones sucesivas que duraron cada una de ellas un instante.

En la primera, una paloma luminosísima, con una ramita de olivo en el pico, dio algunas vueltas por el aposento, recogió el vuelo sobre el moribundo, con el olivo tocó sus labios y luego lo dejó caer sobre la cabeza; presagio de apostolado misional y de plenitud del sacerdocio. Después una muchedumbre de salvajes, de formas desconocidas, encorvados y temerosos sobre el jovencito y, entre ellos, sobresaliendo, dos hermosos tipos característicos de raza diversa, que los acontecimientos dieron a conocer más tarde como representantes de los patagones y de los fueguinos.

Visiones intelectuales

Las visiones de la otra especie, que es la más elevada de todas, se llaman intelectuales. En ellas la mente intuye verdades espirituales, sin ningún concurso de imágenes sensibles.

¿Concediólas Dios a Don Bosco? No podemos afirmarlo con seguridad. Pero, ¿quién sabrá jamás el tesoro de carismas sobrenaturales que enriqueció el alma de Don Bosco? Su espontánea naturalidad en todas las cosas y su habitual sencillez de vida, eran muy a propósito para ocultar las secretas operaciones de la gracia, cuan-

do su conocimiento no había de proporcionar alguna utilidad al prójimo.

Como quiera que sea, los casos de levitación y de irradiación luminosa, ¿no avalarían por ventura la hipótesis de que ni siquiera las visiones del orden supremo le faltaron?

En 1879 fue visto el Santo en tres días diferentes, mientras decía misa en su capilla privada, irradiando de su rostro una luz que iluminaba todo el aposento, y luego elevarse toda su persona poco a poco, y permanecer en el aire unos diez minutos. El historiador Lemoyne, tres días seguidos ya anochecido, vio esclarecerse gradualmente su rostro hasta adquirir una transparencia luminosa; todo su rostro emitía un resplandor fuerte y suave. El Beato don Felipe Rinaldi, tercer Rector Mayor, podría describir con vivos colores cómo, en tres encuentros distintos, a los diez años de edad, a los veintidós y a los treinta, en pleno día y en lugares muy diferentes, vio de improviso en Don Bosco iluminársele los ojos y despedir llamas, extenderse luego la luminosidad a toda su persona y formar como una aureola refulgente que oscurecía la luz natural y brillaba al modo como brilla el nimbo de los santos en las pinturas. La agilidad y el resplandor son dos hermosas dotes reservadas a los cuerpos gloriosos. Si, pues, de semejantes dotes se ven aquí bajo anticipaciones admirables en cuerpos de vivientes, ¿no será lícito, pensar que tan gran fenómeno sobreviene cuando las almas, casi endiosadas, gozan una visión de las cosas divinas más o menos semejante a la futura visión beatífica intuitiva?

Taumaturgo

La noticia de estos últimos favores celestiales no tuvo tanta resonancia como la fama de taumaturgo, que acompañó su nombre en aumento creciente hasta la tumba. No es empresa nuestra detenernos en el don de milagros; con todo, no será inoportuna alguna ligera indicación que responde a nuestro plan, antes de terminar este capítulo.

De las *Memorias* que Don Bosco, ya viejo, escribió poco a poco con mano cansada y corazón abierto, para dejar, como testamento paterno, útiles recuerdos y saludables avisos a sus hijos, entresaca-

mos un párrafo que hace a nuestro propósito. El buen Padre expresa en él sentimientos de los cuales, aun cuando él nada dijese, estaban profundamente convencidos cuantos con él vivían. En cambio, para nosotros, ya distantes de él, sus declaraciones son lo mejor que se pueda desear para conocer sus íntimos pensamientos en la plenitud de dones sobrenaturales que inundaban su espíritu y se desbordaban al exterior, haciendo que lo aclamaran como taumaturgo. Con todo candor escribe, pues, así:

«Recomiendo encarecidamente a mis hijos que procuren, tanto al hablar como al escribir, no contar ni afirmar que Don Bosco ha obtenido gracias de Dios, o que, en cualquier forma, ha obrado milagros. Cometerían un error perjudicial. Si bien la bondad divina se ha mostrado generosa conmigo, jamás he pretendido conocer ni obrar cosas sobrenaturales. No he hecho otra cosa que orar y hacer que almas buenas pidieran gracias al Señor. Por lo demás, siempre experimenté que las oraciones en común de nuestros jóvenes fueron eficaces, y Dios piadoso y su Santísima Madre vinieron en auxilio de nuestras necesidades. Esto se verificó especialmente siempre que necesitábamos proveer a nuestros jovencitos pobres y desamparados y, más todavía, cuando sus almas se encontraban en peligro.»

Concluiremos haciendo nuestra la observación del abogado de la Causa, en el sentido de que el don de milagros confirma luminosamente la sobrenaturalidad de las comunicaciones.

DON DE ORACIÓN

Los fenómenos extraordinarios hasta aquí descritos son admirables signos externos que manifiestan la presencia de Dios en el alma. Dios vive en nosotros cuando por la gracia estamos a Él unidos; pero en ciertas almas se hace sentir con un toque inefable que, según expresión de los místicos, llega a la esencia misma del espíritu. Sucede entonces que, mientras las fuerzas superiores de la inteligencia y de la voluntad quedan como absorbidas por la luz y por el influjo divino, los sentidos se desvanecen y ya no se encuentran en grado de obrar, como acontece precisamente en los éxtasis.

Nada de esto se verificaba en la humanidad de Jesús y de María durante su vida terrenal; porque, si bien gozaban habitualmente de la percepción experimental de la vida sobrenatural, no padecieron extravíos en las potencias inferiores, a causa del estado de integridad perfecta que llevaba consigo la sujeción de los sentidos a la razón.

¿Don Bosco místico?

Mas ahora preguntamos: dado que, en Don Bosco, se reconocen las manifestaciones externas que suelen acompañar a la vida mística¹, ¿podemos sin más creer que fue elevado en realidad a la unión mística? ¿Y en qué grado? En otros términos, ya que el hecho se verifica mediante la contemplación infusa, ¿es posible acabar de descubrir si existió en él este don de la contemplación infusa, y en qué medida adornó el alma escogidísima de Don Bosco?

¹ Fundados en la autoridad de insignes maestros, llamamos vida mística a la «percepción inmediata y amorosa del mundo de la fe, en particular de la presencia eminentemente activa de Dios en el alma». Cfr. *La Civiltà Cattolica*, 18 de mayo de 1929, p. 324.

A priori y sobre la realidad del hecho no parece temerario responder afirmativamente. En efecto, Benedicto XIV, basándose en la historia, pudo asegurar que «casi todos los santos, y especialmente los fundadores de Órdenes religiosas, tuvieron visiones divinas y revelaciones»; y añadió: «Sin duda que Dios habla familiarmente con sus amigos y favorece, sobre todo, a los que elige para grandes obras»².

Poulain, después de afirmar que los santos canonizados, esto es, llegados a la heroicidad de la virtud, han sido favorecidos con la unión mística, observa que, aunque alguno parezca privado de ella, no puede demostrarse positivamente que haya habido en él verdadera privación, sino que más bien hay que deplorar que falten documentos para su demostración histórica³.

Afortunadamente, las precauciones de Don Bosco no bastaron para sustraernos, como se ha visto, todas las manifestaciones exteriores de su vida mística, y así tampoco carecemos de argumentos *a posteriori* sobre ellas.

¿En qué grado?

En cambio nos complacería más tener igual seguridad para determinar el grado de su mística unión con Dios. Tras maduro examen parecemos que, prescindiendo de momentos especiales en los cuales la intensidad puede ser mayor, puede demostrarse que poseyó habitualmente la gracia de oración llamada por santa Teresa unión entera, por Poulain unión plena, por otros, y especialmente los italianos, como Scaramelli y san Alfonso de Ligorio, unión simple.

San Alfonso la describe así: «En la unión simple, las potencias quedan en suspenso, pero no los sentidos corporales, si bien éstos quedan muy impedidos en sus operaciones»⁴. Por consiguiente, este don de oración presenta dos caracteres: el alma queda enteramente absorbida por el objeto divino, sin que la distraiga ningún otro pensamiento. En una palabra, nada la distrae; en cambio, los sentidos continúan obrando más o menos, esto es, no se les quita

² *De can. sanct.*, III, 52, 3.

³ *Ibid.* XXVIII, 15.

⁴ *Homo apost.*, Ap. I, 17.

la posibilidad de comunicarse con el mundo externo, de tal modo que la persona puede ver, oír, hablar, andar, y, por lo mismo, salir libremente del estado de oración.

Autorizados escritores místicos⁵, tomando de santo Tomás las nociones fundamentales sobre tan delicada materia, enumeran y describen siete efectos de la unión simple; y nosotros, para evitar el peligro de extendernos más de lo debido, los indicaremos rápidamente comprobando su presencia en Don Bosco.

Efectos de la unión simple en Don Bosco

No obstante, la naturaleza del asunto nos aconseja que no pase-mos adelante, sin antes insistir en un concepto que, por lo dicho ya, habrá podido formarse el lector al menos vagamente.

El alma de Don Bosco gozaba de la unión con Dios, digámoslo francamente, sin interrupción. En efecto, parece haber sido su don el no dejarse nunca distraer del pensamiento amoroso del Señor, por muchas, graves y continuas que fueran sus ocupaciones y pre-ocupaciones.

Recorramos en el *Sumario de la Posición acerca de las virtudes*, el título séptimo, *Sobre el amor heroico de Dios*, y espiguemos las expresiones más salientes sobre este tema de una docena de testimonios, todos del mayor peso, porque proceden de personas que, hablando de Don Bosco, tienen derecho de apropiarse el conmovedor prólogo de la primera carta de san Juan: *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contem-plamos y palpamos nuestras manos... lo atestiguamos y lo anunciamos.*

Dicen sus sucesores

Sean los primeros en decirnos su palabra los tres sucesores de Don Bosco. El Beato don Miguel Rúa⁶: «Lo que continuamente pude

⁵ TH. A VALLGORNERA, *Mystica Theol. D. Thomae*, Q. IV, disp. 2, a. 2, nn. 1-8. Marietti, Turín 1889 y 1911.

⁶ Don Miguel Rúa fue beatificado el 29 de octubre de 1972. Y Don Felipe Rinaldi, el 29 de abril de 1990.

notar fue su continua unión con Dios... Y, con tanta espontanei-dad, manifestaba estos sentimientos (de amor de Dios) que se veía que brotaban de una mente y de un corazón siempre sumergidos en la contemplación de Dios y de sus atributos.»

Don Pablo Albera: «Era tanta la unión del Venerable con Dios, que parecía recibir de Él los consejos y alientos que daba a sus hijos»⁷.

El también Beato, Don Felipe Rinaldi: «Mi convicción íntima es que el Venerable fue realmente un hombre de Dios, continua-mente unido a Dios en la oración»⁸.

Con los tres primeros Rectores Mayores, hablemos el veneran-do don Juan Bta. Francesia: «Veía yo que el Venerable se recogía fácilmente en Dios.»

Vienen ahora otros siete salesianos, notables por sus virtudes religiosas, por su cultura, por sus cargos o por las tres cosas a la vez. Sus deposiciones nos dicen que «la vida de Don Bosco apa-reció siempre en una unión constante con Dios», de tal modo que «en cualquier momento que se le interrogase, aun en medio de los asuntos más áridos y absorbentes, respondía como si estuvie-se sumido en la meditación»; que «la caridad con Dios resplande-cía en su unión con Él»; que «vivía siempre en la presencia de Dios», «sus pensamientos estaban siempre fijos en Dios»; que «puede decirse que la oración mental era una práctica connatu-ral en él»; que «tenía el corazón tan lleno del amor de Dios, que su pensamiento y su palabra estaban siempre fijos en el Señor»; que «el venerable demostró siempre un verdadero y profundo es-píritu de oración y de unión con Dios, como podían comprobarlo siempre que los suyos se acercaban a él»; que «tenía una perfecta unión de espíritu con Dios».

⁷ No está entre los testigos, pero sus palabras son referidas por el testigo don Ama-dei en su interrogatorio.

⁸ Carta al Cardenal Prefecto de la Congregación de Ritos, de 27 de septiembre de 1926, en el *Appendix documentorum de la Responsio para una Nova positio super virtuti-bus* (1926).

Y dicen dos Prelados

Finalmente, hablen dos preladados. Monseñor Tasso, de los sacerdotes de la Misión, obispo de Aosta, discípulo de Don Bosco desde 1861 a 1865, dice: «Ardía siempre el venerable en la más grande caridad hacia Dios, y estoy convencido de que vivía en continua unión con Dios. Recuerdo que, entre nosotros muchachos, reinaba la convicción de que el venerable hablaba directamente con el Señor, sobre todo cuando nos daba consejos respecto a nuestro porvenir.»

El cardenal Cagliero, que no necesita presentación, atestigua: «El amor divino... se le transparentaba en el rostro, en toda su persona y en todas sus palabras, que le brotaban del corazón cuando hablaba de Dios en el púlpito, en el confesonario, en las conferencias públicas y privadas y en los mismos coloquios familiares. Este amor fue su único anhelo, el único suspiro, el más ardiente deseo de toda su vida. Le oí repetir millares y millares de veces: "Todo por el Señor y por su gloria." Estaba siempre en íntima unión con Dios, cuando daba audiencia, cuando se sentaba al escritorio atento a sus trabajos, cuando oraba con fervor de ángel ante Jesús Sacramentado o cuando se hallaba en el altar..»

En cualquier momento que nos acercáramos a él, nos acogía siempre con exquisita caridad y con tan serena amabilidad, como si, en aquel propio instante, se levantase de la más encendida oración o de la más divina presencia...

Vuelvo a repetir lo que me dijo el cardenal Alimonda, que Don Bosco estaba siempre en íntima unión con Dios.» ¡Cuántos «siempre» en estas deposiciones!

El elocuente purpurado que, una vez arzobispo de Turín, tanto consoló en sus últimos seis años a nuestro amado Padre, repitió el concepto expresado por monseñor Cagliero, también en su oración fúnebre con motivo de la solemne conmemoración de trigésima, definiendo, sin más, a Don Bosco como «la unión continua con Dios».

... y Pío XI

Coronemos estas afirmaciones con una interesantísima observación de Pío XI. El gran Pontífice que se gozaba en recordar, aun

públicamente y con viva complacencia, que había tratado de cerca y no de paso a Don Bosco, afirmó que había notado «en todas sus acciones, aun en las menos llamativas, un espíritu verdaderamente admirable de unión con Dios, que dejaba entrever una continua atención a algo que su alma veía y con que su corazón se entretenía: la presencia de Dios, la unión con Dios».

En conclusión

En conclusión, así como el antiguo cronista dice de san Buenaventura que en sus escritos hacía de toda verdad una plegaria, así también, tratándose de Don Bosco, debe extenderse semejante afirmación a todos los actos de su admirable vida: todo lo que hacía era oración.

Esta larga serie de testimonios abreviará no poco lo que nos resta de camino, y la sagacidad de los lectores podrá sin dificultad hacer las oportunas aplicaciones a medida que vayamos delineando los siete efectos de la unión simple más arriba indicados.

El deliquio

El primer efecto de la oración llamada de unión simple es el único cuyas pruebas son punto menos que inasequibles. Podemos designarlo con el nombre de deliquio o espiritual desmayo, vocablo sugerido por la frase bíblica: *Mi alma quedó desmayada apenas hubo hablado el Amado*⁹. Diríase que es una languidez del corazón producida por ardentísimo foco de caridad, o, prescindiendo de toda metáfora, un dulcísimo sentimiento de amor divino, que llena el alma de gozo inexplicable, hasta producir en el cuerpo un místico desfallecimiento, que a veces hace caer en deliquio.

¿Los tuvo?

¿Verificáronse en Don Bosco fenómenos sensibles de esta naturaleza? Responderemos con dos observaciones generales y con tres hechos concretos.

⁹ Cf 5,6.

Primera observación: entre los frutos de la contemplación, uno de los más conspicuos es la humildad. El contemplativo, que conoce mejor que cualquier otro las grandezas de Dios, tiene en mayor grado el sentimiento del don divino. Por eso, en vez de complacerse en este don, tiene hasta miedo de que el aire lo sepa, y sin una ineludible necesidad de pedir consejo, no se comunica con alma viviente, antes, por el contrario, se sirve de todos los medios para recluir en sí la plenitud del amor. Pero su voluntad no lo puede todo, y aquí el temperamento tiene también su parte. La gracia obra en la naturaleza, pero no la suprime. De Luis Comollo dijimos que, si después de la comunión no hubiese dado expansión a la abundancia de sus afectos, el corazón le hubiera saltado en pedazos.

Don Bosco, por el contrario, reprimía el ímpetu de su fervor, y hubiera querido que así lo hiciera también su amigo; pero la resistencia física del amigo no era la suya.

He aquí ahora la segunda observación. Don Bosco, dueño de sus nervios; Don Bosco, temple de acero, o, para decirlo con lenguaje menos profano, Don Bosco, hombre a quien podrían aplicarse las palabras del salmista: *Mi alma siempre en mis manos*¹⁰, tuvo al servicio de su humildad una voluntad que dominaba las energías inferiores: por consiguiente, capaz también de reprimir la vehemencia del sentir para que no se trasluciera a los demás. De aquí que la ausencia de fenómenos externos, como los indicados más arriba, no sería argumento decisivo para negarle el don de la contemplación infusa.

Tres hechos dicen que sí

Por otra parte, ¿cómo se explica que una persona alcanzada, mejor dicho, herida con frecuencia por las más agudas contrariedades, por esas contrariedades que hacen sangrar el corazón, se muestre precisamente entonces más contenta que de costumbre? ¿Es que las aflicciones producen alegría? El dolor, en los corazones elevados a la contemplación, se transforma místicamente en amor, y el amor dilata los corazones. He aquí el primero de los tres hechos.

¹⁰ Sal 118, 109.

El segundo es que, en los últimos años, Don Bosco, después de pasar mañanas enteras recibiendo visitas, solía, dondequiera que se hallase, quedarse por lo menos una hora después del mediodía en su aposento, en donde sus íntimos lo sorprendían siempre sentado ante su escritorio, con el cuerpo erguido, las manos juntas, en actitud de gran dulzura, enteramente absorto en la contemplación de las cosas celestiales¹¹. Era precisamente la hora en que lo vio en éxtasis la Hermana del capítulo precedente.

Así también, en los últimos años —y estamos en el tercer hecho—, cuando, por sus quebrantadas fuerzas, aumentaba la viveza del sentimiento, al celebrar, ora se enterneecía visiblemente en todo su ser, ora aparecía como invadido de un sagrado temblor sobre todo en el instante de la elevación¹².

Confirmación

Y aquí viene bien, a mayor abundamiento e ilustración, un testimonio prestado por don Francisco Cerruti en el proceso informativo. Hablando de los dos últimos años de nuestro Santo, dijo:

«Cuando sus achaques, dolor de cabeza, cansancio de pecho y ojos medio apagados, no le permitían ya entregarse al trabajo, era penoso y al propio tiempo consolador verle pasar las horas largas sentado en su pobre sofá, en lugar a veces medio a oscuras porque sus ojos no aguantaban la luz, y no obstante siempre tranquilo y sonriente, con el rosario en la mano, los labios articulando jaculatorias y las manos que, de cuando en cuando, se alzaban para manifestar en su mudo lenguaje aquella unión y entera conformidad con la voluntad de Dios, que por su agotamiento no podía ya exteriorizar con palabras.

En cuanto a mí, estoy íntimamente persuadido de que su vida, sobre todo en los últimos años, fue una continua oración con Dios. Así piensan también los demás. Tanto es verdad que, al entrar en su habitación para verle o hablarle, lo encontrábamos siempre como quien está sumido en la más profunda meditación, aun sin dar

¹¹ Cf. carta citada de don Rinaldi.

¹² *Positio super virtutibus*, p. 972, párr. 1.

de ello muestra alguna exterior, con el rostro siempre alegre, sereno y tranquilo, saliendo de su boca palabras de paz, de caridad y de fe.»

El don de lágrimas

El segundo efecto de la oración pasiva es una suave necesidad de llorar. En la íntima unión del alma con Dios, el amoroso conocimiento de la divina bondad suscita dulces y vivas emociones en el corazón, el cual, no cabiendo ya en sí mismo, pide ayuda a los ojos, empleando una imagen de santa Catalina de Siena¹³.

Don Bosco tuvo el don de las lágrimas, que no siempre era capaz de reprimir. En el último viaje a Roma, celebrando en la nueva iglesia del Sagrado Corazón, rompió en llanto más de quince veces, de tal modo que el sacerdote que le ayudaba, ingeniábase en distraerlo, a fin de que pudiera acabar. El llanto poco después acudió de nuevo a sus ojos, con extraordinaria emoción de los muchos que le rodeaban acompañándole.

Durante toda su vida sacerdotal, al predicar sobre ciertos argumentos, para evitar el llanto pensaba deliberadamente en cosas ridículas, mas en vano¹⁴. Pero sus lágrimas hacían un bien grandísimo a quienes las veían, motivo quizás no extraño a los designios de la Providencia al concedérselas de modo irrefrenable. Y como de esto hemos dado ya en otra parte más amplios detalles, huelga ahora repetirlos aquí.

La presencia de Dios

El tercer efecto consiste en sentir la presencia de Dios, con una certeza que excluye hasta la posibilidad de la duda. Santa Teresa lo declara en estos términos: «Dios viene a colocarse en lo íntimo del alma de tal modo que ésta, reconcentrada en sí misma, no puede en modo alguno dudar de que ha estado en Dios, ni de que Dios ha

¹³ *Dialoghi*, diál. 89, 6.

¹⁴ *Pos. sup. virt.*, p. 589, párr. 183.

estado en ella; esta verdad de tal modo permanece impresa en ella, que aun cuando pasaran muchos años, sin verse de nuevo elevada a tan dichoso estado, no le sería posible olvidar el favor recibido, ni dudar de su realidad»¹⁵.

Don Bosco estaba lleno del pensamiento de Dios. Demostrarlo aquí sería como llover en el mar. De aquí procedía la fascinación de que habla monseñor Tasso cuando dice:

«Bastaba entretenerse un poco con él, para convencerse uno al punto de que era en verdad un hombre de Dios; lo sobrenatural se transparentaba en todas sus palabras y en toda su persona. Esto lo he probado yo por experiencia»¹⁶.

El padecer por Dios

Cuarto efecto: fuerza, valor, paciencia inalterable en soportarlo todo por amor de Dios. Es más, estas almas están tan inflamadas en el amor divino, que arden en deseos de padecer por Dios; y este deseo va siempre creciendo junto con el de ser cada vez más de Él.

Don Bosco fue así. Verdad es que no pocas de las páginas precedentes cantan su magnanimidad sobrehumana en medio de las penas; con todo, dos nuevos testimonios nos transmiten todavía su eco. El primero, refiriéndose a las penas morales, el Beato don Miguel Rúa, después de enumerarlas, prosigue:

«Fue siempre admirable su paciencia, su resignación y su valor. Parecía que las dificultades y las tribulaciones le infundían fuerzas, de tal modo que, aun estando apenado, sobre todo cuando la oposición venía de las autoridades eclesiásticas, no perdía nunca su serenidad, antes bien parecía que, precisamente en aquellos tiempos de tribulación, crecía su valor, ya que le veíamos más alegre y jovial que de costumbre».

Respecto a sus dolores físicos, que ya hemos descrito, muchos y graves, atestigua el historiador Lemoyne: «Jamás rezó para pedir su curación, con lo cual se convertían en voluntarios sus padeci-

¹⁵ *Castillo interior*, quinta mansión, c. 1.

¹⁶ *Positio super virtutibus*, 416-417, párr. 384.

mientos. Nunca se lamentó de ellos, ni se impacientó, y seguía trabajando».

El honrar a Dios

Quinto efecto: un deseo ardiente de alabar a Dios. La persona inflamada de amor divino quisiera ser, toda ella, voz para alabar constantemente al Señor; y desearía que Dios fuese universalmente conocido, amado y glorificado.

Sabe muy bien que Dios está muy encima de toda alabanza; y al pensamiento de tan inmensa grandeza y bondad, su mayor delicia consiste en honrar, adorar y dar gracias a Dios.

El gran San Francisco de Asís, para satisfacer este ardiente deseo, llamaba en su ayuda, con ardorosos arranques de caridad, a todas las criaturas, aun a las irracionales, aun a las inanimadas, aun a las imaginarias, para que se unieran a él para alabar al común Creador. Pero en la Iglesia, a la unidad va unida la variedad, dice san Francisco de Sales¹⁷. Sobre el indestructible fondo de oro de la caridad —«todo del amor, en el amor, por el amor y del amor, en el seno de la Iglesia»—, se despliega la policromía admirable de los santos.

Don Bosco, alma tan enamorada de Dios, tenía tres modos de invitar y excitar a alabar a Dios: ponía la más escrupulosa diligencia en el decoro del culto divino, hablaba con unción de Dios y de las cosas divinas a todos los que, aun sólo momentáneamente, se acercaban a él y se sacrificaba con celo invicto en promover siempre la gloria divina.

Estas tres cosas, especialmente la última, que en realidad lo abarca todo, nos han dado tan copiosa materia para escribir, que si de ella quisiéramos prescindir, bien poco quedaría de nuestro trabajo. Y, sin embargo, lo dicho por nosotros ante lo que ha de decir la historia, es informe esbozo en comparación del cuadro.

¹⁷ *Teótimo*, pról., párr. 3°.

El amor al prójimo

Sexto efecto: deseo grande de ayudar al prójimo. El alma que vive de Dios, a menudo logra hacerse útil al prójimo sin ni siquiera advertirlo, porque en el acto de acoger, consolar o socorrer —que son, según santo Tomás¹⁸, las tres maneras de ayudar a los necesitados—, recibe misteriosamente auxilios de lo alto, los cuales hacen eficaz la obra.

Decir Don Bosco es decir caridad: caridad inagotable en su trato con el prójimo; caridad inefable en aliviar a los afligidos y en confortar a los moribundos; caridad heroica en buscar los medios para practicar la caridad. Por esto admira el mundo a Don Bosco: *hemos creído en el amor*¹⁹.

Sobre esta caridad sobrenatural place leer el pensamiento sintético del que fue de Don Bosco el verdadero *alter ego* y con Don Bosco llevó durante largos años *el peso y el calor del día*: «Su vida entera se consumió en el ejercicio de esta caridad. La caridad, en parte, puede decirse que lo ha prevenido como don especial de la divina voluntad, y anduvo luego creciendo y perfeccionándose a medida que avanzaba en años... Veía en el prójimo la obra de Dios, y a Dios mismo en el prójimo; en cada uno de los hombres veía un hermano en Jesucristo, y, por consiguiente, lo amaba por amor de Dios, y empleaba toda su solicitud sin reservas para llevarlos todos a Dios. No era simplemente simpatía, era el amor de Dios, la caridad de Jesucristo, la que lo estimulaba para consagrarse todo a su prójimo»²⁰.

La práctica de las virtudes

Séptimo y último efecto de la oración de unión simple, el más admirable en un pobre hijo de Adán: la práctica de todas las virtudes, teologales, cardinales y morales, en grado heroico, esto es, en una medida que, por su intensidad y constancia, excede de los límites comúnmente propios de los hombres virtuosos.

¹⁸ *Suma Teol.* II, II^a, II^{ae}, q. 91, a. 1, ad 1.

¹⁹ *1 Jn* 4,16.

²⁰ *Pos. sup. virt.*, p. 592, párr. 3.

Dios, al descender a tanta largueza de dones para con un alma, al enriquecerla con tantas virtudes, quiere que toda la Iglesia se aproveche recibiendo de ellas edificación y honor; lo que precisamente es efecto del heroísmo en el ejercicio de las virtudes cristianas.

En este estado, merced a la lluvia superabundante de las gracias celestiales, no le queda al alma más que cooperar a ellas mediante su simple consentimiento. Con esto no hay peligro de que se enorgullezca el alma, como olvidada de su verdadero ser; antes, por el contrario, cuanto más se eleva en el conocimiento amoroso de Dios, tanto más se abisma en su propia nada; de tal modo que, creciendo la humildad, crecen también las gracias y crece al mismo tiempo el afán entusiasta y visibilísimo por todas las virtudes, sin exceptuar ninguna.

Sobre esto, es notable una observación de Poulain, el cual dice: «No viene sólo Dios al alma. Su acción santificadora es tanto mayor y más sensible cuanto más alta es la oración. El alma, saturándose de Dios en la unión mística, se siente a la vez, y no se sabe cómo, saturada de amor, de humildad y de espíritu de sacrificio... Dios mismo le da ocasión de ejercitarse en ellos enviándole pruebas sobre pruebas: tentaciones, enfermedades, fracasos, injusticias, desprecios»²¹.

Pruebas de amor

Entablar ahora una discusión sobre la heroicidad de las virtudes de Don Bosco, después que la Iglesia la ha declarado, sería enteramente superfluo. Sin embargo, conviene hacer resaltar un detalle que salta espontáneo del último párrafo citado. La vida entera de Don Bosco experimentó las varias y no interrumpidas vicisitudes de la intervención divina señalada aquí por el autor. Pensemos ahora en aquella frase bíblica: *el Señor azota a cualquiera que recibe por hijo suyo*²². Este lenguaje, duro e ininteligible para los mundanos, significa que las tribulaciones, siendo

²¹ L. c., XII, 1-2.

²² Hb 12,6.

medios usados por Dios para purificar y empujar a las almas por la vía de la perfección, constituyen de por sí una prueba del amor de Dios.

Semejantes pruebas de amor las tuvo Don Bosco de Dios en todo el curso de su vida; pruebas semejantes de amor dio él a Dios practicando heroicamente, en medio de las cruces que le enviaba, todas las virtudes desde el principio al fin de su mortal carrera. Su vida se nos aparece con diáfana claridad, nada en ella se oculta a nuestra mirada escrutadora: pues bien, nada descubriremos en ella que no sea santidad. Dice el eminentísimo Cagliero y, con sus palabras, nos apresuramos a la conclusión:

«El heroísmo de sus virtudes practicadas en la infancia y en la juventud, me fue afirmado varias veces por mis paisanos; de cuando sacerdote, director del Oratorio y superior de la Congregación, lo atestiguan conmigo todos los otros Hermanos testigos de su vida... A mi vuelta de América, encontré al siervo de Dios más sensible y más ardiente en su caridad, más unido a Dios y más lleno de espiritual bondad; vi también, si el amor filial no me engaña, su veneranda canicie circundada de una especie de celestial aureola y de un aspecto angélico, y en cierto modo, casi glorificada ya su vida, consumida totalmente en el sacrificio de sí mismo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas»²³.

Don Bosco ¿un místico?

Permítasenos todavía una pequeña observación antes de terminar. Así pues, Don Bosco, ¿fue también un místico? Ya se nos alcanza que a no pocos habrá de parecer esto una idea peregrina, por no decir algo peor; pero la culpa no es ciertamente de la mística.

Dos falsas ideas turban la mente de los profanos. Creen que místico se opone a real, mientras se opone a físico, es decir, natural. Se denomina «místico» lo que constituye una realidad sobrenatural. Imagínense, además, que los llamados místicos viven de tal suerte absortos en sus contemplaciones que nada ven ni entienden de las cosas de este mundo.

²³ Pos. sup. virt., p. 319, párr. 52 y 53.

Un autor, que algo entiende de ello, describe así la figura de los místicos:

«Los verdaderos místicos son personas de práctica y de acción, no de razonamiento y de teoría. Tienen el sentido de la organización, el don de mando y se revelan adornados de inmejorables dotes para los negocios. Las obras por ellos fundadas son vitales y duraderas; al concebir y dirigir sus empresas, dan prueba de prudencia y de valor, y de esa idea exacta de la posibilidad que es el carácter del buen sentido. Y realmente, parece que el buen sentido sea su cualidad predominante, un buen sentido no turbado por exaltaciones morbosas, ni por fantasías desordenadas, y unido a una muy rara facultad de discernimiento»²⁴. Este, si no nos engañamos, es el vivo retrato de Don Bosco, en el cual la contemplación iluminó y dirigió la acción.

Donoso Cortés decía que, si hubiera debido tratar con algún diplomático la cuestión más espinosa, hubiera tomado como guía y consejero al hombre más místico.

¿Quién más místico que san Bernardo? Y sin embargo, ocupóse de todo y de todos de tal manera que no se puede escribir la historia de su vida, sin escribir la de su tiempo. ¿Y santa Teresa, y tantos otros?

Puede aplicarse a Don Bosco lo que se dijo de san Bernardo, tan metido en mil asuntos: «En aquella vida la periferia no perjudicaba al centro, ni el centro a la periferia»²⁵. Y entendía por periferia la actividad exterior, y por centro el místico recogimiento interior.

Que las almas puras e iluminadas no sean buenas para nada, dice el citado autor, es una de tantas invenciones modernas.

²⁴ De Montsourand, citado por TANQUERAY en *Précis de Théol. asc. et myst.*, n° 43. Desclée.

²⁵ HELLO, *Fisonomía de los santos: San Bernardo*.

Capítulo 4

PLÁCIDO OCASO

Tras una vida tan pletórica de dones sobrenaturales como la de Don Bosco, cuántos esperarían que, al aproximarse a su final, debieran brillar en él fulgores extraordinarios, preludio de los resplandores eternos. Sin embargo, nada de eso hubo: todo pasó en la forma y condiciones ordinarias que se ven en quien se acerca a la muerte, tras larga y dolorosa enfermedad. Salvo que no deba considerarse extraordinario el modo con que Don Bosco soportó hasta el final sus males. La santidad crece hasta el límite extremo de la vida; es más, es entonces cuando se ve mucho mejor que antes el que verdaderamente es santo.

Muerte del desprendimiento

«La muerte de un santo —escribe el P. Fáber— es una obra de arte divina, es una obra maestra sobrenatural en que todo resplandece de eternal belleza; no hay dos que se parezcan, y son todas admirables»¹.

Y al enumerar las muertes preciosas a los ojos de Dios, describe una que llama «muerte del desprendimiento». Muere así quien nada tiene que sacrificar, nada de que despojarse, nada que abandonar, ya porque su alma jamás se apegó a la tierra, ya porque hace mucho tiempo que de ella se desprendió, de modo que su muerte espiritual fue muy anterior a la muerte física.

«Una muerte así —dice— es puramente un acto de amor. Podríamos llamarla mejor la ejecución de un sagrado rito que un castigo. El hombre desprendido no es ya hijo de la tierra, sino un ángel con vínculos de carne mortal.»

¹ *Conferenze spirituali*, p. 136 (trad. de J. Albera), SEI, Turín.

Sin exterioridades

Bajo este aspecto se nos presenta Don Bosco en los cuarenta y dos días en que se preparó a dejar la tierra por el Cielo; un hombre no ya de este mundo, sino todo arrobado en la confiada expectación de los bienes futuros. Dispuso el Señor que, en el no breve período de su enfermedad, nos edificase desde el lecho del dolor con su heroica paciencia, con su inextinguible ardor por el bien de las almas y con su fervorosa piedad.

Triple efecto de aquella su nunca interrumpida unión con Dios, que le hacía sufrir por amor de Dios, amar al prójimo con amor sobrenatural, y dirigir su mirada al Señor con filial ternura. A esto podemos también añadir su incondicional devoción al Vicario de Cristo.

Pero Don Bosco es siempre Don Bosco; no esperemos, pues, exterioridades impresionantes; sus íntimos sentimientos se leen a través de manifestaciones mesuradas y apacibles. No es posible que, a los ojos de un atento observador, permanezca escondida la interioridad de aquellos hombres cuya vida *está escondida con Cristo en Dios*². Consideremos, pues, una por una, las particularidades indicadas.

Con paciencia

Ni por un instante le faltó a Don Bosco la paciencia en todas las penosas alternativas de la enfermedad que le afligió, porque le sostenían las tres virtudes teologales.

La fe le hacía ver su enfermedad como enviada por Dios para bien de su alma; la esperanza le infundía imperturbable tranquilidad de ánimo en la confianza del auxilio divino para soportar todas las molestias causadas por la enfermedad; la caridad le inspiraba perfecta conformidad al divino querer, y así sufría por puro amor de Dios.

Esta humilde paciencia la ejercitaba en palabras, obras y pensamientos.

² Col 3,3.

Sin lamentos

En esos cuarenta y dos días nadie oyó de sus labios el más mínimo lamento, ni por sus sufrimientos, ni por el servicio, ni por los procedimientos curativos.

¡Si, aun sin esto, es tan humano en los enfermos hablar de su estado! Es un desahogo natural. Gozan en contar cuanto les pasa, cómo han transcurrido el día y la noche, describen la marcha de su enfermedad y pronostican cuanto les va a suceder. Y no buscan deliberadamente el mover a compasión por lo que sufren, gustan al menos de ser compadecidos por quienes los visitan, máxime si los alaban porque saben soportar sus achaques.

Nada de esto se vio en Don Bosco. El coadjutor que veló a su cabecera durante cuarenta noches, reprodujo con gran sencillez en los procesos su modo de portarse, diciendo:

«Ponía en práctica las palabras que frecuentemente me decía cuando estaba sano: hacer, padecer y callar.»

Callaba, es evidente, sobre lo que sufría, porque mientras pudo, no dejó de servirse de la palabra a fines de bien. Sólo una vez, dos días antes de morir, le dijo:

—¡Amigo mío, cuánto sufro!

Pero, en seguida, añadió con la mayor humildad:

—Si esto sigue así, no sé si sabré resistir.

Luego se reanimó, alzó los ojos al cielo y exclamó con gran fe:

—¡Hágase en todo la voluntad de Dios!

A menudo, según su costumbre, disimulaba sus dolores con alguna agudeza, que distraía la atención de los presentes. Así, después de la operación de que ya hemos hablado en otra parte³, al preguntarle cómo se encontraba, contestó:

—Me han hecho un corte magistral.

—¡Pobre Don Bosco! —repitió el otro—. Lo habrá sentido mucho.

³ Releer la 111 de este libro.

—Creo que el pedacito de carne que me han cortado, no lo habrá sentido nada.

Una noche el ecónomo general, don Antonio Sala, le preguntó:

—Don Bosco, se siente muy mal, ¿verdad?

—¡Vaya! —repuso modestamente—. Pero todo pasa, y también esto pasará.

Preguntóle entonces el mismo en qué podía aliviarle un poco.

—¡Reza! —fue su respuesta.

Y él mismo, juntas las manos, se recogió en oración. A cuantos se compadecían de él, respondía:

—El Señor sufrió mucho más que yo.

Abandonado en manos de médicos y enfermeros

Paciente se mostró en cada uno de sus actos. La enfermedad fue larga y dura. La experiencia enseña que, en tales casos, aun los temperamentos mejor templados tienen sus prontos; la nerviosidad los excita.

Don Bosco se abandonó siempre en manos de los médicos que le atendían y de las personas que le asistían. Bien se puede imaginar cuánta había de ser su solicitud.

El enfermo, olvidado de sí, expresaba su pesar por los sacrificios que se imponían; y como la mielitis le causaba espasmos al moverse, y ellos lo advertían, al punto «salía» con una broma para quitarles la pena. ¡Qué trabajo cuando se le debía trasladar de una cama a otra! Aun haciéndolo con mil cuidados, eran inevitables graves sufrimientos, ya por carecer de medios adecuados, ya porque los que lo hacían no tenían la habilidad de los enfermeros de profesión. El pobre paciente, siempre tranquilo, se dejaba mover y tratar como un autómatas, diciendo de cuando en cuando alguna frase feliz. ¡Y pensar que la maniobra tenía que repetirse todos los días!

Una noche deseaba beber, mas se le desaconsejó por la frecuencia del vómito. No se descompuso:

—Es necesario —exclamó— aprender a vivir y a morir.

¿Exigencias para tener el alivio de alguna delicadeza? ¡Ni soñarlo! Una vez se alarmó porque le pareció advertir algo insólito. Cuando en las últimas semanas le abrasaba una sed ardorosa que ni el agua ni el hielo conseguían apagar, se recurrió al agua de Seltz, que pareció proporcionarle algún alivio. Mas él, creyendo que fuera una bebida costosa, se negó a volverla a tomar. Para tranquilizarle, hubo que hacerle ver que costaba sólo unos céntimos la botella.

Y aquí encaja como muy oportuna una observación del citado Padre Fáber: «No hay —dice— en los santos nota más universal que su horror por las dispensas; horror que crece en proporción de la necesidad y de los derechos que pueden tener.»

Su resignación

Cuáles eran los pensamientos que ocupaban su mente: esto lo iremos viendo a medida que adelantemos en este estudio. Desde el punto de vista de la paciencia, baste señalar su entera resignación a la voluntad de Dios.

Después de una vida tan activa como la suya, parece como que a cada momento debía ponérsele delante la idea del bien que hubiera podido hacer recobrando la salud. Los enfermos acarician a menudo y sin remordimiento esta ilusión, creyendo que en ello les mueve únicamente el servicio de Dios. Pero las almas santas saben que el mejor modo de servir a Dios es servirle como Él quiere y, si las quiere en estado de enfermedad, bendito sea. Este sentimiento de perfecta resignación no abandonó ni un instante a Don Bosco. Todos los testigos oculares están concordes en proclamarlo.

Reiteradamente, ora uno ora otro de los superiores le instaban a que rezara para obtener su curación, en la seguridad de que, si lo hacía, se obtendría la gracia. Pero él jamás condescendió repitiendo:

—Hágase en mí la santa voluntad de Dios.

Es más, alguno, al sugerirle jaculatorias, intentó casi subrepticamente insinuarle un:

—María Auxiliadora, ayudadme a sanar.

Mas a este punto Don Bosco calló. Solía expresar su resignación, levantando los brazos al cielo, y juntando luego las manos. Cuando se le paralizó el lado derecho y el brazo le quedó inmóvil, no cesaba de alzar el izquierdo, repitiendo:

—Hágase vuestra santa voluntad.

Y cuando, al final, perdió el habla, alzaba de tanto en tanto la mano del mismo modo, renovando, en su mudo gesto, el secreto ofrecimiento de su vida al Señor.

Sus palabras

Don Bosco que, durante tantos años había siempre puesto en práctica la máxima de un autor ascético: «Una conversación sacerdotal debe siempre sugerir un *arriba los corazones*»⁴, no podía olvidarlo al llegar al término de sus días.

El solo verlo allí en el lecho del dolor, tan compuesto en su resignada tranquilidad, llenaba de edificación; pero nunca le faltaban palabras que hacían bien a los presentes y animaban a hacerlo a los ausentes. En realidad, palabras pocas podía decir; pero su corazón unido al de Jesús, ponía en su voz tal vibración que despertaba saludables emociones.

Con los que más asiduamente estaban a su cabecera, como el ya mencionado coadjutor y el joven secretario don Carlos Viglietti, no sólo tenía afectuosas palabras de gratitud o amables donaires, pero los exhortaba a hacer sus servicios por motivos sobrenaturales. Por ejemplo, al primero:

—Recuerda, querido, que, al fin de la vida, recogeremos el fruto de nuestras buenas obras. Procura hacerlas por la gloria de Dios, que el Señor te las pagará bien.

Y al segundo, con paternal bondad:

—Di a tu madre que la saludo, que procure educar cristianamente la familia, y que rece también por ti para que seas siempre un buen sacerdote y salves muchas almas.

⁴ TANQUERAY, L. c., n. 615.

¡Salvar almas!, era ésta una de sus más frecuentes recomendaciones. Dijo un día a monseñor Cagliero:

—Una sola cosa pido al Señor, que pueda salvar mi pobre alma. A ti te recomiendo que digas a todos los salesianos que trabajen con celo. ¡Trabajo, trabajo! Esforzaos sin descanso en salvar almas.

Y a la superiora general de las Hijas de María Auxiliadora, después de haberle dado su bendición:

—Salvad muchas almas.

Y de nuevo a Cagliero, cinco días antes de morir, murmuró con gran fatiga:

—Salvad muchas almas en las Misiones.

El trabajo

Monseñor Cagliero gustó siempre de recordar y comentar animadamente la viva exhortación del amado Padre acerca del trabajo. Por algo se la dirigió Don Bosco en aquellos últimos momentos con preferencia a otras. La laboriosidad es una de las más genuinas tradiciones salesianas.

Puede aplicarse también a los hijos de Don Bosco lo que el abate Marmión dice de los hijos de san Benito⁵. La Regla salesiana, como la benedictina, no prescribe penitencias extraordinarias de cilicios, disciplinas y demás; mas la forma de penitencia en una y otra familia religiosa la constituye el trabajo. Todos en la Iglesia van a la vida religiosa para encontrar a Dios.

Ahora bien, las dos Reglas prescriben que se le busque no sólo con la oración mas también con el trabajo, *ora et labora*; y tanto más encontrará a Dios quien más gloria le dé, y le glorificará el que despliegue todas sus fuerzas libremente, cumpliendo su suprema voluntad según la obediencia. Este es, en el fondo, el pensamiento que puso en labios de Don Bosco moribundo la apremiante advertencia.

⁵ Dom C. MARMION, *Cristo, ideal del monje*.

Sus Congregaciones

Las dos Congregaciones por él fundadas reclamaban naturalmente su paternal atención; sus últimos consejos eran para la santificación de sus miembros y para su conservación y fecunda actividad en bien de las almas.

Pidiéronle un recuerdo para las Hijas de Maria Auxiliadora.

—Obediencia —respondió—. Practicadla y hacedla practicar.

Y a don Juan Bonetti, cuando apenas faltaban tres días para el trance final:

—Escucha. Di a las Hermanas que, si observan las Reglas, tendrán asegurada su salvación.

El día antes, con un hilito de voz y un tono alentador había dicho a monseñor Cagliero:

—La Congregación no tiene nada que temer. Tiene hombres formados. Tómatela con interés. Ayuda a los demás superiores en todo lo que puedas.

Aquella tarde, don Antonio Sala, al verle más sosegado, díjole para animarle:

—Don Bosco, estará usted ahora contento pensando que, tras una vida de tantos trabajos y fatigas, ha conseguido fundar casas en varias partes del mundo y establecer sólidamente la Congregación Salesiana.

—Sí —contestó—. Lo que he hecho, lo he hecho por el Señor. Mucho más se hubiera podido hacer, pero lo harán mis hijos. Nuestra Congregación está dirigida por Dios y protegida por María Auxiliadora.

Su amor al Papa

Nadie extrañará que aprovechemos el momento para decir unas palabras sobre la devoción de Don Bosco al Vicario de Cristo, manifestada en su lecho de muerte. ¿No pensaba él y no enseñaba que el Sumo Pontífice es el anillo que une a los hombres con Dios? Magnífico testimonio el que le rindió Pío XI cuando afirmó por

ciencia propia que, para Don Bosco, la mayor de las glorias, era la de ser un fiel servidor así de Cristo y de su Iglesia, como de su Vicario⁶.

Pues bien, durante su enfermedad y en un momento en que el dolor le permitía abrir el corazón a los nobles sentimientos que él había albergado durante toda su vida, díjole a monseñor Cagliero:

—La Congregación y los salesianos tienen como fin especial sostener la autoridad de la Santa Sede doquiera se encuentren y doquiera trabajen.

Al pensar en los malos tiempos en que le tocó vivir, se comprenderá fácilmente la importancia de este su programa de acción. Sobre ello volvió en una afectuosa visita que le hizo el cardenal Alimonda, arzobispo de Turín.

—Tiempos difíciles he vivido, eminencia. Pero la autoridad del Papa... la autoridad del Papa... Se lo he dicho a monseñor Cagliero. Los salesianos están para defender la autoridad del Papa doquiera se encuentren, dondequiera que trabajen. Acuérdesse, eminencia, de decírselo al Padre Santo.

El cardenal, semanas más tarde, en la solemne conmemoración de Don Bosco, después de narrar su visita y referir esas palabras, añadía: «En estas palabras el santo varón me abría su testamento. ¿Qué digo «abría»? Su vida entera, privada y pública, conocida es de todo el mundo como un testamento papal.»

Y cuando el sucesor de Don Bosco en la primera audiencia concedida por León XIII, evocó esos sentimientos del venerable extinto, exclamó el Papa:

—Bien se ve que Don Bosco era un santo, parecido en todo a san Francisco de Asís que, en punto de muerte, recomendó calurosamente a sus religiosos que fueran siempre hijos devotos y sostén de la Iglesia Romana y de su Cabeza. Practicad estas recomendaciones de vuestro santo fundador, y el Señor no dejará de bendeciros.

⁶ Discurso en la audiencia de 25 de junio de 1922 a los alumnos del Instituto Salesiano del Sacro Cuore de Roma.

Y es que la devoción de Don Bosco al Vicario de Jesucristo estaba penetrada de profunda veneración, amor cordial y absoluta obediencia.

Su piedad

Réstanos hablar de su piedad.

«Rezaba casi continuamente», afirma el mencionado coadjutor en los procesos. «Continuamente parecía absorto en Dios», añade a su vez el secretario. Y sigue: «Bien lo decía su porte humilde y devoto, sus fervorosas miradas al crucifijo, los besos al escapulario y a la medalla de la Virgen, las jaculatorias que numerosas y frecuentes afloraban a sus labios.»

El escapulario era el del Carmen, que, por su deseo, le impuso durante la enfermedad el salesiano que tenía facultad de imponerlo. En cuanto al crucifijo, a más del que ordinariamente llevaba al cuello, en sus últimos días había recibido con gran complacencia uno, besando el cual podía ganar cada vez una indulgencia plenaria. Uno, al verle un día sufrir más de lo acostumbrado, le sugirió se animara, pensando en los sufrimientos de Cristo.

—Es lo que hago siempre —respondió.

A pesar de los males que lo trabajaban, quería que el secretario rezara con él todas las mañanas las oraciones, le leyese la meditación y le hiciera otras piadosas lecturas. Todas las mañanas, hasta la fiesta de san Francisco de Sales, asistió devotamente a la santa misa, apoyado en las almohadas; la celebraba el mismo secretario en la capilla contigua a la habitación. En enero, habiendo tenido un pequeño desvanecimiento, dijo:

—Me parece que rezo siempre, mas no lo sé de cierto. Ayudadme vosotros.

No sólo rezaba, sino que hacía rezar. Dijo al principio a los superiores que rezasen todos por él e invitaran a todos los salesianos a rezar a fin de que pudiera morir en gracia de Dios, pues otra cosa no deseaba.

A mediodía del 24 de enero, encontrándose muy mal, mandó llamar al joven sacristán Palestrino, a quien tenía en gran estima,

y le hizo decir que, durante el tiempo libre, se quedara rezando a Jesús y a María, para que, mientras llegaba su hora, pudiera tener una fe muy viva. Al anochecer, contrariamente a lo que sucede a los enfermos, sintióse más aliviado, lo que atribuyó a las oraciones del buen joven. Más tarde, acentuándose la dificultad de hablar, recomendó a los circunstantes que le sugirieran devotas jaculatorias.

¡Cuántas nuevas pruebas dio de su constante y fervorosa devoción a María Santísima y a Jesús Sacramentado! Alegrábase de recibir a menudo la bendición de María Auxiliadora según la fórmula aprobada por la Congregación de Ritos. Habitualmente tenía el rosario en la mano. Una vez, besando la medalla de la Virgen, exclamó:

—Siempre he tenido gran confianza en la Virgen.

Pero, aunque no lo hubiera dicho, bastaba ver cómo besaba su imagen para comprenderlo. A fines de diciembre, dijo a algunos superiores:

—Recomiendo a los salesianos la devoción a María Auxiliadora y la frecuente comunión.

Parecióle a don Miguel Rúa que podía ser éste el aguinaldo del nuevo año para las casas, y así se lo indicó.

—No, sino para toda la vida —respondió.

Poco después, dirigiéndose a monseñor Cagliari, le dijo:

—Propagad la devoción a María Auxiliadora en la Tierra del Fuego. ¡Si supierais cuántas almas quiere María Auxiliadora ganar para el Cielo por medio de los salesianos!

Y en otra ocasión:

—Los que deseen gracias de María Auxiliadora, ayuden las Misiones, y estén seguros de que las alcanzarán.

Mejoría

A primeros de enero, y cuando todos temían un inminente desenlace, presentóse de pronto una progresiva mejoría, que atribuyeron todos a una gracia particular debida a las muchas oraciones

que por él de todas partes se elevaban al Cielo. En la tarde del 7, dictó al secretario un mensaje para don Juan Bta. Lemoyne, que decía:

«¿Cómo se explica que una persona, después de veintiún días de cama, casi sin comer, con la mente en extremo debilitada, vuelva de pronto en sí, se dé cuenta de todo y se sienta con fuerzas casi como para levantarse, escribir y trabajar? Sí, en estos momentos me siento sano como si nunca hubiera estado enfermo. Si alguien preguntara la razón, se le podría contestar: *Oh Virgen, con tu ruego puedes lo que Dios con su imperio.*»

Indescriptible fue la alegría que invadió el Oratorio a tan inesperada buena nueva. En los lugares más frecuentados de la casa se leía, en cartelitos colgados de la pared, el verso latino que exaltaba la omnipotencia suplicante de María.

Almas... ¡María!

Durante su vida, quién sabe las veces que había rezado a la Virgen para que le ayudara a salvar a sus jóvenes y a bien dirigir la Congregación. El recuerdo de tantas súplicas suscitaba en él, en momentos de sopor, la reproducción de escenas vistas en las que tan espontáneo y fervoroso había sido su recurso a María.

Un día, agitándose de pronto, comenzó a palmotear gritando:

—¡Pronto, pronto, salvad a aquellos jóvenes!... ¡María Santísima, ayudadlos!... ¡Madre, Madre!...

Otro día, mientras dormitaba, repetía:

—¡Pobres, qué apurados están!... ¡Ea, valor, adelante, siempre adelante!... ¡Madre, Madre!...

Y hasta veinte veces repitió la tierna invocación. Algo más tarde, y ya despierto, juntó las manos, y dijo tres veces con filial fervor:

—¡Oh María, oh María, oh, María!

Aquel llamar a la Virgen con un sentimiento tan filial fue muy frecuente en él en sus últimos días, mientras le duró el habla y el conocimiento.

La Eucaristía

Su seráfico ardor hacia Jesús Sacramentado se traslucía en su rostro cuando recibía la santa Eucaristía. Todas las mañanas, salvo los días en que no había podido guardar el ayuno, recibía la comunión, a la cual le parecía que nunca estaba suficientemente preparado, pues, al recibir casi todos los días la visita de su confesor, quería reconciliarse.

Pudo comulgar hasta el 29 de enero, fiesta de san Francisco de Sales. Aquella mañana opinaban algunos que no se le debía dar la comunión, porque parecía privado de sentidos; mas prevaleció el parecer contrario. Se tenía la seguridad de que, en el momento crítico, volvería en sí. Y así fue. Avisado de que en seguida se le iba a traer el Señor, no se movió. Pero, apenas el celebrante se le acercó con la santa hostia y dijo en alta voz el *Corpus Dómini nostri Jesu Christi*, el enfermo se movió, abrió los ojos, los fijó en la hostia santa, juntó las manos, y una vez recibido el Señor, se recogió, repitiendo palabras de acción de gracias que le sugería el salesiano que le asistía.

Fue ésta su última comunión; mas no había aguardado a tanto para pedir el Viático. Hacía apenas tres días que guardaba cama, cuando dijo al secretario:

—Haz que todo esté pronto para el santo Viático. Somos cristianos, y hay que hacer voluntariamente a Dios el ofrecimiento de la propia vida.

El tono fue tan decidido que ningún superior quiso cargar con la responsabilidad de diferirlo; y así se fijó la solemnidad para el día siguiente, vigilia de Navidad. Cuando ya todo estuvo preparado, se le hizo presente; entonces, con semblante preocupado, exclamó:

—Ayudadme, ayudadme vosotros a recibir a Jesús. Yo estoy confuso. *A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.*

Acercábase ya el cortejo formado por el clero infantil y cuantos sacerdotes y clérigos pudieron participar. Al oír los cantos, Don Bosco se enterneció; y al ver aparecer el Santísimo que llevaba monseñor Cagliero, prorrumpió en llanto.

Y nota aquí el diario que, revestido de estola, «parecía un ángel». Monseñor, al dar fe de ello en los procesos, decía que le había parecido ver al san Jerónimo del Dominiquino⁷.

Tampoco quiso esperar para los santos Óleos. Ante su insistencia, fue el mismo monseñor quien se los administró la tarde misma del Viático. Antes el enfermo había expresado el deseo de que se pidiera para él al Papa la bendición apostólica, lo que se hizo con la mayor prontitud. Recibidos los sacramentos, ya no hablaba más que de la eternidad y de cosas espirituales.

Su serenidad hasta el fin

A todos encantaba la serenidad que se dibujaba en su rostro, en su mirada y en sus palabras. Tal la mantuvo hasta el momento final; es más, en su rostro quedó impresa aun después de haber perdido toda percepción del mundo exterior.

No puedo dejar de añadir que, después de haberlo visto por última vez, me parece aún tener delante de los ojos su dulce imagen. Apoyado en las almohadas, presentaba las facciones del rostro tan delicadamente compuestas que no parecía se encontrara ya en estado preagónico. No se cansaba uno de contemplarlo. Aun después de muerto, estaba su semblante tan aureolado de suave paz que hacía exclamar: ¡Qué hermosa es la muerte de los santos a los ojos de Dios y de los hombres!

Hemos recordado la visita que al enfermo hizo el gran cardenal Alimonda. Para él, según dijo en la oración fúnebre, «fue un afecto vehemente, una ley el visitarlo». Quedó maravillado al verlo tan tranquilo de espíritu y tan lleno del pensamiento de Dios; de modo que, al salir, se dirigió a monseñor Cagliero que le acompañaba y le dijo:

—Don Bosco está siempre con Dios, es la unión íntima con Dios.

Las muestras de este divino contacto habitual, ni siquiera al acercarse la muerte, ni aun la muerte misma pudo hacerlas desaparecer.

⁷ Mote cariñoso de Domenico Zampieri (1581-1641), pintor italiano que tiene en el Vaticano, entre otras obras, *La Comunión de san Jerónimo*.

Capítulo 5

GEMA SACERDOTAL

Genial descripción de Joergensen

El autor danés de una vida de Don Bosco, al estudiar al Santo, extrajo una impresión que ciertamente sacaron también los biógrafos anteriores, pero que sólo él expresó de modo genial¹. Escribe: «Don Bosco es uno de los hombres más completos, más absolutos que ha conocido la tierra. En la mayor parte de las creaturas que la Iglesia ha coronado con la aureola de los santos, hállese siempre un algo humano y, a veces, como en san Ambrosio, demasiado humano. En la vida de Don Bosco, nada o casi nada de eso. En él todo es luz, sin sombras, lo que desde un punto de vista artístico, constituye una dificultad. Todo el cuadro hay que pintarlo en blanco; blanco sobre blanco, luz sobre luz. *Los justos, dice el Evangelio, resplandecerán como el sol. Mas, ¿quién es capaz de pintar el Sol?*»

Pues bien, sobre este fondo de cándida inocencia, fue levantando Don Bosco el edificio de su santidad sacerdotal. Este es el carácter de la santidad de Don Bosco; porque antes de ser sacerdote, deseaba serlo; y esta aspiración puede decirse que dio el tono a su vida desde los cinco hasta los veintiséis años.

Sacerdote siempre

Difícil es puntualizar cuándo se dibujó en su mente el pensamiento de hacerse sacerdote; parece como nacido con él, pues lo manifestó apenas las circunstancias le permitieron darse cuenta de quiénes eran y qué hacían los sacerdotes. Desde aquel momento, el ideal del sacerdocio de tal modo se apoderó de él que imprimió a su conducta una directriz sacerdotal.

¹ JOERGENSEN, *Don Bosco*. Trad. ital. de A. Cojazzi, p. 8. SEI, Turín 1929.

No hablamos del mimetismo sentimental de las ceremonias litúrgicas, fenómeno frecuente en los niños de familias cristianas; hablo de aquel apostolado que empezó a practicar ya desde pequeño en las formas propias del celo sacerdotal. Son cosas sabidas. Y, una vez vistió el hábito talar, puso todo su empeño en despojarse de todo aquello que aun de lejos pudiera tener visos de mundanidad, renunciando a tocar el violín —su instrumento predilecto—, a ir de caza y aun a leer los clásicos profanos, dedicándose por completo a los estudios sagrados, a enseñar el catecismo y a las funciones del culto.

De esta manera, al recibir el presbiterado, llevaba ya un alma enteramente sacerdotal que, después de la imposición de manos y la gracia del sacramento, vibró aun más que antes por *todo lo que es verdadero, todo lo que es pudoroso, todo lo que es justo, todo lo que es santo, todo lo que es amable*, como se dice con palabras del apóstol en la misa en su honor². Don Bosco, pues, quiso ser y fue esencialmente sacerdote en el ejemplo y en la palabra, en la acción y en la oración.

Siempre sacerdote

Y al hablar aquí de la ejemplaridad sacerdotal de Don Bosco, no queremos referirnos a la práctica de la virtud; la canonización nos asegura, fuera de toda duda, que la ejercitó en grado heroico; sino que queremos hacer resaltar su ejemplaridad en el concepto que tenía de la dignidad sacerdotal.

Lo expresó de un modo, diría, único en 1866. Cuando el Gobierno de la nueva Italia se encontraba todavía en Florencia, el presidente del Consejo le rogó quisiera hacer de intermediario oficioso con la Santa Sede para la solución de espinosos problemas. El Santo, en la esperanza de rendir un gran servicio a la Iglesia, aceptó la invitación; pero al presentarse al ministro, sabiendo con quién tenía que tratar, antes de entrar en materia no se recató de hacerle esta perentoria declaración:

—Excelencia, sepa que Don Bosco es sacerdote en el altar, sacerdote en el confesonario, sacerdote en medio de sus muchachos;

² Flp 4,18.

y como es sacerdote en Turín, así lo es en Florencia, sacerdote en casa del pobre, sacerdote en el palacio del rey y de sus ministros.

Parece verle y oírle. Era su hablar reposado, con dulce gravedad, pensando cada palabra; así debió de hablar en aquella ocasión. Es fácil imaginarse la sorpresa del ministro que, por otra parte, se apresuró a darle toda suerte de seguridades. Que si se hubiera mostrado escandalizado, Don Bosco con toda franqueza y sencillez le habría contestado como contestó a otros:

—Le parece a usted el mío un lenguaje nuevo, porque no ha tenido ocasión de hablar con un sacerdote católico.

El sacerdote, según su axioma muy repetido por Don Bosco, es siempre sacerdote, y debe mostrarse tal en todo momento. Seis años después de su ordenación sacerdotal, entre los recuerdos de los ejercicios, copió el dicho de san Juan Crisóstomo: «El sacerdote es soldado de Cristo.» Y por lo mismo, el soldado es siempre soldado, es decir, está siempre en servicio activo.

El sacerdote, un ángel

El alto concepto que Don Bosco tenía del sacerdocio, se colige de otras manifestaciones. Él, siempre tan humilde, agradecía las muestras de honor que en tantos sitios le rendían, y a veces le tributaban en sus viajes poblaciones enteras. ¿Por qué? No lo ocultaba; porque tales demostraciones las consideraba dirigidas, no a su persona, sino al carácter sacerdotal, y por lo mismo a la Iglesia y a la fe.

Un día, en casa de una noble familia turinesa, oyendo de sí grandes elogios, dejó hablar, y luego añadió:

—Mucho me alegra ver la gran estima que tienen del carácter sacerdotal. Por mucho que se alabe al sacerdote, o sea, su dignidad y caudal de virtud de que ha de estar provisto, nunca se dirá lo bastante.

En otra ocasión dio libre desahogo a su sentimiento en forma vivaz e inesperada. Entraba con un sacerdote amigo en un colegio de religiosas y, después de haberse susurrado para sí la oración: *Haz, Señor, que guarde mi corazón y mi cuerpo inmaculado para Ti, para no ser confundido*, dijo a su compañero:

—¿Ves? Un sacerdote fiel a su vocación es un ángel; pero el que no es así, ¿qué es? Un objeto de lástima y de desprecio para todos.

Así es natural que honrase en los demás el carácter sacerdotal; y en efecto, con los sacerdotes abundaba en muestras de estima y respeto; y cuando venía a saber que alguno no hacía honor a su carácter, se entristecía hasta derramar lágrimas, y hubiera querido ocultarlo a las miradas de los demás. ¡Con cuánta caridad procuraba rehabilitar a los desgraciados que, a veces, le recomendaban los obispos! Y de esto volveremos a hablar.

Su mejor título, sacerdote

Es una lástima que no se conserven enteras sus pláticas a sacerdotes en ocasión de ejercicios espirituales. A juzgar por los esquemas que nos quedan, podemos adivinar su eficacia, ya que siempre hablaba *de la abundancia del corazón*.

—¡Qué contento estoy de ser sacerdote! —exclamó una vez, despartiendo con otro.

Y lo decía porque pensaba humildemente que sólo el ser sacerdote le había preservado en aquellos tiempos tan difíciles del vértigo a que se entregaron ciertas cabecitas calenturientas³; pero el serlo fue en todo tiempo un íntimo consuelo y su mayor título de honor, y así jamás omitió el ponerlo delante de su propio nombre, en los libros y en las cartas, cosa entonces completamente fuera de lugar.

Era sol y luz

¿Quién más sacerdote que él en el hablar? Podemos asegurar con certeza moral que Don Bosco no tuvo que dar cuenta a Dios de ninguna palabra ociosa. Ya en otra parte hemos visto cómo santificaba el uso de la palabra en los ministerios de confesor, predicador y educador; pero el amor sacerdotal a las almas que le animaba en el púlpito, en su habitación o en el patio, no le abandonaba en ninguna parte. En casa, o fuera de ella, tratando asuntos o participan-

³ MBe III, 221.

do en amigables conversaciones, todos advertían al punto la presencia del sacerdote, habituado al pensamiento de Dios y de la eternidad, porque, en todo tiempo y lugar, sabía ser *sal y luz*⁴.

Bien lo comprendió en Francia aquel marqués que, delante de un escogido círculo de aristócratas, no pudo menos de exclamar: *dom Bosco præche toujours* (*Don Bosco predica siempre*).

Y qué bien comprendían el valor de sus palabras aquellos pobres clérigos del Oratorio que de ellas hacían tesoro, y las copiaban fielmente en sus cuadernos, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros.

Sacerdote de los muchachos

Digamos algo de su acción sacerdotal. Nos da pie su anterior declaración: «Sacerdote en el altar.» Ya hemos visto que celebraba como un serafín. «Sacerdote en el confesonario.» Sentía serlo sobre todo para regenerar las almas a la vida de la gracia. «Sacerdote en medio de los muchachos.»

¡Y cómo los amaba! «Basta que, seáis jóvenes para que os ame», les decía en el prefacio de *El joven Cristiano*. Los amaba como sacerdote. «Difícilmente podréis encontrar —añade allí mismo— quien os ame en Jesucristo más que yo.»

Y lo demostraba como sacerdote, no perdonando fatigas, penas y sacrificios de todo género por el bien de sus almas. Y los trataba como sacerdote.

Fue máxima, por él constantemente predicada y practicada, que nunca un niño debía apartarse descontento de nosotros. Les hablaba como sacerdote. La salvación de su alma: éste era el argumento de sus pláticas y conversaciones, en público y privado; ésta, la primera palabra al recibir a un alumno; ésta, la última al despedirlo; y ésta, siempre al encontrárselo ya hombre hecho.

Sacerdote en todas partes

«Sacerdote en Florencia como en Turín.» Es decir, en todas partes. Durante sus viajes por Italia, Francia y España, la admiración hacia

⁴ Mt 5,13.

el taumaturgo no suprimía la veneración al sacerdote santo, cual aparecía a los ojos de cuantos se le acercaban. De aquí un correr a «oír» su misa, a escuchar su palabra y a abrirle la conciencia.

De vuelta de París en 1883, dijo que había tenido que resolver buen número de casos, cada uno de los cuales bien valía la pena de haber hecho aquel viaje.

Con los pobres

«Sacerdote de los pobres.» Al par de Jesús guardó su predilección para los pobres y, como Jesús, entre los hijos del pueblo, buscó a sus discípulos. Y a más, ¿quién no sabe que decir Don Bosco es decir juventud pobre? Ningún necesitado acudió a él, sin recibir algún socorro, lo que hizo decir a su biógrafo: «A pesar de ser tan pobre, Don Bosco era generoso como un rey.»

Entre los caracteres distintivos del Mesías señaló el profeta el *los pobres son evangelizados*; así el sacerdote tanto más sacerdote será cuanto más reproduzca el divino modelo en el *evangelizar a los pobres*⁵.

Con los grandes

Sacerdote con los grandes. Don Bosco se relacionó mucho con personas de elevada posición, así en ciencia como en riqueza. A las puertas de los ricos llamó, y llamó sin tregua. También recibió en abundancia. Profunda fue su gratitud, pero de sacerdote, es decir, limpia de cuanto significara servilismo. Movíale este principio:

—También nosotros les hacemos a los ricos una gran caridad, ayudándoles a observar el precepto divino del *dad lo sobrante como limosna*⁶.

Con los ricos

A los ricos esclavos de las riquezas les hacía él mismo limosnas espirituales. Un hebreo rico, que tenía deseos de conocerlo, y pudo

⁵ Mt 11,5; Lc 4,18.

⁶ Lc 11,41.

conseguirlo, salió del Oratorio diciendo que, si en cada ciudad hubiese un Don Bosco, se convertiría todo el mundo.

Otro judío, también rico y por añadidura rabino, decía que había ido dos veces a ver a Don Bosco, pero que no volvería la tercera, porque se vería obligado a quedarse con él.

De semejante expresión es fácil colegir cómo entrambos vieron de Don Bosco no sólo la sotana, mas también el ánimo sacerdotal.

Ante los sabios

Si ante los ricos no se doblegaba, tampoco ante los sabios deponía su dignidad sacerdotal. También él tenía su ciencia, la que la Escritura dice que deben guardar los labios de los sacerdotes⁷, y él la dispensaba a los que la querían y a los que no.

Un abogado extranjero de gran renombre, valiente defensor de la Iglesia, después de hablar largo y tendido con él de su actividad por la buena causa, oyó que a quemarropa le hacía esta pregunta:

—Señor, ¿practica usted esta religión que tan honrosamente defiende?

Desconcertado el otro, se escurría queriendo cambiar de tema; pero Don Bosco, apretando entre las suyas la mano del abogado, insistió:

—No se me escape y responda: ¿practica usted esta religión que con tanto acierto defiende públicamente?

Fue el golpe de gracia para su interlocutor, el cual había llegado hasta el punto de no creer ni siquiera en la confesión.

Al despedirse de una noble familia, dirigió Don Bosco a cada uno de sus miembros una palabra oportuna, excepto a un general, huésped de ella al par que él. Hombre instruido, pero indiferente en las cosas de la fe, el viejo soldado pidió también le dijera alguna palabra como recuerdo de aquel encuentro.

—Rece por mí, mi general —díjole el Santo—; ruegue para que el pobre Don Bosco salve su alma.

⁷ Mt 2,7.

Sorprendido el general, replicó:

—¿Yo rezar por usted? No, eso no. Usted es quien debe darme un buen consejo.

Don Bosco reflexionó un momento; luego dijo con firmeza:

—Mi general, piense que tiene todavía que reñir una gran batalla; si vence, será muy dichoso... La batalla por la salvación de su alma.

Los presentes se miraron asombrados; pero el general exclamó que sólo don Bosco podía hablarle con tanta franqueza.

Es muy conmovedor un coloquio con el setentón conde Cibrario, historiador de gran valía y ministro de Estado. Don Bosco llegó a decirle:

—Señor conde, sabe usted que yo le quiero mucho y le aprecio en gran manera. Ahora bien, si como usted ha indicado, su vida no puede ser ya muy larga, acuérdesse de que, antes de morir, tiene alguna cuenta que ajustar con la santa Iglesia.

En París fue visitado por Pablo Bert, ministro que fue de Instrucción Pública; Don Bosco encaminó la conversación hacia la vida eterna, y lo indujo a la inmediata revisión de un libro suyo de moral sobre el cual se habían vertido poco antes ríos de tinta.

También en París sostuvo un dramático diálogo con Víctor Hugo. Poseemos el texto redactado inmediatamente después ante sus ojos y retocado de su puño y letra. El novelista, que se presentó con ideas muy diferentes, salió pensativo sobre la suerte que le esperaba más allá de la tumba.

Ante las autoridades

Don Bosco tuvo grandes relaciones con personas de autoridad; respetó la autoridad, pero jamás aduló a nadie.

Bien lo experimentó el ministro Urbano Ratazzi cuando, habiéndole preguntado si había incurrido en excomunión por sus actitudes de gobierno, recibió tres días después la siguiente respuesta:

«He examinado la cuestión, he buscado, he estudiado para poderle decir que no; pero no he podido conseguirlo.»

Mostróse el ministro agradecido a estas palabras, y le declaró que se había dirigido a él porque conocía su franqueza.

En 1874, al salir del Ministerio del Interior, en Roma, declaró a cierta persona de su intimidad que había dirigido al ministro palabras muy graves, y con fruto.

Al inaugurarse en Lanzo el ferrocarril, eligieron el colegio salesiano para servir un refresco a las autoridades. Concurrieron a él tres famosos ministros y varios senadores y diputados. Don Bosco, que también fue allí, convirtiéndose a poco durante la recepción en el «rey» de la conversación, y de ella se valió para encaminar, con la mayor delicadeza, la charla de aquellos señores a reflexiones útiles sobre verdades que no oían desde Dios sabe cuánto tiempo.

Pero, aun a testas coronadas y descoronadas, Don Bosco con anterioridad no había escatimado *las municiones de salvación*. A los reyes de Nápoles, desterrados en Roma, después de recordarles los yerros cometidos por sus antepasados contra la Iglesia, les aconsejó resignación, porque los designios de la Providencia no eran los mismos que ellos acariciaban.

Y antes aun, la devoción y el afecto que profesaba a los reyes de Saboya, no le impidieron elevar su voz para apartar al soberano de sus malos pasos. Desgraciadamente no logró su objeto, antes por el contrario sólo irritación produjeron sus indicaciones; pero más tarde Víctor Manuel II mostró cuánto había apreciado su franqueza, diciendo al arzobispo de Génova, que había sido su preceptor, que Don Bosco era verdaderamente un santo sacerdote.

Así Don Bosco ponía en práctica el precepto del apóstol: *Dad a cada uno lo suyo... honor a quien se debe honor*⁸. Por esto jamás salió de sus labios una palabra irreverente, exigiendo en los suyos gran respeto a las autoridades constituidas; y, por críticos que fueran los tiempos, siempre mantuvo bien alto su decoro sacerdotal.

Sacerdote con sus superiores y hermanos

Si Don Bosco fue sacerdote con todos, lo fue también con sus superiores y hermanos en el orden sacerdotal. Su conducta con el Vicario de Cristo no pudo ser más rectilínea.

⁸ Rm 13,7.

—Todo con el Papa, por el Papa y amando al Papa.

Tal fue el programa que se había trazado; y de esta premisa fluían solas las consecuencias. Así decía a los jóvenes:

—Cuando veáis que un autor escribe poco bien del Papa, sabed que el suyo es un libro que no debéis leer.

Preguntábanle algunos su parecer sobre las violentas anexiones de las provincias romanas:

—Como ciudadano —contestó—, estoy pronto a defender la patria aun con mi propia vida; pero, como cristiano y sacerdote, no puedo nunca aprobar estas cosas.

Monseñor Manacorda que bien le conocía, se expresó así en su oración fúnebre:

«Nadie de cuantos le trataron oyó jamás de sus labios palabra que no fuera revestida de una docilidad de niño inocente para con el Papa.»

Y ya hemos oído sus declaraciones en el lecho de muerte.

Con los obispos

Sacerdote con los obispos. Veneraba en ellos y hacía venerar la plenitud del sacerdocio.

Pruebas sublimes de su decidida devoción a los pastores de la Iglesia las dio con los gloriosos perseguidos políticos: monseñor Frasoni, arzobispo de Turín, durante su prisión y destierro; el cardenal De Angelis y el obispo Rota de Guastalla, detenidos en Turín en su propio domicilio.

Para Don Bosco hospedar a un obispo en el Oratorio era una gran dicha. Anunciaba con antelación la visita, lo aguardaba a la puerta, lo presentaba a los jóvenes y lo rodeaba de mil atenciones.

En el decreto sobre la heroicidad de virtudes, hay una alusión a las dificultades surgidas entre Don Bosco y el arzobispo monseñor Gastaldi; la historia dice hasta qué punto en circunstancias inverosímiles se mostró Don Bosco sacerdote con su obispo.

Con los sacerdotes

Sacerdote con los sacerdotes. El carácter sacerdotal, que respetaba en su persona, era para él objeto de reverencia en los demás. ¡Cuánta cordialidad encontraron siembre los sacerdotes en el Oratorio! Pero a la par jamás se olvidó Don Bosco de ser también sacerdote con ellos, no perdiendo nunca de vista su alma. Según los casos, tenía a flor de labios una u otra de sus máximas:

—El sacerdote ha de atender a la salvación de las almas, pero ante todo ha de pensar en salvar la suya propia. Un sacerdote no va nunca solo ni al cielo ni al infierno... ¡Salve, salvando, sálvate!

¡Qué deferencia en sus relaciones con los párrocos! Pero, ¡qué dolor, al saber de algunos que deshonraban su carácter sacerdotal! Entonces no se perdía en estériles lamentos. Con respetuosa caridad, ya por propia iniciativa, ya por encomendárselo así los preladados, afanábase por rehabilitarlos, exhortándolos, sosteniendo con ellos dilatados diálogos, ofreciéndoles socorros pecuniarios, acogiendo en casa durante algún tiempo.

Y no dejaba de dar santamente la caza a eclesiásticos o ex curas politicastros y *antipapales* con el único intento de traerlos al buen camino.

El célebre ex jesuita y gran teólogo Passaglia, aunque secularizado, decía de Don Bosco que poseía todos los carismas del Espíritu Santo, mas evitaba encontrárselo por temor de ser por él vencido⁹.

Trabajó también para ganarse al famoso ex canónigo Gioberti; lo visitó con el teólogo Borel, sondeó su alma, entró en los argumentos candentes; pero la caritativa y sacerdotal iniciativa se estrelló contra el orgullo del hombre¹⁰. En cambio, recondujo a buen número de extraviados al decoro sacerdotal.

De su celo en promover vocaciones sacerdotales hemos hablado ya.

Su delicadeza sacerdotal

Conociendo el concepto que tenía Don Bosco del sacerdocio, no hay por qué escandalizarse al saber la dolorosa impresión que ex-

⁹ MBe VII, 158.

¹⁰ MBe III, 330 y 407.

perimentaba ante la figura de don Abundio de la novela *I Promessi Sposi*. Poco le importaba a él la obra maestra cuando veía a aquel pobre cura a lo largo de la novela, siendo el hazmerreír de los lectores con debilidades bien poco dignas de un ministro de Dios; y no se recató de exponer su queja cortés en visita que hizo al autor.

Ya hemos visto su acción sacerdotal en su fecunda actividad de escritor. Recordemos aquí un canon literario suyo, que nos demuestra hasta qué punto llegaba en esto su delicadeza sacerdotal. Hablando con los salesianos a propósito de su *Historia Eclesiástica*, dijo:

—Yo no escribo para los doctos, sino para el pueblo y para los jovencitos. Si al narrar un hecho poco honroso o controvertido, turbo la fe de un alma sencilla, ¿no sería esto inducirla a error? Si a una mente ruda le expongo un defecto de un miembro de una congregación, ¿no engendró en ella dudas para con toda la comunidad? ¿Y esto no es un error? Es distinto el sabio, que tiene ante sus ojos toda la historia de dos milenios, y comprende perfectamente que las culpas, aun de hombres muy eminentes, no ofuscan un ápice la santidad de la Iglesia, antes son una prueba de su divinidad... Las siniestras impresiones recibidas en la tierna edad por palabras imprudentes, son a menudo causa de deplorables consecuencias para la fe y para las buenas costumbres.

Don Bosco, siempre unido a Cristo

Decía Fray Angélico que quien hace las cosas de Cristo, debe estar siempre con Cristo. Canon sublime del arte religioso es éste sin duda, pero mucho más será ley fundamental del ministerio religioso que quien intente formar a Cristo mismo en las almas, ha de vivir habitualmente con Cristo¹¹. Don Bosco sería en verdad un gran enigma, si pudiéramos tan sólo dudar de que su maravillosa eficacia del ministerio sacerdotal la derivó de algo que no fuera la intensa vida de unión con Jesucristo, del cual quiso ser y fue en todo tiempo sacerdote, nada más y nada menos que sacerdote.

¹¹ Ga 2,20 y 4,19; y Flp 1,21.

¿Cuándo dejaba de rezar Don Bosco?

No faltó quien, impresionado por la gran cantidad de trabajo desarrollado por Don Bosco, se preguntara delante de Pío XI cuándo podía encontrar modo de recogerse en Dios en la oración; pero el Papa, que conocía bien a Don Bosco, agudamente respondió que era más propio preguntar no cuándo rezaba, sino cuándo dejaba de rezar.

Si se pretende decir que él no dedicaba largo tiempo a la meditación, como hicieron otros santos, es verdad; pero también es verdad lo que dice santa Teresa:

«Creedme, no es el largo tiempo dedicado a la oración el que hace progresar a un alma; que, si emplea varias horas en obras buenas de obediencia o caridad, su amor se inflama más rápidamente en pocos minutos que no tras largas horas de meditación. Todo debe venir de la mano de Dios»¹².

Y aquí vendría bien tratar de la oración, si no fuera que casi todo el libro viene hablando de ello. Insistamos, no obstante, en esa peculiaridad ya recordada que, aunque muy suya, no deja de ser doctrina y práctica antigua en la Iglesia. Es, por ejemplo, sentencia de san Gregorio Magno que la contemplación debe ir estrechamente unida al amor activo. Y así dice:

«Nuestra caridad debe estar inflamada por el amor de Dios y del prójimo, de modo que, ni por la tranquilidad de la contemplación y del amor de Dios, deje nuestra mente la caridad del prójimo, ni por el contrario quiera ocuparse tanto en los servicios del prójimo que deje apagarse la llama de aquel eterno amor»¹³.

Pues así vivió Don Bosco, dándose en él intrépida acción, jamás separada de una intensa contemplación.

De este modo, actuaba brillantemente el aviso de san Bernardo, a saber, que la contemplación ha de ser la concha o depósito que debe llenarse de ideas, de amor y de energías, para luego rebosar convirtiéndose en acción. Y en este parecer abunda un escritor as-

¹² *Obras completas*.

¹³ «*Moralia*», VI, 37.

cético contemporáneo, el cual descubre en Don Bosco «una perfecta unificación de la acción y la contemplación», pudiéndosele definir «un contemplativo operante»¹⁴.

Gema sacerdotal

El pensamiento de la santidad sacerdotal de Don Bosco dominaba la mente de Pío XI cuando, en audiencia concedida a un numeroso grupo de seminaristas, comenzó diciendo:

«Se ha cerrado el Año Santo con la figura de un gran sacerdote que tuvo la verdadera y práctica conciencia de ser instrumento de la Redención, especialmente para la juventud tan insidiada, tan en peligro, tan necesitada.»

Desarrollaba luego su pensamiento, explicando cómo el nuevo Santo debía ser propuesto como modelo de futuros sacerdotes, cual eran los que le escuchaban¹⁵. Cuanto más es y será Don Bosco modelo de los sacerdotes que consumen diariamente sus fuerzas en promover la gloria de Dios y la salvación de las almas; pues él es, en efecto, verdadera *gema sacerdotal*, como llama la Iglesia en el oficio divino a san Martín de Tours.

Mas no quiere esto decir que Don Bosco sea sólo modelo de sacerdotes. El *Papa de Don Bosco*¹⁶, en numerosas audiencias públicas, después de la beatificación y de la canonización, al dirigir la palabra a las más variadas categorías de personas y distribuirles la medalla del nuevo beato o del nuevo santo, encontraba siempre en él un lado oportuno, especial, que presentar a su imitación. Lo que hacía sin retorcimientos ni esfuerzos dialécticos, sino con observaciones obvias y naturales y, sobre todo, fundadas en la realidad.

¹⁴ PORTALUPPI, *La espiritualidad de Don Bosco*.

¹⁵ *Osservatore Romano*, 15 abril 1943.

¹⁶ Cuando, en la gran audiencia del 3 de abril de 1934, se adelantaba Pío XI en la silla gestatoria hacia el trono que se le había erigido ante el altar de la Confesión, resonaron en la Basílica Vaticana aclamaciones de ¡Viva el Papa de Don Bosco! El Papa, en su discurso, recogió complacido el saludo, diciendo: «No sin íntimo regocijo hemos oído gritar a nuestro alrededor: ¡Viva el Papa de Don Bosco!».

Después de haber leído la relación de esas audiencias, salta a la vista que la santidad de Don Bosco viene a ser, digámoslo así, una santidad enciclopédica, es decir, de carácter universal. Bien lo demostró el entusiasmo mundial que saludó su elevación al honor de los altares, y lo sigue demostrando su culto difundido entre todos los pueblos, y la devoción que le profesan toda clase de personas. ¡Verdaderamente, aparece así como el Santo de Todos!

ÍNDICE GENERAL

<i>Prefacio</i>	7
<i>Introducción</i>	11
PRIMERA PARTE. AL DESPERTAR LA AURORA	
Capítulo 1. En familia	21
Capítulo 2. Estudiante	29
Capítulo 3. En el seminario	39
SEGUNDA PARTE. SOL EN SU CENIT	
Capítulo 1. En los principios de su misión	53
Capítulo 2. En la segunda etapa de su misión	59
Capítulo 3. En la sede estable de su misión	67
Capítulo 4. En el período de las grandes fundaciones	80
Capítulo 5. En las tribulaciones de la vida	102
Capítulo 6. En sus múltiples contratiempos	114
Capítulo 7. Confesor	128
Capítulo 8. Predicador	137
Capítulo 9. Escritor	144
Capítulo 10. Educador	152
Capítulo 11. Hombre de fe	171
Capítulo 12. Apóstol de caridad	185
TERCERA PARTE. LUZ CREPUSCULAR	
Capítulo 1. El don de consejo	203
Capítulo 2. Sueños, visiones, éxtasis	218
Capítulo 3. Don de oración	234
Capítulo 4. Plácido ocaso	249
Capítulo 5. Gema sacerdotal	263

Colección «**DON BOSCO**»

1. *Don Bosco, una biografía nueva.*
TERESIO BOSCO
2. *Don Bosco, una biografía nueva. (Ed. para la juventud.)*
TERESIO BOSCO
3. *Don Bosco con nosotros.*
MARCELLE PELLISSIER
4. *Don Bosco, te recordamos.*
PIETRO BROCARDO
5. *Ejercicios Espirituales con Don Bosco.*
TERESIO BOSCO
6. *Don Bosco con Dios.*
EUGENIO CERIA
7. *Don Bosco: Cartas a los niños de todas las edades.*
RAFAEL ALFARO
8. *Don Bosco, al alcance de la mano.*
PIETRO BRAIDO
9. *El sistema educativo de Don Bosco.*
LUCIANO CIAN
10. *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales.*
SAN JUAN BOSCO
11. *Don Bosco: Profundamente hombre-Profundamente santo.*
PIETRO BROCARDO
12. *Los sueños de Don Bosco.*
SAN JUAN BOSCO
13. *Historia de San Juan Bosco, contada a los muchachos.*
BASILIO BUSTILLO
14. *Don Bosco y la música.*
MARIO RIGOLDI
15. *Con Don Bosco de la mano.*
RAFAEL ALFARO
16. *Don Bosco y el teatro.*
MARCO BONGIOANNI
17. *Yo, Juan Bosco, otra vez con la mochila al hombro.*
FRANCISCO RODRIGUEZ DE CORO
18. *Aproximación a Don Bosco.*
FAUSTO JIMÉNEZ
19. *Don Bosco y la vida espiritual.*
FRANCIS DESRAMAUT
20. *Juan Bosco, con la fuerza de un equipo.*
FRANCISCO RODRIGUEZ DE CORO
21. *Don Bosco, historia de un cura.*
TERESIO BOSCO
22. *Prevenir, no reprimir. El sistema educativo de Don Bosco.*
PIETRO BRAIDO